



MARIANA GUARINONI

en LAS ESPÍAS
BUENOS AYRES

INTRIGA Y SEDUCCIÓN A COMIENZOS DE 1800



IB

Las espías en
Buenos Ayres

MARIANA GUARINONI

B

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN
[@Ebooks](#)
[@megustaleerarg](#)
[@megustaleerarg](#)

Para todas las mujeres incorrectas, acusadas de locas.

Para Leo, gracias.

Prólogo

Quinta de la familia O’Gorman en las afueras de Buenos Ayres, noviembre de 1847

—¡Abuela, abuela!

—No haga ruido, niña, no grite, que la misia está descansando.

—Pero ya terminó su hora de la siesta, voy a despertarla, Celestina —insistió la muchacha recién bajada del carruaje, frente a la mujer rolliza de piel renegrada que le sugería silencio con un gesto sobre la boca. Ignoró el pedido, apoyó la mano en la puerta de caoba y entró sin pedir permiso. Las visitas frecuentes a su abuela le permitían esa confianza. Avanzó dentro del dormitorio y llegó junto al lecho donde descansaba una figura pequeña, casi perdida entre las almohadas. Corrió las cortinas del dosel y se sentó en el borde del colchón para acomodar un mechón de cabellos grisáceos que caía sobre la frente de la anciana. Dos ojos oscuros y vivaces se abrieron de inmediato.

—¿Por qué tanto alboroto, Camila?

—El camino está florecido, abuela. Hay como un cielo de pétalos lilas, casi celestes, mezclados con las ramas, todo a lo largo de la entrada, ¡es maravilloso! Tiene que levantarse y salir a ver el paisaje conmigo.

—Lo imagino, *ma petite*. Puedo verlo desde aquí si cierro los ojos. Está en mi memoria. Es mi paseo favorito, mi paseo del jacarandá. Todos los años florece en esta época, pero no tengo ganas de levantarme, estoy cansada.

—Debo insistir: yo también lo vi muchas veces, pero siempre vuelve a maravillarme. ¡Con recordarlo no alcanza, abuela! Venga, vamos a disfrutarlo, demos una caminata juntas, que es una tarde preciosa.

—Te he dicho que estoy cansada, Camila. Hoy no quiero salir, quizás mañana. ¿Te quedarás a dormir?

—Sí, Tatita me ha dado permiso.

—Te disfrutaré varios días, entonces —sonrió complacida y cerró los ojos.

—Abuela, ¿va a seguir durmiendo?

—No, apenas quiero descansar, *ma petite*.

—¿Se siente mal? —preguntó preocupada—. Usted nunca prefiere descansar antes que pasear o divertirnos.

—Estoy bien, el doctor Argerich vino a verme ayer y dijo que no tengo nada grave. Lo mío es apenas una gran acumulación de años, un exceso de ellos, pero eso pronto se acabará, Dios me está reclamando en otro lado —volvió a sonreír con suavidad.

—No diga eso, abuela.

—Es la verdad. Mi final se acerca, pero eso no me entristece. Viví al máximo cada momento de mi vida, y fui feliz en muchos de ellos. En otros no, y esos prefiero olvidarlos. Lo bueno de la vejez es que algunas cosas se olvidan y yo aprendí a elegir mis recuerdos. Desde hace mucho me aferro a cada momento que quiero revivir. Y eso me ha permitido soportar la soledad de mis últimos días.

—No está sola, abuela, yo vengo cada vez que puedo —murmuró compungida—. Aunque

reconozco que mis hermanas podrían viajar hasta aquí más seguido, se los voy a decir.

—A Clara y a Carmen no les gusta mi compañía, no me comprenden.

—No son malas, es que ellas no saben sentir. Sólo se dejan llevar por la vida sobre la base de las normas de los demás. Nada las inspira, nada las emociona ni las sacude por dentro.

—¿Crees que no llevan la pasión en la sangre?

—¡Eso mismo! No son como nosotras.

La complicidad en las palabras de la joven hizo brillar los ojos de la abuela.

—Lo sé, eres la única de mis nietas que se parece a mí, la que disfruta de lo bueno que la vida tiene para ofrecer. Espero que seas tan feliz como lo fui yo, aunque por eso mismo quizás también estés destinada a sufrir como yo.

—No diga eso, ¡usted fue la mujer más bella de Buenos Ayres! La más admirada, ¡la más amada!

—Y la más odiada también.

—No le creo, abuela.

—Es la verdad. A muchos les molestaba mi belleza, aunque sabían que eso era pasajero; en el fondo me envidiaban por algo más profundo: porque me animé a hacer lo que quise. Y no me lo perdonaron. El precio de mis elecciones fue el exilio, pero no me arrepiento. Todo lo vivido valió la pena. Ahora cuéntame, ¿cómo va tu relación con ese hombre prohibido? ¿Me vas a decir si ha avanzado algo, o apenas te toma una mano entre las tuyas sin decidirse a más?

—Le cuento todo lo que quiera del padre Ladislao y yo, abuela —respondió con las mejillas encendidas y sin bajar la mirada—, pero primero usted me tiene que revelar más detalles de su pasado. Las cosas que nunca ha dicho a nadie. Tatita ha prohibido hablar sobre su historia personal en casa, mi madre no se atreve a contradecirlo y yo no quiero quedarme con los rumores que corren en la ciudad, no creo que usted haya sido una espía francesa que trabajó para Napoleón. ¿Fue verdad o no?

—No los escuches, *chérie*. Nunca me simpatizó el imperio del general Bonaparte —respondió con una sonrisa que se torció en una mueca—. Y tienes razón, tienes derecho a saber la verdad sobre mí, te contaré todo lo que está en mi memoria. Desde que crecí y descubrí que amaba la música tanto como odiaba las normas. Entonces ya nada fue como antes —suspiró—. Pide a esa negra que siempre me ronda que prepare una limonada con tortitas de azúcar y acerca esa silla porque será un largo relato.

1

Saint Denis, isla Borbón, colonia francesa frente a las costas africanas, enero de 1792

—¡Annette! ¡Annette! ¿Dónde estás? Deja de esconderte, ya no eres una niña y debes cumplir tus obligaciones. ¡Annette!

La voz de su madre hizo que la muchacha se pegara a la pared exterior para ocultarse detrás de la frondosa planta que nacía junto a la puerta ventana de su habitación. Iba a esperar que los pasos se alejaran para correr por el jardín en sentido opuesto. A los diecisiete años Marie Anne Périchon de Vandeuil detestaba verse obligada a cumplir sus obligaciones. Así llamaba su madre a sentarse a bordar en una sala en semipenumbra, al amparo del calor, y en silencio, cada tarde.

Ella prefería divertirse en el exterior de la casa, amaba el ardor que provocaban los rayos del sol sobre su piel, aunque después la retaran por el enrojecimiento. *Las damas deben lucir una piel diáfana, casi cristalina*, le recordaba Jeanne Madeleine Abeille de Périchon a su hija menor, pero la chica ignoraba los consejos maternos. Annette disfrutaba cuando el viento la despeinaba mientras montaba su caballo por la playa; era feliz al caminar descalza en la orilla del mar para sentir las cálidas aguas del océano Índico y apretar la fina arena blanca bajo los dedos de los pies. Pero todos esos placeres estaban prohibidos para una muchacha de su clase social. Su padre tenía importantes cargos políticos en esa colonia francesa, y además se dedicaba a realizar negocios que acrecentaban su fortuna día a día.

Salió de su escondite y estaba a punto de correr por el jardín hacia un portón lateral cuando una mano apretó su antebrazo.

—¿A dónde crees que vas?

—A dar un paseo —desafió Annette a su madre, sin amedrentarse por el ceño fruncido de madame Jeanne.

—No es hora de pasear. Saliste esta mañana, ahora debes cumplir con tus tareas. Vamos —repuso sin soltarla la mujer que ya empezaba a encanecer.

—¡Los trabajos de costura me aburren, *maman!*

—Nadie dijo que fuera divertido, pero debes hacerlo. Todas las damas lo hacen.

—No soy una dama.

—Vas camino a convertirte en una.

—¡Pero no es lo que quiero!

—Estás hablando sin pensar, Annette. ¡Claro que lo quieres! Es lo que te toca ser, y la única forma para que tu padre te encuentre un marido apropiado.

—No necesito un marido —refunfuñó.

—Deja de decir tonterías, ya no eres una niña —pronunció madame Jeanne con un tono que indicaba el final de su paciencia y arrastró a su hija por un pasillo con paso decidido.

—No son tonterías, puedo vivir aquí el resto de mi vida y cuidarlos a usted y a papá.

—Sabes que las fortunas las heredan los varones, tus hermanos no te darán nada cuando tu padre y yo no estemos. Tu hermana mayor ya se ha casado y algún día tú deberás formar tu propia familia. Para ello será necesario que sepas vestir a los tuyos, así que vamos a continuar con la costura. Basta ya de discursos sin sentido.

La llegada a la sala donde la esperaba su cesto con agujas e hilos marcó el final de la conversación y una sombra se apoderó del rostro de Annette. Esa tarde ya no podría escapar.

Pero quizás esta noche..., pensó con tozudez, esperanzada.

Sabía que después de caer el sol habría fiesta de los nativos en la playa. Aunque su padre no las permitía muy seguidas, hacía oídos sordos a la música de los tambores de vez en cuando.

Apenas exigía que volviesen a estar en pie al alba para escuchar la misa. Quien seguía durmiendo pasaba al rolo para ser castigado con el látigo frente a todos, para servir como ejemplo. En eso Armand Étienne Périchon de Vandeuil era inflexible. Manejaba a sus criados con mano firme cuando no obedecían sus normas. Demasiado, según opinaba Annette, pero se acostumbró y no decía nada ante las penitencias habituales. Excepto cuando se trataba de Margot, su esclava personal. Un par de años antes Annette se enfrentó a su padre cuando la chica tropezó, hizo añicos una fuente de porcelana, y la sopa terminó encima del amo. Annette la salvó de una sesión de azotes y desde entonces la obediencia debida de la esclava hacia su dueña se convirtió en lealtad ciega y devoción absoluta. No le ocultaba nada, ni siquiera los detalles sobre los bailes que organizaban los nativos. Al regresar de cada fiesta Annette preguntaba y ella le contaba todo lo que había visto y cuánto había bailado. La joven ama nunca se cansaba de escucharla, su interés no decaía ante los comentarios repetidos sino que aumentaba; soñaba cómo sería participar de un baile de esos, tan diferente de los conciertos de piano que frecuentaba en compañía de su madre.

Unos días atrás se había animado a una osadía inesperada: le pidió a Margot que la llevara con ella a alguno de esos encuentros. La esclava se negó primero, pero la insistencia de su adorada amita fue más fuerte que su voluntad y finalmente accedió. Iba a permitirle acompañarla esa misma noche. La imposibilidad de escapar a la tarde de costura con su madre no alteraría los planes de Annette. Margot le explicó que la mejor forma de presenciar el baile de cerca sin ser vista era esconderse con ropa oscura entre los arbustos junto a los médanos. Y como esa noche habría luna llena, le convendría tiznarse el rostro, cuello y brazos con un carbón quemado para evitar que su piel clara reflejara la luz. Esa tarea le llevaría un buen rato, pero ella confiaba en la habilidad de Margot para lograrlo. Su esclava era muy habilidosa en todo lo relativo a la belleza.

Se ocupaba de peinar los rebeldes rulos de Annette hasta dejarlos bajo control, le preparaba mezclas cremosas para suavizarle la piel después de alguna de las cabalgatas prohibidas, con la esperanza de que madame Jeanne no descubriera las fechorías de su hija, y mezclaba pétalos perfumados en el agua de la tina para que su amita oliera como las flores.

Annette controló como pudo su ansiedad durante la cena familiar. Su edad le permitía compartir la mesa en el gran salón con sus padres y sus hermanos mayores. Los menores debían hacerlo en la cocina. En cuanto su padre se levantó, ella lo imitó y se alejó apurada con la excusa de un dolor de cabeza. Margot fue tras sus pasos. La esclava trabó la puerta con una silla, por si a madame Jeanne se le ocurría preguntar por la salud de su hija, pero eso no ocurrió. Durante la siguiente hora se ocupó de oscurecer la piel de Annette. Brazos, cuello y mejillas tomaron una coloración extraña, como sucia.

—No podrá engañar a nadie —sacudió la cabeza en negativa Margot.

—No pretendo pasar por negra, sino apenas perderme entre el follaje para poder acercarme al baile. Quiero verlo con mis propios ojos, ¡sentir la música en mi cuerpo! ¡Es lo que más ansío! No digas nada más y ayúdame con el vestido —ordenó extendiendo los brazos hacia arriba para que la vistiera.

Eligió un sencillo vestido azul marino, sin lazos brillantes ni apliques, en un intento por confundirse con la oscuridad de la noche. Margot obedeció mientras contenía el suspiro de desaprobación que brotaba de su interior. Minutos después la tela se fundía con la piel sin trazos

de blancura.

—Creo que pasará desapercibida —aprobó la esclava tras terminar de retocar con tizne los brazos.

—¡Qué bueno! ¡Vámonos ya! —la apuró con ansias.

—Amita, debe prometerme que no saldrá de atrás de los arbustos, que apenas se asomará lo suficiente para ver.

—¡Por supuesto, boba! Pero no te preocupes, nadie me reconocerá —aseguró con suficiencia, con la certeza que regala la juventud de que se está haciendo lo correcto, cuando en realidad los propios deseos son la única vara con la que se mide el asunto.

Los preparativos fueron largos. Annette estimaba que sus padres ya estarían durmiendo. Solían sumirse en un sueño profundo. Se acercó a la puerta de la habitación y desde afuera escuchó dos tipos de ronquidos, lo que le provocó una leve sonrisa. Podría salir sin problemas. Margot la seguía, cubierta con dos paños blancos: uno envolvía su cuerpo desde debajo de los brazos hasta las pantorrillas, y el otro se enroscaba alrededor de su cabeza, dándole más altura todavía.

Mostraba su aflicción retorciendo las manos sin dejar de pasar el peso del cuerpo de un pie al otro.

—¿Está segura, niña? Es peligroso. Si el patrón se entera...

—Estoy muy segura —la interrumpió Annette y la obligó a salir. Caminó levantando el ruedo de su falda de algodón para moverse más de prisa entre los pastizales. Con decisión cruzaron el cuidado jardín, avanzaron hacia la zona de trabajo y, tras un largo recorrido, llegaron hasta unos matorrales. Muy cerca se escuchaba el sonido del mar, casi como rugidos que acompañaban los tambores.

—Espere aquí, iré a ver hasta dónde podemos acercarnos sin ser vistas —sugirió la esclava.

Annette obedeció y se sentó en la arena. Mientras esperaba, la música aumentó su ritmo.

Además de tambores se percibían las notas de sonajas y tubos que había visto en acción, aunque no sabía sus nombres. Tampoco le interesaba aprenderlos, apenas quería disfrutar de sus sonidos.

Cerró los ojos y sintió la melodía vibrando en su piel, descubrió que su cuerpo ansiaba moverse al compás de lo que escuchaba. Pero también quería ver cómo los demás bailaban. Resolvió no esperar más. Sin Margot, avanzó agachada debajo de los arbustos, acercándose hacia la multitud.

Cuando la escena estuvo al alcance de su vista, se maravilló. Decenas de cuerpos se movían alrededor de dos enormes fogatas. Hombres y mujeres se zarandeaban de manera rítmica. Los cuerpos giraban, saltaban, se sacudían. Faldas de algodón rústico trepaban por las piernas al compás de los movimientos. Troncos doblados, que se acercaban inasibles. Magia a la distancia.

El baile era un derroche de seducción, preámbulo de los cálidos encuentros que encenderían la noche antes del amanecer.

Annette también comenzó a moverse, arrodillada, sentada sobre los tobillos. El tronco hacia un lado y hacia el otro, dejándose llevar por la melodía. De a poco la música se apoderó de su conciencia. Le impidió pensar. No la dejó razonar. La impulsó a moverse. Se puso de pie y comenzó a dar pequeños saltos en el lugar. A un lado y al otro, lo mismo que antes, pero ahora con todo el cuerpo y con fuerza. Después comenzó a girar sobre sí misma con los brazos extendidos hacia arriba. Sin darse cuenta se alejó de su escondite y bailó bajo el cielo estrellado, escapando del resguardo de las plantas.

Giraba y giraba, sin tropezar, a pesar de los desniveles de la arena bajo sus finas zapatillas de seda. Volvió a cerrar los ojos, permitiendo que la música guiara sus pasos. Rondas espiraladas la

arrastraban lejos de allí, a un mundo paralelo, donde sólo importaba el vibrar de su cuerpo al son de los tambores.

El arrebato que le provocaba la danza hizo que no le importase la presencia de un hombre con el torso desnudo bailando frente a ella. No lo había visto acercarse, tampoco lo reconoció, pero si estaba allí sin duda era uno de los esclavos de su padre. No tuvo miedo. Continuó moviéndose y enseguida él la acompañó, girando a su alrededor. Daba grandes saltos, por momentos invertía el cuerpo, cabeza abajo, parándose sobre las manos, siempre al ritmo de la melodía. Annette disfrutaba de cada instante, apenas pendiente de la música y de los movimientos del desconocido. Copiaba sus pasos, buscaba imitarlo, y cuando lo lograba se apoderaba de ella un intenso frenesí que la impulsaba a bailar más y más. La invadía una felicidad nueva, inesperada y desconocida, nunca experimentada hasta entonces. Hasta que la voz de Margot interrumpió su dicha.

—¡Amita! ¿Qué hace? ¡Pueden verla! —exclamó espantada.

—No me importa, no hay nada de malo en la danza. Quiero hacerlo y seguiré aquí hasta el amanecer.

—Pero su padre la castigará si se entera de que baila con esclavos. ¡Y a mí me matará! —se quejó con tono lastimoso.

—¡Basta, Margot! —ordenó imperiosa y sin dejar de moverse—. Cállate ya, no quiero escucharte, ¡lo único que quiero es bailar!

—¡Es peligroso, amita!

—No veo peligro alguno —respondió Annette mientras se alejaba de la esclava en un nuevo giro. Sus pasos la llevaron a un claro, donde continuó con los movimientos que imitaban a los de su compañero. Caderas hacia un lado, luego hacia el otro. Los brazos arriba, las manos hacia el cielo, buscando alcanzar las estrellas. Annette sentía que las acariciaba con los dedos, tanta era su felicidad. Las vueltas continuaron. En sus labios brotó una sonrisa espontánea, impulsada desde su corazón. Cerró los ojos y siguió bailando. Sentía que podía continuar así durante horas, pero algo la hizo detenerse: la música cesó. El silencio la obligó a levantar los párpados. Lo primero que vio fue el gesto del esclavo frente a ella, a escasa distancia de su rostro. La observaba de cerca con intensidad. En sus ojos había algo poderoso, como si buscase atraerla con un rayo que lanzaba desde esos iris oscuros como la noche misma. Era la primera vez que se encontraba tan cerca de un desconocido. La primera vez que alguien la observaba así, con hambre. Sin amedrentarse, sostuvo esa mirada. Y lo que siguió no la incomodó. Por el contrario, disfrutó de la sensación de saberse deseada. Mientras los labios de él se curvaban en una insinuante sonrisa, Annette sintió que su respiración se aceleraba. Que el mundo giraba a su alrededor, aunque sus pies ya no bailaran. Le parecía maravilloso estar allí, bajo el cielo estrellado, junto a un extraño. Hasta que otra vez la voz de Margot la arrastró a la realidad.

—¡Amita, todos la miran! Vámonos ya, por favor.

Un rápido vistazo a su alrededor le confirmó que la esclava no mentía. La música había cesado por ella, porque la habían descubierto, a pesar de su disfraz. Ninguna mujer blanca podía bailar entre esclavos. Brazos extendidos la apuntaban. Decenas de dedos acusadores la señalaban, pero nadie se animaba a decirle nada, excepto Margot.

—Por favor, debemos irnos —insistió. Y Annette accedió. Sin volver a conectar su mirada con la del esclavo con quien había bailado, recogió el frente de su falda, se giró y se marchó.

Mientras se alejaba de la tenue luz de las fogatas, con Margot pegada tras sus pasos, escuchó un intenso murmullo. Las voces crecían en intensidad y hablaban sobre ella, no tuvo dudas. Pero se dijo que no le importaba. Para cuando alcanzó la oscuridad de los matorrales, los tambores habían vuelto a sonar. Por un instante hesitó: la música la impulsaba a volver, pero desechó la

idea. Con el corazón latiendo acelerado, contenta por haber descubierto el placer que le causaba la danza, permitió que Margot la guiara hasta su alcoba y le limpiara la piel antes de acostarse.

La bailarina de esa noche desapareció, se lamentó para sí. Pero nada le impediría repetir su hazaña en el baile de la próxima semana, fue lo último que pensó antes de caer rendida con una sonrisa.

Toda la vida de Annette estaba marcada por sus ansias de libertad. Tanto como amaba bailar, amaba a los caballos. La sensación de atravesar el viento azuzando al animal le provocaba una enorme felicidad. Cada vez que podía se escabullía para cabalgar. Esa mañana había salido temprano para un paseo por la playa. Cuando llegó al establo y se acercó un esclavo para asistirle, reconoció al joven con quien bailara la noche anterior. Buscó con la mirada pero el viejo Maurice no estaba por allí. Le entregó las riendas al muchacho y tomó la mano que él le ofrecía para ayudarla a bajar. Se apoyó en ese puño oscuro y el contacto la sobresaltó, lo que la hizo perder el equilibrio. Para evitar que cayera, el esclavo la tomó por la cintura y la depositó en el suelo con firmeza. Annette contuvo la respiración ante esas manos a su alrededor, que no la soltaban. El inesperado calor que le provocaba en esa zona la confundía. Levantó la vista y se enfrentó a los ojos oscuros que ya conocía.

—¿Cómo te llamas?

—Pierrot.

—¿Eres nuevo? ¿Dónde está Maurice?

—Enfermó, y me encargaron sus tareas.

Las manos de él seguían sujetándola mientras hablaban. Annette quiso saber cómo serían al tacto y apoyó las suyas sobre la piel oscura. La boca de Pierrot se curvó en una sonrisa y ella no pudo apartar la mirada de esos labios gruesos, hasta que un grito la hizo volver a la realidad.

—¡Allí están! —se escuchó una voz femenina.

Las manos de Pierrot la soltaron con rapidez, pero no la suficiente.

—¿Qué haces?! ¡¿Cómo te atreves a tocar a mi hija?! ¿Acaso no sabes cuál es tu lugar? ¡Cien latigazos para él! ¡Ahora mismo!

La orden de Armand de Périchon tronó en los oídos de Annette. Sabía que su padre era implacable con la disciplina. El capataz se apuró a obedecer y ató las manos del muchacho detrás de la espalda para llevarlo lejos de allí, hacia el tronco donde castigaban a los esclavos. A pesar de eso, ella intentó que se suavizara la pena.

—Por favor, *papá*, no lo castigue tan duro. No hizo nada malo. Apenas me ayudó a descender del caballo, como hace siempre Maurice.

—¡No quiero escuchar ni una palabra tuya, Marie Anne! Cierra la boca hasta que yo te autorice a hablar —se volvió hacia ella con el rostro enrojecido, la sujetó con fuerza por el brazo y la llevó arrastrando a su lado. A un costado quedó una esclava a quien Annette no reconoció, no trabajaba como criada en la casa sino en la plantación. Vio la mueca de desprecio y satisfacción en el rostro de la muchacha, y dedujo que ella los había señalado, pero no pudo dedicar mucho tiempo a ese pensamiento. Habían llegado a la sala de la casa principal y su padre apenas esperó a cruzar el umbral para detenerse y darle un fuerte sopapo en la mejilla con el revés de la mano.

Annette cayó al suelo. Cuando intentaba levantarse otro golpe, esa vez en su mentón, se lo impidió.

—Armand, por favor, basta ya. No es necesario lastimarla —la voz de doña Jeanne sonó temblorosa.

—¿Lastimarla? ¡Esto no es nada comparado con lo que merece! Un par de bofetadas no lastimarán su integridad, pero le enseñarán que no puede vivir según su antojo, ignorando las normas, ignorando la buena moral, ¡ignorando todo lo que le hemos enseñado! ¡Por Dios santo! — un nuevo revés de su mano remarcó su enojo.

—Padre, no comprendo por qué me castiga —murmuró la muchacha desde el piso de ladrillos.

—¿Es necesario que te lo diga? ¡¿Acaso no sabes que en esta propiedad hoy sólo se habla del baile de mi hija con un esclavo?! Me costaba creerlo, pero cuando esa negra me dijo que te estabas abrazando con el mismo hombre con quien te atreviste a danzar, decidí verlo por mí mismo. Y tuve la prueba ante mis ojos: ¡sus manos en tu cintura! ¡Eres una desvergonzada! ¡Una cualquiera! ¡Pasaste los límites de la decencia con un esclavo! ¡Con un negro! ¡¿Cómo has podido?! —exclamó y se inclinó con la mano preparada para volver a golpearla, pero su esposa lo detuvo.

—Basta, Armand, ya ha sido suficiente. Si quieres encontrarle un marido con urgencia, deberá tener el rostro en condiciones presentables —lo convenció apelando a la sensatez.

—¿Un marido? ¡No! —intentó reclamar Annette desde su incómoda posición, algo atontada y con la cara dolorida.

—Sí, debes casarte, Marie Anne. Ya no eres una niña, en realidad debería haber hecho esto hace mucho, pero escuché la voz de tu madre, que me pedía que esperáramos un tiempo más porque disfrutabas tu vida aquí con nosotros, pero ese tiempo se ha acabado. Te casarás muy pronto. En cuanto sepa con quién te lo diré.

—No, padre, se lo suplico, no me obligue a tener un marido, ¡no quiero casarme!

—Tu voluntad me tiene sin cuidado. No te estoy consultando, ¡te lo estoy anunciando! Te casarás en cuanto encuentre a alguien dispuesto a aceptar con los ojos cerrados la dote que entregaré, sin hacer preguntas por tu honor manchado, por tu honra perdida.

—Mi honor no está manchado, padre —anunció mientras se levantaba y daba un paso atrás, para mantenerse alejada del brazo paterno.

—¡Claro que sí! ¡Todos te vieron en brazos de un esclavo!

—¡Pero sólo bailé con él!

—¡No lo creo!

—Es la verdad, ¡soy virgen! —afirmó entre lágrimas.

—No importa hasta dónde llegaron, si rompieron la barrera o no, lo cierto es que nadie creerá en tu pureza. ¡Te exhibiste en brazos de un negro! ¡Deberé pagar por una hija desgraciada y encontrar un marido dispuesto a aceptar esa situación! ¡Te mereces que te azote más aún! —exclamó entre dientes y apretando los puños con fuerza—. Jeanne, llévala a su alcoba, con los alimentos mínimos para subsistir y sin compañía alguna. Le anunciaré cuando pueda salir.

—Pero es injusto, padre. Por favor, no me case, no me encierre... —intentó suplicar con los ojos nublados por las lágrimas, hasta que las manos de su madre la sujetaron por los brazos para llevarla fuera del alcance de la ira paterna.

Aunque Annette creía que su padre levantaría el castigo a los pocos días, como había hecho ante otras travesuras de ella y de sus hermanos, esa vez el perdón no llegó. Ya llevaba más de dos semanas sin salir de su habitación ni ver a nadie. Le sorprendía no haber recibido la visita de su madre. Sólo Margot se asomaba dos veces al día. Dejaba una bandeja con una jarra de agua fresca, algo de pan y de queso, se llevaba la bacinilla y se retiraba en silencio. Annette sabía que monsieur Armand había ordenado azotar a quien le dirigiera la palabra durante el encierro, por

eso no insistía en entablar una conversación. No quería que lastimaran a su esclava por su culpa.

Hasta que esa mañana algo cambió.

—Alguien quiere verla, niña —dijo Margot al abrir la puerta para dar paso a doña Jeanne.

—¡Madre! Dígame que ya puedo salir, no soporto más estar aquí dentro —fue lo primero que susurró al verla.

—Buenos días, Marie Anne. Veo que el encierro te hizo olvidar tus modales —respondió con rispidez.

A la joven le llamó la atención la frialdad del diálogo. Su madre nunca la llamaba con sus dos nombres, casi siempre prefería el diminutivo Annette. Esa vez, en cambio, ella usaba el mismo trato distante que empleaba su padre cuando se enojaba, y tampoco se había acercado a abrazarla.

—Buenos días, disculpe mis modos, me cuesta controlar mis nervios.

—Así está mejor. Déjame verte, has perdido algo de peso, pero creo que con algunos cuidados en pocos días volverás a verte como antes —evaluó dando una vuelta alrededor de su hija.

—Me alegra saber que el castigo terminó —suspiró aliviada Annette—, extraño mi caballo.

En cuanto salga iré a dar un paseo por la playa.

—Nada de eso, no saldrás de esta habitación todavía.

—Pero yo creí...

—Tu padre ha decidido que permanezcas aquí.

—¿Hasta cuándo?

—Lo sabrás en el momento adecuado.

—¿Podré recibir visitas? ¿Usted vendrá a verme más seguido?

—Sí, a diario. Debo ocuparme de tu aspecto. Tu padre quiere que te veas bien.

—A mi padre no le importa cómo me veo.

—Ha dicho que deberás estar presentable el lunes próximo, recibiremos a un huésped —murmuró sin mirarla a los ojos, y no necesitó explicar más.

—Un huésped ante quien debo verme bien. Un candidato para llevarme al altar... ¡Madre, por favor, se lo suplico, no permita que me casen, no es mi deseo!

—Creo que ha quedado claro que tus deseos ya no cuentan, Marie Anne. Tu conducta inapropiada nos ha llevado a esta situación, lo único que puedes hacer es resignarte, para no enfadar más aún a tu padre.

—Pero, madre...

—Sin peros. Pronto te convertirás en una mujer decente.

—¡Soy una mujer decente! ¡No he hecho nada malo! ¡Nunca he pecado! ¡Ni siquiera me han robado un beso!

—Bailar con esclavos no es una conducta digna de una mujer decente. Frente a la sociedad no sólo hay que ser casta, sino también parecerlo.

—¿Sólo frente a la sociedad? ¿Entonces se puede hacer lo que una quiera a escondidas? —preguntó con sarcasmo, enojada por lo que escuchaba.

—Sí.

Annette no pudo evitar abrir los ojos sorprendida ante esa respuesta.

—¡Madre! No entiendo que pueda decir eso. ¿Acaso me sugiere pecar en secreto?

—Algún día entenderás. Por ahora debes aceptar que no puedes hacer lo que se te dé la gana en público. Debes seguir las normas que te enseñamos, deberás respetar a tu marido —remarcó—. Cuidar tu nombre y el suyo.

—¡Ay, madre está hablando de un marido hipotético, alguien a quien todavía no conozco!

Habrá tiempo para planear la boda, y quizás pueda convencer a mi padre para suspenderla —

exclamó esperanzada.

—No creo que eso ocurra —afirmó con voz seca—. Ya está todo arreglado, conocerás a tu prometido muy pronto. Ahora lávate las manos para comer. Le diré a Margot que se terminó la dieta, te traerá unos bollos de manteca con dulce y unas frutas, deberás alimentarte bien para mejorar tu aspecto. Sólo falta que él te vea y apruebe el trato.

Las palabras de su madre hicieron que las piernas de Annette se aflojaran. Se dejó caer con lentitud junto a la cama, hasta quedar arrodillada en el suelo. *¡No puede ser verdad! ¡Es un sueño! ¡Una pesadilla!*, pronunció en silencio lo que dictaba su corazón, aunque su mente le indicaba que estaba despierta, inmersa en una cruel realidad.

Durante los días siguientes, Annette pensó en diferentes formas de escapar de un compromiso inminente: fingirse loca, enferma grave o tonta parecían las alternativas más efectivas, pero sabía que sus padres negarían tales dolencias de inmediato. Llegó a la conclusión de que su mejor chance sería no agradar al novio por su personalidad. O mejor aún, hacer que él la detestara. Así rechazaría esa boda tanto como ella. Con esa finalidad avanzó hacia la sala la noche indicada, con un vestido rosa de seda con mangas abullonadas elegido por su madre, con un corsé debajo que realzaba el busto y luego descendía recto debajo del vestido de talle alto limitando sus movimientos, ya que no estaba acostumbrada a usarlo. Llevaba unas cintas de seda cruzadas en la coronilla para sujetar sus rizos siempre rebeldes de manera armoniosa, idea de doña Jeanne también.

En cuanto entró, vio a un desconocido hablando con su padre en las sillas de cuero del salón.

No recordaba haberlo visto antes en la iglesia. Un hombre fornido de cabellos claros y piel muy blanca, con la nariz y las mejillas enrojecidas por el sol. Sin duda un recién llegado a esas tierras cálidas, pensó con desdén. Le pareció más joven que su padre, aunque mucho mayor que ella. A sus diecisiete, cualquiera de treinta y dos era viejo. Se aproximó sin gracia, arrastrando los pies dentro de unas zapatillas de seda también rosadas, chocó con una mesa de arrime y tiró el jarrón con flores que había encima. Madame Jeanne corrió a resolver el desastre con la ayuda de una esclava.

—Ven aquí, acércate —ordenó su padre intentando que su voz sonara con naturalidad—. Monsieur Thomas, le presento a mi hija, Marie Anne.

El aludido se puso de pie y dio una vuelta alrededor de ella, observándola. A pesar de su altura y su cuerpo ancho, la sorprendió que se moviera con gracia. Pero al mismo tiempo la incomodó que la evaluara como un caballo antes de ser subastado. Giró a la vez que él se movía, acompañando sus pasos y sosteniéndole la mirada en un osado e inesperado desafío. Se esperaba recato y sumisión de parte de una joven casadera en su situación. Hizo lo contrario.

—Desconozco con qué expectativas ha llegado hasta aquí, caballero, pero debo advertirle que no pienso actuar como una dama nunca, ni ahora ni en el futuro.

—¡Annette! Tú sabes comportarte, te he enseñado buenos modales, te pido que lo demuestres —exclamó su madre con el rostro enrojecido, mezcla de ira y vergüenza.

El desconocido, que se había quedado quieto junto a la joven escuchando las desafiantes palabras, no se inmutó por los modales de ella. La miró a los ojos y sus labios se curvaron en una sonrisa. Se volvió hacia Périchon con el brazo extendido ofreciendo su mano.

—Acepto la dote y el acuerdo comercial. La muchacha es bonita y parece sana. Lo único que pido es adelantar la boda, debo embarcarme rumbo a la India en pocas semanas y me gustaría dejar este asunto arreglado antes de partir.

—Así será, monsieur Thomas. Mañana mismo iré a hablar con el sacerdote —accedió con una sonrisa y un efusivo apretón de manos.

—¡Nooo! —exclamó Annette, pero fue ignorada. Su madre la tomó por los hombros y la sacó de allí mientras los hombres celebraban el acuerdo brindando con *cognac*.

Se dejó arrastrar fuera de la sala desilusionada por su fracaso, pero principalmente enojada.

Acababan de decidir su destino en contra de su voluntad. La manera en que su futuro marido había ignorado sus deseos le provocaba una gran irritación, le causaba un profundo disgusto y no le permitía calmarse. Algo que distinguió como un sentimiento nuevo en ella: una tormenta de odio.

12 de febrero de 1792

Annette no podía entender cómo su vida había sufrido ese cambio tan brusco en tan poco tiempo.

Unas semanas atrás era una muchacha sin preocupaciones, que disfrutaba de los paseos a caballo, de la arena caliente bajo sus pies descalzos tanto como las olas del mar acariciando sus tobillos.

Y en ese momento acababa de convertirse en la esposa de un desconocido. Sabía que él tenía dinero, le habían dicho que era un comerciante, pero desconocía sus gustos o el tipo de vida que tendría a su lado. Intentaba descifrar cómo sería el irlandés Thomas O’Gorman mientras salían de la iglesia. Su madre le había explicado unos días antes que su futuro marido no era francés, sino inglés, pero hablaba su lengua con soltura, por lo que no tendrían problemas para comunicarse. Poco más sabía de él, apenas que viajaba por diferentes ciudades y continentes en los que compraba y vendía mercaderías.

—¿Un mercader? ¿Me van a entregar a alguien de esa categoría? —se había animado a confrontar a su madre cuando ella se lo contara.

—No puedes quejarte, dadas tus desgraciadas circunstancias, hija.

—Deje de repetir eso, madre, ¡se lo suplico! No he caído en desgracia, ya se lo he dicho, lo he asegurado, ¡lo he prometido sobre la Biblia! ¿Qué debo hacer para que me crea? ¡Puede preguntarle a mi confesor si lo desea!

—Ya te he dicho que lo importante no es lo que ocurrió en realidad, sino lo que todos crean. Tu reputación está en juego, no hay otra alternativa, te casarás con O’Gorman.

—¡Pero es un viejo!

—No es tan viejo, tiene apenas treinta y dos años. Mucho más joven que yo y que tu padre.

—No me gusta.

—Eso no es importante. Te acostumbrarás a su compañía. Tiene un buen nombre, fue oficial del ejército inglés, capitán del Regimiento de Walch, según entendí. Y no me parece mal que el hombre comercie y se preocupe por hacer fortuna, eso le permitirá ofrecerte una buena vida, del nivel al que estás acostumbrada.

—¡Madre, no me importa nada de eso! ¡No me importa su nombre ni su fortuna!

—Llegará el día en que te importará, entonces me agradecerás lo que estoy haciendo por ti. Tú sólo ocúpate de mantenerlo contento y podrás aprovechar tu vida, hay algo que no has tenido en cuenta: este hombre viaja mucho, pasa muchos meses fuera de casa. Si eres astuta y sabes mover bien tus hilos, tendrás esa libertad con la que tanto sueñas estando casada. No creas que aprobé

esta boda por capricho de tu padre, Annette, lo hice pensando en lo mejor para ti.

En ese momento recordaba las palabras que su madre le dijera unos días atrás pero no terminaba de hallarles el sentido. Observó a ese desconocido que acababa de convertirse en su marido pero que no le había dirigido siquiera una mirada dentro de la parroquia y sacudió la cabeza con desazón. Esperaba que ella tuviera razón.

2

Londres, enero de 1796

Los golpes en la puerta poco antes de la hora de comer no eran una buena señal. Mildred Clarke Johnson estaba preparando una sopa de papas y cebollas para su familia cuando fueron a buscarla. Sin duda enfrentaría largas horas fuera de casa. Estaba acostumbrada. Su trabajo como comadrona la obligaba a ausentarse muchas noches. Con Mary ya crecida y a cargo de sus hermanos, ella se iba con tranquilidad. Por eso no había permitido que su hija, de dieciocho años, ingresase a trabajar en la casa de una condesa como criada cuando se presentó la oportunidad.

Prefería tenerla a su lado para que la ayudara en las tareas hogareñas. Podría empezar a servir a alguna *lady* más adelante, cuando los pequeños crecieran un poco más.

—¡Mary! —llamó a su hija con un grito mientras se dirigía a abrir la puerta de la humilde morada—. ¡Mary! —repitió cuando le confirmaron que requerían sus servicios, mientras se ponía una capa de lana y tomaba una cesta que siempre tenía preparada con los elementos necesarios para atender un parto.

—Aquí estoy —apareció una joven despeinada, con una profusa mata de rulos rojizos sueltos sobre los hombros.

—Recógete el cabello que deberás terminar de cocinar la sopa. Tengo que salir.

—¿Otra vez? —murmuró la chica con pesar y un gesto de disgusto.

—Deberías agradecer que me llamen, eso es lo que me da las monedas que ponen comida en nuestra mesa. Otras comadronas han quedado sin trabajo porque tienen una lista con demasiadas parturientas muertas en su haber. Gracias al Señor no me ha ocurrido muchas veces, y para evitarlo debo correr. No puedo detenerme a explicarte algo que ya sabes. Sirve la sopa a tus hermanos, reparte la hogaza de pan y ocúpate de que se acuesten temprano. Recuerda dejar alimentos para tu padre, no creo que regrese pronto, pero siempre debe hallar comida aquí. ¿Has entendido?

—Sí, madre. No se preocupe, estaremos bien.

—Buenas noches, hija. Buenas noches, niños —saludó a los tres pequeños que correteaban alrededor de la mesa y se marchó apurada.

La muchacha observó a sus hermanos haciendo carreras dentro del aposento que servía como cocina, comedor y dormitorio de ellos a la vez. Había apenas una alcoba más, que ocupaban sus padres. Aunque solía tener mucha paciencia con los pequeños, esa noche no estaba con ánimo para poner orden. No se sentía bien, le dolía la cabeza, quizás el principio de un resfriado, dado el frío atroz que enfrentaban en esos días, se dijo con un suspiro. Los dejó seguir corriendo para que se cansaran y después se durmieran más de prisa y se dirigió a avivar las llamas bajo la olla.

El plan funcionó y poco después de cenar los tres cayeron rendidos sobre el colchón que compartían. Mary los arropó con una manta de lana y enseguida se acostó también, al otro lado de la habitación, cerca del fuego. El dolor de cabeza persistía, pero a pesar de eso pudo dormirse.

Algo la despertó, aunque no supo distinguir qué era. Estaba oscuro, ya no había llamas, apenas el tenue resplandor de las brasas iluminaba el ambiente. Hasta que sintió un poderoso olor a alcohol a su lado. Su padre, entendió con rapidez y buscó levantarse, pero el peso de un cuerpo

cayó sobre ella y se lo impidió.

—Padre, déjeme salir —pidió con suavidad. Sabía que el temperamento de Jonas Johnson se alteraba con facilidad cuando estaba borracho.

—Shhh, no quiero que hables.

—Padre, por favor —insistió e intentó empujarlo para apartarlo de sí, pero él era muy pesado.

El olor a alcohol rancio le resultaba insoportable y estiró el cuello buscando aire fresco, cuando de pronto sintió que una mano luchaba por alzarle el camisón de dormir.

—¡No! —exclamó e intentó bajarlo.

—Te he dicho que no hables, ¡y quédate quieta! —ordenó imperioso. Como Mary no obedeció, sino que continuó retorciéndose para alejarse de él, le dio un sopapo.

Atontada, su cabeza descansó en el piso. Él aprovechó su quietud y le apretó un seno por encima de la tela.

—¡Apártese de mí! Esto no está bien. Además de inmoral, ¡es pecado!

—¿Qué es la moralidad? ¡Nadie puede decirme lo que no debo hacer!

—¡Pero soy su hija!

—Eso es lo que dice tu madre, pero no lo creo. En aquellos días se acostaba con alguien más, estoy seguro. Así que como no llevas mi sangre, no está mal desearte. Tus cabellos no son oscuros como los míos o los de ella. ¿De dónde has sacado esos rulos rojos? No eres mi hija, pero serás mía de otro modo —insistió en tocarla, arrastrando una mano sobre el camisón.

—Cuando llegue mi madre lo matará —murmuró debatiéndose otra vez.

—No lo creo, ella lo sabe, le he dicho que me gustas y respondió que no le importa que te toque, mientras no te robe la virtud. Dice que no te querrán como criada si tienes un niño en el vientre. Así que apenas jugaré contigo sin meter mi miembro donde se hacen bebés. Te lo pondré en otro lado —murmuró y le agarró el trasero con una mano mientras de su boca abierta colgaba un hilo de baba.

Mary vio esa boca acercarse hacia su cuello y en un acto de desesperación extendió el brazo hacia un costado. Encontró la pared donde estaba la chimenea con la olla. La frialdad de un metal resultó un alivio para sus dedos. El atizador, dedujo agradecida por haberlo olvidado apoyado allí y no en el lejano gancho donde iba. Lo aferró con fuerza y lo acercó con el brazo flexionado para golpear varias veces la cabeza de su atacante.

Johnson respondió con un alarido ante el primer golpe, pero cayó inconsciente por el segundo.

Con esfuerzo, Mary logró empujarlo lo suficiente para escapar de su peso. Se arrastró hacia un costado y se acurrucó temblando, abrazada a las rodillas, mientras un intenso llanto la dominaba.

Iba a esperar la llegada de su madre para contarle todo. No creía las palabras de él, ella no podía estar de acuerdo con lo que había estado a punto de ocurrir. *¿Y si fuera verdad?*, se coló el pensamiento en su mente con un atisbo de horror. *No, no puede ser. Estaba borracho y ha mentado*, se dijo para convencerse y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Eso le permitió distinguir que Johnson —ya no podía pensar en él como su padre— se movía. Todavía algo aturdido, comenzó a buscarla con la mirada.

Desesperada, Mary no intentó volver a golpearlo. Él tenía más fuerza que ella. Lo mejor que podía hacer era irse. Agarró la punta de la manta de lana hecha con cuadrados de diferentes colores unidos, caída en el piso junto al colchón, se envolvió con ella por encima del camisón y corrió hacia la puerta de la vivienda. No tuvo tiempo de buscar un vestido ni tampoco sus zapatos. Empezó a correr con las medias resbalosas en el barro de la calle sin importarle el frío que la atravesaba. Lo único que quería era escapar.

La niebla obligó a Mary a apurar los pasos y eso la hizo tropezar. Cayó sobre los fríos y resbaladizos adoquines y ya no tuvo fuerzas para levantarse. Se acurrucó como pudo contra la pared, apretó la fina tela del camisón alrededor de las piernas. Esa iba a ser su segunda noche en las calles londinenses. Había deambulado todo el día y el cansancio ya no le permitía continuar.

No había comido nada. No se animaba a regresar a su casa, por miedo a que Johnson estuviese allí, y no era fácil encontrar alimentos sin dinero. Estaba junto a la puerta trasera de una fonda, con la esperanza de conseguir algunas sobras.

—Tengo hambre. ¿Puede darme un pedazo de pan? —pidió a una anciana que se asomó.

—¡Fuera de aquí! —la había echado la mujer con una escoba en la mano.

—Tendrás más suerte si buscas en algún lugar donde atiendan hombres —escuchó una voz a sus espaldas. Mary se volvió para encontrar a un muchacho de unos catorce o quince años, por su aspecto desgarrado y los pantalones que apenas le cubrían las rodillas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo he visto. Llevo mucho tiempo en las calles. Y las muchachas como tú siempre pueden conseguir comida.

—¿Qué significa muchachas como yo?

—Bonitas —explicó con una mueca—. No tienes la piel arrugada, las pecas te hacen ver joven y tus ojos verdes brillantes pueden ayudarte. Si le pides algo a un hombre y eres buena con él, tu aspecto te ayudará a conseguir lo que quieres —explicó orgulloso de su sabiduría.

—No voy a entregar mi cuerpo para sobrevivir —murmuró con desprecio.

—Entonces tendrás que buscar un empleo. ¿Qué sabes hacer?

—Cuidar a mis hermanos.

—Nadie te contratará como niñera si no tienes ni un par de zapatos —negó con un gesto de cabeza—. Tu única alternativa es pedir y esperar caridad.

—¿Tú siempre pides?

—Sí, pero no siempre consigo.

—¿Qué haces en esos casos?

—Voy al mercado, a revolver entre las sobras cuando levantan los puestos. Muchas veces encuentro algo en la basura.

—No, no quiero comer basura —afirmó con dificultad, por el llanto atrapado en su garganta.

—Entonces tendrás que entregarte a algún hombre.

—No —volvió a decir, y esa vez las lágrimas escaparon con libertad por su rostro.

—No llores, en realidad las calles no son tan terribles. Yo te ayudaré a sobrevivir.

—¿Me ayudarás? ¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque me das pena. No creo que resistas mucho por tu cuenta. Y no te preocupes, no te pediré nada a cambio. ¿Cómo te llamas?

—Mary. ¿Y tú?

—Soy Peter Fields, puedes decirme Peter —resumió mientras le extendía una mano bastante sucia para que ella estrechara.

Esa noche Peter consiguió media hogaza de pan y la compartió con ella. Fue el inicio de una amistad que creció con el correr de los días. Cuando Mary no quiso decirle por qué estaba en las calles él respetó su silencio.

—Ya me contarás cuando tengas ganas. Mi curiosidad no es tan poderosa, puedo esperar —dijo. Mientras, le enseñó cómo sobrevivir en las calles. Le mostró qué zonas debía evitar y dónde resultaba conveniente refugiarse para dormir. En la segunda mañana juntos le sugirió que consiguiera más abrigo—. Morirás congelada sin zapatos, tus medias tienen agujeros.

Mary intentó cubrir un pie con el otro, sin éxito, avergonzada.

—Es que no tuve tiempo para vestirme —explicó a medias.

—Ven, tengo una idea —anunció mientras comenzaba a caminar.

—¿A dónde vamos?

—A buscarte ropa.

—No puedo pagarla.

—Ya lo sé, no te preocupes. Tú sólo sígueme.

Mary hizo lo que le indicaba el muchacho y anduvo a su lado durante un par de horas, envuelta en su manta. Al llegar a un callejón él se arrodilló para ocultarse y ella lo imitó.

—Ahora esperaremos.

—¿A qué?

—A que alguna caiga rendida.

—No comprendo.

—Esas mujeres, ¿las ves? Muchas veces salen tan borrachas de la taberna que no pueden caminar y se desmayan en este callejón.

—Sigo sin comprender.

—Podrás tomar el abrigo de alguna.

—Pero eso sería robar.

—No, sería sobrevivir. La mayoría son prostitutas, podrán conseguir más ropa. Tú, en cambio, no tienes alternativa. O te llevas algo de aquí antes del anochecer o morirás congelada en la próxima tormenta.

Las palabras de su nuevo amigo le hicieron enfrentar la realidad y abandonar sus escrúpulos.

Es una cuestión de supervivencia, se dijo para convencerse, y se sentó a esperar junto a Peter.

Pasaron varias horas hasta que una mujer más baja que Mary, y con más cuerpo que ella, se dejó caer contra la pared en el callejón, junto a una montaña de basura.

—Presta atención, iremos en cuanto se quede quieta —dijo Peter—. No queremos que alguien se acerque antes que nosotros.

Mary no dijo nada. No asintió pero tampoco intentó persuadirlo para irse de allí. Un rato después se encontró siguiendo a Peter hacia donde estaba durmiendo la mujer.

—¿Está borracha? —preguntó.

—Por el olor que la rodea, creo que sí. Yo tomaré la capa. No veo broches ni cintas, sólo hay que tirar. Tú ocúpate de los cordones de los zapatos, desátalos y quítaselos.

—Esto no me gusta... —susurró indecisa.

—Es necesario. Si no lo haces ya no podrás quedarte en las calles conmigo, deberás regresar al sitio donde estabas antes, ese del que no quieres hablar.

Esas palabras la convencieron. Con dedos temblorosos le sacó los zapatos abotinados a la mujer y se los puso. Le quedaban ajustados pero estaban tibios, podría caminar mejor que con las medias.

Se puso la capa que Peter le ofreció encima de su manta y se paró para irse.

—Todavía no. Ayúdame a quitarle el vestido, no puedo solo.

—¡No! Se congelará y morirá.

—No, no lo hará. Ya está muerta.

—¡¿Qué dices?! —se apartó asustada con un salto hacia atrás.

—Lo acabo de comprobar, está demasiado fría.

—Eso es por la nieve, tonto.

—No, no tiene pulso. Su cuello no late, y no respira.

—Esto no me gusta, vámonos de aquí.

—En cuanto le saquemos el vestido nos iremos, ¡vamos! ¡Ayúdame!

Mary lo vio mover el cuerpo de la mujer y descubrió que él tenía razón, no reaccionaba ni respiraba. No salía aliento por su boca abierta, según comprobó. Eso alivió parte de su culpa cuando le desató las cintas cruzadas sobre el pecho y tiró de la prenda. Les costó pasar la falda por debajo de las piernas, pero en pocos minutos lo lograron y se alejaron de allí.

—No puedo creer lo que hemos hecho —pudo decir cuando se detuvieron, tras avanzar varias cuadras en silencio.

—Deja de pensar en eso y vístete. El resultado de nuestro esfuerzo no te abrigará si lo llevas en la mano.

Con un gesto de enojo, Mary entendió que él tenía razón. Levantó los brazos y se pasó el vestido por encima de la cabeza. Era muy escotado, pero el camisón que se dejó debajo le cubría los pechos. Luego se envolvió en la manta a modo de chal, y encima se puso la capa, que a pesar de tener un par de remiendos, la abrigó. Por primera vez desde que saliera de su casa no tuvo frío.

—Ahora sí estás lista —aseguró el muchacho sonriendo.

—¿Lista para qué?

—Para tu nueva vida en las calles.

La astucia de Peter los ayudó a sobrevivir en los días que siguieron. Él siempre se las arreglaba para conseguir alimentos, de un modo u otro. A Mary no le gustaba cuando él robaba, pero sabía que era necesario. Esa mañana habían ido hasta la costa del río, para ver si obtenían algo para comer. Ella estaba caminando entre los pescadores en la orilla cuando vio un alboroto hacia el otro lado, por donde sabía que había ido Peter. Se acercó y lo que vio la paralizó. Un hombre sujetaba a su amigo por el cuello mientras otro gritaba exaltado frente a él. En el suelo, entre los pies del chico, un pescado caído era la prueba del delito. Mary buscó acercarse, pero él la vio y le hizo un gesto negativo con la cabeza. Entendió que no podría ayudarlo, y sería una tontería que los apresaran a los dos. Peter se despidió de ella con un disimulado saludo de la mano y dejó que el hombre lo entregara al alguacil que se acercó para arrestarlo.

Asustada, Mary decidió averiguar a dónde llevaban a su amigo. Vio cómo un hombre ponía grilletes en sus muñecas y lo arrastraba a su lado. Empezó a seguirlos. Tras una buena caminata ingresaron a un edificio de aspecto lúgubre. Preguntó a una mujer que por allí pasaba y le respondió que era una cárcel. Allí los reos esperaban hasta ser juzgados y luego determinaban si los sentenciaban a cumplir la condena en Inglaterra o en las colonias al otro lado del océano.

Mary se dijo que el crimen de Peter no era tan grave, sin duda lo soltarían en pocos días.

Decidió que lo esperaría allí mismo hasta que saliera.

Llevaba tres días durmiendo en el piso, en el lado opuesto de la calle, cuando un guardia apostado junto a la entrada del edificio le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Ya te he visto mucho por aquí. No puedes quedarte a vivir en nuestra puerta. Vete a tu casa, con tu familia, muchacha.

—No tengo casa, y mi única familia está allí dentro. Han arrestado a mi hermano —mintió sobre el parentesco, aunque sentía que Peter era todo lo que le quedaba en el mundo—. ¿Cómo puedo saber cuándo saldrá?

—Eso depende del crimen. Dime su nombre y veré qué puedo averiguar.

—Es Peter Fields —dijo y se dirigió a esperar al otro lado de la calle.

Pasó un día más hasta que finalmente el guardia le dio noticias.

—El muchacho está bien, pero pasará un largo tiempo aquí. Lo han acusado por robo, y eso tiene una pena de siete años al menos.

—¡Siete años! Pero él sólo buscaba comida para nosotros —terminó la frase en un murmullo mientras un nudo le apretaba la garganta, le temblaba el mentón y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Será mejor que encuentres otro lugar para llorar tus penas, muchacha. No podrás esperarlo aquí tantos años. Vamos, vete ya —la apuró señalando el extremo de la calle.

Mary avanzó con lentitud hacia donde le indicaba el hombre, sin rumbo fijo. Había perdido a su familia y también al único ser que le había dado consuelo en medio de su soledad. No sabía cómo seguir. Anduvo hasta un claro y se sentó debajo de un árbol para pensar cómo continuar.

No podía volver a la casa de su madre. Tendría que buscar un empleo y mantenerse a sí misma.

No tenía contactos ni referencias, pero podría lograrlo. Era fuerte y sabía limpiar una casa. Hasta que lo consiguiera se vería obligada a continuar en las calles y poner en práctica lo que le había enseñado Peter.

La realidad resultó más dura que lo que Mary esperaba. Se acostumbró a dormir en callejones, envuelta en la capa. A veces se metía a escondidas en algún establo y buscaba refugio bajo el heno, a pesar del olor de los animales. Cuando tenía sed se acercaba a los bebederos de los caballos. Conseguir comida, en cambio, representaba un desafío mayor. Ese día no había probado ni un bocado. Hambrienta, decidió dirigirse al mercado de la plaza, aunque Peter le había dicho que los puesteros estaban muy pendientes de la mercadería expuesta y resultaba difícil robar allí. La mejor opción era esperar a la hora del cierre y buscar entre los desperdicios, aunque no solían ser muchos.

Con paciencia aguardó hasta que los vendedores comenzaron a levantar los puestos. Entonces se acercó a una mesa improvisada con unas tablas frente a la que un hombre gordo guardaba unos quesos. Algunas hormas estaban enteras, otras eran apenas pedazos, pero él ponía todo en sus cestos.

Decidió apelar a la caridad del vendedor.

—¿Podría regalarme un trozo de su queso, señor? No he comido nada en días —explicó con la mano extendida hacia adelante.

—No, vete de aquí.

—Por favor, han arrestado a mi hermano, no tengo a nadie...

—No es asunto mío. ¡Fuera! —insistió de mal modo y se dio vuelta para terminar de guardar todo.

Desalentada, Mary bajó la vista hasta sus pies. La suerte quiso que al hacerlo sus ojos encontraran un pedazo de queso del tamaño de una nuez caído en el barro bajo la mesa. Se agachó, lo tomó, lo limpió un poco contra la falda y se lo metió en la boca. Aunque lo masticó con gran rapidez, el puestero se giró y alcanzó a verla tragando.

—¡Me has robado! —exclamó en voz alta—. ¡Ladrona! ¡Ladrona! ¡Cuidado todos, aquí hay una ladrona!

—¡No he robado nada!

—¡Te vi comiendo lo que tomaste de mi mesa, mentirosa!

—¡No miento! Apenas levanté un trocito de queso que encontré caído en el barro. ¡Eso no es robar! —explicó.

—¡No es verdad, ladrona! ¡Alguacil, me han robado!

Asustada por la cara iracunda del vendedor, Mary intentó apartarse de él, pero otros puesteros se habían acercado ante los gritos del quesero y le cerraban el camino a sus espaldas. El hombre

seguía gritando y eso hizo que el alguacil que custodiaba la plaza también se acercara. Cuando escuchó lo ocurrido, observó a Mary unos segundos y no le concedió el beneficio de la duda: se la llevó detenida.

Habían caminado muchas cuadras en silencio, con una poderosa mano del hombre en torno al brazo de Mary, cuando él la hizo abandonar la calle por la que iban y avanzar en una zona de callejones.

—Aquí está bien, detente —ordenó empujándola contra una pared, al lado de una montaña de basura acumulada en un rincón.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mary.

—Eso no importa. Ven aquí.

En instantes se encontró atrapada entre los brazos del hombre, que empujó su cuerpo contra el de ella.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Déjeme ir!

—Sí, después. Primero te disfrutaré, linda. Hace mucho que estoy solo, necesito compañía. Ahora quédate quieta, ya sabes lo que tienes que hacer —la sujetó por un hombro para que dejara de sacudirse para escapar.

—¡Nooo! ¡No me quedaré quieta! ¡Y no lo dejaré tomarme!

—¡No intentes negarte! ¡Ambos sabemos que lo harás! Todas lo hacen para conseguir algo.

Eres muy bonita. Yo podría dejarte escapar —sugirió y le tocó un pecho, metiendo la mano dentro de la capa, seguro de convencerla para que se entregara a él.

—¡He dicho que no! ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Ayuda!

—¡Cállate! Si viene alguien no podremos continuar y si no quedo satisfecho, ¡te llevaré a prisión! —la amenazó.

—No me importa, soy inocente, así que deberán dejarme ir. ¡No puede violarme a cambio de mi libertad! ¡Ayúdenme! ¡Alguien, por favor!

—¡Basta! No voy a violarte, deja ya de gritar. Eres bonita pero muy tonta. No me gustas así, gritona y peleadora, sólo tomo a quienes abren las piernas para mí. Se me han ido las ganas contigo y has perdido tu única oportunidad, muchacha. Irás a prisión. No sabes lo que te espera.

Después del ataque, el viaje había continuado en silencio. Mary no se arrepentía de no haber entregado su cuerpo a cambio de su liberación. Mientras andaba, tuvo la esperanza de encontrar a Peter en la prisión y pensó que ambos podrían salir de allí juntos cuando toda la confusión se aclarase. Hasta que llegaron a un edificio que ella no reconoció. No era el lugar donde él estaba alojado.

—¿Dónde estamos? —preguntó al alguacil mientras un guardia abría un portón de madera para permitirles pasar.

—Donde deben estar las cucarachas ladronas como tú, ¡en prisión!

—Pero yo no robé nada, el hombre que me acusó miente.

—¿Por qué iba a acusarte de algo que no es verdad?

—¡Es una confusión! Se lo aseguro.

—Ahórrate tus palabras, en unos días le podrás llevar tu cuento al juez.

Los días de encierro se prolongaron. Poco después de su llegada la habían empujado dentro de un calabozo hediondo donde ya había más de una docena de mujeres. Sin ninguna ventana, tampoco camas ni colchones, apenas una capa de heno sucio cubría el piso de piedras heladas, y estaba casi todo ocupado. El único espacio donde echarse a dormir era cerca de una esquina con dos baldes inmundos donde todas hacían sus necesidades. Mary tuvo que contener la respiración al acomodarse en el heno húmedo. La primera noche no consiguió dormir. Aunque no hacía tanto

frío como en las calles, se mantenía despierta para espantar a las ratas que se acercaban a olerla cada vez que se quedaba quieta. Tampoco era un consuelo que allí dentro hubiera comida.

Les servían un plato de algo pastoso e insípido una vez al día. Las que querían algo mejor debían pagar por ello. Una y otra vez Mary repetía en su mente que todo eso era un error, que pronto se resolvería y la dejarían salir. Aunque eso tampoco le brindaba mejores perspectivas. Regresar a las calles no resultaba alentador. Los días pasaban y el desánimo se apoderaba de ella.

Tras más de una semana de encierro, sin ver la luz del exterior, finalmente escuchó su nombre.

—¡Mary Clarke! —gritó una voz desde la puerta. La llamaban a ella. Había dado el apellido de su madre cuando la apresaron, no quiso quedar registrada como Johnson y que la noticia llegara, de algún modo, a oídos de su padre. No quería que él pudiera encontrarla. Mary Clarke, en cambio, no existía—. ¡Vamos, muévete! Es tu turno de ver al juez.

Decenas de vueltas por laberínticos pasillos y escaleras de piedra la llevaron a una sala donde tres caballeros con pelucas blancas esperaban detrás de una enorme mesa. Uno de ellos tenía una pluma frente a un tintero. Los otros miraban sus propios papeles.

—Mary Clarke, se te acusa de robar queso en el mercado. Ya no queremos conductas faltas de moral en estas tierras. Su Majestad, el rey Jorge III, ha ordenado limpiar las calles de escoria como tú. Como ya no hay sitio en nuestras cárceles, deberás cumplir una sentencia en las lejanas costas de Nueva Gales del Sur, territorio de Nueva Holanda.

—¡Pero yo no robé nada! Tengo derecho a defenderme.

—El alguacil dice que el vendedor te vio masticando y comiendo su queso.

—¡Pero estaba en el suelo! Y él ya se estaba yendo, no se podía vender, era apenas un bocado lleno de barro —pronunció entre lágrimas.

—Acabas de confesar que lo tomaste y lo comiste. Te sentencio a cumplir la condena mínima por robo: siete años de prisión. Irás a la colonia penal de Botany Bay, en Nueva Gales del Sur. Partirás en el primer barco disponible, que es el *Lady Shore*. Que quede asentado en actas —ordenó—. Siguiendo caso.

—¡No! —exclamó Mary con miedo. Eso no podía ser verdad. Iban a enviarla lejos de todo lo que conocía. Ignoraba dónde estaba esa colonia penal, pero en su estadía en prisión había escuchado que el viaje en barco demoraba casi un año. Sin duda era muy lejana.

El mismo guardia volvió a tomarla por el brazo y la sacó de allí, pero en lugar de devolverla a la celda que conocía la llevó a otra más pequeña, donde se amontonaban con incomodidad unas dos docenas de mujeres. Ella se dejó arrastrar, se sentía mareada, confundida, ajena a la realidad; como si un abismo se abriera bajo sus pies.

—Córrense hacia el fondo, aquí llega otra afortunada más —anunció una detenida ubicada cerca de la puerta y sus palabras le llamaron la atención.

—¿Afortunada? —preguntó Mary con genuina sorpresa cuando el guardia se fue.

La mujer de mediana edad, con un cuerpo que revelaba kilos de más debajo de un vestido remendado muchas veces, y una maraña de rulos con vetas grises que escapaban bajo una toca sucia, soltó una carcajada.

—¿Acaso no conoces el sarcasmo, niña? ¡Estamos todas en la lista menos afortunada del mundo! ¡Nos mandan al peor destino! ¿Sabes cómo llaman a la expedición a Nueva Holanda? ¡El viaje al infierno!

3

Isla Borbón, en el océano Índico, marzo de 1792

Thomas O’Gorman no resultó el mejor marido, pero tampoco el peor. No trataba mal a su joven esposa. En realidad, casi no tenía trato con ella. Pocos días después de la boda el flamante esposo de Annette había partido en un viaje hacia la India. Quería aprovechar para invertir la jugosa dote en mercaderías que luego llevaría a vender a los puertos de América. Desde la reciente revolución en Francia, donde estaba la mayoría de sus clientes, ese país había dejado de ser un mercado rentable para vender los objetos de lujo que compraba en destinos lejanos. La solución había sido buscar nuevos horizontes. Y O’Gorman los había encontrado en las colonias españolas. Por lo que anunció a su esposa que al regresar de la India abastecería de víveres la nave y partiría hacia Cuba con una carga de telas y especias. Planeaba un regreso repleto de tabaco y azúcar.

—Eso me hará un hombre rico —había explicado a Annette con un brillo especial en los ojos, mientras cenaban esa noche. Aunque no hablaba mucho con ella, lo poco que decía O’Gorman bastaba para traslucir cuánto le importaba hacer fortuna. La codicia marcaba su personalidad.

—¿Cuánto tiempo pasará fuera de casa, monsieur? —preguntó con más curiosidad que preocupación. Aún no se había habituado a su compañía, de manera que no lo extrañaría.

—En el primer tramo del viaje serán unas seis u ocho semanas, luego estimo que muchos meses.

Muchos meses de libertad, pensó Annette con una sonrisa invisible en su interior. Aunque había pasado poco tiempo desde su boda, en esos días había descubierto que su nueva vida le ofrecía una gran ventaja: era dueña de sus actos, ya no tenía que rendir cuentas por todo a sus padres. Y si bien tenía muchas responsabilidades en su nueva casa y debía obedecer a su marido, los viajes que él planeaba le regalarían una inesperada independencia.

El deseo de Annette se cumplió. Durante un par de meses, O’Gorman estuvo ausente y ella hizo lo que quiso. Bailó y saltó en la sala de su casa al son de un tambor golpeado por Margot que la esclava consiguió a escondidas. Cabalgó por la orilla del mar no sólo por las mañanas sino también al atardecer, y hasta se animó a salir con la larga cascada de rulos suelta sobre la espalda, ignorando las normas que marcaban a las mujeres casadas recoger el cabello y ocultarlo bajo un tocado o gorra de batista. Por primera vez no había freno alguno para su espíritu indómito y los latidos dentro de su pecho se aceleraban con frecuencia debido a la felicidad.

—¡Esto es maravilloso, Margot! Creo que podría vivir así para siempre —confesó riendo mientras danzaba alrededor de unas sillas.

Pero la alegría no duró demasiado. Entre un viaje y otro, O’Gorman pasó unas cuantas semanas en su casa y en ese tiempo decidió disfrutar de las relaciones maritales, beneficio que había relegado tras una noche nupcial en la que su joven esposa demostró su desagrado y sufrimiento ante la novedosa unión. Tras obsequiarla con la ausencia causada por su primer viaje, estimó que ya se habría recuperado del dolor, por lo que estaría lista para recibirlo con frecuencia. Aunque no era un amante cariñoso, sí resultó un visitante vigoroso. En cada uno de sus encuentros concretaba la unión más de una vez, lo que dejaba exhausta a su esposa. Y muy pronto hubo consecuencias. En cuanto su marido embarcó rumbo a América, Annette empezó a sufrir los

síntomas del embarazo. Náuseas y vómitos le impidieron salir de la cama durante semanas, también le quitaron las ganas de acercarse a un caballo y hasta de bailar. Su cuerpo ya no le pertenecía. Otra vida crecía en su interior y se había apoderado de la suya. Se había acabado su libertad.

Agosto de 1793

Una nueva contracción la obligó a pujar. Ya no soportaba el dolor. Sentía que su cuerpo se partía al medio, pero aun así necesitaba hacer fuerza para sacar a ese niño de su interior. Llevaba más de un día en trabajo de parto y estaba a punto de desfallecer.

—Otra vez, madame, empuje otra vez. Le prometo que si lo hace ahora todo acabará pronto.

¡Empuje! ¡Así!

La orden de la comadrona la obligó a juntar las fuerzas que le quedaban y empujó una vez más para intentar arrancar al niño de sus entrañas. Estaba convencida de que la tarea la superaba.

Cayó sobre las almohadas con los ojos cerrados, la respiración acelerada, y segura de que no podría continuar. Estaba agotada, con aflicción esperó el ataque de una nueva contracción, pero el dolor había cesado. Un llanto de bebé rompió el silencio y abrió los ojos. A su lado estaba su madre con un bulto de telas que se movía entre sus brazos.

—Es un varón, Annette, y muy sano. Escucha la fuerza de sus pulmones —afirmó con una sonrisa y le acercó el bebé.

Anne se volvió hacia ella con miedo. Temía no poder querer a ese pequeño ser que berreaba y que tanto la había hecho sufrir. Temía no poseer dentro de sí ese amor instintivo que dictaba el lazo entre una madre y su hijo. Temía el momento en que conociera a ese monstruo que se había apoderado de su cuerpo durante meses y luego la había hecho sufrir hasta casi desear la muerte durante horas, ¿y si no le inspiraba cariño ni deseo de protección? Llena de dudas extendió los brazos. Una ola cálida, cargada de amor, tal como le había anticipado su madre que sentiría después del nacimiento, apareció de la nada y se apoderó de ella por completo. Un intenso calor la recorrió e hizo que brotaran lágrimas en sus ojos. No le importaba si se llamaba instinto, protección maternal o simplemente amor. Lo cierto es que ella empezó a amar a esa personita de rostro enrojecido e hinchado desde ese mismo instante.

—Me gustaría poder elegir su nombre, pero Thomas quiere que se llame como él. No me importa, el nombre no me impedirá querer a mi niño, aunque no logre querer a su padre —fue lo único que dijo antes de perderse en los rasgos del bebé, recorriéndolos con los dedos y la vista, totalmente embelesada.

Noviembre de 1794

—¡Han llegado graves noticias de Francia!

Las ojeras en el rostro de doña Jeanne revelaban que había estado llorando, cuando esa mañana entró corriendo en la sala de su hija con una carta arrugada en la mano.

—¿Qué ocurre, madre? —buscó tranquilizarla sujetándole los puños unidos pero la mujer temblaba.

—Mi tío Guillaume ha muerto.

—Lamento su partida, pero no es tan terrible. Era bastante mayor. Que Dios lo tenga...

—¡Lo decapitaron en la guillotina! ¡Y mi tía Henriette está en la Bastilla! Quizás corra el

mismo destino. ¡No hay piedad ni justicia de parte de esos asesinos revolucionarios!

—¡Por la Virgen Santa! ¡Pobre tía Henriette! ¡Viuda y encerrada! Pero, ¿por qué?

—¿Por qué? ¡Por ser nobles, por eso! Su título de marqués de Maléyssie le ha costado la vida a mi tío —murmuró y rompió en un llanto tan fuerte que Annette la obligó a sentarse y pidió a una esclava una jarra de limonada.

—Cálmese, madre. No le hará bien tanta angustia.

—No puedo calmarme, siento que ya no estamos a salvo en ningún lado. Pronto llegarán a las colonias las ideas de esos asesinos. ¿Y si deciden matarnos a nosotros también?

—Tranquílcese, no tenemos títulos propios, no creo que corramos peligro por la relación con mi tía abuela marquesa.

—No lo sé, hija. Últimamente todo es tan difícil, a tu padre no le han renovado el cargo de consejero.

—¿De verdad? —preguntó con genuina sorpresa—. Su cargo en el Superior Consejo de las islas de Pondichery y Borbón es muy importante para él.

—Por eso estoy tan preocupada, sólo podrá dedicarse a la actividad comercial, y sin poder político nadie podrá defendernos de los avances de los revolucionarios.

—No se preocupe antes de tiempo, madre. Ya veremos cómo sigue todo. Ahora vamos a tomar una limonada y a rezar una oración por el alma del tío.

—Tienes razón. Perdóname por traerte mis preocupaciones. En tu estado debería ser yo quien te cuide a ti —señaló el abultado vientre de su hija con una sonrisa, aunque sabía que los embarazos opacaban la alegría de Annette.

—Esta vez no me siento tan mal —reconoció con un gesto que le frunció los labios—, pero sigue sin gustarme que otra persona se adueñe de mi cuerpo.

—Ya te acostumbrarás, hija. En mi sexto embarazo me sentí mejor que nunca en la vida y en el séptimo te aseguro que no sufrí molestia alguna. Tu hermanito Jean Baptiste nació en apenas dos contracciones.

—¡Haré todo lo posible para no llegar a esa cantidad! —exclamó con espanto.

—Eso no lo decides tú, sino Dios.

—Pero también depende de la cantidad de encuentros de la pareja. Si logro que Thomas viaje más, yo podré tener menos embarazos —pronunció esperanzada.

—No me gusta cuando hablas así, hija. ¿Dónde quedó aquella muchacha alegre a la que le gustaba divertirse, que enfrentaba el mundo con una sonrisa?

—No lo sé, pero no está aquí —reconoció con dolor en la voz y un par de lágrimas inesperadas asomaron a sus ojos.

—Intentaré ayudarte a hacerla regresar, te lo prometo —ofreció con una mano en la mejilla de su hija—. Ahora vamos a ver a mi nieto, quizás el pequeño Thomas nos haga mejorar el ánimo en este día gris.

Enero de 1796

Thomas O'Gorman no tenía una rutina de trabajo regular. En algunas ocasiones pasaba apenas unas semanas fuera de su casa en viajes de negocios, otras se mantenía lejos durante meses.

Annette se había acostumbrado a sus ausencias. Cuando Margot le trajo la noticia de que el barco del monsieur estaba entrando en la bahía, no pudo evitar inspirar con fuerza y soltar un suspiro.

Con dos niños ya en sus brazos, no anhelaba que él pusiera otro más en su vientre. No le

molestaba el acto de la creación en sí. Aunque no disfrutaba de los encuentros del mismo modo que sabía que sentían las negras según le había revelado su esclava, se había acostumbrado a ellos y ya no sufría con los embates de O’Gorman. Lamentaba no tener ninguna amiga con quien hablar de ello. Ni su madre ni el sacerdote que la confesaba serían un buen maestro para despejar su ignorancia del tema. Y no podía preguntarle a Thomas por qué las negras temblaban de gozo y ella no. No tenía confianza suficiente con su marido. Continuaba siendo un extraño con quien dormía de vez en cuando, a pesar de que compartían una familia y un hogar. Su única fuente de conocimiento resultaba Margot, quien le había dicho que las mujeres negras gemían de placer junto a sus hombres cada noche en el galpón donde vivían todos juntos.

—Ya casi atracan, amita. Sin duda el *musié* Thomas estará aquí antes del anochecer, ¿no me ha escuchado? —repitió el aviso Margot ante la falta de respuesta de Annette.

—Sí, te escuché, pero elegí ignorarte. Me hace feliz desconocer su presencia un rato más.

Margot no dijo nada. Se había acostumbrado a las extrañezas propias de su ama.

—Cuando se entere de que habrá un comensal inesperado pero inevitable en la mesa esta noche, ¿me podría decir si quiere que la cocinera cambie el menú? Aunque recuerde que no está permitido servir veneno, ama —se atrevió a bromear.

Annette sonrió en silencio. Margot la conocía mejor que nadie. A pesar de lo que marcaban las normas sociales sobre confraternizar con los negros, se dijo a sí misma que su esclava sin duda se había convertido en su mejor amiga.

—¿Cómo ha podido traer a esos hombres hasta nuestras tierras? ¿Acaso se ha vuelto loco? — las palabras de Armand de Périchon salían de su boca con ira. El rostro enrojecido enfatizaba el enojo con su yerno—. Vine en cuanto me enteré de su regreso, pero ¿con esa compañía? ¡Por Dios santo!

—Tranquilícese, don Armand, y escúcheme, por favor. ¡No tuve opción! Maldigo la hora en que se me ocurrió llevar a Francia mis mercaderías. Es cierto que obtuve una buena ganancia, pero debería haberme conformado con los puertos de Inglaterra. Es como le digo, ¡no pude negarme a traerlos! Fue un pedido del gobierno, ¡en realidad fue una orden! Así que los embarqué y aquí están.

—¡Es una locura! Esto causará muchos problemas en esta isla. ¡En todas las islas! Nadie los querrá en la región.

Se refería a dos hombres que habían viajado con O’Gorman desde el continente europeo, dos comisionados enviados desde París para intentar que se respetara una ley: la Convención Francesa había abolido la esclavitud en sus colonias en 1794, pero eso no se cumplía en la práctica. En las islas del océano Índico todo seguía igual. Los hombres de piel blanca eran propietarios de los de piel negra y los explotaban en sus plantaciones. Aunque se habían recibido muchas veces cartas de notificación para que se modificara esa situación en los dos años transcurridos desde la promulgación de esa ley, nada había cambiado. Y de repente O’Gorman había llegado con los encargados de imponer el cambio y terminar con el estilo de vida que él y todos sus vecinos conocían. Por eso Périchon estaba tan alterado.

—Sin duda, habrá problemas —vaticinó sacudiendo la cabeza.

—Lo sé —respondió su yerno—. Pero no podemos hacer nada. Sólo esperar.

Una semana después comenzaron a llegar las noticias de los levantamientos. Los comisionados no fueron bien recibidos por los amos blancos y los amenazaron para que se fueran. Esclavos ofuscados por una cercana posibilidad de ser libres, que estaba a punto de escapar de sus manos, atacaron a sus propietarios. Las revueltas se multiplicaron. Rebeliones, con muertos y casas incendiadas, se convirtieron en noticias habituales. Los hombres del alguacil debían apoyar a los esclavos, por orden de los comisionados, pero se resistían a atacar a los dueños de las plantaciones, que eran blancos como ellos. Estos, a su vez, se defendían matando a sus propios esclavos. La ley estaba en manos de quien anduviese mejor armado. Y los cuchillos y hachas de los esclavos a veces resultaban más poderosos que un pistolón, por el tiempo que se demoraba en volver a cargar la pólvora.

—No podemos seguir esperando a que nos maten, Armand. ¡Tengo miedo!

Périchon observó a su esposa pensativo a través de la mesa. Estaba gran parte de la familia reunida: sus hijos varones solteros, Étienne, Eugène y Jean Baptiste, y Anne con su esposo.

—Yo también. Esto no acabará pronto. Y cuando termine, es probable que ya no tengamos esclavos.

—¿Cómo haremos para sobrevivir entonces? ¿Quién trabajará nuestras tierras?

—No lo sé, Jeanne.

—Yo sí sé cómo sobrevivir, tengo una idea —interrumpió O’Gorman.

—Diga, lo escucho —murmuró su suegro sin demasiadas esperanzas.

—Creo que ya no hay futuro para el progreso en las colonias francesas. Los republicanos parecen instalados en el poder en París y sus ideas avanzan. Eso no nos favorece. Pero la estabilidad continúa en las colonias españolas. Un rey sigue al frente de España y la esclavitud está tan vigente como siempre. ¿Por qué no probar suerte en el Río de la Plata?

—¿Qué dice? ¿Irnos?

—¿Por qué no? Yo vine desde Irlanda, usted vino de Francia, madame Jeanne nació en la India. Todos nos hemos mudado una vez, podemos hacerlo nuevamente. Y yo podría seguir viajando con la tranquilidad de saber que mi familia está segura en una colonia española.

—No lo sé... Estoy algo mayor para empezar de nuevo.

—¡Al menos permítase la chance de intentarlo! Si se queda aquí puede terminar bajo el cuchillo de un esclavo enfurecido, o solo frente a mucha tierra improductiva. Yo ya lo he decidido: me marcharé al Río de la Plata con mi mujer y mis hijos. Le sugiero que se unan a nosotros, monsieur.

—¿Por qué al Río de la Plata y no a Santo Domingo? Creía que tiene negocios allí.

—Es verdad, pero prefiero ir más al sur: tengo un familiar, un tío mío, viviendo allí, el doctor Michael O’Gorman. Es un médico muy respetado y podría ayudarnos a instalarnos. ¿Qué me dice?

—Tengo muchas dudas —respondió Périchon—. No sé si es conveniente...

—Pero yo no tengo ni una duda, ¡me parece una excelente idea! —lo interrumpió su esposa con énfasis y luego buscó convencerlo—. Vamos, Armand. Los territorios franceses ya no son seguros para nosotros. Temo tanto a los esclavos rebeldes como a los nuevos gobernantes que cortan la cabeza de la gente porque sí. Sabes tan bien como yo que crece la caza a los ex nobles y a todos sus parientes. Hubo miles de guillotinos en Nantes y en Lyon en los últimos tiempos. Lo mejor será irnos de tierras francesas.

—Yo tampoco estoy convencida de partir —intervino Annette, lo que provocó la sorpresa de su marido.

—No importa, ya te acostumbrarás. Nosotros nos iremos, ya lo he decidido. Mañana mismo debes empezar a preparar todo lo que hay en la casa. Llevaremos hasta el último detalle, lo que no

quieras conservar podremos venderlo al llegar. Los objetos manufacturados son costosos en esa región. La bodega de mi barco es grande, habrá lugar suficiente, además de las telas que ya están allí.

—¿Mi opinión no cuenta entonces?

—En este asunto no. Yo soy el jefe de la familia.

—¡Pero no quiero dejar mi tierra! ¡No quiero alejarme de mis padres y mis hermanos! ¡Debe escucharme!

—Basta ya, Marie Anne —la helada voz de O’Gorman llamándola por su nombre completo le indicaba que estaba enojado. Había copiado esa costumbre de Périchon.

—Pero, monsieur...

—No discutan, no es necesario —Armand interrumpió a su hija—, no nos extrañarás, Annette, porque iremos todos. Lo acabo de evaluar, y es lo mejor para la familia.

—¡Me alegra mucho esa decisión, monsieur Armand! —lo felicitó con un apretón de manos su yerno—. Mañana mismo escribiré a mi tío para avisarle que vamos todos y también comenzaré a preparar mi nave, la fragata *Marie Eugenie*.

Annette sintió un nudo en la garganta. Amaba las cálidas arenas de esa isla. No se imaginaba abandonando ese lugar. Pero si sus padres y sus hermanos se unían al traslado hacia el otro lado del mundo estaba dispuesta a enfrentarlo con entereza, al menos no estaría sola junto a ese marido que ni siquiera escuchaba su opinión.

Londres, abril de 1797

La caminata hasta el puerto fue difícil después de más de un mes de encierro. Mary avanzó con paso lento e inseguro a través de la fría neblina matinal. La mala alimentación y la falta de movimiento la habían entumecido. Tardó más que muchas de sus compañeras en llegar, por lo que no consiguió un buen lugar en la bodega de la fragata *Lady Shore*. Los pocos sitios cercanos a las escotillas por los que entraba algo de aire estaban ocupados. Tuvo que ubicarse en un banco cercano a la escalera por la que había descendido. La bodega era una gran sala donde había hamacas de red colgando, literas sin colchón y algunos bancos. Cuando esos sitios se ocuparon, muchas prisioneras debieron acomodarse en el piso de madera. Entre los tablones que lo formaban quedaban rendijas por las que se podía ver lo que había debajo: la sentina. En pocos días comenzó a emanar de allí un olor nauseabundo, mezcla de aguas estancadas con la orina de las reclusas, ya que el capitán había dado orden de que nadie saliera de la bodega hasta que el barco partiese del puerto. La espera llevó varias semanas, hasta que finalmente remontaron el Támesis y salieron al mar. En ese trayecto se les permitió a las prisioneras salir a la cubierta en grupos para tomar aire. Unos días después llegaron a Falmouth, un puerto en la costa sudoeste de Inglaterra y todas sufrieron otra vez el encierro.

—¡Esto es injusto! —exclamó la misma mujer que había hablado con Mary en la prisión en Londres—. ¡Tenemos derecho a respirar aire puro!

Lo había gritado al pie de la escalera, con la esperanza de que la escucharan arriba y alguien las liberara, pero nadie respondió. A su lado, Mary soltó un suspiro de resignación.

—¿Cómo te llamas, niña? Tendremos un largo viaje por delante. Algo de conversación, aunque sea con otras delincuentes, podrá hacerlo menos duro. Yo soy Emily Jones.

—Mary Jo... —comenzó a decir, por costumbre, pero enseguida se corrigió—. Mary Clarke. Pero no soy una delincuente. Estoy aquí por error. Un quesero me acusó de robarle. Yo no lo hice, no merezco esto —dijo casi al borde de las lágrimas.

—Nadie merece estar aquí, muchacha. Todas estamos embarcadas por error —resumió con una mueca que revelaba que en parte le creía y en parte suponía que mentía sobre su inocencia, como las demás—. Yo también fui sentenciada por robo. Dicen que tomé unas cintas de una tienda. ¡Eso no es verdad! Reconozco que me acosté con muchos hombres para sobrevivir, pero como la prostitución no es delito me acusaron falsamente para poder enviarme a prisión. He escuchado que necesitan mujeres en esas nuevas tierras donde montaron la colonia penal. Ese es el verdadero motivo de enviar esta nave con su carga femenina.

—¿Sólo vamos mujeres?

—Así es. Hay apenas dos reos varones, que subieron a último momento porque había sitio, pero nosotras somos casi setenta.

Mary sabía contar. Su madre había insistido para que aprendiera. Comprendió lo que la mujer le estaba revelando.

—¿Y qué harán con nosotras cuando llegemos al destino? —preguntó.

—Vendernos como criadas. Tendremos que trabajar gratis para quien nos compre durante los

años que dure la condena de cada una. ¿A ti cuántos te dieron?

—Siete.

—Igual a muchas de nosotras —asintió sacudiendo la cabeza—. Es la pena mínima, la excusa para llevarnos. Si al cumplirla quieres regresar deberás pagar tu pasaje, que es demasiado caro.

—¿Y con qué dinero? Si has dicho que no van a pagarnos.

—Ahí está el truco: quieren que nos quedemos allá, necesitan mujeres para poblar esas tierras. Por eso mandan a todas las reclusas que encuentran en edad fértil. Yo ya tengo canas pero apenas he vivido treinta primaveras, todavía puedo dar más hijos a este maldito reino. —Eché un escupitajo al suelo para remarcar que no le gustaba esa posibilidad.

Mary se quedó pensando en las palabras de su colega de infortunio.

—¿Entonces nunca regresaré a casa? —preguntó al cabo de unos momentos.

—Difícilmente, linda. Hace ya diez años que se instaló esa colonia penal y no he oído de nadie que haya regresado. Aunque quizás te consuela saber que muchas de nosotras ni siquiera llegaremos: la mitad de los presos muere en cada viaje.

—No, no es un consuelo —respondió con tristeza.

—Te diré un secreto, porque me das pena, y eres demasiado joven para enfrentar todo esto sin ayuda.

—¿Qué secreto?

—Hay algo que puedes hacer para que tu viaje sea menos duro: asegúrate de obtener alimentos frescos y agua de la que sirven a los oficiales en lugar de la podrida de los barriles que van aquí abajo.

—¿Y cómo consigo eso?

—¡Ay, niña, no me digas que no sabes cómo obtener algo de un hombre! Es fácil: ¡enredándolo para que te desee! Tu cuerpo puede ser muy valioso para estos oficiales que pasan tanto tiempo lejos de sus familias. Y aunque te ves bastante sucia, tienes buenos rasgos, ojos llamativos y un cuerpo muy apetecible, podrías estar entre las elegidas si te lo propones —evaluó con practicidad.

—No comprendo: ¿las elegidas?

—Sí, elegidas para compartir los lechos de la tripulación.

—¡Yo no quiero convertirme en una prostituta!

—No es prostitución, ¡es supervivencia! No verás una moneda por tus servicios, eso sólo te ayudará a que tengas mejores condiciones en el viaje. Piénsalo.

—No, no quiero. No puedo, no podría... ¡Yo nunca me he acostado con nadie!

—¿Qué dices? ¿Eres virgen? —La sonrisa de la mujer reveló que la interesaba esa información—. Entonces olvida mi sugerencia, no te preocupes. Eres joven y fuerte, y sin duda sobrevivirás a la travesía sin la necesidad de cuidados especiales.

Mary no quiso continuar con esa conversación. Se acurrucó en el piso, las piernas envueltas en la capa de lana y cerró los ojos con fuerza, anhelando quedarse dormida, para escapar al menos un rato de la sucesión de duras pruebas que invadían su vida.

La parada en Falmouth se demoró varias semanas. Nadie explicó a las reclusas por qué. En ese tiempo Emily se mostró amable con Mary. Pasaba muchas horas a su lado dándole conversación, contándole sobre su vida y preguntando por la de ella. Una incipiente amistad crecía día a día.

Finalmente levaron anclas en el mes de junio y en poco tiempo se encontraron en mar abierto.

Cuando nada más que cielo y agua podían divisarse hacia los cuatro lados del barco, el oficial de guardia se retiró de la puerta de las reclusas. Ya no les estaba impedido el paso. Aunque subieran a cubierta para arrojar al mar buscando escapar, no podrían llegar a ninguna orilla.

Mary fue una de las primeras en elegir aprovechar ese privilegio. En cuanto estuvo arriba inspiró el aire en profundas bocanadas. El bamboleo del barco sobre las olas no la incomodaba.

Había descubierto que ella no se mareaba, a diferencia de muchas de sus compañeras, que habían convertido la bodega en un espacio hediondo con sus vómitos frecuentes ante las sacudidas de la embarcación. Se acodó en la barandilla y observó el azul del mar un largo rato. No sabía qué encontraría al final de aquel horizonte lejano e infinito, pero no estaba dispuesta a dejarse amedrentar por todo lo escuchado hasta ese momento. Miró hacia adelante con esperanzas.

Aunque no había vuelto a ver a su amigo Peter, y extrañaba a su madre y a sus hermanitos, no deseaba regresar a su vida anterior. Cualesquiera que fuesen los peligros que la esperaban al otro lado del mundo no podrían ser peor que la posibilidad de caer en las garras de su padre borracho una vez más. Al recordarlo se estremeció, pero no pudo dedicar demasiada atención a ese pensamiento. Una voz a sus espaldas la distrajo.

—Aquí está, capitán. Puede ver que no le he mentado. Es joven y hermosa. Con una cubeta de agua fresca y un pañuelo podremos limpiarle el rostro para que se vea mejor, pero le aseguro que no tiene ninguna enfermedad que pueda contagiarle: es virgen.

Mary se volvió mientras escuchaba la explicación y se encontró con su amiga junto a un hombre con el uniforme de los oficiales, de unos cuarenta años, con una barba prolija que se unía a gruesas patillas, que la observaba con detenimiento y asentía con la cabeza ante lo que veía.

—¿Está segura de eso? —preguntó a Emily, aunque miraba a Mary.

—Ella me lo ha asegurado muchas veces, y le creo —respondió enfática—. Me ha contado todo lo que ocurrió en la vida. Tiene mi palabra, capitán Wilcocks. Compruébelo antes de darme mi paga.

—Eso haré, puede darlo por seguro. Y si me ha mentado, pasará el resto del viaje encadenada en la bodega, no permitiré que una madama se burle de mí —le advirtió.

Mary observó la escena sin comprender al principio, hasta que como un golpe en el estómago entendió lo que estaba ocurriendo: su supuesta amiga la estaba vendiendo a un oficial a cambio de algún beneficio para sí misma. Captar la verdad le dio tanto asco que ni siquiera pudo sentir miedo.

—¿Una madama? ¿A eso te dedicas? ¿A entregar mujeres? ¿Me has vendido? —la acusó con desprecio mientras el capitán la tomaba por el brazo y la llevaba por las escaleras hacia el interior del barco.

—Camina —le ordenó imperioso, aunque sin violencia—. Por el pasillo, continúa hasta el fondo.

Mary obedeció y pronto él abrió la puerta de una sala muy grande y lujosamente amueblada.

Había un enorme escritorio de madera con un sillón detrás, todo de madera labrada, lámparas colgantes con velas prendidas en su interior, una mesa con seis sillas en la que se veían restos de un almuerzo con lechón y vegetales, muy diferente del soso caldo que servían a las presas en la bodega. También llamaban la atención los cortinados de terciopelo en las ventanas: en la grande de popa y en las redondas pequeñas de los costados, además de una biblioteca en una pared y una cama con acolchado de *broccato* en la opuesta.

—Linda habitación —fue todo lo que pudo decir.

—No es una habitación, es mi cabina, el castillo de popa, el puesto de comando de esta nave —la corrigió.

—¿Entonces usted es quien manda aquí? ¿Da órdenes a todos?

—Así es, soy el capitán Wilcocks y el *Lady Shore* es mi barco —explicó con orgullo.

—¿Usted podría ordenar liberar a los prisioneros? —preguntó curiosa, mirándolo a los ojos.

—No, las sentencias fueron dictadas por un juez. Mi trabajo es cumplir con el traslado.

—Pero sí puede castigarnos hasta matarnos, según escuché.

—Debo mantener el orden a bordo, si para eso es necesario impartir disciplina o medidas más serias, sin duda lo haré. Pero no tengo ganas de seguir hablando. Ve a lavarte —le indicó con un gesto una mesita con un balde de agua limpia en un rincón.

—¿Por qué quiere que me lave? —preguntó para ganar tiempo, aunque intuía la finalidad del pedido.

—Para que empieces a cumplir con tus nuevas tareas.

—¿Qué tareas?

—Atenderme, ¿qué más iba a ser? —anunció y se sentó con gracia en una de las sillas. Acomodó los faldones de la chaqueta para que cayeran a ambos lados de su cuerpo hasta el piso y estiró las piernas enfundadas en pantalones blancos—. Después de lavarte, quítame las botas.

Mary lo observó unos momentos y evaluó que sólo tenía una alternativa: obedecer. Se volvió hacia el lavabo y comenzó a enjabonarse el rostro, el cuello y los brazos con lentitud. Agradeció en silencio reencontrarse con la sensación de limpieza, algo que hacía mucho extrañaba, pero no pudo disfrutar demasiado de ese momento. La voz de él la llevó de vuelta a la realidad.

—Lávate también entre las piernas.

Con las mejillas enrojecidas, obedeció. La tarea de lavarse la ayudaba a postergar lo inevitable. Sabía lo que ese hombre buscaba e intuía que no podría escapar. Estaba en su barco, él era la máxima autoridad. Hizo un rápido repaso por las acciones de los hombres que la habían llevado hasta allí: se había negado al manoseo de su padre y había perdido su hogar y su familia; por no aceptar la demanda del alguacil que la apresó en la calle había terminado en prisión con una falsa acusación. En ese momento estaba a merced del capitán. Sabía que si se resistía una vez más podría acabar en el fondo del mar. Decidió que su honra no valía más que su vida. Dispuesta a hacer lo necesario para sobrevivir, inspiró con fuerza y se volvió hacia su victimario, quien también era el dueño de su destino mientras durase la travesía.

—¿Qué es lo que quiere? —le preguntó mientras terminaba de quitarle las botas.

—Quítate toda la ropa y acuéstate en mi lecho. Si de verdad eres virgen, te enseñaré lo necesario para que alegres mi viaje. Caso contrario, regresarás a la bodega y vivirás encadenada los próximos meses —respondió con frialdad en la voz, aunque mirándola con ansias.

Cuando toda la ropa de Mary estuvo en el piso de la cabina y ella recostada, lo primero que él hizo fue hurgar entre sus piernas.

—¡No! —lo rechazó asustada. Su instinto de defensa le hizo juntar las rodillas y empujarlo, buscando apartarlo, pero él la sujetó.

—Quédate quieta. Esto sólo tomará un minuto y definiré tu futuro —insistió mientras introducía un par de dedos en ella.

El quejido ahogado de Mary no lo apartó, continuó tocándola, entrando y saliendo de su interior con fuerza, hasta que finalmente sonrió satisfecho y se alejó un poco.

—¿Ya puedo irme? —preguntó incómoda, e intentó alcanzar su vestido.

—No, esto recién empieza. Tu sangre en mis dedos me acaba de demostrar que eres virgen, así que ahora voy a tomarte de verdad —explicó mientras se quitaba los pantalones con rapidez—. Recuéstate y ponte cómoda, no saldrás de aquí en muchos días.

Las primeras noches fueron difíciles. La rutina en el lecho del capitán incluía miedo, dolor y asco. Luego, desamparo y desolación.

Con el correr de los días las sensaciones de Mary se aplacaron y su ánimo mejoró. La flamante relación le representó muchos beneficios. Después de probar su cuerpo él quedó satisfecho y no la mandó de vuelta a la bodega, sino que la invitó a dormir en la cabina principal. Allí había un colchón mullido y no llegaba el olor de la sentina, que inundaba el albergue de las prisioneras.

Además compartía la mesa con Wilcocks y con eso todos los hombres a bordo la reconocían como la barragana del capitán. Ningún otro miembro de la tripulación se animaba a ponerle las manos encima. Sabía que muchas presas tenían que acostarse con varios oficiales cada noche.

Ella, en cambio, lo hacía con uno solo.

Su rencor hacia Emily se fue desvaneciendo poco a poco. Gracias a ella tenía una mejor posición a bordo. Además de las comodidades, Mary no estaba recluida en la cabina del capitán, podía pasear por toda la nave, por lo que charlaba con las otras mujeres. Pasaba mucho tiempo con Jane Grigg, una muchacha particularmente locuaz que le hacía preguntas sobre su relación, sobre su pasado o sobre cualquier otro asunto. Era bajita, de cabellos rubios y con las mejillas siempre encendidas. A Mary le resultaba simpática. Una tarde, mientras paseaba por la cubierta, la abordó para hablar sobre su nuevo habitáculo.

—Dime, Mary, ¿es verdad que hay sábanas de hilo en el lecho del capitán? ¿Y los candelabros colgantes son de oro?

—No, no hay candelabros, apenas faroles que protegen las velas de los vaivenes y el viento. Las sábanas son muy suaves, pero no puedo reconocer el hilado.

—¡Oooh, cuánto lujo! Dime algo más, ¿hay armas en la cabina? ¿Podrías tomar alguna si quisieras?

—He visto armas, pero no me interesa tocarlas, no sabría usarlas.

—Pero, ¿podrías hacerlo? —insistió.

—No lo sé, calculo que sí —respondió dubitativa—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Uno de los marineros con los que me acuesto me pidió que averiguara qué hay en la cabina del capitán. Y como te conozco, me pareció una buena idea complacerlo. Nada importante. ¡Cuéntame más! ¿Hay cucharas de plata para la sopa? ¿Cuchillos para la carne?

Mary satisfizo la curiosidad de Jane relatando todo lo que recordaba sobre el mobiliario, después pasaron a hablar sobre la tierra que se veía en el horizonte, a la que se acercarían al día siguiente. Una parada para reabastecimiento de agua en las islas Canarias, le había explicado a Mary el capitán en los muchos momentos que compartían juntos.

Se había acostumbrado a su vida junto a Wilcocks. Ya no le molestaba su demanda nocturna habitual, y toleraba los encuentros sin sufrimiento. Después, disfrutaba de su compañía. Él era un hombre inteligente e instruido. Le enseñó mucho sobre la vida en las colonias de Nueva Holanda durante las largas charlas que mantenían. Así supo que en las primeras flotas habían llegado demasiados hombres y escasas mujeres. Pocas resistían el viaje. En Nueva Gales del Sur había diez hombres por cada mujer. Necesitan muchos vientres fértiles para poblar la colonia. Con esa orden, empezaron a llenar barcos con presas por delitos menores. Entendió que al finalizar su condena podría labrarse un futuro decente por sí misma en las tierras lejanas a donde se dirigían.

Iban rumbo al paraíso de las oportunidades, según Wilcocks. Mary le creía y sentía que quizás su suerte no fuese tan mala.

Tras rellenar los barriles de agua y cargar leña, pronto volvieron a enfrentar las olas en mar abierto. El cruce del océano demoró casi dos meses. Se reabastecieron en Río de Janeiro y seguían hacia el sur cuando una calma atroz se apoderó de la nave. El viento desapareció, las velas no ondeaban. Apenas se sacudían sobre los mástiles al compás del movimiento de las olas.

Durante días esperaron la brisa que no llegó. El calor apretaba, y el aburrimiento llevó a la

distracción.

La noche del primero de agosto los marineros del turno nocturno estaban sentados jugando a las cartas en la cubierta que se mecía con suavidad sobre el calmo mar cuando los filos de poderosas navajas cortaron sus cuellos o se hundieron en sus vientres para robarles la vida. Pasos veloces inundaron la nave mientras un grupo de amotinados intentaba tomar el control. La tripulación estaba formada por oficiales ingleses, que comandaban a marineros de diferentes nacionalidades, la mayoría “*enganchados*” franceses, irlandeses y algunos prusianos, enrolados a la fuerza cuando sus ejércitos perdieron batallas frente a los británicos. Botany Bay era un destino lejano y peligroso que no había sido elegido por ninguno de ellos: eran prisioneros de guerra obligados a servir a un país al que no amaban. Al acercarse a las costas de la colonia portuguesa de Brasil un grupo de nueve extranjeros encontró la oportunidad de escapar de los ingleses: decidieron que matarían a los oficiales y tripularían ellos mismos la nave hacia donde quisieran. La matanza acababa de comenzar.

Mary escuchó las corridas en la cubierta pero no se movió. Yacía sobre su vientre, semidesnuda, tapada apenas por una sábana debido al calor. Los suaves ronquidos de Wilcocks, tendido a su lado, le impedían dormir. Él no se movió ante el sonido de las pisadas, ni se inmutó con los gritos en el pasillo. Recién despertó con los ruidos del hacha destrozando la puerta de la cabina principal. Se sentó sobresaltado y buscó la pistola en su mesa de cabecera, pero fue demasiado tarde. El filo de un cuchillo había pasado por su garganta, haciendo que un chorro de sangre bañara a Mary, quien gritó horrorizada.

El agresor, de piel morena y lampiña, le acercó el cuchillo al rostro y Mary pensó que tendría la misma suerte que el capitán. Cerró los ojos y elevó una plegaria silenciosa para despedirse de la vida terrenal, hasta que una voz la distrajo y levantó la vista.

—¡Alto! Nuestra misión no es matar putas, déjala. Dejemos vivir a todas ellas, son apenas prisioneras. Podemos disfrutarlas —se asomó por detrás un hombre muy alto y fornido, con cabellos y barba rubios manchados de sangre, pero no se veía herido. Era sangre de sus víctimas.

—Pero esta es la puta de un inglés, Lochard. ¿Para qué dejarla vivir?

—Por el momento, para que sea la puta de un prusiano. ¡Será mía! Ve a buscarte otra para ti, y en el camino fíjate que no queden oficiales sueltos. Nuestro líder murió por culpa de ese maldito inglés que lo enfrentó, así que ahora mando yo. ¡Largo de aquí! —ordenó a su compañero en un tono sin margen para desobediencia.

El hombre asintió y salió corriendo de allí arengando el motín:

—¡Muerte a los ingleses! *Vive la République!*

—Tú, muchacha, límpiame esa sangre del rostro y espérame aquí. Debo ocuparme de algunos asuntos, pero regresaré y tomaré esta cabina, con todo lo que tiene en su interior. No me temas. No te trataré peor que este cerdo inglés —concluyó el gigante rubio dirigiéndose hacia Mary con una sonrisa.

Después de que los hombres se marcharan, ella se quedó observando el cadáver a su lado, que había generado un charco de sangre. Miró la puerta destrozada, escuchó un tiro en la cubierta y supo que no tenía a dónde ir. No quería regresar a la bodega que olía a humedad, a encierro, a transpiración y a heces. En los últimos meses había aprendido que no era dueña de su destino, sino apenas una sobreviviente con habilidad para adaptarse a las más diversas circunstancias. Si una nueva tripulación había tomado el barco, sólo podía juntar paciencia para esperar hasta descubrir cuál sería su nuevo lugar entre ellos.

Las últimas semanas del viaje hacia el Río de la Plata resultaron difíciles para Anne. Su avanzado embarazo no le permitía hallar una posición cómoda para recostarse a descansar, ni mucho menos para dormir. Rezaba para que el niño esperase a que llegaran a tierra para nacer, pero por el tamaño de su barriga, a veces temía tener que enfrentar un parto en altamar. Su madre trataba de ayudarla distraendo a los pequeños Thomas y Adolph la mayor parte del tiempo, cuando no estaban con Margot. Ella lo agradecía, porque esa libertad le permitía caminar por la nave. Los paseos que repetía varias veces al día por la cubierta servían para aliviar sus dolores de espalda.

En la fragata de Thomas viajaba, además de toda la familia Périchon y sus veintisiete esclavos, un amigo de O’Gorman con quien mantenía negocios en diferentes puertos, el comerciante norteamericano William Porter White. Tras varios meses de convivencia a bordo, Anne disfrutaba de su compañía. Después de un largo paseo, a pesar del aire frío que los envolvía, se detuvo al lado del caballero, que estaba acodado sobre la borda.

—Buenas tardes, monsieur William. Parece que estamos atravesando una zona de clima invernal.

—Así es, madame. Estamos yendo hacia el sur y aquí es invierno, por lo que cada vez será peor.

—Ignoraba que el frío fuera tan intenso. Tendré que conseguir ropa más abrigada para los niños —respondió sacudiendo la cabeza con disconformidad.

—No se preocupe, hay muchas piezas de lana exquisita en las bodegas. Sin duda a Thomas no le molestará destinar algunas a su familia.

—La verdad, no lo sé. El diálogo no es uno de los bienes que caracteriza mi matrimonio —confesó compungida—. Es tanto lo que ignoro sobre nuestro futuro... ¿Qué sabe del lugar al que nos dirigimos? Thomas me ha transmitido parte de lo que le contó su tío, que vamos hacia una colonia próspera y en crecimiento, pero no mucho más.

—La principal información para nosotros es que se puede comerciar con grandes ventajas. Venderemos lo que llevamos y haremos fortuna con facilidad.

—Espero que tenga razón y eso contente a mi marido —pronunció con un suspiro—, que un importante éxito económico haga que todo el sufrimiento de mi familia por este traslado valga la pena.

—Ignoraba que su familia estuviese sufriendo, madame. Lamento escucharlo.

—Para empezar, viajar en mi estado no es cómodo. Hubiera preferido esperar unos meses más en mi hogar, pero Thomas insistió en que debíamos hacerlo ahora. Además, embarcar a mis padres en esta aventura no me complace, ya son mayores. Los únicos que disfrutaban de la travesía son mis hermanos, demasiado jóvenes para preocuparse por nada, y mis niños, muy inocentes aún para comprender que cada empuje del oleaje los aparta de la tierra donde nacieron.

—Abandone la amargura, madame. Un rostro tan bello como el suyo no debe lucir el ceño fruncido ni líneas de preocupación. Le sugiero que disfrute de las novedades que encontrará en las

tierras a donde nos dirigimos. Ofrecen un gran potencial.

—No comprendo del todo lo que quiere decir.

—Ya lo comprenderá, madame, muy pronto lo hará —aseguró y se quedó mirando hacia proa, como buscando identificar un futuro dibujado en el horizonte.

Armand Étienne Périchon de Vandeuil fue el primero en bajar a tierra para hablar con el alguacil de mar cuando fondearon frente a las costas de Monte Video. Su yerno y White lo acompañaban.

En la oficina correspondiente declararon todo lo que llevaban a bordo. Además de anotar la cantidad de esclavos, piezas de seda, de algodón, pañuelos y otras cosas para vender, los funcionarios del virreinato tenían orden de registrar en español los nombres de todos los pasajeros que llegaban. Si eran extranjeros tenían una lista de traducciones para buscar el nombre equivalente, y si no lo hallaban en ella, lo españolizaban tal como sonaba. Así, el padre de los Périchon quedó registrado como Armando Esteban, su mujer como Juana Magdalena y su hija como Ana, a secas. Los nombres de sus hijos varones también cambiaron: Étienne pasó a ser Esteban; Eugène, Eugenio, y Jean Baptiste, Juan Bautista, aunque en la intimidad de su hogar, todos mantenían el original en francés. Por su parte, Thomas O’Gorman padre e hijo perdieron la hache de sus nombres y el pequeño Adolph se convirtió en Adolfo.

Cuando William Porter White dijo su primer nombre, buscaron la traducción y lo inscribieron como Guillermo. Cuando dijo el segundo, los funcionarios españoles no lo encontraron. Le pidieron que lo repitiera pero no lo entendían, por lo que intentó deletrearlo en su idioma: *Pi, O...* Antes de que pudiera terminar el oficial anotó Pio. Así, en ese momento, se transformó en Guillermo Pio White.

Aunque en ese primer día Périchon y O’Gorman pidieron la carta de residencia, no se las concedieron de inmediato. Sin eso no podían comprar una propiedad para establecerse. Por lo que alquilaron una casa en el centro de la ciudad, no muy lejos del puerto, para que Thomas pudiera ocuparse de sus negocios.

Pocos días después de su llegada, llamó la atención de Anne y de los vecinos de la zona una larga salva de cañonazos. Todos corrieron al puerto temiendo que fuese el anuncio de una invasión, pero se encontraron que era una bienvenida a una nave que llegaba con doble bandera, la francesa sobre la inglesa, lo que indicaba que había sido capturada en altamar.

Al día siguiente, Anne fue de compras al mercado junto con Margot, y también en busca de noticias. Todos se enteraban de las novedades entre los puestos de venta. Allí escucharon hablar de la fragata recién llegada. Los rumores no se ponían de acuerdo, unos decían que pertenecía a Inglaterra, enemiga de España, y otros a Francia, su aliada. Aunque le faltaban unas semanas para dar a luz, Anne estaba eligiendo unas frutas cuando sintió que las aguas que resguardaban a su niño escapaban de ella en plena calle para formar un charco barroso a sus pies.

—¡Oooh! —No pudo evitar el quejido que brotó de sus labios ante la inesperada contracción.

—Madame, ¿está bien? —preguntó Margot preocupada y con el trato que Thomas había ordenado que diera a su ama desde que embarcaran.

—No, no estoy bien. ¡El bebé ya viene! Puedo sentirlo peleando por salir. Esta vez es diferente a las anteriores, viene muy rápido. ¡Haz algo, Margot!

Asustada, a la negra no se le ocurría cómo ayudar. Por lo que levantó los brazos en el aire y los sacudió, haciendo señales, mientras gritaba:

—*À l’aide! À l’aide!*

—Nadie va a entenderte en francés. Debes exclamar *Help!* —sugirió Annette antes de torcerse por una nueva contracción.

—*Help! Help!* —pronunció la esclava y volvió a agitar los brazos, lo que llamó la atención de una extraña comitiva formada por una larga fila de mujeres vestidas con harapos sucios y unos pocos soldados que las escoltaban.

Una de ellas se detuvo al ver a la mujer blanca inclinada gimiendo, con el rostro muy pálido y la falda empapada, y a la negra gritando como una loca.

—¿Qué ocurre? —preguntó en inglés.

—El niño ya llega y no puedo regresar hasta mi casa —respondió en el idioma con que Thomas se dirigía a sus hijos y ella había aprendido a su lado.

—Yo puedo ayudarla —se ofreció y se acercó. Uno de los guardias a su lado intentó detenerla pero sus gritos en una lengua desconocida y su mano señalando a la dama que gemía por el dolor hicieron que el soldado español se resignara, dispuesto a esperar, mientras el resto de la fila continuaba avanzando.

—Mi madre es comadrona, la he asistido para traer niños al mundo algunas veces. Si me lo permite, la ayudaré —se ofreció la muchacha.

Sola en un lugar donde pocos la entendían, Annette accedió.

—Sí, ¡por favor! Siento que el niño quiere salir, ayúdeme a recostarme.

—¡No puede tener a su hijo en la calle, madame! —exclamó Margot con espanto.

—Tampoco puedo andar. Temo que si camino el niño se escurra entre mis piernas.

—Tranquilícese, que no creo que eso ocurra. Los partos son lentos.

—Lo sé, los anteriores lo fueron, ¡pero esta vez va muy rápido!

—Ayúdeme a llevarla a un lugar reparado —ordenó la joven inglesa a Margot y entre ambas tomaron a Anne por debajo de los brazos y la cargaron hasta una carreta cercana. No estaba enganchada a animales, por lo que no podrían trasladarla, pero tenía un toldo sobre una estructura de cañas en la parte trasera, lo que les daba cierta privacidad en medio de la calle. El soldado las siguió, sin ayudarlas pero sin molestar, y se quedó afuera del improvisado refugio.

Annette se recostó apurada y Margot la ayudó a sacarse la ropa interior que llevaba debajo de la falda. Estaba a medio desvestir cuando el dolor de una contracción la obligó a gritar con todas sus fuerzas.

La muchacha se inclinó entre sus piernas y con facilidad tomó una pequeña cabeza entre sus palmas para hacerla girar, como había visto hacer a su madre muchas veces. En el siguiente pujo, un bebé se deslizó entre sus manos. Lo envolvió en la capa de la madre que le tendió la esclava y anunció:

—¡Es una niña! Necesito algo con filo para cortar el cordón.

—No tengo nada —respondió Annette agotada—. Margot, corre hasta la casa a buscar algo.

—¡No! No hay tiempo, tiene que ser de prisa o se ahogará.

—¡Busca por aquí! —pidió la reciente madre con desesperación.

—No hay nada, madame. ¡Este carro está vacío! —exclamó la esclava unos momentos después.

—¡No respira! —anunció la joven con la beba en sus manos.

—¡Nooo! ¡Salven a mi hija! *Help! Help!* —gritó con fuerza, extendiendo las manos hacia ella en un gesto desesperado.

Un par de lágrimas de impotencia rodaron por el rostro de la muchacha que la había ayudado, dejando dos surcos en las sucias mejillas.

Annette cayó hacia atrás y comenzó a llorar con sollozos agudos, cargados de dolor. Amaba a cada uno de sus hijos, y había comenzado a amar a esa niña hacía muchos meses. Saber que la

había perdido por no haber estado en su casa cuando llegó la hora de dar a luz la cargaba de culpa.

—¿Por qué hay gritos? ¿Qué está ocurriendo aquí? —las interrumpió una voz masculina en inglés, mientras un rostro de barba rojiza se asomaba por la tela que hacía de cortina.

—No tenía nada para cortar el cordón y la beba ha muerto —explicó la joven compungida, ante la falta de respuesta de la madre, atrapada en un profundo llanto, y la mirada humedecida de la esclava silenciosa.

—Apártate, muchacha, déjame ver —la obligó a correrse un hombre muy bien vestido, al tiempo que subía a la carreta y se arrodillaba junto a ellas. Observó a la criatura, cuya piel todavía sucia de líquidos maternos mostraba un tono pálido casi grisáceo y sin decir nada buscó en un bolso que cargaba con él—. Algo para atar, ¡rápido! —pidió con una mano extendida, sin dirigirse a nadie en particular. Margot no comprendió pero la joven sí. Se inclinó hacia el pecho de Annette y arrancó una cinta de seda del canesú de su vestido. El tirón hizo que la madre abriera los ojos confundida, para ver a un extraño arrodillado entre sus piernas, que con algo parecido a una cuchilla con destreza cortó el cordón que salía del ombligo de la beba, hurgó con los dedos en su boca, para después darle palmadas en las nalgas y en la espalda. Unos segundos más tarde un agudo chillido, seguido de un llanto, llenó el lugar.

Las lágrimas de Annette aumentaron, ya no por desconsuelo sino por alivio y felicidad.

—¡Gracias, monsieur! ¡Gracias! Tendrá mi eterna gratitud por haber salvado la vida de mi hija.

—No me agradezca. Mi trabajo es salvar vidas y me alegra haber podido ayudar en este caso, soy médico. Estoy apenas de visita en esta ciudad, pero sin dudas por momentos inesperados como este considero que mi viaje ha valido la pena —explicó y depositó a la niña, que no dejaba de llorar, en brazos de la madre.

—¡Muchas gracias! —insistió Annette—. Dígame su nombre, para llamar así a mi hija, como un pequeño homenaje.

—Michael O’Gorman, para servirla.

—¿Usted es el tío de Thomas? —preguntó con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Soy Anne Périchon de O’Gorman.

—Entonces esta niña es mi sobrina nieta, ¡doble alegría por haberla salvado! —sonrió complacido—. Justamente acabo de llegar a la ciudad para encontrarme con mi sobrino, crucé el río desde Buenos Ayres.

—Agradezco al Señor por haberlo enviado en el momento justo, doctor. Y también a ti, muchacha, hiciste un buen trabajo, sólo te faltaron las herramientas. Dime tu nombre.

—Me llamo Mary, madame, Mary Clarke.

—Gracias a ustedes dos mi niña vive, se llamará Mary Michelle.

—No la dejarán inscribirla con nombres en inglés y francés, aquí todo debe sonar español —observó el médico.

—Tiene razón, lo olvidaba. Será María Micaela entonces.

Los primeros meses en el Río de la Plata resultaron un remanso familiar para Annette. Casi no salía de la casa que habían alquilado en Monte Video, donde vivían todos juntos, los Périchon y los O’Gorman. Dedicada a su beba y a sus dos pequeños hijos, poco le importaba todo lo demás.

Como no tuvo contacto con la gente del lugar, su conocimiento de la lengua local siguió siendo escaso.

El doctor O’Gorman se quedó unos días con ellos para ayudarlos en la gestión de los papeles

de residencia y después regresó al otro lado del río, a la ciudad donde estaba instalado desde hacía varios años. Otro huésped, en cambio, no tuvo un recibimiento tan cálido en la casa. A pedido de doña Jeanne, el norteamericano William White no fue invitado a quedarse con ellos, sino que debió buscar alojamiento en otro lado.

—¿Por qué le tiene tanta antipatía a William, madre? Parece un buen hombre.

—No me gusta la forma en que te mira, hija. Es como un depredador frente a su presa.

—¡No creo que William me vea como a una presa de caza! Es un amigo de Thomas.

—Hasta donde yo sé, muchos hombres ignoran la amistad cuando se cruza ante ellos una falda que les interese.

—Se comportó como un caballero conmigo durante toda la travesía.

—Porque estabas embarazada, ahora que ya no cargas un niño, vuelves a ser apetecible y estimo que no tardará en atacar. Te buscará hasta tenerte en su lecho, pero debes resistirte: él no es suficiente para ti, espera hasta encontrar a alguien mejor.

—¡Madre! Le pido que no hable así. Me cuesta creer lo que me está sugiriendo, ¡no quiero a nadie más en mi lecho! Ya bastante duro es soportar la compañía de mi marido.

—Todavía no has encontrado al hombre ideal, el que te mueva a hacer cualquier cosa por él. Estoy segura de que White no es el indicado para ti, ya llegará otro a tu vida.

—Madre, ¿me está sugiriendo que engañe a mi marido?

—Apenas te sugiero que busques tu felicidad, hija. Has cumplido con tu deber de esposa y madre, le diste tres hijos a O’Gorman y lo seguiste a este fin del mundo tal como él indicó. Es hora de que empieces a pensar un poco en ti: busca situaciones que te hagan feliz.

—¿Otro hombre para obedecer sería la solución? —preguntó con ironía en la voz.

—No, hija, ese rol ya lo tiene tu marido. Un hombre para disfrutar, para conocer el amor. Uno que te idolatre y sólo busque complacerte.

—¿Existe un hombre así?

—Ese es el rol de los amantes. Como no estás obligada a darles nada, si quieren tus favores deben ganárselos con esfuerzo.

—No comprendo, me incita a buscar un amante y a la vez me obliga a rechazar a un amigo que no me disgusta.

—No disgustar y encender tu corazón son dos cosas distintas. No veo un brillo especial en tu mirada cuando hablas de White. Espera, no te apresures y descubrirás que tengo razón.

Entre escandalizada y sorprendida, Annette siguió la primera parte de los consejos maternos.

Así, a pesar de las comodidades de la casona que habitaban, White no fue invitado a acompañarlos. Ella no volvió a pensar en el asunto. Sabía que Thomas y su amigo se encontraban con asiduidad por negocios y algunas veces se había quedado a cenar con ellos, pero nunca habían vuelto a verse a solas.

Hasta una tarde de noviembre en la que, mientras todos dormían la siesta, Margot le avisó que monsieur White la buscaba.

—¿A esta hora? ¡Qué extraño! —dijo y se levantó, pensando que quizás le traía noticias de su marido. O’Gorman se había embarcado rumbo a Buenos Ayres unos días antes para resolver asuntos comerciales.

Como no era apropiado recibirlo en ropa de casa, pidió a Margot que la ayudara a ponerse un vestido de plumetú para ir a la sala.

Él se levantó en cuanto la vio entrar y se inclinó para besarle la mano con parsimonia.

—Tráenos una limonada y masas azucaradas —ordenó Annette a la esclava, que siempre la seguía, mientras se sentaba e indicaba un sillón de una plaza con la mano al caballero, pero él

ignoró la sugerencia y se ubicó en el de dos lugares junto a ella.

—Me deleita volver a encontrarme en su compañía, madame.

—Agradezco sus palabras, monsieur. ¿Alguna urgencia ha motivado esta inesperada visita?

—Apenas mis ganas de verla, madame.

—¿Quiere decir que no trae noticias de Thomas? —preguntó, las cejas alzadas por la sorpresa.

—No, su barco ya debe haber arribado a destino, pero no ha enviado novedades aún.

—¿A qué se debe esta visita entonces?

—En los meses compartidos a bordo aprendí a admirarla. Me gusta su jovial empuje, su forma de reír, su manera de mirar. En medio de nuestras charlas, su espíritu se apoderó del mío, madame. Ansío ir más allá y lograr la conexión de nuestros cuerpos también.

—Me ofende con la suposición de que aceptaré tener un *affaire*, monsieur.

—Lo siento, no fue esa mi intención. Sólo quiero hacerla sentir bien, por eso me animé a expresar mis sentimientos, con la esperanza de que fueran mutuos —murmuró mirándola con devoción, tomando una mano de ella entre las suyas.

Annette la retiró sin delicadeza. No le preocupaba herir la sensibilidad del caballero. Le había gustado conversar con él, pero no estaba interesada en algo más. Aunque su marido no le provocaba sentimientos románticos, no tenía intenciones de engañarlo, a pesar de las contradictorias sugerencias de su madre.

—Soy una mujer casada.

—Creí que eso no sería un obstáculo —reveló con la mirada sorprendida por esa observación.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque Thomas me da dado su consentimiento.

—¿Qué?! ¡¿Cómo se le ocurre semejante cosa?! ¿Acaso él le ha dicho abiertamente que podría intentar conquistarme?

—Bueno, no... En realidad, no del todo... No lo expresó así.

—¿Y cómo lo expresó? —preguntó enojada.

—Sugirió que no es afecto a la monogamia en la pareja. Deduje que eso me indicaba que el camino estaba libre.

El enojo hacía que Annette respirase con fuerza, inhalando y exhalando con velocidad, para contener el grito de rabia que luchaba por explotar en su interior. *No debo dejar que la ira piense por mí. Debo poder manejar esta situación*, se ordenó a sí misma para serenarse. Tomó la copa que Margot había dejado a su lado y bebió dos sorbos de limonada.

—Me veo obligada a comunicarle, monsieur, que le han transmitido información equivocada. Me agrada su compañía, pero apenas como amigo. No ansío ni puedo ofrecer nada más. Soy una dama.

—No fue mi intención ofenderla, madame, discúlpeme si mis palabras la molestaron. Lo hice con sinceras intenciones de ofrecerle mi afecto, con la esperanza de que en mi compañía hallara momentos de felicidad.

—No quiero momentos robados. Mi felicidad es completa con mi vida tal como está. No insista, por favor.

—Debo hacerlo, porque mis aspiraciones no desaparecerán de la noche a la mañana. Esperaré el tiempo necesario para que me considere como algo más que un amigo —suplicó y volvió a buscar la mano de ella, mientras sus ojos la observaban con algo más que ansiedad. Era una mirada profunda, que intentaba alcanzar su interior. Tanta intensidad incomodó a Annette, que se puso de pie apurada, con las mejillas enrojecidas.

—Le ruego que de ahora en más evite visitas cuando mi marido no se encuentre en la ciudad.

Adiós, monsieur White.

Acalorada por lo ocurrido, se alejó de la sala con una extraña sensación en el pecho. Sabía que había actuado de manera correcta, pero por unos momentos le había gustado sentirse adulada.

Thomas nunca lo había hecho. Ni siquiera cuando se acostaba con ella. Por lo general, ni siquiera la miraba. Cumplía con la unión conyugal como un ritual obligado, con ella boca abajo, él acostado encima mientras empujaba sobre su cuerpo sin elogios, sin caricias, sin miradas cómplices. La admiración y el deseo en los ojos de un hombre, aunque White no le interesase, resultaban una agradable novedad.

Con el paso de las semanas y la falta de nuevas visitas del caballero, el recuerdo de aquel extraño encuentro con White se diluyó. Annette agradeció en su interior que él hubiese respetado su pedido, pero algo había quedado dando vueltas en su mente y la perturbaba: las palabras que él había achacado a Thomas sobre la fidelidad de la pareja. En cuanto llegaron noticias de la entrada del barco de su marido al puerto de Monte Video, se preparó para enfrentar una discusión. Aunque el motivo, cuando finalmente llegó, no fue el que ella esperaba.

Esa tarde estuvo ocupada con una ligera fiebre de su hija y no se encontró con O’Gorman hasta la hora de la cena. El resto de la familia ya estaba a la mesa cuando ella entró al comedor.

—Bienvenido a casa, me complace que haya regresado a salvo —lo saludó con una pequeña inclinación—, y espero que traiga buenas noticias. Yo tengo una buena para contarles a todos: la pequeña María Micaela está recuperándose bien de la fiebre, el médico dijo que no corre peligro.

—¡Qué bueno saberlo, querida! —mostró su alegría con una sonrisa madame Jeanne.

—Me tranquiliza enterarme que ha mejorado la salud de mi hija. Y ahora debes saber que yo también traje una gran novedad. Ya he conversado sobre ello con tu padre y ambos estamos de acuerdo en que debemos dejar este lugar. Nos mudaremos a Santa María de los Buenos Ayres, una ciudad cercana, también colonia española.

—¿Qué dice? ¿Mudarnos otra vez? ¡Eso es imposible! —exclamó Annette saltando hacia el borde de la silla donde acababa de sentarse.

—No es imposible, es imperioso. Una necesidad —le respondió O’Gorman con voz firme y serena, sin alterarse.

—No comprendo.

—No nos dan permiso de residencia para instalarnos aquí. No podremos negociar en esta ciudad, no tendremos cómo subsistir.

—¿Y qué le hace pensar que allá sí le darán ese permiso?

—Esa ciudad es la capital del virreinato, es más importante, allí reside el virrey, es donde se tramitan todos los permisos, y mi tío es un hombre reconocido en la comunidad porteña. Eso nos ayudará.

—¡Esto es una locura! ¡No podemos volver a trasladarnos! Padre, usted no puede estar de acuerdo con esto —se volvió hacia don Armand en busca de apoyo.

—Te equivocas, hija, sí lo estoy. No puedo quedarme aquí sin hacer nada. De modo que ya está decidido: empaquen todo, nos mudaremos en unas semanas.

Annette miró a su madre con una mirada cargada de angustia pero no halló complicidad en ella sino desconsuelo. Las mujeres no decidían, obedecían.

Después de la comida, pasaron largas horas hasta que O’Gorman llegó a su habitación. Aunque desde hacía meses él no la buscaba en el lecho, dormían en la misma alcoba. Vivían muchas personas en la casa y no quedaban más habitaciones disponibles. Annette estuvo acostada mucho

rato pero el sueño le era esquivo esa noche. Demasiadas dudas atormentaban su mente. Lo escuchó desvestirse en la oscuridad y sintió el peso del cuerpo en el colchón al acostarse, pero él no se acercó hacia su lado. Annette intuía que no era un buen momento para iniciar una conversación, pero tenía demasiadas cosas guardadas dentro de sí. Necesitaba decirlas. Sin darle tiempo para dormirse, se levantó y fue hacia la ventana para correr una cortina. La luz de la luna que entró le pareció suficiente. No quería que el resplandor de vela alguna iluminase sus mejillas cuando fuese a mencionar ciertos temas que le daban pudor.

—Debemos hablar —buscó iniciar la conversación de manera directa.

—Estoy cansado, ha sido un día muy largo, Annette. Y no hay nada más de qué hablar. Estuve resolviendo detalles del nuevo traslado con tu padre. Nos iremos a pesar de tu disgusto ante la idea.

—No es de eso que quiero hablar.

—¿Y cuál es la urgencia que requiere una charla a estas horas?

—No es algo urgente, pero para mí es importante —insistió.

—Dilo ya, mujer, así acabamos con esto que me quiero dormir. Te escucho —refunfuñó malhumorado.

—Quiero saber si es verdad que me ofreció a su amigo William, que no le importaría compartirme con él. ¿Es eso cierto? —pronunció con enojo.

—Veo que finalmente White ha decidido avanzar —dijo junto con un sonido que parecía risa, sentándose en el lecho—. ¿Y tú qué le dijiste? ¿Lo aceptaste?

—¡Thomas! ¡Por Dios Santo! ¡Claro que no! Y aunque usted no me ha respondido, deduzco por sus palabras que es verdad. ¡Dígame por qué sugirió semejante bajeza!

—No es una bajeza. Te he visto embarazada muchas veces, ya no me atraes tanto como antes y nunca fui respetuoso de la fidelidad. Además, todavía eres joven, e imagino que pronto tendrás algún romance, pero para mantener nuestros nombres lejos de los rumores, se me ocurrió que un *affaire* entre amigos sería lo mejor, para que todo quede en secreto.

—Monsieur! —exclamó horrorizada ante lo que escuchaba.

—¿Por qué me miras así? ¿Acaso no te gusta White? No es tan viejo, y es muy educado. Lo he visto en acción y a las damas les agrada su compañía.

—Sus palabras me hacen pensar que ya ha tenido otras mujeres.

—¿White? Por supuesto.

—¡No! ¡Me refiero a usted!

—Sí, lo hice, te lo acabo de decir.

—¿Por qué le gusta lastimarme? —lo acusó, ofendida.

—No creo que enterarte de esto te lastime. Piénsalo bien: ambos sabemos que no hay amor entre nosotros. Reconozco que los sentimientos surgen en algunas parejas con el paso del tiempo, pero en la nuestra no ocurrió en cinco años, no creo que vaya a pasar jamás. No finjamos algo que no sentimos.

Annette se quedó en silencio, pensando en lo que acababa de escuchar. Había algo de verdad en las palabras de su marido: no lo amaba ni lo amaría nunca. No sentía celos por saber que había estado con otras mujeres, apenas un golpe en su orgullo. Se sabía hermosa y no había imaginado que él hubiese buscado a alguien más.

—¿Desde cuándo frecuente otros lechos? —preguntó con más curiosidad que dolor.

—Desde siempre —se sinceró O’Gorman—. ¿Acaso esperabas que pase meses célibe en mis viajes? Los hombres tenemos necesidades, querida.

—Y por la propuesta de White, imagina que las mujeres también, ¿no es así?

—No voy a disculparme por el atrevimiento de mi amigo, dado que yo mismo lo impulsé, pero no creo que debas enojarte por ello. Te ofrecí una puerta hacia la vida. Si fuese tú la tomaría. Con discreción, por supuesto. Es lo único que importa.

Sorprendida por la inusual visión sobre las relaciones que le estaba ofreciendo su marido, Annette no quiso hablar más. Regresó al lecho y se acostó en el borde, de espaldas a él.

O’Gorman respetó su silencio. Al poco rato lo escuchó roncar. Ella, en cambio, no logró alcanzar el sueño hasta cerca del amanecer. Una nueva forma de encarar el mundo se abría ante sus ojos, y en ella aparecía aquello que tanto había deseado y durante años le resultara esquivo: su libertad. Tenía que pensar cómo sumergirse en ese posible camino para que la llevara hacia la felicidad.

Mary se sentía muy bien por haber ayudado a una desconocida a dar a luz en una carreta.

Agradecía que lo aprendido del oficio de su madre le sirviera para colaborar. El médico que llegó justo después del alumbramiento dijo que ella había sido muy útil. El elogio la enorgullecía.

Hacía mucho tiempo que nadie le decía algo así. Por un rato pudo olvidar su desgraciada situación. Aunque uno de los guardias que custodiaba a las prisioneras de la *Lady Shore* se había quedado con ella y en cuanto todo terminó la escoltó junto al resto de sus compañeras al Cabildo, a donde las llevaron para encerrarlas. Mary no se quejó cuando el hombre la apuró a salir y no le permitió aceptar las monedas que la dama le ofrecía como agradecimiento. El soldado español no hablaba inglés pero se hizo entender mediante empujones. Ella intentó ofrecer resistencia y mostró indignación, pero sus harapos no le valieron respeto alguno. Terminó junto a sus colegas de infortunio en una gran sala mientras alguien decidía qué hacer con ellas.

España e Inglaterra estaban en guerra, y Francia se había aliado con los españoles para impedir la expansión del imperio británico. ¿Qué debían hacer los funcionarios de Monte Video ante la llegada de un buque de su enemigo capturado por una tripulación que lucía bandera de una nación aliada? El gobernador José de Bustamante y Guerra consideró que el tema lo excedía y derivó la decisión a su superior, el virrey del Río de la Plata, don Antonio de Olaguer y Feliú.

Mientras esperaba una respuesta, dejó a las prisioneras alojadas en el Cabildo.

En esos días de improvisado encierro las cautivas tuvieron que declarar sobre lo ocurrido a bordo. El testimonio, que un soldado escribía luego de que otro traducía sus palabras, le sirvió a Mary para repasar lo vivido desde que los amotinados cortaran la garganta de Wilcocks y el capitán muriera desangrado a su lado.

—Nombre completo.

—Mary Clarke Lochard.

—¿Edad y ciudad de origen?

—Diecinueve años. Nací en Londres.

—¿Es una de las prisioneras que viajaban a Nueva Gales del Sur?

—Sí —confirmó lo evidente, dado su aspecto y la falta de otra clase de pasajeras a bordo.

—¿Estado civil?

—Casada condicionalmente

—¿Con quién?

—Con Conrad Lochard.

—¿Vive?

—Vivía cuando bajamos del barco hace unos días.

—¿Su esposo vino en la nave?

—Sí, es uno de los tripulantes.

—¿De los originales?

—De los que la entraron al puerto. Los originales se bajaron en un bote semanas atrás.

—Explique cómo “se bajaron”.

—Los muertos causados por el motín fueron arrojados por la borda. Los oficiales que quedaban se vieron obligados a abandonar la nave para seguir vivos —respondió con tranquilidad.

—¿Y su marido está entre los responsables por ello?

—Tendrá que preguntarle a él mismo cuando lo interrogue. No estuve todo el tiempo a su lado durante la travesía, tan solo por las noches —dijo sin intenciones de provocar las risas de sus compañeras que siguieron a su respuesta. Estaba contando la verdad. El prusiano Lochard la había convertido en su compañera de lecho desde la muerte del capitán Wilcocks. Desde el primer encuentro el hombre le había resultado agradable. La trataba con gentileza y los encuentros le gustaban, por eso cuando poco antes de entrar al puerto le propuso que fuera su esposa condicional ella aceptó. Resolvieron que se casarían de manera legal en cuanto fuera posible, pero que una unión de hecho les servía por el momento y sellaron el pacto con un beso.

Poco después fueron separados al bajar de la nave. Ella se vio ocupada por el inesperado parto callejero y no volvió a ver a Lochard. Después supo que los hombres habían sido enviados a la prisión común mientras se decidía qué hacer con ellos. Pensó en él unos momentos y decidió que lo extrañaba. No había sido mala su compañía. Le gustaría seguir a su lado, si se lo permitían.

—Cuénteme sobre el motín —la distrajo el oficial traductor.

—Lo iniciaron un grupo de franceses que viajaban como parte de la tripulación, sin ser oficiales. Creo que eran prisioneros pero debían trabajar a bordo como *enganchados*.

—¿Sabe sus nombres?

—Los líderes eran Selís y Thierry, pero no navegaban muy bien, dependían de los conocimientos de Lochard, ex oficial de la marina francesa que fue obligado por los británicos a enlistarse en el Regimiento de Nueva Gales del Sur, por eso el prusiano consiguió el poder.

—¿Ellos mandaban?

—Sí, y como temían un nuevo motín de parte de los oficiales ingleses prisioneros, ordenaron que los bajaran a un bote que dejaron a la deriva.

—¿Cuántos oficiales iban en ese bote?

—En total veintinueve hombres, con dos barriles de agua, uno de ron y unos panes enmohecidos.

—¿Recuerda algo más del motín?

—No.

—¿Cuál fue su crimen en Inglaterra?

—No cometí ningún crimen, fui sentenciada por error.

—Eso dicen todos los reos. Dígame la verdad o anotaré que fue por prostitución —anunció el oficial con un dejo de desprecio.

—No soy prostituta, pero si lo fuera, eso no es un crimen en mi país —respondió con seguridad, había escuchado a muchas de sus compañeras de viaje quejarse por ello. Como no podían arrestarlas por ejercer su trabajo en las calles, las acusaban de robo y así conseguían mujeres jóvenes para enviar a la lejana colonia penal.

—Ese vestido, con ese escote, me dice que sí lo es.

—¡No es mío! Lo tomé de una muer... —intentó justificarse pero calló porque eso podría complicarla más y se corrigió a tiempo—, lo tomé prestado. Mi sentencia es por robo de un pedazo de queso.

El oficial levantó las cejas cuando el traductor le transmitió la respuesta, pero anotó sin decir nada. No era su trabajo juzgar las normas de otro país, sino apenas juntar la información para transmitirle al virrey.

—Una ladrona y ramera —murmuró mientras escribía.

Mary revoleó los ojos, cansada de explicar que no había robado y que no era prostituta, ya que nunca había cobrado por acostarse con los hombres de ese barco. Tuvo que hacerlo para salvar su vida, pero entendió que no iba a convencer a nadie con sus quejas. Se resignó a ese rol que todos le adjudicaban y se sentó en un rincón de la sala junto al resto de sus compañeras. No había visto a Conrad Lochard desde que bajaran a tierra. Al pensar en él reconoció una vez más que lo extrañaba. Con sus modos algo torpes, su risa fácil y la devoción que demostró por ella desde el momento en que la vio, el enorme prusiano de piel muy blanca y mejillas siempre enrojecidas se había ganado un lugar en su corazón. Lochard no podía creer su buena suerte, porque a pesar del vestido andrajoso que indicaba una vida licenciosa, la muchacha que había elegido resultó bastante inexperta en las artes amatorias y se comportaba como una niña más que como una mujer de la calle. Escuchó su historia y le creyó que estaba ahí por una mezcla de mala suerte y malentendidos y la tomó bajo su protección. Eso, además, le permitió formarla a su antojo en el lecho, algo sobre lo que Mary no tuvo queja alguna. Con una mezcla de cariño y ardor, le enseñó a disfrutar de cada encuentro. Además de mostrarle lo que a él le gustaba, le hizo descubrir que había cosas que le agradaban también a ella. *Sí, extrañaba los días compartidos a bordo*, se dijo sacudiendo la cabeza como si pertenecieran a un pasado lejano, cuando había ocurrido apenas unas semanas atrás. En realidad, toda su vida anterior le parecía muy lejana. Los días junto a su madre y sus hermanitos habían quedado muy lejos. Al igual que el tiempo pasado en las calles londinenses, y también la prisión y el barco. Una nueva realidad se abría ante ella. Sabía que no iba a encontrar un camino cubierto por pétalos de rosas, pero al menos esperaba que las piedras a su paso fueran menores que las que había tenido que sortear hasta ese momento.

Las semanas de espera se multiplicaron. Las autoridades virreinales no sabían qué hacer con ellas y la vida en un salón del Cabildo convertido en vivienda resultaba muy incómoda. Los funcionarios españoles estaban indignados por verse obligados a mantener a más de sesenta mujeres inglesas. Aunque la nave iba cargada, la mayoría de los alimentos ya estaban podridos.

Por una cuestión de costos se les daba lo mínimo para subsistir: caldo de vegetales a diario, al que se agregaba algún hueso de carne para darle sabor los domingos. Mary tuvo suerte y no pasó tanta hambre como sus compañeras debido a su amistad con otra presa, Jane Grigg, que había sido destinada a cocinar para ellas. Jane era muy bajita y temerosa. Había nacido en un pueblo en las afueras de Londres, no conoció a su madre, quien murió en el parto, y ante la muerte de su padre cuando ella tenía dieciséis años se vio obligada a buscar trabajo. Al comienzo como ayudante en una casa en la zona rural, hasta que el patrón decidió que el magro sueldo incluía que calentara su lecho por las noches, con la aprobación de la esposa, que gustosa escapaba de él de esa manera. Una triste y apática Jane lo había soportado mucho tiempo, convencida de que eso era parte del trabajo, según las palabras del hombre. Hasta que un mozo de cuadra le dijo que eso no correspondía y que ella podría obtener un empleo mejor en la ciudad. Así fue como marchó a Londres, pero sin recomendaciones no logró trabajo como criada en ninguna casa ni comercio. Apenas consiguió que le permitieran limpiar en una fonda de baja calaña a cambio de comida y permiso para dormir en el establo. Una noche estaba trapeando el piso por el vómito de unos borrachos cuando un cliente la abrazó por la cintura y le susurró al oído que le daría una moneda si lo acompañaba a su habitación. Lo miró asustada y lo que vio la tranquilizó. No era desagradable ni viejo, y el hombre tenía una mirada amable. Le vendría muy bien algo de dinero propio, se dijo para darse valor, y sin pensarlo demasiado, aceptó. Fue el inicio de muchas noches

lucrativas, hasta que el fondero quiso quedarse con la mitad de lo que ganaba con sus actividades. Enojada, decidió buscar otro lugar donde vivir. La solución la encontró en un prostíbulo manejado por una mujer, que le pidió sólo una cuarta parte de sus ganancias. Allí Jane aprendió muchas cosas que desconocía sobre el oficio y trabajó sin complicaciones. Hasta que la detuvieron. Sin que le explicaran el motivo, ya que la prostitución no era ilegal, Jane terminó acusada de robo, juzgada sin pruebas y embarcada rumbo a tierras lejanas. A bordo de la nave *Lady Shore* se había cruzado con Mary, y habían conversado cada vez que la pelirroja no estaba en la cabina del capitán. La empatía inicial se había profundizado y desde la llegada a Monte Video se habían convertido en amigas cercanas. Dormían lado a lado en el piso cada noche y compartían sus miedos y esperanzas durante el día. Cuando Jane servía un cucharón de caldo a cada reclusa, se ocupaba de buscar algún trozo de maíz o cebolla flotante para su amiga. Mary se lo agradecía defendiéndola cuando la molestaban las presas enojadas por la escasez de comida.

Así la pequeña Jane y la alta Mary se convirtieron en inseparables.

Esa tarde, a la hora en que todas dormían la siesta, Jane entró corriendo al salón y se sentó junto a Mary.

—¡Traigo buenas noticias! —anunció contenta.

—¿De verdad? Ya ni me acuerdo cómo era eso... —respondió adormilada.

—Sí, es cierto. Despiértate y escucha: ¡nos vamos de aquí!

—¿En serio? ¿No mientes? —se apuró a sentarse mientras se frotaba los ojos.

—Me lo dijo el traductor. Después de nuestro encuentro íntimo no pudo negarme información.

—¿Te acostaste con él? —preguntó sorprendida.

—Sí, me estaba indicando unos detalles de la cocina y no pude resistirme. Es tan guapo —confesó entre risas—, mucho más que los hombres que me pagaban por hacerlo en Londres.

—Dime ya qué te contó, por favor. ¿A dónde nos vamos? ¿A otro barco hacia la colonia penal?

—Sí y no. Viajaremos en barco pero no hacia nuestro destino original. Parece que aquí no se llevan bien con los ingleses, por lo que no tienen planes de devolvernos. Ni a nosotros ni a la nave. Pero tampoco quieren mantenernos, así que nos envían a una ciudad al otro lado del río.

—¿Y nos liberarán? ¿O iremos a una cárcel?

—El traductor me explicó que es un lugar para recluir mujeres llamado La Residencia. Allí viviremos pero también estaremos obligadas a conseguir nuestro sustento.

—Bien, cualquier cosa será mejor que seguir aquí esperando. ¿Sabes si los hombres también se mudarán? —preguntó pensando en Lochard.

—No creo que los lleven a una casa para mujeres. Además, me dijo que los responsables del motín serán liberados y les darán parte del valor de la nave inglesa capturada junto con su contenido de armas, herramientas de campo y semillas. Para ellos es un botín.

—¡Qué injusto! A nosotras nos mantienen prisioneras y a ellos los premian por robar un barco entero. No volveré a ver a Lochard si él sale de esto con fortuna y yo sigo presa —se lamentó al borde de las lágrimas.

—No te preocupes. Si él te quiere te buscará. Y si no lo hace, es porque no era el hombre adecuado para ti, sino uno de los tantos que no valen la pena. Ya encontrarás a alguien mejor —la consoló Jane.

—Ya estás imaginando que no me buscará —reconoció con dolor.

—Me temo que sí, querida, pero no dejes que eso nos impida ver el lado bueno de esto: ¡no van a entregarnos a los ingleses! ¡Por lo que no realizaremos el peligroso viaje hasta el fin del mundo! —buscó alegrarla.

—Pero has dicho que nos llevarán a otra ciudad, en otro barco...

—Es aquí cerca, al otro lado del río, y es la capital del virreinato, llamada Santa María de los Buenos Ayres. Según me explicó el traductor quiere decir algo así como *Holy Mary of the Good Air*. ¡Imagínate vivir en una ciudad que tiene tu nombre! Sin duda es una señal de buena suerte, Mary. ¡Te irá muy bien allí!

—Eso espero, pero no hables sólo de mí, ¡nos irá bien a ambas! —dijo tomándole la mano en un gesto cargado de cariño y esperanza.

Santa María de los Buenos Ayres, diciembre de 1797

La información de Jane sobre la brevedad del viaje había sido acertada. Menos de un día a bordo las había llevado a su nuevo destino. Al acercarse a la costa en el bote que las trasladaría hasta un grupo de carros semisumergidos en aguas amarronadas, Mary pudo estudiar la ciudad con cuidado. La imagen que se presentaba ante sus ojos era plana, chata, con escasas torres o edificios imponentes, a diferencia de Londres. Un fuerte deteriorado se erguía justo sobre la orilla, y a los costados se divisaban unas cuantas casas bajas. Había otros barcos anclados cerca de la costa, y de todos iban partiendo chalupas sin pasajeros, cargadas con baúles. En los meses pasados en Monte Video, Jane había entablado una relación ardiente e intensa con el traductor, lo que le permitió pedirle que le enseñara el idioma local, y sumó a Mary a las lecciones, por lo que ambas ya lo hablaban. Le preguntó al remador por qué tanta carga y el joven explicó:

—Esta ciudad vive del comercio. Llegan y salen cientos de bodegas repletas de productos

todos los días, todo el tiempo, aunque muchas son ilegales —aclaró con un encogimiento de hombros.

A Mary le asombró tanta prosperidad, pero no dijo nada. Guardó el dato, la información podría servirle más adelante. Todavía no sabía cómo, pero si encontraba la oportunidad, quizás pudiese escapar de esa ciudad escondida en alguno de esos baúles, pensó. Había resuelto que, en cuanto pudiera, tomaría las riendas de su destino. Estaba cansada de que cualquier extraño decidiese por ella. En los días pasados en su último encierro había pensado que iba a encontrar la manera de cambiar su futuro y hacerse rica, aunque eso exigiese un escape de prisión. Había comentado su decisión con Jane, excepto la drástica idea de la fuga. Ya habría tiempo para eso más adelante. Por el momento, debía concentrarse en evaluar su nueva situación y analizar los caminos que se abrían a partir de allí.

Al bajar a tierra creyó ver a la mujer que había ayudado a dar a luz unos meses atrás. Estaba acompañada por varios esclavos, unos niños y otros adultos blancos. Entre ellos le llamó la atención el médico que terminó ocupándose del parto. No recordaba su nombre. Hubiera querido acercarse a saludarlos, pero debía quedarse en fila junto a las demás, seguía siendo una prisionera que cumplía órdenes. Así, marchó junto a más de sesenta muchachas en una caminata hacia el sur de la ciudad. Unas ocho cuadras después, todas agradecieron no tener que cargar con pertenencias cuando llegaron a un arroyo y vieron que los soldados españoles sumergían sus piernas hasta las rodillas en el agua para avanzar. En Monte Video le habían dado un vestido a cada una. Usados y con remiendos, pero en buen estado y limpios, para reemplazar los harapos que llevaban desde antes del viaje a través del océano. No tenían más bagaje que lo puesto.

—¡Vamos, muévanse, señoras! ¡Andando! —ordenó uno de ellos.

—Oiga, ¿no hay un puente? —se animó a preguntar Mary.

—No, ha llovido bastante estos días, por lo que los tablones que se suelen echar en el suelo para cruzar el arroyo no alcanzan para mantener los pies fuera del agua.

—¿Y una de esas carretas altas que se meten en el río como las que acabamos de dejar atrás?

—No son para trasladar prisioneras, sino parte del sistema de desembarco —respondió con un encogimiento de hombros.

—¿Así que todos los que viven aquí meten los pies en este charco?

—No todos van al otro lado del Zanjón de Vera, aquí era el límite de la ciudad hasta hace unos años. Ahora hay edificaciones al otro lado también. Por eso se cruza por donde se puede —explicó con un tono que revelaba que se acababa su paciencia.

—Imagino que vamos a vivir en la mejor zona de este pueblo, ¿verdad? —expresó con sarcasmo.

—Deberían agradecer que tendrán un techo sobre sus cabezas. Yo las hubiera dejado en la calle si no pueden pagar por un alojamiento. El virrey fue benévolo por tratarse de mujeres y las mandó a La Residencia, junto a otras de su calaña, ¡porque en el fondo son sólo reas! —concluyó alzando la voz con enojo. Jane intervino, considerando que no las favorecía en nada ganar la enemistad del oficial.

—Puede explicarme, por favor, qué es esa Residencia.

—Es la Casa de Recogidas o de la Reclusión, un conjunto de edificios donde se alojan a mujeres escandalosas de toda clase.

—¿Qué son escandalosas? No aprendí esa palabra con el traductor.

—Son las que requieren corrección: las que han desobedecido a sus maridos o a sus patronas, o aquellas que les fueron infieles o se portaron mal. Hay doñas, blancas comunes, negras libertas, indias y chinas. El marido o un familiar lo pide al virrey y él ordena que ella viva allí el tiempo

que considere apropiado para corregir la conducta escandalosa.

A ninguna sorprendió esa explicación. Mujeres apresadas por la palabra de algún hombre.

Ellas también estaban detenidas por acusaciones basadas en dichos masculinos, sin pruebas.

—¿Cuánto tiempo han decidido que estemos encerradas?

—Lo ignoro. Mi tarea es llevarlas. Pregunten a la correctora cuando estén en la casa.

—¿Quién es la correctora?

—Es quien manda allí. Y ahora basta de hablar, debemos continuar —ordenó y se apartó de ellas para apurar a las demás.

Con los pies mojados anduvieron cinco cuabras más y llegaron a una manzana ocupada por varias edificaciones.

—No se ve tan mal —opinó Jane tras cruzar la puerta de entrada, al divisar un patio con plantas. Recordaba la cárcel londinense donde había compartido su celda con ratas y ese lugar no se le parecía en nada.

—Esperaré a ver el interior para dar mi opinión —prefirió la prudencia Mary. Pero al llegar a las salas destinadas a ser dormitorios compartidos no encontró nada para objetar. A pesar de la falta de lujos o adornos, había angostos lechos con sábanas y todo se veía muy limpio. Jane sonrió contenta, hasta que los incesantes tañidos de una campana las obligaron a volver al exterior y seguir a la multitud, que se movía hacia el patio.

Allí encontraron a una mujer en el centro de un círculo que iban formando las recién llegadas.

—Soy Dolores Peirano y no toleraré las mentiras ni cualquier tipo de incumplimiento a las normas —estaba diciendo una mujer extremadamente delgada y no muy alta, con cabellos veteados en blanco recogidos de manera tirante sobre la coronilla. Iba cubierta hasta el cuello con un vestido cuya tela gris mostraba gasto excesivo en las zonas de codos y puños—. Quienes demuestren que son capaces de corregir su conducta podrán salir primero, quienes no ofrezcan pruebas de su voluntad de cambiar, seguirán aquí muchos años.

La mujer habló en español y aunque muchas de las prisioneras habían aprendido la lengua local, otras no la comprendían, por lo que Jane empezó a traducir. Al mismo tiempo Mary se animó a preguntar:

—¿Eso quiere decir que no debemos cumplir el total de nuestra sentencia aquí?

—No, no dependemos del gobierno inglés. Todas las mujeres aquí presentes se hallan bajo la tutela del virrey Olaguer y Feliú, autoridad máxima de esta tierra española.

—¿Y podemos salir?

—Sí, para trabajar, pero no de paseo. Esto no es una prisión, pero tampoco una posada. El objetivo de La Residencia es corregir conductas escandalosas. Por la lista de delitos que me han hecho llegar, todas ustedes entran en dicha acusación, por lo que debo velar por su recuperación, tanto de acciones como espiritual. Hay una iglesia aquí al lado y deberán asistir a misa a diario y confesarse semanalmente.

Se escucharon quejidos entre la audiencia. Ya habían intentado convertirlas al catolicismo durante su estadía en Monte Video, sin éxito. Tan solo las veinte irlandesas del grupo habían asentido contentas cuando encontraron su misma fe del otro lado del océano.

—¿Y si alguna no quiere convertirse? —preguntó Mary con practicidad más que por devoción, pero se ganó una mirada airada de su interlocutora.

—No permitiré herejías. Uno de los propósitos de esta casa es velar por las almas heridas, salvar a las escandalosas, corregirlas, por lo que todas deben aceptar a Nuestro Señor. Soy la correctora y me ocuparé de cumplir mi tarea —finalizó amenazadora, sin apartar la vista de ella.

—¿Ha dicho que podremos trabajar? —se atrevió a continuar, osada y curiosa, sin bajar la

mirada.

—Sí, algunas lo harán desde aquí, fabricando paños de lana en los telares o velas de sebo, y otras se emplearán en casas familiares como criadas o damas de compañía, según lo que sean capaces de hacer. Quienes sepan coser con destreza deben informármelo —ordenó y esperó una respuesta paseando la vista por la multitud, pero nadie dijo nada—. Bien, en ese caso, yo misma repartiré las tareas. Vengan a verme de a una mañana. Ahora vayan, pronto será la hora de la cena y deben lavarse antes de ir al comedor.

El tono agrio de la mujer quedó flotando en el aire cuando se marchó golpeando los tacos sobre el piso de ladrillos.

—¡Podremos salir para trabajar! —Jane se acercó exultante.

—¿Y dónde crees que trabajaremos? Será difícil conseguir más de sesenta puestos a la vez.

—No todas tendremos suerte al principio, pero nosotras tenemos la ventaja de haber aprendido el idioma —reflexionó—. Lo único que me molesta es que tendremos que convertirnos al catolicismo.

—Eso no me importa, hace mucho que considero que nuestro Dios se olvidó de mí. No me molestará probar suerte con otra fe. No quiero a esa vieja de enemiga. Me parece que hablaba muy en serio, así que le haré creer que me puedo convertir sin problemas y hasta confesaré mis pecados, tal como se espera de mí. Deberías hacer lo mismo. ¿Acaso tu devoción es mayor que tu instinto de supervivencia?

—No lo sé —respondió Jane y se mordió el lado interior de la mejilla mientras lo pensaba unos momentos, hasta que continuó—: no, mi fe puede esperar hasta que salgamos de aquí. Iré a misa con las demás, será lo mejor. Ahora debemos irnos, tengo hambre —sugirió mientras enlazaba su brazo con el de Mary y marchaban hacia el comedor.

Quizás debido a que había realizado muchas preguntas el día de la llegada o quizás por azar, Mary no consiguió un empleo fuera de La Residencia.

—Tú fuiste quien preguntó por las salidas, pues deberás limitar tus ganas de ver el exterior al patio de esta institución —le dijo Peirano cuando entró al despacho donde había un escritorio frente a ella y una amplia estantería llena de papeles a sus espaldas.

—¿Por qué? No tiene motivos para impedirme salir.

—No necesito motivos, yo doy las órdenes.

—Pero me gustaría trabajar en alguna casa cuidando niños, soy muy buena con ellos.

—No se trata de lo que te gusta, sino de lo que puedes hacer que deje ganancias a La Residencia.

—¿Quiere decir que lo que me paguen no será para mí?

—Por supuesto que no, irá para las arcas de esta casa. Todas las ganancias de las recogidas están destinadas para pagar el costo de sus estadías aquí.

—¡Pero es injusto!

—No lo veo así. Injusto sería que nuestro rey se viese obligado a alimentar prisioneras inglesas. Pero esto va más allá de los orígenes, las recluidas españolas también pagan su manutención. Las pobres e indias deben trabajar. Sólo descansan las doñas enviadas aquí por maridos con fortuna, porque ellos deben responder por los gastos. A ti te tocará fabricar telas.

—No sé hacerlo.

—Aprenderás. Dime tu nombre —pidió y tomó una pluma para registrar su decisión.

—Mary Clarke.

La mujer la buscó en la lista de prisioneras pero no la encontró.

—No apareces. ¿Tienes otro nombre?

—Lochard —recordó haberle dicho al oficial en Monte Video.

—Aquí estás, María Clara Lochard. Bien, Clara, al cuarto de telares —anotó y le señaló la puerta con el dedo—. Ve a buscar tu lugar y empieza a pagar por tu estadía.

En la puerta la esperaba Jane pero no pudieron charlar demasiado. El grito “¡La siguiente!” desde el interior del despacho la obligó a entrar enseguida.

—No le digas que quieres un empleo afuera, quizás así consigas salir —le sugirió Mary al oído antes de que se alejaran. Desde allí fue en busca de su nueva ocupación y aprovechó para recorrer el lugar. Ya había conocido el sector de los dormitorios y el comedor la noche anterior.

Por unas rejas en un costado del patio distinguió que había varios edificios, además de la iglesia de La Residencia, llamada Nuestra Señora de Belén, a donde había asistido a misa esa mañana.

Se dirigió al más cercano. Encontró allí unos talleres. El primero parecía una fábrica de velas.

Había sebo, pabilos y varillas de madera desde donde colgarlas en cientos de ganchos suspendidos desde techo. Sabía que las de miel eran más delicadas y caras, y dedujo que por eso no se realizaban allí. En un rincón vio montañas de cenizas y a un lado una pila de jabones en fila, esperando secarse para luego ir a parar dentro de cajas de madera. Había mujeres trabajando pero ninguna se molestó en hablar con ella.

Después pasó por una sala donde encontró a otro grupo cosiendo. Parecían remendar más que bordar, por el estado de las prendas que tenían entre sus dedos, y allí tampoco se detuvo.

Por último, entró en una sala con más de una docena de telares, la mayoría ocupados por mujeres con un aspecto que ya había visto en las calles de Monte Video. Sabía que eran de origen autóctono y que las llamaban indias, según le habían explicado, aunque no vinieran de ese territorio británico en Oriente. Ella había visto nativos de la India en Londres y su aspecto era diferente. También eran diferentes de los esclavos de origen africano que conocía, con un tono de piel amarronado cobrizo y cabellos lacios muy oscuros. Sólo había una muchacha de piel más clara que las demás, pero con indiscutibles rasgos nativos y ojos verdes. Hija de padre blanco, supuso Mary y dedujo que por eso estaba apartada de todas, sola en un rincón. No era aceptada por ninguna de las dos clases: ni blancas ni indias la veían como su igual. Sin saber por qué, algo la impulsó a sentarse a su lado, en un telar desocupado.

—Hola, me llamo Mary. ¿Y tú?

—Bernarda, pero no querrás sentarte junto a mí.

—¿Por qué no?

—Porque nadie lo hace.

—No me importa lo que hagan las demás. ¿Hay algún motivo por el que no debería hacerlo? ¿Este telar tiene dueña?

—No lo creo.

—Entonces aquí me quedo. ¿Podrías enseñarme a usarlo? Pareces tener mucha experiencia.

—Sí, llevo aquí mucho tiempo, casi tres años —explicó con un suspiro.

—¿Eso es mucho? —preguntó pensando en los siete de su condena en suspenso.

—Sí, por lo general las recogidas no estamos más de un año. Es lo que se necesita para corregirnos, según Dolores Peirano.

—¿Y por qué te han mantenido tanto tiempo lejos de tu casa?

—Porque no quieren que regrese con los míos. Mi madre escapó del español que la tenía como criada. Huyó conmigo en su vientre hacia el llano. Yo me crié en una toldería, y fui feliz hasta que

me apresaron. Me había alejado de mi gente buscando unos frutos en las tunas, demasiado cerca de la frontera. Unos soldados me trajeron y me mantienen aquí por india. Por eso no me dejan salir.

—Pues parece que ya somos dos con el mismo destino. Peirano no tiene intenciones de dejarme trabajar en el exterior, así que nos haremos compañía, si estás de acuerdo y dispuesta a ayudarme. Fue muy duro todo lo que pasé para llegar hasta aquí, ya te lo contaré. Sólo tengo a mi amiga Jane, y ahora a ti —le tendió una mano con una sonrisa, que Bernarda aceptó con timidez.

Poco después se inclinaron ambas sobre el telar. La mestiza pasaba una lanzadera que llevaba la lana por encima y por debajo de las urdimbres una y otra vez. Al principio lo hacía tan rápido que Mary se perdía ante la destreza de esas manos. Cuando se dio cuenta de la cara de preocupación de la inglesa, Bernarda redujo la velocidad y empezó a explicarle cómo había que hacerlo. En pocas horas Mary aprendió a hacer que los hilados quedaran unidos, mediante un peine de madera, para dar forma a una tela rústica. Contenta con el resultado, se quedó con ese puesto, con la aprobación de la correctora, y ganó una nueva amiga.

Ocupada la mayor parte del tiempo en el uso del telar, pasaron varios días hasta que Mary pudo terminar de recorrer las instalaciones y consiguió atravesar las rejas que separaban La Residencia del edificio lindero. Estaban sin llave y se coló al otro lado. Una vez allí descubrió que era el hospital del Protomedicato. Había algunas camas ocupadas por gente enferma y un hombre elegantemente vestido circulaba entre ellas dando indicaciones a otro, cubierto con un delantal, que iba a su lado.

—¡Doctor! No recuerdo su nombre, pero sí su rostro. Usted ayudó a la dama que estaba dando a luz en un carro en la ciudad de Monte Video. Yo estaba con ella, ¿se acuerda de mí? —se acercó a él y lo saludó en inglés con efusividad.

—Claro que sí, muchacha. Tú ayudaste a nacer a mi sobrina nieta, y lo hiciste muy bien.

—¿Sabe cómo están la madre y la niña?

—Me complace informarte que ambas gozan de buena salud y ahora viven en esta ciudad. Parece que tú también te has mudado. ¿Estás en La Residencia? ¿Eres una de las reclusas de la *Lady Shore*?

Asintió en silencio, moviendo la cabeza. Le daba vergüenza reconocer su pasado ante ese hombre tan educado.

—Entonces volveremos a vernos pronto. Todas las recogidas son mis pacientes. Esta semana iré a visitarlas y revisarlas, por encargo del virrey. Ahora discúlpame, pero debo atender a alguien.

—Claro. Adiós —lo saludó ansiosa por el próximo encuentro. Le agradaba mucho ese doctor. Antes de alejarse agregó—: ¡Aún no recuerdo su nombre!

—Soy el doctor O’Gorman.

Mary se alejó con una sonrisa. Si ese caballero irlandés estaba tan cerca, podría volver a verlo.

Regresó a la zona de los talleres y se encontró con Jane, que había sido destinada a la sala de las velas.

—¿Dónde estabas? Peirano te está buscando.

—Ufff, ¿sabes para qué? —ignoró la pregunta, prefería contarle a su amiga sobre el encuentro con más tranquilidad.

—No lo sé, pero se veía con el ceño más fruncido que de costumbre mientras gritaba tu nombre en el patio.

—Esa mujer se ha ensañado conmigo. Iré a verla ahora.

—Muéstrate obediente, es lo que se espera de nosotras y puede facilitarnos las cosas aquí — sugirió Jane, y Mary partió cargada de la intención de hacerle caso. Se detuvo en el pasillo para ajustar algunos cabellos que habían escapado de su peinado y alisó la falda gris de tela áspera que le habían dado igual a la de todas, sabía que Peirano se mostraba estricta con esos detalles.

Al llegar frente al despacho de la correctora golpeó la puerta y esperó a que una voz le indicara que podía pasar.

—Adelante, Clara —le dijo la mujer para observarla con detenimiento.

—Ese no es mi nombre, soy Mary.

—Es el que aparece en tus papeles, por lo tanto es el que usaré mientras estés aquí.

Mary se mordió la lengua para no decirle lo que pensaba y esperó en silencio a que continuara.

—Eres problemática, pero también eres muy bonita. Con ese vestido que se ajusta a tus formas, veo que puedes servir. Te daré una tarea extra.

—¿Servir para qué? ¿Qué tarea?

—Se trata de un trabajo especial para las recogidas que manejo. Si te adaptas a lo que incluye, en pocos meses te daré tu libertad.

—¿Usted puede hacer eso? Pensé que la decisión estaba en manos del virrey —preguntó arqueando una ceja ante la duda.

—El virrey ignora los detalles de la vida cotidiana tras estos muros. Él se limita a leer mis informes y recomendaciones sobre a quiénes liberar —presumió orgullosa de su poder.

—¿Qué trabajo es ese? —inquirió desconfiada.

—Recibir a hombres para que encuentren el placer —resumió sin eufemismos.

—No soy una prostituta —afirmó con serenidad.

—No es lo que dice en tus papeles.

—El guardia que escribió eso mintió. Soy una mujer decente.

—¿Acaso eres virgen?

—No —contó la verdad mirando al suelo.

—Entonces no hay nada más que decir. Empezarás esta noche.

—No quiero.

—Te conviene cooperar, Clara. Si no lo haces, irás de todos modos, obligada, pero además convertiré tu vida en un infierno y haré que pases años aquí dentro. En cambio, si no te resistes, verás que todo puede ser mejor para ti. Esta noche mandaré a buscarte —quiso encubrir la amenaza con una sonrisa final, pero le salió una torpe mueca que provocó un escalofrío en Mary.

Se escabulló en silencio pero no se dirigió al taller para trabajar. Necesitaba un sitio tranquilo donde pensar. Se refugió en la capilla del lugar y simuló rezar. Aunque no se topó con nadie, sabía que allí no debería dar explicaciones. Si el sacerdote la veía no se animaría a interrumpir sus oraciones.

Arrodillada y con los ojos cerrados, analizó sus posibilidades. De nada le había servido resistirse a que los hombres la tomaran hasta ese momento. De todos modos había perdido su virtud en el barco al verse obligada a entregarse para sobrevivir. *Para mantener mi honor me he metido en muchos problemas. He pagado un precio demasiado alto y todo ha sido en vano.*

Estoy desterrada y prisionera. Pero si me niego al pedido de la correctora, ¿acaso esto podría empeorar?, se preguntó. Sí, esa mujer tiene el poder aquí. No ganaré nada si me niego. Además, ella dijo que si acepto podría reducir mi encierro. Es una cuestión de supervivencia una vez más, consideró. Salió de la iglesia cabizbaja, pero en el camino hasta su dormitorio se fue enderezando, invadida por la certeza de que no era una víctima sino una luchadora: iba a enfrentar lo que le tocara con fuerza, sin rendirse, resignada a aceptar los sacudones del destino una vez

más.

No sabía qué hora era cuando una mano la despertó tocándole el hombro. Abrió los ojos y vio que la correctora le hacía gestos para que la siguiera. Mary contuvo las ganas de abofetear a esa mujer que iba a utilizar su poder para aprovecharse de su vulnerabilidad. No iba a dar batalla. Se había acostado con el vestido, por lo que no tuvo necesidad de cambiarse. Se cubrió con un chal viejo y siguió a Peirano en silencio hasta una puerta lateral, que la mujer abrió con una de las llaves que llevaba colgando en su falda. Allí la esperaban dos hombres, un blanco vestido sin elegancia y un mestizo de rasgos indios enfundado en ropas de criollo.

—Ve con ellos y haz lo que te digan. Si al regresar no me traen un buen reporte de tu conducta, te arrepentirás.

—No se preocupe —deslizó entre los labios apretados—. No tendrá quejas de mí, y en poco tiempo obtendré mi libertad.

La correctora asintió con un gesto de la cabeza y cerró la puerta tras ellos. Los hombres la ayudaron a subir a un carro tirado por una mula. Se acomodó en la parte de atrás y escuchó los ruidos de la ciudad en la oscuridad. Aunque no había salido nunca, percibió que tomaban un camino diferente al de la llegada a la casa, dado que no cruzaron el zanjón. Al rato se detuvieron y el mestizo la ayudó a descender mientras el otro abría la puerta de una vivienda. Una casita con una minúscula sala a la que daban tres puertas. El hombre le señaló una y ordenó:

—Ve allí y espera.

Mary entró a donde le indicaban y encontró una pequeña habitación con un sencillo catre de cuero, una mesita con una vela en una palmatoria y un recipiente con agua, nada más. El lugar olía a encierro y humedad. Se sentó en el borde del camastro y esperó. Un rato después escuchó voces al otro lado y enseguida la puerta se abrió para dar paso a un hombre de aspecto rudo, con una barba desprolija. La miró y asintió con la cabeza, mientras torcía la boca en una mueca que parecía querer ser una sonrisa.

—Sí, me gustas más que la muchacha de siempre. ¡Me quedo con esta! —gritó hacia afuera y cerró la puerta—. Quitate la falda —ordenó apurado mientras se aflojaba el cinturón que sujetaba unos pantalones anchos, que enseguida cayeron hasta sus tobillos.

Mary lo vio avanzar y sintió ganas de correr, pero sabía que sería inútil. Los dos hombres de Peirano que la habían llevado la esperaban al otro lado de la puerta, y allí no había ventanas. Por lo que se resignó a cumplir con lo que se esperaba de ella. Se echó hacia atrás, levantó su falda hasta la cintura y se quitó el sencillo bombachón que usaba como ropa interior. En pocos segundos el hombre estaba encima de ella, tocándola primero, tanteando por dónde seguir, y casi enseguida empujando hasta deslizarse en su interior. Mary reprimió el impulso de apartarlo.

Apenas cerró los ojos, apretó los dientes y pensó en otra cosa. Buscó en su memoria y halló las caras de sus hermanitos, sus risas y sus voces. Ignoró los movimientos del hombre. Felizmente todo terminó en algunos minutos. Tras gritar sobre ella, él se apartó y cayó hacia un costado, resoplando con fuerza.

—Me han dicho que te llamas Clara. Me gustas, Clara, volveré por ti —murmuró mientras se vestía. Ella no dijo nada. No había abierto la boca en todo el tiempo que él estuvo ahí. Sólo pensaba en marcharse, quería regresar a La Residencia para poder lavarse e irse a dormir. Quizás así esa pesadilla fuese a desaparecer. Se levantó para irse pero la puerta volvió a abrirse y otro hombre entró. Esa vez era un muchacho, que avanzó con timidez. Lo vio detenerse y quitarse un sombrero de tela, que estrujó en sus manos. Le recordó a Peter, su compañero en las calles londinenses, y le sonrió. El joven pareció tomar coraje ante la sonrisa y avanzó hasta sentarse a su lado, donde esperó en silencio.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al rato.

—Ángel —murmuró con voz trémula, sin levantar la vista del suelo de tierra.

—¿Es la primera vez que visitas un lugar así?

—Sí, mi hermano viene siempre, y dijo que era hora de que yo también lo hiciera. Me está esperando afuera.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

—He visto a los animales muchas veces en el campo —explicó con las mejillas enrojecidas.

—No somos animales, así que será mejor que yo te enseñe —sugirió, para evitar situaciones incómodas, y le indicó cómo seguir—. Quitate el pantalón.

Sin vacilar el chico obedeció y además arrojó al suelo el poncho que llevaba. Mary, enternecida por el pecho lampiño y la cara de ansiedad de él, le explicó lo que vendría a continuación. El alumno entendió la lección e hizo lo que se le indicaba. Mientras, Mary miró el techo y realizó un viaje al pasado: pensó en Lochard. En la breve pero intensa relación que habían tenido. *Es una pena que él no haya cruzado el río. Sé que no volveré a verlo, pero quizás sea mejor así. No me gustaría que supiera que ahora me dedico a esto, aunque no haya sido una elección mía sino el único rumbo posible. Era un hombre de temperamento volátil pero cariñoso y atento, lo extraño. No creo que vuelva a encontrar a alguien así,* pensó apiadándose de sí misma, y estaba a punto de profundizar en ese camino de conmiseración cuando la voz del chico la llevó de vuelta a la realidad. Mientras intentaba recuperar el control de su respiración, no dejaba de repetir:

—Gracias, gracias.

—No tienes que agradecerme nada, el hombre que está afuera sin duda se ocupará de cobrarte —respondió apática, mirando hacia un costado. Había logrado separar su mente de lo que sentía su cuerpo durante los encuentros con los dos hombres. Por un lado se alegró, ya que eso hacía que la inevitable tarea fuera más tolerable. Pero por otro, temió en lo que podría llegar a convertirse: un ser sin sentimientos.

Las salidas nocturnas organizadas por la correctora se repitieron con regularidad. Unas noches más tarde no le sorprendió hallar compañía: Bernarda viajaba en el carro a su lado.

—Lamento verte aquí. ¿Sabes a dónde nos llevan y lo que tendrás que hacer? —transmitió su pena apretando la mano de su compañera.

—Sí, ya he ido muchas veces. La semana pasada no me llevaron porque tuve mi período. No es que nos respeten en esos días, más bien creo que los hombres nos rechazan. Lo cual resulta un alivio.

—¿Por qué no me habías contado de esto?

—¿Para qué? Quizás tenías suerte, o algún protector, y no te llevaban...

—¿Protector? ¿A qué te refieres?

—Algunas muchachas se acuestan con el Regidor, es el sacerdote que dirige este lugar, el jefe de la correctora. Él puede dar la orden de que no las saquen de noche.

—¿Quieres decir que hay un cura involucrado, y que además todos saben lo que ocurre en esa casucha?

—No sé si todos, pero las muchachas que no son feas ni viejas sí, porque muchas ya han sido obligadas a ir.

—¿Acaso el fin de esa casa no es corregir las conductas escandalosas? —preguntó espantada.

—Sí, esa es la teoría de los funcionarios, pero en la práctica ya has visto lo que ocurre —

respondió con un encogimiento de hombros y calló, porque estaban llegando.

Las hicieron bajar y Mary fue a una de las habitaciones, como de costumbre, mientras Bernarda se dirigía a la otra. Al rato escuchó voces y puertas que se cerraban, y un hombre alto entró en donde ella estaba. La sorprendió lo bien vestido que estaba, con botas de cuero, envuelto en una capa larga y con el sombrero inclinado hacia abajo cubriéndole medio rostro. Sin duda no quería que lo reconocieran en las calles. Esperó hasta que él se acercara, pero no lo hizo. Se desprendió de su ropa en el lugar y ordenó:

—Quítate todo.

Le llamó la atención el sonido de las palabras, sin duda el caballero no era de origen español, aunque hablaba el idioma con corrección, y también le extrañó el pedido, por lo general los clientes estaban apurados y la montaban poco después de llegar, apenas apartándole la falda y dejándole a la vista los senos. Después de que uno le rompiera el frente del vestido por tironear, Mary se había hecho una camisa cerrada con cintas sobre los pechos para usar cuando la llevaban allí. Se puso de pie junto al lecho y obedeció. Sin mirar al hombre, aflojó los moños que cerraban el canesú, bajó la tela sobre los hombros y la dejó caer hasta el piso. No tenía ropa interior. Se sintió expuesta, incómoda. Aunque se había acostado con varios hombres, nunca había estado así, completamente desnuda ante quien la estudiaba. Porque podía sentir la mirada del visitante recorriéndola. Sus ojos grises no se apartaban de ella.

—Date una vuelta —ordenó, y algo en el interior de Mary se rebeló.

—No —respondió con firmeza.

—¿Por qué no? Te voy a pagar por esto.

—Va a pagar por acostarse conmigo. Si eso es lo que desea, hágalo de una vez. Todo lo demás me lo reservo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que te reservas? —preguntó con una mueca burlona, avanzando un paso hacia ella.

—Nunca lo sabrás... —dijo en inglés mientras caminaba los pocos pasos que la separaban del lecho con la intención de cubrirse con una sábana que ella misma había llevado unas noches atrás. Le incomodaba estar desnuda, pero no llegó a taparse.

—Espero poder descubrirlo muy pronto —respondió él en la misma lengua, echándose sobre ella y sujetándole los brazos sobre la cabeza, en un mismo movimiento, mientras buscaba besarla en los labios.

—¿Cree que hablar inglés le dará alguna ventaja? Es apenas un cliente más —murmuró mordaz, corriendo la cara para apartar su boca—. Haga lo que vino a hacer de una vez —lo apuró, enojada por haber sido sorprendida.

—Me gusta cómo enrojece tu piel cuando te enojas. Resalta tus pecas. Extrañaba una piel así, y cabellos del color del fuego como los tuyos. Me fascinan y sólo puedo encontrarlos en mis viajes. Pórtate bien conmigo esta noche y volveré por más, tendrás en mí a un cliente devoto y generoso —expresó.

A Mary le gustó el sonido de esa voz. Le gustó el calor del aliento con aroma a whisky junto a su rostro. Le gustó la admiración que detectó en su mirada. Y, sobre todo, le gustó sentir el peso de ese cuerpo masculino que la deseaba sobre el suyo. Era una sensación diferente a lo que le provocaban los demás. Asintió levemente con la cabeza y él le soltó las manos para acariciarle los pechos. Al mismo tiempo ella empezó a recorrerle la espalda con los dedos para descender hasta los glúteos y apretarlos. Al instante le sorprendió escucharlo gemir.

—Eres mejor de lo que esperaba —anunció con voz ronca y con rapidez guio su miembro para frotarse contra ella antes de adueñarse de su esencia. Después se sumergió en ella y enseguida

comenzó a moverse con fruición, disfrutando de lo que hacía, sin dejar de mirarla a los ojos. La conexión fue mutua, Mary tampoco pudo apartar su mirada de él. Cada empujón la sacudía pero sus ojos seguían tan unidos como sus cuerpos. Para su sorpresa, descubrió que le gustaba tenerlo dentro de sí. De manera intuitiva, sus piernas envolvieron la cintura de él para acompañar mejor los movimientos y eso le aceleró la respiración. Se asustó por la intensidad de lo que sentía, por la sangre ardiendo en sus venas. Intentó huir de esa poderosa unión torciendo la cabeza pero él no se lo permitió. Le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo mientras se clavaba profundo en ella y gritaba:

—*Yes, yes, yes! Oh, my God, yes!*

La explosión final de él hizo que Mary también temblara mientras una extraña y cálida ola recorría todo su cuerpo. Nunca había experimentado algo así.

En lugar de rodar agotado hacia un costado, como hacían todos, él cayó sobre ella y escondió la cabeza en su cuello. Se quedó allí unos momentos, respirando agitado.

—Me gusta tanto tu perfume como tu cuerpo —dijo cuando se calmó—. Y me complació mucho nuestro encuentro. Sin duda regresaré a ti, Clara.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Porque vine a buscarte.

—¿A mí?

—En las calles ya se habla de ti. La muchacha de los cabellos de fuego. Te promueven como “Clara, la inglesa”.

Alzó las cejas sorprendida. Ignoraba ser dueña de una cuota de fama por su cabellera encendida. Aunque fuese un nombre prestado, sin duda se referían a ella. Estuvo a punto de revelarle al hombre que se llamaba Mary, pero algo en su interior se lo impidió. Mary cargaba con un pasado de dolor, había sufrido mucho en los últimos meses. Aunque su flamante ocupación no era el trabajo con que había soñado, al menos representaba una nueva vida.

Decidió que la recorrería bajo un nuevo alias. Además, con ese hombre había descubierto que esa vida también podía ser placentera. Cuando él se inclinó sobre su cuello otra vez, lo abrazó para tenerlo junto a sí, decidida a hacer todo lo posible para que él volviera a buscarla. Se dio cuenta de que esa noche, no había vuelto a pensar en Lochard ni una vez.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó cuando su propia respiración se tranquilizó.

—Soy Thomas.

Puerto Santa María de los Buenos Ayres, diciembre de 1797

El viento ayudó a las familias Périchon y O’Gorman en su nueva mudanza. No tardaron más de un día para cruzar las aguas plateadas del río que daba su nombre a la región y al virreinato. Con la fragata fondeada en el lodo cercano a la costa, los pasajeros descendieron en botes. Un elegante caballero con levita y tricornio los esperaba en la orilla, junto a un hombre rubio y alto, vestido con uniforme militar.

—¡Tío Michael, qué alegría volver a verlo! —saludó Thomas con un abrazo a un hombre muy parecido a él, con algunos años más, en cuanto pisaron tierra firme.

El doctor O’Gorman respondió al saludo y lo extendió a Annette, tomándole una mano entre las suyas.

—Me alegra verla recuperada. ¿Cómo está la pequeña?

—Me complace decir que muy bien, creciendo fuerte, y se lo debemos a usted.

—No me deben nada. Ahora vamos a lo importante, he pedido a un amigo que me acompañara hoy para que asista a los Périchon en los trámites que deben realizar. Si recuerdo bien, querida, sus padres no hablan español.

—Ni una palabra. Espero que no sea un problema para que obtengan la residencia.

—No lo será porque mi amigo los asistirá en su presentación ante el alguacil del puerto hoy mismo y en todo lo que necesiten después. Permítanme presentarlos. Madame y monsieur Périchon, él es don Santiago de Liniers.

—Encantado de conocerlos, señora, señor —los saludó en francés y se inclinó con una leve reverencia ante ellos—. Aunque aquí me han rebautizado como Santiago, pueden decirme Jacques si lo desean, les resultará más fácil de pronunciar.

—*Merci, monsieur Jacques* —respondió entusiasta y con un apretón de manos don Armand—. ¿Usted nos ayudará? ¿Habla español?

—Sí, aunque soy francés he luchado por el rey de España en muchas batallas, y ahora estoy a su servicio en estas tierras. Será un placer cumplir con el pedido de don Miguel. Si desean, podemos ir a hablar con el alguacil del puerto ahora, y dejar que las damas marchen a descansar a la casa del anfitrión. No es necesario que sufran el calor de esta época en el exterior.

—No se preocupe, están acostumbradas a estos climas. Mi mujer creció en la India y mi hija en las arenas cálidas de una isla en el océano Índico, pero sí deben estar agotadas —razonó y señaló a Annette, que miraba hacia el horizonte lejano sobre el agua en ese momento—. Pero aún no los he presentado. Venga, por favor. Hija, el caballero es monsieur Jacques Liniers y se ha ofrecido a ayudarnos con lo que necesitemos para instalarnos en la ciudad.

—Es muy amable, monsieur. Desde ya agradecemos su colaboración —respondió inclinando hacia atrás la sombrilla de encaje con la que se cubría del sol, para poder observar al caballero a los ojos, unos intensos círculos azules que le hicieron pensar en las aguas de un lago. La cabellera rubia con rizos le recordó el cabello suave de un niño, aunque el hombre ya había pasado los cuarenta. Y los pómulos altos y el mentón afilado también llamaron su atención. El conjunto ofrecía una imagen muy agradable, masculina, pero delicada a la vez.

—No debe agradecerme, madame , para mí será un verdadero placer ayudar a mis compatriotas —respondió al enderezarse de la reverencia para pararse bien erguido con los talones juntos y los hombros rectos, lo que destacaba su elegancia.

Segundo hijo varón del conde de Liniers y Bremond, desde joven supo que no heredaría el título familiar, por lo que había iniciado la carrera militar. Se había formado en el ejército español y luchado contra los portugueses en Santa Catarina en su primer viaje al Río de la Plata junto con el virrey Cevallos. Después había combatido contra los ingleses para recuperar Gibraltar. Regresó al virreinato con el título de capitán para formar una flota de cañoneras a pedido del rey. Lo acompañaban su esposa embarazada y un hijo de un año, Luis de Liniers. Pero Juana Úrsula de Menvielle no resistió al viaje y murió en un parto prematuro en altamar. El viudo alquiló una casa en la calle del Rosario, vecina a la de don Martín de Sarratea. Allí conoció a su bella hija, María Martina, con quien se casó en 1791. A pesar de no contar con fortuna propia, el capitán se las arreglaba para vestir siempre con elegancia. Esa tarde llevaba calzones de seda hasta la rodilla y medias a pesar del calor. Devoto del estilo tradicional, no había adoptado aún los pantalones largos hasta los pies que ya empezaban a verse en la ciudad de Buenos Ayres.

Annette admiró al hombre frente a sí, sonrió y no dijo nada más. Se había quedado sin palabras. Por primera vez tuvo ganas de gustarle a alguien, pero no sabía cómo hacerlo. Hubiera querido continuar la conversación con Liniers pero no pudo. Apenas tomó el brazo de su madre para marchar hacia donde le indicaban.

Con la ayuda de Liniers, las dos familias se instalaron en una casa que compró don Armand en la calle del Santo Cristo, a pocas cuerdas de la Plaza Mayor. Casi de inmediato Thomas retomó sus habituales viajes por el mundo, llevando mercaderías de un puerto a otro. Annette se acostumbró a vivir sin su compañía y cuando mejoró su manejo del español empezó a integrarse a la vida social local. Quien le abrió las puertas de los salones porteños fue la mujer de Liniers, María Martina de Sarratea y Altolaguirre. La muchacha, que tenía casi la misma edad que ella, pertenecía a una encumbrada familia criolla y disfrutaba llevando a su nueva amiga francesa a las tertulias. Se había casado joven también, a los diecinueve, y cuando Annette la conoció ya tenía tres hijos con Liniers.

La amistad crecía entre ellas y entre ambas familias. Más de una vez don Armand bromeó con profundizar el lazo de amistad con una boda entre los descendientes en el futuro, y hasta propuso nombres: su hijo Jean Baptiste, de diecisiete años, con la hija mayor de Liniers y María Martina, la pequeña Carmencita, de tan sólo seis.

Annette disfrutaba del tiempo junto con los Liniers. Sentía una profunda admiración secreta por don Santiago, como le decían todos en esas tierras. Aunque era el marido de María Martina, muchas veces pensaba en él y se arreglaba especialmente, con vestidos que realzaban las curvas de su cuerpo pequeño y bien formado, además de agregar unas gotas de perfume en el cuello, cuando estaban invitados a cenar con ellos. Pequeños detalles que nunca se había tomado el trabajo de cuidar para Thomas. Esa noche, su marido estaba de viaje y los Liniers iban a comer a su casa. Había pedido a Margot que le peinara los rizos en cascada desde lo alto de la cabeza, sujetos con una cinta de seda borravino, del mismo tono del vestido de corte imperio que remarcaba su busto.

Annette esperó a los invitados en la sala. Sus padres ya estaban allí. Al rato llegó el doctor O’Gorman y poco después los demás. El capitán Liniers, siempre atento, le dedicó a la anfitriona una mirada galante, mientras se inclinaba.

—Madame —la saludó con la voz profunda que lo caracterizaba y las mejillas de ella enrojecieron por el gesto. Aunque él nunca había sugerido nada inapropiado, sus gestos desbordaban cordialidad. A Annette no le costaba imaginar cómo sería el marido de su amiga en la intimidad. Ella conocía, por boca de María Martina, detalles sobre el ánimo siempre ardiente del francés. Y aunque no se lo hubiera dicho ella misma, bastaba con ver el grueso vientre de la muchacha, otra vez embarazada, para deducirlo. Annette borró con rapidez de su mente la imagen de Liniers y su amiga en el lecho. No quería verlo como el marido de ella, sino apenas como a un hombre atractivo. Había pasado mucho tiempo desde aquella reveladora conversación con Thomas, pero ella nunca se había animado a seguir sus consejos. Apenas se permitía observar a los caballeros en la iglesia con disimulo, resguardada por el encaje del manto que colgaba sobre su cabeza y el abanico frente a su rostro. El único juego de seducción entre ella y el capitán francés ocurría en su imaginación. *Esta noche quizás me anime a dedicarle una sonrisa especial y quizás él la interprete, o puedo lanzarle una sugerencia...*, se había dicho esperanzada frente al espejo en su habitación antes de dirigirse al salón. Aunque una vez allí, no se animó. Como de costumbre, cumplió con su rol de anfitriona a la perfección durante toda la velada. Repartió sonrisas, cuidó que los esclavos circularan con las bandejas de manera correcta, que no faltara bebida y que todos se sintieran cómodos con la conversación. Lamentó no tener ni un segundo a solas con el capitán que invadía sus sueños. Esa noche él estuvo cordial y amable con todos, como siempre, pero en especial con su esposa. Le murmuraba frases al oído, se inclinaba hacia ella a cada momento y le tendía la mano para ayudarla a pararse cada vez que ella lo hacía, aunque eso no resultaba sorprendente dado el estado de la joven. Pero cuando María Martina se excusó porque no se sentía bien y pidió que le ofrecieran una habitación para refrescarse, él se mostró más preocupado que lo que cabía esperar. Insistió en acompañarla. Su intuición fue acertada: mientras abandonaban la sala tras los pasos de Margot, María Martina se desvaneció a su lado en el patio. Todos se sorprendieron con los gritos de Liniers pidiendo ayuda.

—¡Doctor O’Gorman! ¡Doctor O’Gorman! Venga aquí ahora, ¡ya! —ordenó desde el jardín, mientras levantaba en brazos a su esposa y la cargaba hasta una de las habitaciones guiado por la esclava.

Annette entró corriendo tras el médico, para ver la desesperación en el rostro del francés, arrodillado junto al lecho donde descansaba María Martina. La muchacha estaba muy pálida, el rostro casi del color de las sábanas, revelaban las velas del candelabro que había encendido Margot.

—Esta tarde se mareó, en nuestra casa, no estaba muy bien. Le sugerí que se quedara descansando, pero ella insistió en venir, dijo que no podía fallarle a su amiga Périchon —comenzó a explicar Liniers mientras se apartaba para que O’Gorman la revisara.

—No tengo aquí mi maletín con mis instrumentos ni preparaciones —explicó el médico—. ¿Podría mandar un esclavo hasta mi casa a buscarlos? —preguntó a Annette, quien asintió y trasladó a Margot el encargo. No quería apartarse de allí. Se sentía culpable porque su amiga estuviese allí por cariño hacia su persona, y ella, en cambio, aspiraba a un gesto de parte de su marido. Los sentimientos iban en direcciones encontradas. Parada junto al lecho observó de cerca el rostro de Liniers, tan varonil y seductor. Pudo mirarlo con total descaro porque él sólo tenía ojos para su esposa. La devoraba con la vista, preocupado, ansioso. Con una de sus manos recorría la frente de María Martina con devoción, como si sus caricias pudiesen ayudarla. Con la otra apretaba el delicado puño inerte, esperando una señal que no llegaba.

—Su pulso no es débil, no comprendo por qué no despierta —anunció el médico con preocupación tras soltar la mano de la muchacha con suavidad. Ante sus palabras, Liniers cayó de

rodillas al lado de la cama y besó la frente de su esposa con desesperación mientras repetía:

—Despierta, despierta ya, por favor, debes despertar, querida mía. ¡No me dejes, te lo suplico! ¡Te necesito a mi lado!

—Capitán, tranquilícese, le he dicho que el pulso está bien. Durante el embarazo es habitual que ocurran desmayos.

—No, no es habitual en ella. Es su cuarto embarazo y nunca le había ocurrido antes —explicó cargado de angustia, casi al borde del llanto—. ¡Regresa a mí, querida! —concluyó hablándole otra vez a ella. Y, como si lo hubiera escuchado, María Martina abrió los ojos.

—¿Qué ocurrió? —fue lo primero que preguntó, asustada por los tres rostros que la observaban con diversas expresiones.

—Ya no importa, mi querida, ¡lo importante es que despertaste! —exclamó Liniers eufórico, tomándole las manos para inclinar hasta ellas su boca y cubrirlas con besos.

—Se desvaneció —explicó el médico mientras le estudiaba las pupilas y volvía a tomarle el pulso—, pero parece haberse recuperado. Le pido que se quede recostada un rato más, hasta que me traigan mi instrumental y pueda revisarla como corresponde.

—Me alegra verte bien, querida amiga. Ahora que has despertado debo regresar a la sala —se disculpó Annette con rapidez. Ansiaba salir de allí, sentía que le faltaba el aire al ver la devoción con que Liniers se dirigía a su esposa. El amor tan tangible le provocó una intensa oleada, mezcla de celos y envidia. Quería eso mismo para ella. Quería que alguien la amase, no soportaba ver cómo su amiga recibía lo que a ella le faltaba. Necesitaba alejarse de ese torbellino de sentimientos, antes de desmayarse ella misma por la desolación que la invadía.

A la madrugada llovió. Las gotas golpeaban en el techo de tejas de la casa, remarcando el desconsuelo de Annette. Mucho después de que los invitados se retiraran, seguía despierta. Las lágrimas resbalaban por sus sienes en absoluto silencio. La idea de volver a presenciar una escena desbordante de amor entre Liniers y su esposa la atormentaba. Recordaba una y otra vez cuánto sufrió, como si mil agujas pincharan su corazón, al ver algo que anhelaba tan de cerca, y a la vez tan lejano para ella. Los ojos de él transmitían mucho amor, pero era todo para María Martina. *¿Alguna vez me mirará Thomas a mí así?*, se preguntó cargada de dolor. Y enseguida se le ocurrió algo más: *¿Alguna vez alguien, no importa quién, me mirará a mí así? ¿Acaso llegaré a conocer el amor? ¿O tendré la desdicha de morir sin haber sido amada?* Porque esa posibilidad era todavía peor que no poder conquistar nunca al hombre que en secreto la atraía.

Tendré que buscar a otro caballero que acelere mi pulso al verlo tanto como lo hace él, se dijo convencida de poder lograrlo. *Al menos creo que estoy obligada a intentarlo. No quiero comenzar a marchitarme sin llevarme el recuerdo de una gran pasión a mi tumba*, pronunció en su interior y la compasión por sí misma hizo que brotaran más lágrimas, aunque estaba lejos de envejecer a sus veintitrés años.

A la mañana siguiente, con sombras violáceas bajo sus vivaces ojos oscuros, se dirigió a desayunar.

—Buenos días —saludó a sus padres al sentarse a la mesa del comedor.

—Buenos días, hija. Tu padre quiere decirte algo —respondió doña Jeanne.

—¿Sí? ¿Sobre qué?

—Sobre el futuro: tu madre, tus hermanos y yo nos iremos de aquí.

—¿Irse? ¿A dónde? ¿No están cómodos en esta casa? Podemos buscar otra. Lo siento si mis niños lloran mucho, puedo mudarlos a una habitación más lejana... —intentó disculparse, pero Armand la interrumpió.

—No, no es eso, hija. Nos iremos a un campo que me han ofrecido en el norte y que he

decidido comprar. Mis actividades como comerciante no han sido buenas. La situación de Thomas es otra, él viaja con la mercadería y eso le da buenas ganancias, yo prefiero invertir en la tierra y producirla. Es lo que sé hacer. Cultivaré tabaco. Todavía tengo muchos esclavos que trajimos de África y dinero suficiente para comprar una interesante propiedad que me ofrecieron en Corrientes.

—Parece que ya tiene todo decidido, padre. ¿No tengo forma de convencerlo para que se queden? Estaré muy sola aquí sin mi familia.

—Tienes a tus hijos, Annette, ellos también son tu familia —la corrigió su madre.

—Lo sé, lo sé, no quise decir que no cuentan, ellos siempre estarán conmigo. Pero ustedes son muy importantes para mí, ¡los extrañaré tanto! —exclamó sin poder contener las lágrimas.

Mientras su madre se acercaba a ella para intentar consolarla con un abrazo, sus propias palabras quedaron dando vueltas en la mente de Annette: *“Mis hijos siempre estarán conmigo...”*. Ya sé lo que haré, iré con mis padres, ¡nos mudaremos todos a Corrientes!, se dijo convencida de que sería lo mejor. Eso la alejaría de ese romance cercano que tanto la hacía sufrir, y la mantendría al amparo del calor familiar. ¿Y Thomas?, se le ocurrió pensar en él. *No creo que le importe. Él pasa muy poco tiempo en la ciudad, y cuando está tampoco me busca, no me necesita en su lecho. Llega siempre cansado y algunas veces empapado con el perfume de otra mujer. La distancia no le preocupará. Y si así fuese, lo resolveré.*

—Me voy con ustedes —anunció con una sonrisa que revelaba que había desalojado el velo de desesperanza de su corazón.

Itatí, provincia de Corrientes,

noviembre de 1802

Los días en Corrientes le recordaban a Annette el tiempo de su infancia. El clima cálido, la falta de preocupaciones, el contacto permanente con la naturaleza. Compartía feliz con sus hijos, sus padres y sus hermanos una apacible vida familiar. Thomas había ido a visitarlos algunas veces desde que llegaran allí, más de tres años antes, y ella no tenía problemas en reconocer que no lo extrañaba ni un poco, como había revelado a su madre tiempo atrás. Llevaban existencias separadas, pero a pesar de ello no encontró en esas tierras un nuevo amor. Tampoco lo buscó demasiado. Dadas las tres leguas que separaban la chacra de los Périchon de la ciudad, se mantenía recluida en el campo y se sentía feliz así. Hasta que una mañana su hermano Jean Baptiste, de veintidós años, llegó de la ciudad con los encargos de su padre relacionados con la venta del tabaco que plantaban, y llevó interesantes noticias.

—¿A qué no saben con quién me encontré esta mañana en el puerto de Itatí? Les doy una pista: es gente que conocimos en Buenos Ayres —anunció enigmático cuando todos se sentaron a almorzar.

—No lo sé, no puedo imaginar —respondió su madre con paciencia, ya que que nadie más prestó atención a sus palabras.

—Vamos, participen, pongan emoción al asunto. Di algo, Annette, ella era tu amiga.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Que me encontré con el capitán Liniers y su familia. Su esposa, no recuerdo su nombre, venía a visitarte muy seguido. ¿Cómo se llama?

Annette recibió la noticia como un baldazo de agua fría en la cabeza. ¿Los Liniers allí? Le

parecía algo imposible. Eran parte de su pasado, al igual que la devoción platónica que él le había provocado alguna vez.

—María Martina —logró recomponerse para responder—. Sí, éramos amigas. ¿Ella también está aquí acompañando a su marido? Qué extraño, tiene muchos niños pequeños a quienes cuidar.

—Estaban todos, los padres y un montón de niños a su alrededor. Según me contaron se están mudando a La Candelaria. Él fue nombrado gobernador de las Misiones.

—¿Qué Misiones? No comprendo —intervino doña Jeanne.

—Es la zona ubicada al norte de aquí, querida. Son treinta pueblos que conforman las Misiones Jesuíticas Guaraníes o, al menos, lo que queda de la época en que las manejaban los jesuitas —explicó su marido—. Está cerca, apenas un día de viaje en barco. ¿Y dices que nuestro amigo será el gobernador de esa región, Jean Baptiste?

—Sí, gobernador político y militar. Lo nombró el virrey Joaquín del Pino y el capitán se veía muy contento.

—¿Sabes si se quedarán en Itatí algún tiempo, hijo?

—Sí, escuché que el barco tiene un problema y deben repararlo antes de continuar viaje.

—¡Excelente! No es que me alegro de su contratiempo, pero eso nos permitirá invitarlos a visitarnos. Siempre es bueno encontrar viejos amigos, estamos muy solos aquí en la selva. Te agradecerá reencontrarte con tu amiga, ¿no es así, hija?

Annette se había mantenido en silencio desde que escuchó la noticia, pero no pudo seguir callada ante la pregunta directa de su padre.

—Sí, será interesante mantener una conversación con gente que no vemos desde hace tanto tiempo. María Martina es una muchacha muy agradable.

—Hablando de ella, ¿cómo está? ¿Cómo la viste, Jean Baptiste? —preguntó su madre.

—La vi gorda, tal como la recuerdo, siempre embarazada.

—¿Otra vez?

—Sí, el sexto hijo de la pareja, según me dijeron.

Annette se estremeció al escuchar la novedad. Otra prueba visible de la enorme devoción que el capitán Liniers sentía por su mujer. Otra vez aquella sensación de envidia la invadió. Ella hubiera deseado provocarle lo mismo.

—Envía un mensajero ahora mismo, al terminar de almorzar, Jean Baptiste. Arregla todo para recibirlos mañana —ordenó Armand.

Al día siguiente, poco antes del mediodía, una comitiva formada por dos carretas avanzó por el camino de entrada de la chacra, bajo la sombra de los árboles. Annette salió a recibirlos junto con sus padres y pudo observar cómo Liniers ayudaba a su esposa a bajar del vehículo con cuidado y delicadeza, en una inequívoca demostración de cariño.

Aunque le simpatizaba María Martina, esa vez no pudo alegrarse por ella. La envidia, mezclada con la pena por sí misma ante lo que no tenía, resultó más fuerte. Se sentía muy sola, quería eso mismo para ella. Con esfuerzo y educación controló sus sentimientos y se acercó a recibir a los visitantes con una sonrisa.

—Encantado de volver a verla, madame, gracias por recibirnos —la saludó el capitán Liniers inclinándose sobre su mano para besarla con suavidad, después de que ella saludara con un abrazo a María Martina. El roce de esos labios sobre la piel sin guantes le provocó un estremecimiento.

—No me agradezca, imagino que están agotados por tantos días de viaje hasta aquí. Nos pasó a nosotros cuando llegamos hace unos años. Y aún les falta hasta su destino. Tengo entendido que van hacia La Candelaria.

—Así es, estaré a cargo de las Misiones Guaraníes.

—Felicitaciones por el nombramiento, capitán.

—En realidad debes decirle “señor Gobernador”, hija —le señaló su padre.

—Disculpe, Excelencia —se corrigió enseguida, con las mejillas enrojecidas por el error.

—No es necesaria la formalidad, madame . Como ya le dije una vez, puede decirme simplemente Jacques —sugirió él contemplándola a los ojos, y ella no pudo despegarse de esa mirada azulada.

—¡Santiago! —lo llamó en ese momento su esposa—. Hace demasiado calor aquí, ¿podemos ir hacia el interior de la casa? —pidió María Martina con el rostro enrojecido y sudoroso por culpa del calor excesivo del mediodía en la selva. Y él respondió solícito yendo hacia su esposa, pero antes sostuvo largos momentos la conexión con los ojos de Annette. Tanto rato la observó que ella también sintió sus mejillas arder.

—Vamos, hija —la rescató su madre, que había presenciado la escena y detectó la tensión entre ellos. La tomó del brazo y ambas abrieron camino hacia la casa.

Después del almuerzo, don Armand propuso un paseo para mostrar la plantación a Liniers.

Irían hasta la zona vecina a un arroyo para que los niños pudieran jugar en la orilla del agua. Eso los cansaría y los ayudaría a dormir la siesta en esa calurosa tarde.

—Acompáñanos, Annette. Te hará bien el paseo —sugirió su padre.

—Sí, iré. María Martina ya se ha retirado a descansar con los niños más pequeños —decidió aceptar, y tendió la mano hacia la sombrilla con bordes de encaje que le ofrecía la fiel Margot.

Aunque no le importaba cuidar la blancura de su cutis y muchas veces salía a pasear descubierta bajo el sol, sabía que había que guardar las formas ante visitas de tanta importancia como el nuevo gobernador, se dijo para justificar ese acto de coquetería.

Caminó un largo rato entre don Armand y Liniers, apoyada en el brazo de su padre, con media docena de niños corriendo delante de ellos y un par de esclavos algunos pasos por detrás. La conversación giraba sobre la vegetación local, desconocida para el recién llegado. Périchon le explicaba lo que ya había aprendido sobre algunas especies de árboles que crecían entrelazando sus ramas y formaban un cielo verde sobre ellos, como los aguaribay. Hasta que caminar mirando hacia las ramas superiores tuvo sus consecuencias: don Armand tropezó y cayó al suelo.

Casi arrastra con él a su hija, pero Annette logró soltarse y mantener el equilibrio con la ayuda de Liniers.

—¡Padre! ¿Está bien? ¿Se lastimó? —preguntó preocupada al ver que él no se levantaba enseguida.

—No, no estoy bien. Me duele mucho un tobillo.

—Déjeme ayudarlo —se ofreció Liniers y lo tomó de un brazo para levantarlo, pero el anciano se dejó caer.

—No puedo pararme, mi tobillo se está hinchando. No podré continuar, ni tampoco regresar andando. Hija, envía a uno de los esclavos a buscar una carreta para que me lleve.

—Sí, ahora mismo —respondió Annette y transmitió la orden al muchacho que los acompañaba.

—Yo esperaré aquí a que vengan por mí, ustedes deben continuar.

—No, padre, esperaremos todos.

—Nada de eso, los niños van muy adelante, no deben seguir solos.

—Margot irá con ellos. ¡Margot, adelántate y alcanza a los niños! —ordenó a su esclava, quien salió corriendo de inmediato.

—Vayan ustedes también. No es justo que nuestro visitante se pierda el paseo. Yo estaré bien

aquí.

—No me parece correcto dejarlo solo, padre —insistió sacudiendo la cabeza.

—Y a mí no me parece correcto que discutas conmigo en público. Sé que eres adulta, pero es lo mejor. Son muchos niños para una sola esclava, no queremos que nada malo les pase junto al arroyo.

Annette entendió que su padre tenía razón. No todos sabían nadar y no podía permitir semejante descuido de niños propios y ajenos.

—Tiene razón, iré.

—Vaya usted también, capitán, yo esperaré aquí en la sombra —insistió Périchon.

Liniers no pudo negarse al pedido de su anfitrión. Obedeció y con un gesto galante ofreció su brazo a la dama para continuar andando. Annette apoyó su mano en el antebrazo de él. Al principio caminaron en silencio disfrutando del aroma y la sombra que ofrecía la frondosa vegetación. Las copas de los árboles se unían sobre ellos, formando una galería verde que los envolvía. Sauces, ombúes, laureles y palmeras se mezclaban con otros cientos de especies para crear un entorno único. Apenas el canto de los pájaros quebraba la maravillosa quietud, hasta que la voz de él rompió la magia de la tranquilidad y abrió una puerta nueva para Annette: la de las emociones.

—Es fascinante la variedad de sonidos que vibran en esta selva. ¿Conoce el nombre de estos pájaros? —preguntó apuntando con un dedo hacia arriba, sin señalar nada específico.

—Ese que estamos escuchando se llama federal. Es muy bonito, con el cuerpo cubierto de plumas negras y la cabeza de un naranja intenso, casi rojo. Hay muchos cerca de la casa y los esclavos me enseñan a reconocerlos. Es una gran distracción para las largas tardes en esta selva.

—¿Pasa todo su tiempo aquí? ¿Nunca acompaña a su marido en sus travesías?

—O’Gorman viene poco hasta Corrientes. Sus negocios lo mantienen alejado, en otros puertos. Napoleón restableció la esclavitud en las colonias francesas y él ahora se dedica a proveerlos de esclavos —explicó con una mueca. No estaba conforme con esa actividad de su marido. Contrabandear mercaderías le parecía bien, pero llevar gente que moría por las malas condiciones de las bodegas le resultaba una atrocidad.

—Pensé que él estaba de viaje, pero que regresaría pronto.

—No, su viaje ha sido más prolongado de lo habitual: ya lleva varios años. ¡Hace mucho que estoy sola! Abandonada. Y esto es peor que ser viuda, porque ni siquiera puedo volver a casarme, estoy destinada a la soledad. —Abrió su corazón y no pudo evitar dos lágrimas solitarias que escaparon de sus ojos, provocadas por la pena por sí misma. Intentó disimularlas girando la cabeza hacia el costado para secarlas pero él la vio.

—Lo siento, madame. Me apena mucho esta situación.

—Más me apena a mí haberlo hecho público, lo lamento, es algo muy íntimo que no debí compartir. Siento haberlo incomodado, capitán —murmuró. En ese momento detuvo su andar e inspiró con fuerza para recomponerse. Él se paró frente a ella y al girar tomó la mano que se apoyaba en su brazo pero no la soltó, sino que la llevó hasta su boca para apoyar en el dorso un delicado beso.

—O’Gorman es un tonto, si me permite decirlo. No debería dejar a una bella mujer sola. A las damas hay que cuidarlas, como a una delicada flor, para impedir que se marchiten. ¡Y usted es tan bella! *Très belle!* —remarcó sin apartar sus ojos de los de ella.

—Le agradezco el cumplido, capitán, pero no me siento bella. Lo era en mi juventud, pero ahora soy un objeto viejo y descartado.

—No es vieja, madame, ¡es joven y hermosa! Si yo no estuviera casado... —No completó la

frase pero la intensidad de su mirada reveló lo que quería decir.

Annette esperó, pero él no continuó. Con el corazón latiendo de prisa por ese inesperado instante de magia que le regalaba la vida, no se resignó a que todo quedara allí. Lo provocó:

—¿Qué, capitán? Si no estuviera casado, ¿qué haría?

—No sería de caballero revelar lo que está en mi mente, madame.

—Pero yo se lo estoy pidiendo. Y no sería de caballero no saciar mi curiosidad.

—Madame, por favor...

—Capitán... Jacques —usó el nombre de pila que él le había indicado mucho antes, pero que ella no se había animado a emplear entonces. La intimidad de ese momento en la luz difusa de la selva, las manos juntas, las miradas que no se despegaban, y una poderosa conexión que los unía, la impulsó a más. Llevó su palma hasta la mejilla de él y la apoyó allí, en una caricia que aceleró los latidos en su pecho.

—Si no estuviera casado, la mimaría sin descanso y la haría olvidar su soledad —pronunció con la voz entrecortada, luego giró el rostro hasta que su boca se ubicó en la palma que acunaba su mejilla y la besó varias veces, ya no con delicadeza, sino con besos intensos. Annette sintió pequeños pinchazos que avanzaban por su brazo para recorrer todo su cuerpo y alborotarlo. Si eso le causaba ese contacto, quiso descubrir lo que podría ser un beso de verdad. Sin esperar que él tomara la iniciativa, dio un paso hacia adelante y estiró el cuello buscando besarla. Pero su escasa altura no le permitió alcanzarlo. Faltaba que el capitán se inclinara hasta ella. Los ojos azules de Liniers la miraban, tan cerca, tan bella, tan tentadora, y él con tantas ganas de besarla, pero sabía que eso no podía ocurrir. Él nunca había engañado a María Martina y tampoco había tenido intenciones de hacerlo. Hasta ese momento. Lo invadían las ganas de besar a esa hermosa francesa que desbordaba sensualidad, pero su sentido del honor pudo más. Con esfuerzo se apartó de ella y de ese magnético halo que lo atraía de manera poderosa. Él era un militar entrenado para cumplir órdenes, y su mente le ordenaba alejarse del peligro cuanto antes. —Pero lo estoy y amo a mi esposa, y no me arriesgaré a lastimarla —resumió y se apartó de ella—. Vamos, debemos continuar.

A Annette le costó recuperarse de la sorpresa. El aguijón del rechazo se clavó en su pecho con un pinchazo tan doloroso como novedoso. Como nunca se había ofrecido de esa manera a ningún hombre, jamás había sido rechazada. No supo qué decir. Apenas asintió con un movimiento de cabeza, levantó la sombrilla que había dejado caer momentos atrás y comenzó a andar por el camino en silencio, ya sin ningún contacto que la reconfortara.

Poco después llegaron a la orilla del arroyo para encontrarse con los niños jugando entre juncos y camalotes, empapados a pesar de los gritos de Margot, que los quería hacer salir de allí.

—Siempre hay víboras en esas islas formadas por camalotes. ¡Amitos, por favor, aléjense de ahí! —pedía desde la orilla, pero Tomás y Adolfo se reían y saltaban encima de las firmes superficies de plantas flotantes que se movían a la deriva, mientras varios de los hijos de Liniers los imitaban. Él se acercó al grupo para poner orden y Annette vio desvanecerse la intimidad compartida. En el camino de regreso cada uno estuvo rodeado por sus propios hijos, que reían y hablaban sobre las emociones de la aventura sobre las aguas. Annette avanzaba en silencio, sumergida en sus propios pensamientos. En esos años pasados en la selva había crecido. Con veintisiete años se sentía mayor, madura, había creído que la vida que tenía la hacía feliz y que podría vivir con sus padres y sus niños allí para siempre. Pero el contacto con Liniers le había demostrado que su corazón estaba dispuesto a amar. Los latidos acelerados en su pecho le revelaron que había más, que no podía aceptar la soledad como destino. La emoción que ese hombre le provocó fue muy fuerte. Aunque él no estuviese dispuesto a dar un paso más, ella no

podría olvidarla.

*Santa María de los Buenos Ayres,
septiembre de 1804*

La muerte de don Armand Périchon había sorprendido a la familia el verano anterior. El desánimo se apoderó de doña Jeanne, quien ya no encontró motivos para seguir viviendo en la selva. Annette no dudó en apoyar la idea de su madre de regresar a la capital virreinal. La soledad había ido creciendo dentro de ella día tras día. Sin su padre, vio la oportunidad para escapar de allí. Su hermano Étienne, comprometido con Margarita Martínez de Hidalgo, una joven de la sociedad local, eligió quedarse en Corrientes al frente de la propiedad. Eugène también se inclinó por la vida en la plantación antes que en la ciudad. Por lo que una familia reducida empezó a planear el viaje de regreso, para partir en cuanto se celebraran las nupcias del mayor.

Una vez instalados en Buenos Ayres, Annette pronto se convirtió en la jefa del hogar. La apatía se apoderaba de doña Jeanne con frecuencia y su hermano Jean Baptiste, de veinticuatro años, todavía era menor de edad, no podía ocuparse de todos ellos. Ella misma se encargaba de cobrar a los comerciantes que les compraban las mercaderías que Thomas traía de sus viajes para revender como minoristas.

Ya llevaban varios meses instalados en Buenos Ayres cuando Margot llegó una mañana con importantes noticias.

—¡El barco de *musié* Thomas está entrando a las aguas del río!

—¿Estás segura de lo que dices? —la cuestionó Annette con aprensión y el corazón estrujado.

Aunque se comunicaban por carta por asuntos de negocios, hacía años que no veía cara a cara a su marido.

—¡Segurísima! Lo observé un buen rato.

—¿Qué hacías en el río?

—Estaba ayudando a dos esclavas lavanderas mientras golpeaban las sábanas contras las toscas.

—Pero esa no es una de tus tareas, si te estás escapando para eludir tus ocupaciones puedo hacer que te toque ir a lavar en esas aguas frías todos los días —la amenazó enojada, aunque en el fondo no le molestaba lo que hiciera la esclava, sino las noticias que le traía.

—Perdón, madame, es que hay un esclavo que me gusta que siempre está allí...

Annette la comprendió y la disculpó de inmediato en su interior. Ella había aprendido que se pueden hacer tonterías por culpa de la atracción que provocaba el sexo opuesto. Todavía estaba vívida en su mente su descarada actitud con Liniers. Aunque había intentado borrar lo ocurrido en Corrientes casi dos años antes, el gallardo capitán regresaba a su mente cada tanto.

—Está bien, no vuelvas a escabullirte sin mi permiso. Ahora dime, ¿cuánto calculas que tardarán en desembarcar y llegar hasta aquí?

—Sin duda verá a *musié* Thomas hoy mismo, madame. No había mucho viento sobre las aguas amarronadas y los botes no tardarán en llegar a la costa.

Annette frunció el ceño ante la noticia. La mudanza a la ciudad había causado un cambio en ella: comenzó a disfrutar de la vida social. Con timidez al principio, empezó a recibir visitas. Se hizo muy amiga de Dolores Pueyrredón de Pueyrredón, flamante esposa de su primo Juan Martín de Pueyrredón. La joven pareja había llegado a la ciudad a comienzos del año, provenientes de Cádiz, donde ella había crecido, y enseguida ambas muchachas congeniaron. Lolita de Pueyrredón

se convirtió en visitante frecuente de la casa de la calle La Paz, y la alta sociedad criolla la acompañó. Las tertulias de la francesa Périchon empezaron a hacerse famosas y Annette disfrutaba de cada una. Le encantaba ser la única ama en esa casa y recibir visitas a su antojo, sin dar explicaciones a nadie. La llegada de Thomas, un hombre parco y reacio a cualquier tipo de fiesta, sin duda iba a alterar su vida cotidiana.

Dispuesta a dar batalla para seguir viviendo a su antojo, marchó a la cocina a organizar la cena con invitados que tenía planeada para esa noche.

Hacia el final de la siesta, ruidos inusuales rompieron la quietud habitual de la tarde. Un gran alboroto revelaba que algo ocurría. Los esclavos corrían y sus niños gritaban.

—¡Ha llegado papá! ¡Ha llegado papá!

Annette contuvo la respiración ante las voces infantiles que le confirmaron lo inevitable.

Inspiró hondo para juntar fuerzas y salió de su alcoba dispuesta a recibir a su esposo.

Encontró a Thomas en medio de la sala, con las manos en las cabezas de sus hijos varones. La pequeña María Micaela lo espiaba desde atrás de la falda de una esclava. No sentía cariño por ese extraño a quien sus hermanos llamaban papá. Una sensación similar se apoderó de Annette.

Ese hombre de pie en su sala no le provocaba ningún sentimiento grato. Por más que intentó encontrar en su memoria algún destello de felicidad vivido a su lado del cual aferrarse, no halló nada. Resignada a su rol de esposa, avanzó hacia él y lo saludó con una suave inclinación de cabeza.

—Thomas, me alegra que haya regresado a salvo, tras tanto tiempo en altamar.

—Agradezco tu preocupación, Annette. Fue un viaje difícil, enfrentamos duras tormentas, pero felizmente la carga completa llegó a salvo. Traje las bodegas llenas, así que estimo que tendremos importantes ganancias —comunicó con una sonrisa de satisfacción, sin dedicar el menor gesto de cariño hacia ella.

—Imagino que estará cansado, quizás desee descansar antes de la cena, dado que recibiremos invitados esta noche —le advirtió sus planes, segura de que él los desbarataría, pero su respuesta la sorprendió.

—Excelente noticia, haz que pongan un plato más, ya que yo también tengo un invitado para esta noche. Es un amigo que llegó conmigo. Se aloja aquí cerca, en la posada de Los Tres Reyes, pero le dije que cenaría con nosotros con frecuencia, empezaremos hoy mismo.

—Será un placer recibirlo —respondió con educación, contenta por la falta de quejas de él.

Sin duda Thomas había cambiado en esos años, como ella. Tenían renovados y diferentes intereses. Esperaba que las nuevas personas en las que se habían convertido pudieran aprender a convivir bajo el mismo techo.

En cuanto oscureció comenzaron a llegar los invitados. Annette se había arreglado con esmero, cuidando cada detalle, como hacía cada vez que recibía gente en su casa. Aunque le parecía tonta la idea de que alguien valorara más cómo se veía que lo que tenía para decir, había aprendido que su aspecto era importante. Su belleza y simpatía le abrían muchas puertas, y ella sacaba provecho de eso. Para esa noche había elegido un vestido de talle alto y suelto, con un corsé corto que sólo realzaba el busto, como dictaba la moda recién llegada de Francia y que se expandía por toda Europa. Los miriñaques con aro que daban volumen extra a las faldas habían quedado en el pasado. Además, estaban en boga los tonos claros. Por eso se había inclinado por un atuendo color crema con delicadas flores rosadas bordadas en la parte superior. El motivo se repetía en el bajo de la sobrefalda en la zona delantera hasta las pantorrillas. Para el peinado había pedido a Margot que hiciera caer sus bucles en cascada sobre las orejas, sujetos con cintas cruzadas del mismo color. Dio una mirada al espejo cuando estuvo lista y sonrió satisfecha ante la imagen que

encontró. No le interesaba agrandar a su marido, sino provocar la admiración de todos los demás, hombres y mujeres por igual, sin ninguna intención en particular. Era bella, pero necesitaba que las miradas de los demás se lo confirmaran. Y lo logró. Esa noche, como en cada velada, provocó murmullos de admiración a su paso. Su cuerpo pequeño parecía etéreo cuando se deslizaba por el salón con sus suaves zapatillas de raso saludando a los invitados y cosechando vistazos de todo tipo. De embeleso en los hombres y de envidia en algunas mujeres. Otras, dueñas de un cariño sincero, como Lolita de Pueyrredón o Guadalupe Cuenca, celebraban la belleza de su amiga.

Cuando terminaba de dar la bienvenida a Saturnina de Saavedra, Thomas la llamó con un gesto desde el otro lado del salón.

—Ven, Annette, quiero presentarte a mi amigo, James Burke, un coronel retirado del ejército prusiano. Ha venido a estas tierras movido por su interés por la ciencia.

Annette observó al hombre alto y delgado, de piel clara y cabello castaño, que la miraba con intensidad. Estaba vestido con angostos pantalones largos, a diferencia de la mayoría de los hombres, Thomas incluido, que llevaban los tradicionales calzones hasta la rodilla y medias en las pantorrillas. Cuando la saludó en inglés con un suave acento alemán, no pudo dejar de notar el ronco tono de su voz.

—Encantado de conocerla, madame. O’Gorman me ha hablado mucho de usted.

—Debo decir que estoy en desventaja, caballero. Aún no he tenido tiempo de conversar con él desde su llegada. Apenas me ha contado que usted se aloja en la posada Los Tres Reyes, espero que se halle a gusto allí.

—Sí, es bastante confortable, aunque no tengo la suerte de mi amigo: no ofrece el calor de un hogar ni tampoco tengo allí una hermosa esposa para acompañarme. Thomas no le hizo justicia cuando mencionó su belleza, madame. Permítame decir que es la dama más encantadora que he conocido.

—Lo siento si no fui más claro, amigo. Ahora discúlpame, debo saludar a alguien —se excusó O’Gorman y marchó hacia un caballero que acababa de llegar.

—Le agradezco el cumplido. No me resulta habitual escuchar palabras como esas.

—Me cuesta creerle, madame. Sin duda sabe que es la mujer más bella en este salón y no dudo en afirmar que en toda esta ciudad. Mi amigo es un hombre afortunado y no sabe cuánto desearía hallarme en sus zapatos —concluyó con algo más que admiración en su voz. Había una velada invitación a continuar con los halagos, si ella se lo permitía.

Annette le sostuvo la mirada sin esconderse tras el abanico de nácar que llevaba cerrado en un puño. Le gustaba sentirse admirada, y además por primera vez un elogio le provocaba algo más que satisfacción. Las palabras de Burke y la intensidad de sus ojos acaramelados le causaban un profundo revoloteo en el estómago. Las piernas le temblaban y el calor se apoderó de su rostro.

La suma de esas sensaciones la animó a responder:

—A su amigo no le interesa mi aspecto, créame.

—Me está dando a entender que O’Gorman no tiene tan buen ojo como yo creía, si no ve la maravilla que tiene a su lado.

—Reconozco que mi marido es bueno para los negocios, pero las cosas no son como muchos suponen puertas adentro. Muchas veces los hombres no valoran lo que ya tienen y la vida de una esposa puede ser muy miserable —dejó escapar en tono de queja, mirándolo desde atrás de las pestañas entrecerradas. Era nueva en el arte de la seducción, pero aun sin experiencia, sentía que había logrado captar el interés de ese hombre, y eso la hacía sentir muy bien.

—Me ofrezco para limpiar la reputación dañada de mi género, madame. Si me lo permite, me gustaría demostrarle que quedan caballeros que harían lo imposible por darle una vida más

placentera, en todo sentido —ofreció con un sugerente cambio en el tono de voz, sin dejar de mirarla a los ojos.

Ella agradeció sus palabras con un movimiento de la cabeza y una sonrisa que lo invitó a continuar.

—Me gustaría verla a solas para poder explicarle cómo lograría ese objetivo, madame, todo lo que puedo ofrecerle.

—Espéreme mañana por la tarde en el extremo sur del paseo de la Alameda. Podremos conversar sobre su interesante propuesta —sugirió y se marchó para ocuparse de los invitados.

Mientras se alejaba de él su corazón latía acelerado. Finalmente se había animado a hacer con ese extraño lo que le dictaba su voluntad: permitirse la posibilidad de buscar un poco de felicidad.

8

Santa María de los Buenos Ayres, abril de 1798

Los meses transcurridos desde la llegada a La Residencia fueron rutinarios. Mary se acostumbró a trabajar en el telar durante las mañanas, a dormir la siesta después del almuerzo y a subirse a la carreta por las noches para cumplir con la tarea encargada por la correctora. La fama de la muchacha inglesa con los cabellos de fuego había crecido en las calles porteñas y muchos hombres pedían por ella, por lo que Peirano le permitía descansar por las tardes. No era un gesto de cuidado, sino más bien un resguardo del negocio. Mary no recibía nada de lo que los hombres pagaban. Los guardianes que la escoltaban hasta la casucha cada noche se quedaban con todo.

Ella ignoraba cómo lo repartían después. Quizás ellos fuesen empleados de la correctora, o tal vez ella les proveyera muchachas para su negocio. Mary estaba al margen de las cuentas, aunque el tema le provocaba curiosidad. Una vez se animó a preguntar a un cliente cuánto había pagado por llegar a su lecho. La respuesta la sorprendió, y se indignó por no ver ni un céntimo de eso.

Desde entonces empezó a dar vueltas al asunto en su cabeza: ¿cómo hacer para lograr que parte de esa suma fuese a su propio bolsillo? Pero aunque lo pensaba una y otra vez, no hallaba la manera.

Una tarde al comienzo del otoño, mientras Mary dormía la siesta, fuertes gritos se colaron en sus sueños. Despertó sobresaltada y miró a su alrededor, para distinguir que venían de la cama de Bernarda. Jane estaba arrodillada a su lado y sostenía la mano cobriza de la muchacha, que en ese momento se veía muy pálida.

—Estarás bien, no te preocupes. Yo sé que duele, pero pronto pasará todo. Esto será apenas un recuerdo. Ya lo verás —trataba de animarla, pero Bernarda estaba acurrucada de lado, con las piernas flexionadas pegadas al pecho y no respondía con cordura, apenas gritaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó acercándose.

Más gritos de Bernarda impidieron que Jane le respondiese, y otras mujeres también se acercaron hasta ellas.

—¡Oooh! ¡Duelee! ¡Duele mucho! —insistió apretando los puños y sacudiendo la cabeza.

—Está enferma, hay que llamar a un médico, hay uno en el edificio de al lado, en el Protomedicato, que alguien vaya por él —dijo Mary con decisión y una joven se dirigió hacia la puerta, pero Jane la detuvo.

—¡No! ¡No, que nadie salga de aquí!

—¿Por qué no? ¿Estás loca? Bernarda está sufriendo, él podrá ayudarla.

—No, no es necesario, sólo hay que esperar.

—¿Esperar a qué? ¿Me vas a decir qué está ocurriendo aquí? —preguntó con enojo.

—Baja la voz, no quiero que la correctora se entere. Bernarda está a punto de perder su embarazo.

—¿Su qué...? ¿Cómo que está embarazada? No me dijo nada.

—Lo descubrió hace pocos días, yo me enteré por casualidad porque la vi llorando y la obligué a contarme qué le ocurría. Temía que la echaran de aquí, su familia india no querría recibirla en este estado. Le dije que no se preocupara, que había una solución, algo que vi hacerse

muchas veces en el prostíbulo en Londres. Y ella aceptó.

—¿Qué hiciste, Jane? Lo que haya sido la está haciendo sufrir mucho.

—Es un truco antiguo, que funciona así al comienzo, pero pronto expulsará al bebé y todo pasará.

—¡La vas a hacer interrumpir el embarazo sin asistencia de una comadrona! ¡Estás loca! ¡Es peligroso!

—Sí, puede haber riesgos, lo sé, pero Bernarda es joven y fuerte, lo soportará y se repondrá. Lo he visto muchas veces antes —repitió.

—Y mi madre, que se ocupaba de casos así, me contaba que eran más las muchachas que morían que las que se recuperaban. ¡Hay que llamar al médico! —insistió.

Nuevos gritos de Bernarda, que esa vez sonaban como alaridos, las obligaron a dejar de discutir y volverse hacia ella. Mary se sentó a su lado, la mestiza se incorporó en el lecho, apretó los puños contra el vientre, volvió a gritar y cayó desmayada sobre su amiga.

—¡Vayan a buscar al doctor O’Gorman! —exclamó Mary mientras intentaba apoyarla con cuidado en la almohada. Después trató de acomodarla, estirándole las piernas, y percibió que la falda estaba manchada con sangre. Corrió la tela para descubrir que su amiga estaba sentada en un charco viscoso cada vez mayor—. ¡Jane, ayúdame! ¿Qué hay que hacer ahora?

—No lo sé... —confesó retorciéndose las manos.

—Pero esto fue idea tuya, ¿no lo habías realizado antes?

—No, sólo lo presencié.

—¡Por Dios santo! ¡Eres una irresponsable! —Mostró su enojo, pero no podía ocuparse de Jane en ese momento, necesitaba pensar en Bernarda—. Dame un paño húmedo, vamos a intentar reanimarla mojándole la frente.

Su amiga corrió a obedecer pero las compresas no funcionaron. La muchacha estaba cada vez más pálida. Para alivio de Mary, pronto entró el médico, quien se hallaba trabajando en el edificio contiguo cuando le avisaron de la urgencia. Llegó con un maletín cargado de instrumentos y cuando le explicaron que la muchacha embarazada se había desmayado por el dolor y perdía mucha sangre, frunció el ceño.

—Todo el mundo fuera, necesito revisarla.

—Yo quisiera quedarme y ayudar, es mi amiga, y Jane también puede ser útil —explicó Mary.

—Recuerdo tus dotes para los partos, está bien —concedió el médico mientras se inclinaba sobre la muchacha inconsciente—. Levanten su falda y separen sus piernas —ordenó.

Al hacerlo, quedó expuesto un fino palillo que sobresalía de ella. La boca del médico se arrugó con desagrado.

—Entiendo que las prácticas curativas indias utilizan hierbas pero esto es... ¡una atrocidad! —murmuró enojado, casi para sí, mientras extraía un tallo ensangrentado y lo estudiaba con asco—. ¡Una planta in situ!

—No fue idea de ella, sino mía —confesó Jane apenada, al borde de las lágrimas.

—¿Qué hierba es? Está empapada y no logro distinguirla.

—Perejil.

—Tiene propiedades que provocan contracciones, ¡pero para eso debe beberse como infusión! ¡Esto es una locura, propio de las mentes más ignorantes!

—Pero funcionó —se animó a responder Jane con cierto enojo por las acusaciones.

—Sin duda el feto no resistió, no hay latidos y veo que ha escapado mucha sangre de su amiga. Por eso no despierta, pero no hay signos de que se haya completado el proceso.

—¿Puede ayudarla, doctor? —intervino Mary esperanzada.

—Lo intentaré, pero no te garantizo nada. Primero hay que darle un tónico que le devuelva las fuerzas. Si despierta, le daré otro que la ayude a tener más contracciones para que expulse lo que queda. Deben mandar a alguien a ver al boticario con las instrucciones que escribiré aquí —explicó mientras se sentaba para redactar lo necesario.

Cuando terminó tendió el papel a Jane, que salió a cumplir con el encargo.

—¿Se recuperará? —preguntó Mary cuando estuvieron a solas.

—Lo ignoro. Parece fuerte, pero ha perdido demasiada sangre. Por ahora debemos esperar. Y lamento decir que debo informar a las autoridades de esto.

—¡Pero castigarán a Jane!

—No me refiero a este desatino, sino al estado de la muchacha, ya que no hay reclusos hombres ni visitantes en este edificio. Representa una violación a la seguridad de las internas si alguien ha logrado colarse para verla. Quizás fue un indio y planea regresar —sugirió con genuina preocupación.

—Nada de eso. Yo sé cómo ocurrió —respondió con tristeza y explicó sin eufemismos todo lo relativo a las salidas nocturnas.

Aunque estaba a cargo de la salud de las acogidas en La Residencia, el médico sólo las visitaba si había alguna enferma. Por lo que las revelaciones de Mary lo sorprendieron.

—¡Lo que me acabas de contar es espantoso! Hablaré con las autoridades para que remuevan a esa mujer de su cargo.

—No creo que eso funcione, he oído que el regidor también está involucrado. ¿Se le ocurre otra manera de ayudarme a escapar?

—No te ayudaré a fugarte de esta institución, si es eso en lo que estás pensando —respondió con seriedad.

—Entonces estoy destinada a seguir sufriendo este calvario.

—No, no lo creo. Puedo hacer que un amigo con influencia te pida como ayuda hogareña. Esa era la idea original al traer a las reclusas de la *Lady Shore* a esta casa: enseñarles el idioma, la religión y algunas tareas para que pudieran integrarse a la sociedad a través de hogares de buena moral. El regidor no podrá negarse a dejarte salir si alguna familia te pide.

—¡Oh! ¿De verdad? ¿Puede hacerlo? ¿Puede pedirme usted? —mostró su entusiasmo ante la idea.

—No, no estoy casado, por lo que no necesito una dama de compañía. Irás a una familia constituida. Tengo un amigo que podrá ayudarnos.

—¿Y si la correctora se niega a dejarme ir?

—No te preocupes por eso. Sin duda querrá evitar un escándalo, no permitirá que lo ocurrido a esta muchacha salga a la luz.

Mientras hablaban, Bernarda emitió un quejido.

—Es una buena señal, ¿no? —la voz de Mary sonó esperanzada.

El médico sostuvo la muñeca laxa entre los dedos buscando el pulso y sacudió la cabeza con pesar.

—Está demasiado débil. Espero que el tónico la fortalezca para lo que vendrá.

Dos días después, Bernarda seguía inconsciente. Mary y Jane se turnaban para cuidarla a toda hora. Después de expulsar una masa sanguinolenta, la paciente cayó en un sueño agitado y su palidez no había mejorado. Hasta ese momento. Mary observó que el rostro de piel cobriza empezó a tomar un tono rojizo muy llamativo. La frente empapada de sudor indicaba algo

extraño en esa tarde fresca. La tocó y la sintió muy caliente. Mandó a llamar al médico otra vez.

—Es lo que suponía que seguiría; suele ocurrir —explicó el médico sacudiendo la cabeza después de revisar a la muchacha.

—¿Y es grave?

—Me temo que sí. Ya nada puedo hacer.

Mary dejó de ver. Sus ojos se nublaron. Profusas lágrimas desbordaron sus párpados y empañaron sus mejillas. Lloraba por lo que estaba por sucederle a su amiga, y también por Jane y por ella misma. Por todas.

—¡Es tan injusto! ¡Todas aquí estamos destinadas a esto!

—No digas eso.

—¡Sí! ¡Seguirá ocurriendo! Me extraña que no hayan muerto más jóvenes antes, porque sin duda nadie quiere tener un hijo sin padre.

—No es necesario llegar a este extremo. Para eso existe la Casa de Niños Expósitos.

—¿Qué es eso?

—Un hogar para los niños huérfanos que nadie quiere o puede quedarse.

—Pero este niño no sería huérfano, tiene madre.

—Se consideran huérfanos a todos los que son abandonados allí. Se los recibe sin hacer preguntas —respondió con paciencia el médico.

—¿Como un asilo? —preguntó sumida en un profundo llanto.

—Sí.

—Yo no podría abandonar a un hijo, pero tampoco querría un fruto de esas noches —afirmó entre sollozos—, ¡y es lo que me ocurrirá pronto!

—¡No me digas que estás en estado tú también! —exclamó el médico espantado.

—No, no lo creo, pero podría estarlo en cualquier momento si me siguen llevando a ese lugar todas las noches. ¡Y me vería obligada a recurrir a Jane y el truco del perejil!

—No te preocupes, me encargaré de que eso no ocurra —le aseguró afectado, con una mano en el hombro para reconfortarla.

Las palabras del doctor O’Gorman sobre la paciente fueron certeras. A pesar de sus cuidados, Bernarda vivió apenas un día más, sin llegar a despertar. Fue enterrada en el camposanto detrás de la iglesia de La Residencia, dado que estaba bautizada. Todas sus compañeras lloraron durante la ceremonia, a pesar del sermón del cura que mencionó la vida licenciosa de la muchacha. Mary no tuvo ánimos para contradecirlo. Estaba demasiado triste por el desafortunado destino de su amiga, que imaginaba como propio también. Pero esa misma tarde, mientras intentaba regresar a su rutina lavando sus prendas de ropa interior, le avisaron que la correctora la llamaba a su despacho.

Se dirigió hacia allí asustada, quizás la mujer iba a castigarla por lo ocurrido a Bernarda. Era difícil predecir sus intenciones. Al llegar observó, con miedo, los labios de su guardiana apretados en una fina línea.

—Tengo noticias para ti. Una importante familia ha requerido tus servicios. Debo reconocer que intenté impedirlo ante el regidor, pero el pedido fue más que insistente. Don Felipe Illescas es amigo del virrey y Su Excelencia ha dado la orden por escrito —sacudió una carta abierta con enojo frente a ella.

—No comprendo, ¿quién es don Felipe Illescas? —pronunció el nombre con dificultad.

—Tu nuevo patrón. A partir de hoy te mudarás a su casa. Prepara tus cosas, te buscarán al atardecer.

—¿Tendré que acostarme con él? —preguntó dubitativa, creyendo que la llevarían los hombres de siempre en su carreta.

—No lo creo, no tengo nada que ver con esto, serás la dama de compañía de su esposa.

Deberás comportarte con propiedad y educación, que es lo que te hemos enseñado aquí.

—¿Cuál es el truco? —preguntó desconfiada.

—Eso mismo quisiera saber yo... Ignoro cómo lograste esto, muchacha, pero te aseguro que no lo olvidaré. Eres la primera recogida que escapa de mis manos —murmuró entre dientes y abolló la nota en un puño, mientras golpeaba la mesa con la otra palma abierta.

Mary salió corriendo del despacho mientras la mujer descargaba su ira en diversos objetos. No tenía mucho para preparar, pero quería despedirse de las demás muchachas, especialmente de Jane.

Poco antes del atardecer una pareja de esclavos jóvenes, de edades que debían rondar los quince años, se presentó a buscar a Mary. Ella estaba lista, con sus pocas pertenencias envueltas en un chal hecho en el telar por Bernarda. Pidió quedárselo como recuerdo de su desafortunada amiga y nadie se opuso.

Caminó junto a los esclavos un largo trecho, más de quince cuadras, calculó Mary. La sorprendió pasar por una enorme plaza donde había una iglesia muy grande.

—La Catedral —explicó el esclavo que iba detrás de ella cuando preguntó qué era. La esclava que caminaba a su lado mostrando el camino se mantuvo en silencio todo el tiempo. El chico también le señaló el Fuerte y el Cabildo, dos edificios principales de la capital del virreinato, y ella los miró con curiosidad. Aunque llevaba varios meses viviendo allí, Mary nunca había recorrido las calles céntricas. Sólo salía con sus guardianes para el paseo nocturno hacia el sur del Zanjón de Vera. Descubrió que al otro lado mejoraba el aspecto de la ciudad.

—¿Cómo te llamas? —aprovechó que el muchacho le hablaba para entablar conversación.

—Aquilino.

—¿Y cómo es la vida en la casa a donde nos dirigimos?

—Normal —respondió encogiendo los hombros—. He vivido allí desde que nací, no sé cómo es en otro lado.

—¿Te tratan bien?

—Como a todos los esclavos —mantuvo su hermetismo.

—¿Tu amiga podría decirme algo más? ¿Hay algo que deba saber para llevarme bien con los patrones?

—Argimira no es mi amiga, es mi hermana. Iba a venir Aniceta también, para aprovechar el paseo, pero la amita no la dejó salir.

—Todos nombres con A —observó Mary.

—Porque pertenecemos a la misma camada.

—No comprendo.

—Somos hijos de dos esclavos que juntos dan hijos sanos y fuertes. Por eso el amo hizo que ellos yacieran muchas veces. Cuando mi padre deja preñadas a otras esclavas tienen nombres con otras letras, pero los de cada mujer siempre comienzan igual.

—¿Tu padre tiene hijos con diferentes mujeres?

—Sí, una gran cantidad. No conozco los números ni el orden de las letras, no sé leer, pero los más pequeños se llaman Melitona y Mauro. Somos muchos.

—¿Y eso es habitual en estas tierras? —preguntó espantada por la costumbre.

—En las *senzalas*, sí. Los amos quieren que sus esclavos se reproduzcan para no tener que comprar otros nuevos.

—Gracias por explicarme todo esto. Es agradable conversar contigo. Ya me di cuenta de que a

tu hermana no le gusta hablar.

—No es que no le gusta, no puede hacerlo. Le cortaron la lengua.

Mary se cubrió la boca con espanto en un gesto espontáneo.

—¡Oooh! ¿Por qué?

—Porque dijo cosas que no debía —resumió sin profundizar.

—Tu amo debe ser un hombre cruel.

—Él no dio la orden. Fue el ama María Josefa.

—¿Sirven a varios amos?

—El ama María Josefa es hija de los amos Illescas. Se casó, pero como enviudó regresó a vivir a casa de sus padres. Fue en esa época que ordenó hacerle eso a Argimira.

—¿Por qué? —volvió a preguntar para conocer el motivo que causó esa mutilación.

—Ya lo dije: mi hermana habló de más. No hay que contar lo que ocurre en la alcoba de los amos. Y le sugiero que no pregunte tanto cuando lleguemos a la casa. A veces es mejor no saber, es lo más seguro.

—Entiendo, temes que si hablas te ocurra lo mismo. Gracias por el consejo —musitó y se mantuvo en silencio el resto del trayecto. Le costaba imaginar cómo sería la vida en la casa donde la habían destinado.

Cuando finalmente llegaron a un caserón ubicado en una esquina que ocupaba gran parte de una manzana, Mary pudo apreciar la opulencia del lugar. Sin duda los dueños poseían una fortuna. Los esclavos no se dirigieron a la entrada principal sino a una lateral, y abrieron un portón destinado al paso de carretas que daba acceso a un enorme patio de tierra. Argimira avanzó y Aquilino la señaló con el brazo extendido:

—Vaya con ella. Yo no entro a la casa principal, pero mi hermana le mostrará el camino.

Mary obedeció y se apuró para alcanzar a la esclava. Atravesaron varios patios. Uno en el que correteaban gallinas, otro en el que crecía una colorida huerta y finalmente llegaron a uno con cuidados arbustos y flores. Allí la muchacha abrió una puerta de la casa y ella la siguió. Una vez dentro fueron hasta una salita donde una mujer de cabellos blancos estaba escribiendo frente a un delicado *secrétaire*. Argimira golpeó en el marco de la puerta con los nudillos y la dama levantó la vista. A Mary le llamó la atención la gran cantidad de joyas que adornaban el cuello, las orejas y las manos de la anfitriona.

—Adelante, las estaba esperando.

—Gracias por recibirme, madame —comenzó a decir Mary mientras ensayaba una reverencia, como las que recordaba haber visto en Londres, con escaso éxito.

—Nada de madame, soy doña Victoria Barragán de Illescas, y así debes llamarme.

—Sí, doña Victoria Barragán de Illescas.

—No, no, sin los apellidos, sólo dime “doña Victoria”, muchacha —la corrigió.

—Sí, mad... Sí, doña Victoria.

—Veo que aprendes rápido. Me gusta eso. Don Miguel nos dijo que puedes ser muy útil.

—¿Don Miguel?

—El doctor O’Gorman, él fue quien te recomendó.

—Oh, sí, Michael.

La mujer alzó las cejas ante la confianza con que ella lo mencionó y enseguida cambió el tono de voz.

—Mira, muchacha, espero no haberme equivocado al aceptarte en mi casa. Lo hice porque le debemos mucho a don Miguel, quien además es amigo de mi marido. Pero si tu relación con él traspasa los límites del decoro, no podrás quedarte aquí.

—Oh, no, señora. Le aseguro que sólo he visto al doctor O’Gorman en su faceta profesional. Es que no conocía la versión en español de su nombre. Soy inglesa, como él, y cuando se presentó lo hizo utilizando su apelativo original, que es Michael. Aquí tienen la costumbre de traducir todo.

—Es cierto —concedió la mujer asintiendo—. Él se refirió a ti como Mary, pero en tus papeles dice María Clara, según me escribieron desde La Residencia. Así que de ese modo te llamaremos aquí.

—Como guste, doña Victoria —intentó mostrarse sumisa ante la mención de la casa de acogidas. Quería alejar cualquier posibilidad de que la enviaran de regreso allí.

—Tus tareas, además de asistirme a mí en todo aquello que pueda necesitar, incluirán pasar las tardes con mis tres nietos.

—Soy muy buena cuidando niños —sonrió contenta por el encargo.

—No será necesario que los cuides, para eso están sus esclavos. Quiero que les hables en inglés para que aprendan el idioma. Mi marido comercia con los ingleses y no estaría mal que los niños aprendieran esa lengua desde ahora. Además mi nieta podría encontrar un marido de ese origen en el futuro. Vivirás aquí, tendrás ropa y comida, y con eso será suficiente, no recibirás un salario. ¿Estás de acuerdo con las condiciones?

—Sí, doña Victoria —respondió sin dudar. Aunque había esperado recibir algún pago, la oferta era mucho mejor que seguir en La Residencia de día y en un burdel de noche. Allí también debía trabajar gratis.

—Bien, una cosa más antes de que Argimira te lleve a tu alcoba: haz algo con esa llamativa melena. Debes sujetarla para lograr un aspecto discreto. Una muchacha decente no muestra esos rulos sueltos con descaro, son una tentación y un atentado contra el pudor.

Mary se sobresaltó al escuchar eso. Nunca había pensado que sus cabellos fuesen impúdicos.

—Sí, doña Victoria —fue todo lo que pudo decir antes de seguir a Argimira hacia el último patio otra vez. Allí la esclava abrió la puerta de un pequeño cuartito en el que había una cama, una mesita y un pequeño ropero en el que encontró varios vestidos usados y un costurero. Nada más. La muchacha le mostró un barril con agua en el exterior y una letrina en la esquina del patio. Y después señaló otra puerta de la que emanaba un suave olor a guiso. Entendió que era la cocina y la siguió.

El griterío no se detuvo cuando ellas entraron. Una esclava gorda con un pañuelo en la cabeza daba indicaciones a otras dos que terminaban de servir la comida en las fuentes que pronto llevarían al comedor. La mujer recibió a Mary con una sonrisa y señaló una gran mesa de madera rústica rodeada por dos bancos largos.

—Siéntese y espere, *misia*. Después de servir en la sala me ocuparé de los demás.

Mary obedeció y observó a tres esclavas corriendo con fuentes y jarras. Cuando el torbellino pasó, fue recompensada con un plato que además de vegetales de diversos colores tenía dos trozos de carne. No recordaba haber comido tan bien en muchos años. Mientras saboreaba la exquisita cena se permitió pensar que quizás su suerte había cambiado.

Por la mañana, se despertó con el canto de varios gallos y enseguida escuchó ruidos en el patio.

Se levantó y se puso un vestido verde limpio que encontró en su habitación. Le quedaba algo justo, pero se veía mejor que el que llevaba al llegar. Hizo un esfuerzo para sujetar sus salvajes rulos con unas cintas, pero no había peine ni cepillo disponibles. Tampoco halló espejo alguno, pero mediante el tacto consideró que debía presentar un aspecto adecuado. Desayunó un pan caliente en la cocina junto con la bebida amarga local que también servían en La Residencia llamada mate cocido. Extrañaba el té, pero no había allí. Después fue a presentarse ante la madre

de los niños a quienes iba a enseñar su lengua.

Golpeó la puerta y entró en la biblioteca, para encontrar a una mujer joven, sentada muy quieta mirando por la ventana hacia el jardín, envuelta en un chal.

—No te he dicho que pases. Sal, golpea y espera —ordenó sin darse vuelta, en un tono apático.

—Lo siento —respondió Mary sorprendida.

—Tampoco te he dicho que hables. Guarda silencio.

Sin decir nada, hizo lo que se le indicaba.

—Adelante —respondió una voz alegre cuando volvió a golpear.

Inspiró para juntar paciencia y entró otra vez.

—¡Buenos días! Mucho gusto. Soy María Josefa.

—Buenos días, doña María Josefa —repitió el modo en que le había enseñado la dueña de casa, buscando agradar a su hija.

—No, no, no. El nombre *doña* es para mi madre. A mí dime *misia* María Josefa. Eres inglesa, así que espero que me hables en inglés.

—Entonces debería decirle miss o mrs —pronunció con propiedad.

—¡Eso mismo te he dicho, tonta! ¡*Misia!* ¡No me corrijas! ¡Nunca! —exclamó la mujer con un grito tras otro, poniéndose de pie con tanta brusquedad que su silla cayó al piso hacia atrás con gran estrépito.

—Lo siento —se disculpó asustada.

—No me hables más. Ya no quiero verte hoy. Márchate y regresa a la tarde, para iniciar las clases con mis niños —ordenó y se dirigió hacia la ventana, para darle la espalda otra vez.

Mary asintió en silencio y salió de allí ofuscada. No iba a ser fácil servir en esa casa. Aunque ella siempre intentaba buscar el lado positivo de la situación, le apenó encontrarse con una patrona tan especial. *¿Por qué nunca me puedo enfrentar a algo sencillo? ¿Por qué no me tocó una mujer más agradable para servir? ¿Acaso mis penurias no terminarán nunca? Esta sucesión de dificultades parece inagotable, ¿hasta cuándo mi alma soportará este cruel destino?*, se preguntó cargada de angustia.

A pesar del dolor por reconocer una nueva dificultad, recordó cuánto le debía al doctor O’Gorman por haberla ayudado a salir de su reclusión. Decidió aprovechar la mañana para ir a agradecerle su gestión, dado que sus tareas comenzarían a la tarde. Como no quería regresar al edificio del Protomedicato, le pareció mejor ir hasta su casa. No fue difícil averiguar dónde era.

El esclavo Aquilino había ido a buscarlo más de una vez y le explicó cómo llegar.

Caminó despacio, disfrutando de su flamante libertad. Descubrió detalles de esa ciudad desconocida y se sintió contenta por primera vez en mucho tiempo. Al llegar a la casa del médico, en la calle Santo Domingo, una esclava la hizo pasar a la sala.

—El doctor está ocupado, si no es una urgencia, debe esperar aquí —dijo señalando unos sillones.

Mary observó la decoración del lugar. No era tan suntuosa como en casa de los Illescas, pero los muebles de madera tallada, los tapices en las paredes y los candelabros de plata revelaban que O’Gorman tenía un buen pasar.

La atrapó un cuadro que ofrecía la imagen de un barco desequilibrado sobre olas de gran tamaño bajo un cielo gris intenso partido por un rayo. Llamó su atención la poderosa sensación de realismo que transmitía. Casi se podía sentir la tormenta al observar la pintura.

—Impresionante, ¿no es verdad? —dijo una voz a sus espaldas, pero antes de volverse supo que no era el médico, porque las palabras habían sido dichas en español. Se giró esperando encontrar a un esclavo, pero la sorpresa la dejó con la boca abierta. Frente a ella estaba el

caballero que frecuentaba la casucha donde la llevaban para prostituirse. El que hablaba en inglés con ella y el único que la había hecho sentir algo diferente a la repulsión durante los obligados encuentros.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó descolocada.

—Vine a ver a mi tío, tenemos negocios en común. ¿Y tú? ¿Eres su paciente? ¿Acaso estás enferma? —preguntó al reconocerla y le regaló una sonrisa.

—Nada de eso. El doctor es un buen amigo, me ha ayudado a salir de una situación difícil y vine a agradecerle su gestión. ¿Quiere decir que usted es su sobrino? No había relacionado el nombre.

—No es común un apellido como el nuestro en estas tierras. Pero, disculpa mi falta de modales —dijo avanzando unos pasos para tenderle una mano con formalidad, al estilo inglés—. Aunque esto no es una presentación. Creo que no has olvidado que nos conocemos mucho —agregó mientras le sujetaba el puño para besárselo y le regalaba una sugerente mirada hacia sus pechos.

—No lo he olvidado —respondió enrojeciendo e intentó retirar la mano sin lograrlo. Él la retuvo con fuerza.

—Ayer fui a buscarte pero no te encontré, ¿podré verte esta noche? —preguntó con ansias.

—No, felizmente ya no debo ir más a ese horrible lugar.

—Estoy de acuerdo en que el sitio dejaba mucho que desear. ¿Has conseguido un trabajo mejor? ¿Dónde puedo encontrarte para disfrutar de nuestros encuentros?

—No, ya no hago eso —sacudió su mano para liberarla del apretón de él—. Su tío me consiguió un puesto como institutriz de unos niños, he venido para agradecerle.

—Lamento saberlo.

—Yo no lo lamento. No estaba allí por mi voluntad, me he liberado de ellos.

—¿Qué quieres decir? ¿Quiénes son ellos?

—Una mujer malvada que me enviaba a ofrecerme a los hombres y cobraba por ello, y sus secuaces.

—¿No recibías parte de la paga? —preguntó con interés.

—No, nada.

—Me llama la atención que te hayan permitido librarte de ese sometimiento, tu nombre es muy popular en las calles porteñas, sin duda les hacías ganar mucho.

—¿De verdad? —reveló su sorpresa.

—Sí, tenías un precio especial, superior al de las demás muchachas.

—Lo ignoraba, ¿sabe por qué?

—Sin duda debido a la alta demanda. Como te he dicho, la fama de “Clara, la inglesa” crecía día a día. Serás extrañada.

—¡No me importa que esos malditos sientan mi ausencia! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas causadas por la rabia. Se habían aprovechado de ella para ganar dinero.

—No sólo ellos lamentarán esa falta, la audiencia masculina también. Me incluyo como tu principal admirador —finalizó con un significativo tono de lisonja.

—Lamento ya no estar disponible, señor O’Gorman —respondió molesta, con la espalda tiesa —, y lamento haber tenido esta conversación. Por favor, dígame a su tío que pasé a verlo y que regresaré otro día —anunció y corrió hacia la puerta, sin que él pudiera detenerla.

—¡Clara! ¡Clara, espera, por favor!

Los gritos de él llamándola fueron lo último que escuchó mientras alcanzaba la calle y continuaba corriendo. Eligió ignorarlo, no responder ni detenerse. Se sentía contenta por haber escapado de las manos de la correctora y esas noches infames. No quería que él le recordara el

infierno allí vivido, ni enterarse de cuánto la habían explotado. Corrió por la calle Santo Domingo alejándose del río, sin pensar hacia dónde se dirigía. Ese camino recto fue su perdición.

—¡Detente, Clara! ¡Por favor!

Mary se detuvo, más por la falta de aliento tras correr diez cuadras que por el pedido. Giró para ver a Thomas manejando él mismo un pequeño coche, bastante rústico, pero con capota.

Mientras buscaba recuperar el ritmo normal de la respiración, se quedó quieta en donde estaba, en silencio.

—Disculpa si te ofendí con mis palabras —se excusó él.

—Una disculpa no es tal si se dice en tono dubitativo —mostró su enojo, que no se había aplacado por la carrera.

—Tienes razón: discúlpame por haberte ofendido. No creí que lo que dije sobre tu pasado pudiera molestarte.

—Prefiero no recordar aquellos días —murmuró, todavía con la espalda muy rígida.

—Lo siento —replicó con un tono suave y una mirada intensa—. ¿Podrás perdonarme?

Mary sintió que su enojo comenzaba a disiparse.

—Creo que sí.

—Ven, sube, te llevaré a donde sea que estabas yendo tan apurada.

—No sé a dónde iba, sólo quería alejarme... —calló antes de terminar la frase.

—¿Alejarte de mí?

Asintió en silencio.

—Te propongo algo: iremos a un lugar tranquilo, para que te calmes.

—¿A dónde?

—Cerca del río —explicó y le tendió una mano para ayudarla a subir.

Mary accedió. La disculpa de él le había parecido sincera y no temía su compañía, Thomas siempre la había tratado con bondad en sus encuentros. Huyó porque las palabras de él le recordaban un sitio del que había escapado y una realidad a la que no quería volver. Se acomodó a su lado y enseguida el coche se puso en movimiento. Las huellas en el barro seco de las calles hacían que las ruedas se sacudieran y el bamboleo se repetía en el asiento que compartían. Los cuerpos se deslizaban hacia ambos lados, haciendo que sus piernas se tocaran una y otra vez. El roce no molestaba a Mary, sino que le provocaba una calidez muy comfortable.

Avanzaron en silencio varias cuadras, alejándose de la zona más poblada. Thomas finalmente detuvo los caballos en un descampado junto a la costa. Bajaron y caminaron entre unos árboles hasta cerca del río. Las aguas opacas que Mary había atravesado en barco casi bañaban sus pies.

Unos pájaros se asustaron por la llegada inesperada y su vuelo hizo que se mecieran unos juncos sobre la orilla.

—Es un lugar muy bonito.

—Sabía que te iba a gustar —repuso sonriente.

—¿Por qué me trajo aquí? ¿Por qué es bondadoso conmigo? —preguntó con curiosidad y remarcó lo que ya le había dicho antes—. Le recuerdo que ya no estoy disponible, no puede pagar por mí.

—Me gusta mucho tu compañía —respondió bajando el tono y dando unos pasos hacia ella, hasta quedar muy cerca. Con suavidad le acarició una mejilla y fijó la vista en sus ojos.

Un estremecimiento sacudió la espalda de Mary. Esa mirada tenía un poder especial; la atraía, la atrapaba.

—Tampoco lograré llevarme a su lecho con palabras bonitas —logró decir a pesar de la sequedad de su garganta y los latidos acelerados en su pecho. Sabía que la alteración se la

provocaba la cercanía de ese hombre, pero controló los impulsos de su interior que la obligaban a mirar los labios de él, ansiando un beso de esa boca.

—Shhh. No digas nada, déjame hablar a mí primero y escucha. Luego me dirás lo que piensas —aseguró con serenidad y le rodeó la cintura con las manos. Mary sintió el calor que le provocaba el contacto, pero no dijo nada—. Quiero insistir para que volvamos a vernos. A solas, no en la casa de mi tío, en otro lado —concluyó con una mirada cargada de deseo.

—No creo que me permitan salir mucho, empecé a trabajar como institutriz —intentó justificarse, buscando esquivar el real significado de sus palabras.

—Lo sé, me lo dijiste antes. Pero podrías dejar ese puesto. Podrías aprovechar la fama que ya ganaste en provecho propio.

—¿Qué quiere decir? —continuó incómoda.

—Que los hombres siguen buscando a “Clara, la inglesa”, saca ventaja de ello: trabaja por tu cuenta. Podrías tener una clientela selecta dispuesta a pagar muy bien por tus servicios.

—¡No quiero ser una prostituta! ¿Acaso no entendió que me obligaban a hacerlo? ¡Ya no más! Suéltame —exclamó con rabia y buscó liberarse de sus manos mientras se secaba las dos lágrimas solitarias que escaparon de sus ojos.

—No te soltaré, no quiero que te vayas. No quise ofenderte, es que te extraño —pronunció bajando la voz, pero sujetándola con más fuerza—. Hablé movido por el egoísmo: me encantaría volver a disfrutar de ese maravilloso cuerpo en el lecho. Nunca tuve a una mujer tan encendida en mis brazos, tan ardiente, tan maravillosa...

Las palabras de él la sacudieron. Otra vez su corazón aceleró los pasos, su sangre corrió de prisa y la sintió llegar al rostro. Sin duda estaba enrojecida. *¡Qué vergüenza!*, pensó. *Este hombre me gusta, y se nota que le gusto, pero no me quiere cortejar, quiere que vuelva a ser una prostituta. ¡No! ¡Aunque quiera volver a estar en sus brazos, no puedo aceptarlo!*

La boca de él sobre la suya interrumpió sus pensamientos. Los labios que la absorbían le impedían pensar. Se dedicó a saborear los besos de Thomas y responder con la misma intensidad.

—Eres maravillosa —repitió él apretando sus brazos para hacer que sus cuerpos se pegaran y recorriendo sus formas con avidez—, quisiera tenerte así conmigo siempre.

—Lo siento. Ahora tengo un empleo decente. No me rebajaré a volver al pasado —afirmó intentando ignorar el revuelo interior que la mirada y las manos de él le provocaban.

—No sería rebajarse, sería ascender en el orden social local. Por una escalera paralela, es cierto, pero podrías ser una mujer poderosa. Mucho más que una institutriz.

—No comprendo.

—Los hombres con poder en el virreinato no discuten los asuntos importantes con sus esposas, pero necesitan liberar la carga de sus hombros y nada mejor que hablar con una desconocida dispuesta a escucharlos en el lecho una vez satisfecha su lascivia. ¿Acaso no notaste cierta inclinación a revelar secretos de algunos clientes?

—A la mayoría les gustaba hablar y ser escuchados —asintió Mary, él estaba diciendo la verdad.

—Se puede obtener información muy poderosa en una alcoba, que podríamos usar en otros canales para hacer negocios.

—¿Podríamos?

—Te estoy ofreciendo una sociedad, mi querida Clara. Yo me ocuparé de conseguir una casa adecuada, con los muebles apropiados y un público selecto, y tú ofrecerás tus servicios. Yo manejaré la información que se obtenga de manera que nos beneficie a ambos.

Mary escuchó la propuesta con creciente indignación. Él sugería que ella ofreciera su cuerpo a

extraños otra vez. Él no tenía idea de lo que significaba sentir a un desconocido encima de ella, dentro de ella, sus líquidos escurriendo por sus muslos. Él era egoísta. Ella no tenía intenciones de volver a vivir todo aquello.

—Adiós —se despidió altiva y se sacudió con fuerza para escapar de ese abrazo poderoso que alteraba su buen juicio.

—Dime si lo pensarás, ¿puedo llevarte a tu casa?

—¡No y no! ¡Adiós! —repitió corriendo entre unos arbustos, por donde sabía que el coche no podría seguirla, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho. *Indignación. Asco. Vergüenza.*

¡Todo esto me repugna! No aceptaré su indecente propuesta, se dijo a sí misma para convencerse de que no le importaba rechazarla, aunque eso significase no volver a estar en brazos de ese hombre. *Ni volver a sentir sus besos...*, pensó con pesar mientras sin quererlo su dedo índice recorrió sus labios recordando el ardor que le había provocado el contacto con los de Thomas unos momentos atrás. *¡No me importa!*, se dio valor para seguir. *¡Ese hombre no me importa! ¡Sus besos no me importan!* Mientras lo pensaba, sus piernas flaqueaban y las lágrimas borroneaban el camino por donde debía continuar.

La primera tarde de trabajo con los Illescas transcurrió con tranquilidad. Mary logró dominar los nervios que le había provocado el encuentro de esa mañana y enseñó algunas palabras en inglés a los pequeños, dos varones, de ocho y siete años, y una nena de seis. Los tres la miraban con una mezcla de respeto y timidez y la clase funcionó bastante bien, concluyó Mary, a pesar de su escasez de conocimientos sobre la enseñanza. El cuidado de sus hermanos le había enseñado a manejar con paciencia a niños. El resultado fue que al final de la tarde los alumnos podían responder *yes* en lugar de *sí*, y reconocer *dog* y *cat* para señalar al perro y al gato de la casa.

Al día siguiente, comenzó esperanzada su segunda clase como institutriz, pero luego de un rato algo cambió. La madre de los niños entró a la sala para asistir a las lecciones.

—Continúen, por favor, no se detengan por mí —ordenó con voz segura y se sentó en una silla a observar.

Mary sintió nervios ante el escrutinio de esa mujer, a quien apenas había visto el día anterior.

Era robusta, no demasiado alta, y lucía un vestido abotonado hasta el cuello, aunque la tendencia que había visto en esos días en las calles sugería llevar un pequeño escote que permitiera revelar algo de piel a través de un fino encaje o gasa. Pero María Josefa Illescas ignoraba la moda.

Aunque podría mandar a confeccionar el vestido más caro, de la tela más exquisita, sólo se fijaba en la decencia y el recato del modelo. El peinado iba a tono con el resto de la imagen: un rodete tirante sujetaba la cabellera negra a la altura de la nuca, sin una hebra fuera de su lugar y sin adornos llamativos.

A pesar de sentirse algo intimidada, Mary logró llevar la lección adelante con corrección.

Hasta que el pequeño Pedro pidió permiso para salir a utilizar la letrina, ubicada en el patio del fondo. Cuando regresó, dos gallinas entraron corriendo a la sala detrás de él. Eso provocó estallidos de risa en los niños y gritos histéricos en su madre. Mary corrió para atraparlas, pero las aves se escabullían debajo de los muebles. Se agachó debajo de la mesa, se arrastró entre las sillas y hasta trepó a un aparador, pero sin éxito. Por fortuna, el alboroto había llamado la atención de los esclavos y Aquilino y otro muchacho lograron sacar las gallinas de allí.

Los niños todavía reían cuando su madre se dirigió a ellos y los hizo callar con dos fuertes sopapos a cada uno. Les dio con la palma y el dorso de la mano, en ambas mejillas. Las risas

mutaron en llanto, pero en silencio. Todos sabían que si hacían ruido el castigo aumentaría.

Satisfecha con el temor que inspiraba, la mujer se volvió hacia Mary. Con la cara enrojecida por la ira, sentenció:

—Esto es culpa suya, no sabe controlarlos.

—Lo siento, *misia*, las gallinas entraron solas... —intentó explicar lo obvio pero la mujer la hizo callar con la mano en alto. Mary creyó que iba a abofetearla a ella también, pero doña María Josefa detuvo el gesto a mitad de camino. Se quedó quieta observando con cuidado la cabeza de Mary.

—¡Esos cabellos! ¡Son espantosos! ¡Provocadores! ¡No toleraré su descuido! ¡Es indecente!

—Lo siento, se me soltaron las cintas cuando correteaba a las gallinas. Me peinaré ahora mismo, no volverá a ocurrir —dijo mientras trataba de alisar su melena enrulada con las palmas y la sujetaba con un moño con rapidez.

—Me aseguraré de ello —asintió con voz helada, y volvió a sentarse en la silla. Esperó un par de minutos en silencio y dio una orden a sus hijos—. Dejen de llorar ahora mismo. Hora de seguir con los estudios.

El temor hizo que los pequeños la obedecieran de inmediato. Mary no supo cómo continuar con la lección, por lo que les pidió que hicieran un dibujo y luego pondrían nombres en inglés a las imágenes. Con eso ganó unos minutos para intentar tranquilizarse, mientras pensaba que ese trabajo podría resultar más complicado que lo que había imaginado.

Al desafortunado incidente con las gallinas le siguieron unos días de tranquilidad en la casa Illescas. Doña María Josefa no volvió a aparecer durante las clases y sólo su madre, doña Victoria, se asomó para ver cómo iba todo un par de veces. Los niños reían y conocían cada vez más palabras en inglés gracias a los juegos y dibujos que inventaba Mary. El miedo había quedado atrás y ella estaba contenta. Supuso que la mujer habría tenido un mal día aquella vez.

Se llevaba bien con los esclavos de la cocina, donde comía junto con los niños, ya que el comedor estaba reservado para los adultos de la familia y las visitas. Una noche se animó a mencionar el tema a Nepu, como llamaban todos a la cocinera, apelativo cariñoso por su nombre, Nepucema.

—¿Son frecuentes los ataques de ira de la doña más joven? —preguntó entre bocado y bocado del guiso que le había servido.

—No se puede hablar de eso en esta casa —respondió lacónica.

—¿Por qué no?

—Porque es doloroso.

—¿Doloroso para quién?

—Para mí y para los que vivimos aquí. Todos tenemos a alguien a quien ella lastimó. Lo más extraño es que doña María Josefa tiene una tía del mismo nombre que es una santa. Todos en la casa la queríamos mucho de niña por su bondad, y hoy es monja. Dicen que en esta familia una María Josefa se llevó toda la bondad y la otra toda la maldad. Hace muchas cosas malas.

—¿Y por qué no la detienen?

—Shhh... No es fácil entender cómo piensan los amos. Nadie se atreve a mencionar este asunto. Y si es astuta, que yo creo que lo es, *misia*, *usté* tampoco lo hará y no preguntará por este tema. Y tampoco la hará enojar. Apártese de ella.

—Yo no provoqué su ira, ¡no tuve la culpa por las gallinas!

—Eso no importa. El ama joven reparte castigos sin distinción a todos los que tiene cerca, cree que esa es su misión: volver a la gente al buen camino.

—¿Y cuál es ese camino?

—El que marca ella misma, hoy puede ser uno y mañana el opuesto. Hay que tener cuidado.

—¿Está loca?

El sonido de una copa estrellándose contra el piso de ladrillos inundó la cocina antes de que Nepu pudiera responder. Mary desvió la mirada y vio a Argimira temblando junto a los destrozos, pero la esclava no los recogió sino que salió corriendo de allí.

—¡No use esa palabra! —retó la cocinera a Mary—. Si así fuera deberían encerrarla en la casa esa para mujeres escandalosas, y su padre nunca lo hará. Así que tendremos que seguir soportándola aquí. Repito lo que ya dije: cuídese, manténgase alejada de ella.

—Ella fue quien ordenó cortar la lengua a Argimira, ¿no es verdad? —preguntó espantada por la idea.

—No, no lo ordenó. Lo hizo ella misma —respondió Nepu con pesar.

—¡Ay, no! ¡Es un monstruo! ¿Y no hay forma de detenerla? ¿No se la puede acusar en la justicia?

—¿Acusar a un amo por castigar a un esclavo de su propiedad? Nunca se ha visto algo así en las colonias. Los blancos tienen ese derecho. Tampoco la acusaron cuando mató a una muchacha a la que su esposo había dejado embarazada. No estaba dispuesta a criar a su bastardo aquí y tampoco quería que él pudiera volver a caer en la tentación con ella. Por eso la apuñaló en el pecho y la panza muchas veces, para asegurarse de matar a ambos.

—¿Y no fue detenida?! —exclamó con asombro.

—Ya expliqué que los negros no tenemos vida propia, les pertenecemos. Ellos deciden si vivimos o morimos. *Usté* se salva porque es blanca, pero con doña María Josefa, yo diría que nunca se sabe...

Mary dejó la cuchara en la mesa. No podía seguir comiendo. Conocer los trapos sucios de la familia que la acogía la hacía sentir incómoda. No sólo le causaba rechazo, también le provocaba miedo.

Después de la cena decidió caminar un rato por el patio frente a su habitación. Un poderoso vendaval había alejado las nubes y miles de estrellas brillaban sobre su cabeza en el cielo oscuro.

Las ramas de los arbustos se sacudían con fuerza movidas por el viento, que también alborotó sus cabellos. Se quedó escuchando el silbido de las ráfagas, hasta que el frío la obligó a entrar.

Bajo la luz tenue de una palmatoria se puso el camisón y se acostó. Las noticias descubiertas ese día se repetían en su mente y no la ayudaban a dormirse. Dio muchas vueltas en la cama angosta.

De un lado hasta que se le adormecía el brazo, y luego del otro. No lograba conciliar el sueño.

Ignoraba cuánto tiempo había pasado, porque el viento no llevaba el sonido del tañido de las campanas de la iglesia ya que soplaba en sentido opuesto, pero sin duda era tarde ya, cuando un ruido dentro de su alcoba la hizo sobresaltarse. Lo primero que vino a su mente fue una rata.

Recordaba las mordidas de esos animalitos durante su estadía en la cárcel londinense, por lo que decidió levantarse a espantar al que se animara a acercarse a ella. Pero no llegó a apartar la sábana de sí porque un pesado cuerpo sobre ella se lo impidió. Temió que se tratase de un esclavo con intenciones de violarla. Las manos del extraño fueron hasta su cuello y comenzaron a apretar. Fuera quien fuese, estaba intentando estrangularla. Mary luchó con fuerza, pero no logró aflojar el apretón que la sofocaba. Le costaba respirar. Antes de perder el aliento estiró un brazo hasta la mesita, alcanzó la palmatoria y la tomó para golpear con fuerza a su agresor en el rostro. No era un objeto pesado, pero el borde del metal barato y mal cortado resultaba muy filoso. Sintió que había rasgado la piel y un chorro de sangre cayó sobre ella mientras las manos del atacante le soltaban el cuello. Contenta con el resultado, volvió a golpearlo. Eso provocó un chillido de

dolor. Un chillido agudo, que reveló provenir de una mujer. Mary juntó aire y empujó con ambas manos hacia adelante con fuerza, y logró sacarse de encima el peso que la aplastaba, que con gran estrépito cayó al piso y gritó desde allí:

—¡¿Cómo te atreves a empujarme?! Vine a cortar esos horribles cabellos tuyos. No quiero que los muestres en mi casa. Y ahora me has desafiado, ¡me has ofendido! ¡Te mataré!

Con espanto, Mary reconoció la voz de doña María Josefa. Se levantó de un salto con la intención de escapar, pero uno de sus pies se enredó en una manta, lo que la hizo tropezar y caer al suelo, justo al lado de su atacante. La mujer no perdió un segundo, se incorporó y se sentó encima de la cintura de su asustada víctima. Con una mano tomó los cabellos de Mary y con la otra movió con destreza una afilada tijera junto a su oreja. Pocos segundos después arrojó un grueso mechón al suelo y se apuró a sujetar otro.

—¡Nooo! —gritó Mary aterrada al sentir el filo cerca de su cabeza. El miedo la hizo recuperar fuerzas y se retorció para, en un mismo gesto, incorporarse y empujar a su agresora lejos. Estaba terminando de levantarse, dispuesta a escapar de allí, cuando la dueña de casa sacudió el brazo, lo que provocó un sonido inusual, que Mary recordaba haber escuchado antes pero no logró identificar de inmediato. Doña María Josefa repitió el movimiento, esa vez acercándose hacia ella. El dolor en su hombro y en su pecho, junto con la tela del camisón que se rasgaba y el hilo de sangre que manaba de una ardiente herida le hicieron comprender que estaba frente a un látigo.

Ante un nuevo chasquido atinó a apartarse y el golpe la alcanzó en el brazo. Se reveló otro camino de sangre en la tela. Mary intentó correr pero un latigazo en las pantorrillas la hizo caer.

Acurrucada en el suelo, el siguiente golpe le marcó el cuello y el borde de la mandíbula. El dolor se expandió por todo su rostro, junto con un intenso calor, pero de inmediato empezó a sudar y sentir frío a la vez. La vulnerabilidad le provocaba una intensa desazón. Sabía que su vida estaba en manos de esa loca y no veía muchas posibilidades de escapar. Más golpes cayeron en sus hombros. Cada uno le arrancaba un gemido de dolor, que pronto se transformó en una sucesión de aullidos. Mary no era consciente de exclamarlos, pero sabía que provenían de su interior. Su cuerpo se expresaba por sí mismo, en un intento por liberarla del sufrimiento. La indefensión que sentía ante su agresora le hizo recordar otro momento similar de su vida, cuando su padre la había atacado. Esperar el próximo golpe le provocaba la misma sensación de impotencia. Ese recuerdo despertó su rabia: si había logrado escapar aquella vez, podía volver a hacerlo. No debía rendirse. Había huido de muchas malas situaciones en los últimos años, no estaba dispuesta a ceder frente a la maldad de una desquiciada. Con esfuerzo, se irguió sobre las rodillas y, a pesar del dolor, enfrentó a doña María Josefa: levantó las manos y frenó el siguiente golpe del cuero con sus antebrazos. El quejido esa vez fue más fuerte, porque a la vez liberaba la rabia contenida.

Fue como un grito de guerra para darse valor a sí misma.

En ese instante, una luz las iluminó a ambas. Se giraron hacia la puerta para distinguir la silueta de doña Victoria, que con una mano se cubría la boca para ocultar su gesto de espanto, y llevaba una palmatoria encendida en la otra.

—Por favor... —exclamó Mary mirando hacia la dama, pero sin soltar los extremos del látigo enroscados en sus manos.

—¡Por Dios santo, hija! Deja eso, María Josefa, no está bien.

—Sólo le estoy enseñando quién manda aquí, madre. Retírese, por favor.

—Esta muchacha no es una esclava. Es una criada. No puedes castigarla así —explicó con suavidad.

—¡Estoy en mi casa y hago lo que quiero con mis criados! ¡Nadie puede decirme lo que puedo o no puedo hacer!

—Pero ella es blanca, la tenemos aquí por encargo de un amigo y bajo responsabilidad del virrey. No queremos hacer enojar a ninguno de ellos. Anda, déjala ya —intentó convencerla y se adentró unos pasos en la habitación, lo que permitió que entrara la cocinera, que seguía a su ama—. Dale el látigo a Nepu y vete a tu habitación. Es muy tarde, debes estar cansada, ve a dormir. Nosotros nos encargaremos de todo aquí.

María Josefa dudó. Miró a su madre, luego a la esclava y finalmente a Mary. Torció la boca en una mueca y sin decir palabra soltó el mango del chicote, que cayó al suelo.

—Tranquila, muchacha. Nepu te cuidará, vas a estar bien.

Mary escuchó las palabras de la dueña de casa y se relajó. Inspiró hondo y soltó un suspiro de alivio, mientras caía ella también, al límite de sus fuerzas.

Cuando Mary abrió los ojos descubrió que era de día. La intensidad de la luz revelaba que el sol se había despegado del horizonte muchas horas antes. Estaba echada de costado. Giró la cabeza en la almohada y descubrió que no estaba sola en la habitación. Además de la esclava anciana había un hombre, de espaldas a ella, ocupado frente a una mesita. Intentó levantarse y no pudo controlar el quejido que escapó de su garganta.

—Le sugiero que no te muevas, al menos hasta que esta esclava te tape las heridas con un ungüento que voy a dejarle. ¿Cómo te sientes?

La sorpresa por encontrar al doctor O’Gorman a su lado fue menor que la emoción que le causaron sus palabras. El tono gentil y que él quisiera saber cómo se sentía la conmovió. Por primera vez en mucho tiempo alguien se preocupaba por ella. Eso minó su entereza y las lágrimas la invadieron en pocos segundos. Lloraba con un llanto profundo, cargado de angustia, entrecortado, prueba fehaciente de una gran congoja. Por lo que O’Gorman le acercó una copa con agua en la que vertió unas gotas ambarinas.

—Bebe, te hará bien.

Entre sollozos e hipidos, Mary obedeció. No tenía ánimos para contradecirlo.

—Lamento encontrarte en este estado. Me dijo doña Victoria que te está costando adaptarte y que la pelea de anoche con otra criada pasó los límites del buen gusto —habló con rispidez el médico.

—¿Qué pelea? —Mary se apuró a tragar el agua para poder responder.

—La pelea que te dejó con estas heridas...

Mary observó la cara de Nepu, que alzaba las cejas y negaba con la cabeza, intentando hacerle una señal para callar. Pero ella no estaba dispuesta a esconder algo que no había provocado.

—No fue una pelea, sino una paliza, un castigo injustificado de parte de la dueña de casa.

—¿Acaso dices que doña Victoria te hizo esto? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—No, fue su hija, doña María Josefa.

—¿Está segura de que no fue una criada? ¿No hubo una pelea?

—Claro que no. Ella vino a cortarme el cabello en medio de la noche porque le molestan mi tono rojizo y mis rulos, y como me negué me azotó con un látigo —explicó con rapidez mientras mostraba el mechón cercenado junto a su oreja.

—Me parecía que las heridas eran de azotes, pero como doña Victoria dijo otra cosa, no se me ocurrió desconfiar —reveló el médico.

—¡Le aseguro que no miento! ¡Ninguna criada tiene a su alcance un látigo! —aseguró y volvió a llorar. Era tan poderoso su desconsuelo que la esclava, que se había mantenido apartada y silenciosa hasta ese momento, se acercó a consolarla.

—Ya, ya, muchacha, llore, llore, que así el dolor pasa más rápido. Las lágrimas lavan el alma, y permiten seguir soportando las injusticias en esta vida.

—¿Fue testigo de lo que ocurrió anoche? —preguntó O’Gorman a la esclava, pero la mujer no respondió. Se limitó a sostenerle la mirada un largo rato en silencio. El médico comprendió que no podía hablar en contra de sus amos.

—No la interrogué —pidió Mary cuando se secó los ojos y se dio cuenta de lo que ocurría—, no puede contar la verdad o también será castigada. No es fácil la vida en esta casa.

—Ya me estoy dando cuenta, y me siento culpable por haberte traído aquí, Mary. Así que ahora mismo intentaré resolver esta situación.

—¿Resolverla? No, por favor, no haga nada, si dice algo esa loca me dará un castigo mayor —pidió sin medir sus palabras, asustada ante la posibilidad de volver a estar a solas con doña María Josefa. Le aterraba cómo serían sus días, y en particular sus noches, a partir de ese momento.

Estaba segura de que no podría volver a dormir sin miedo.

—No te preocupes, yo me encargaré de todo. Ahora descansa para que se curen esas heridas. Volveré más tarde —aseguró con un gesto serio pero con bondad en su mirada.

Esa tarde una esclava de don Miguel O’Gorman ayudó a Mary a acomodar sus escasas pertenencias en el cuarto de huéspedes de la casa del doctor.

—¿Está segura de que eso es todo? ¿Hay que mandar a buscar algo más?

—No, es todo lo que poseo —afirmó con orgullo frente a los vestidos que le habían entregado en La Residencia y el chal tejido por las diestras manos de Bernarda. No había querido tomar ni una de las prendas que usaba en casa de los Illescas, aunque doña Victoria le había dicho que podía llevarse todo lo que le habían dado durante su estancia allí. La mujer mostró cierta aflicción ante lo impetuoso de la partida, pero no se había negado cuando el doctor O’Gorman fue a planteárselo esa misma mañana. Aunque los extraños no se metían en lo que ocurría puertas adentro de las casas ajenas, el doctor podría indagar con profundidad si sospechara de la locura de su hija, y doña Victoria quería evitar esa posibilidad. Prefirió echar un manto de olvido sobre lo ocurrido, sin notificar al virrey sobre el cambio de vivienda de la muchacha, ya que el buen reputado doctor la tendría a su cargo. En cuanto cerró la puerta tras Mary, la dama no volvió a pensar en ella.

—Dijo el doctor que debe permanecer recostada unos días. Si necesita algo, hay una campanilla en la mesita, hágala sonar y alguien vendrá —explicó la esclava antes de marcharse.

Mary siguió las indicaciones. Se puso un sencillo camisón y se acostó. Pero a pesar de sus intenciones, no logró dormirse. Miles de preocupaciones retumbaban en su cabeza. La principal, ¿cómo iba a hacer para pagarle al doctor por su estadía allí? ¿Cómo haría para agradecerle por sus cuidados? La sorprendía que él hubiera conseguido liberarla de la tiranía de doña María Josefa. *Sin duda habrá pagado muchas monedas para rescatarme*, conjeturaba. *¿Qué me pedirá a cambio?*, las dudas la atormentaron hasta que cayó el sol, cuando finalmente el sueño la venció.

En su primera semana de convalecencia, el doctor O’Gorman visitó a Mary a diario en su alcoba.

Revisó sus heridas y la trató con gran cordialidad.

—Me siento culpable por el trato que recibiste en casa de los Illescas —se disculpó una tarde, con la mirada cargada de pena.

—No, nada de eso, por favor, no piense que sufrí por culpa suya. La realidad es lo opuesto: usted fue mi salvador. Si no me hubiese rescatado, hoy estaría mucho más lastimada. O muerta —concluyó con una mueca—. Soy yo quien debe agradecerle. Dígame cómo podré pagarle por todo

esto.

—No te preocupes. Ahora lo más importante es que te recuperes por completo. Afortunadamente no hubo huesos rotos, la hinchazón desapareció y apenas quedan algunas cicatrices que se irán atenuando con el paso del tiempo.

—Una vez más: gracias, doctor.

—No quiero más agradecimientos, no es necesario. Y como veo que estás mejor, esta noche te espero a cenar en el comedor.

—No tengo ropa apropiada para lucir en la sala de esta casa.

—No te preocupes, no es una fiesta, estaremos en familia. Mi sobrino acaba de llegar de viaje. Seremos apenas nosotros tres. Tu ropa habitual estará bien.

El estómago de Mary se sacudió ante la novedad. No había visto a Thomas O’Gorman en muchos días. La posibilidad de reencontrarlo la alteraba, aceleraba los latidos de su corazón de una manera inesperada. Se dijo que le hubiera gustado disponer de mejores vestidos y cintas para el cabello, para mostrarse bonita, pero enseguida reconoció que eso era una tontería. *No debo perder el tiempo con esas ideas. En nuestro último encuentro, mi rechazo al camino indecente que me propuso marcó el final de nuestra relación. No volveremos a vernos. Lo de esta noche será un cruce fortuito*, se dijo con convicción. Y para eliminar cualquier chance de provocarlo o despertar su atracción, se arregló sin estridencias: sujetó el cabello en un sencillo rodete y se puso un vestido gris limpio.

En invierno oscurecía temprano, por lo que los esclavos ya habían encendido las velas de todos los candelabros cuando entró a la sala. Los dos caballeros O’Gorman se pusieron de pie ante su llegada.

—Me alegra verla recuperada, miss Clara —la saludó Thomas con confianza y formalidad a la vez, extendiendo una mano hacia ella y usando el nombre que marcaba su pasado—. Mi tío me ha contado lo sucedido. Lo lamento.

—No todo es lamentos, sobrino. Esa desafortunada situación nos ha permitido tenerla con nosotros por unos días.

Mary asintió en silencio con una breve sonrisa, aunque con el pecho estrujado por el final de la frase del médico. La invitación a quedarse en esa casa era provisoria. Sin duda la mandaría de vuelta a La Residencia en breve, en cuanto se recuperase por completo.

—Tiene razón, tío. Eso es algo para celebrar —afirmó—. Pediré que nos sirvan unas copas — se giró hacia una esclava que esperaba de pie junto a la mesa en el otro extremo del salón. Pero antes de que pudiera decir nada, unos gritos provenientes de la entrada lo distrajeron.

—¡Debo hablar con el *dotor*! ¡Ahora!

Un esclavo de edad hizo pasar a otro más joven, descalzo, que entró con los pies embarrados en la sala. La esclava se aproximó para retarlo pero el doctor se le adelantó.

—¿Cuál es la urgencia? —preguntó, acostumbrado a llamados inesperados a cualquier hora.

—Doña Jerónima de Montecastro. Mi ama se cayó y no se puede levantar. Quedó como torcida, no nos deja tocarla y grita mucho. Dice que le duele y que necesita que el *dotor* vaya a verla.

Don Miguel O’Gorman asintió, pidió a su esclavo que le trajera el maletín con sus instrumentos y se disculpó con su invitada.

—Lo siento, querida. Esperaba una cena en familia, pero eso quedará para otro día. Thomas, deberás comportarte como el anfitrión, agasaja a mi invitada esta noche, por favor.

—No se preocupe, tío. Me ocuparé de que no sienta su ausencia —aseguró dirigiendo a Mary una mirada intensa, cargada de significados que le cubrieron las mejillas de rubor.

—Gracias, sobrino. Buenas noches, Mary.

El médico salió apurado y Thomas se adelantó unos pasos hasta quedar de pie frente a Mary. Clavó sus ojos en ella y llevó una mano hasta su mejilla, para recorrerla con suavidad.

—Lamento lo que te han hecho.

El contacto, el tono íntimo y la dulzura de la voz le provocaron un estremecimiento. Hacía mucho que nadie le regalaba un gesto de cariño. El último que la había tocado así había sido él mismo. Recién entonces se dio cuenta de cuánto lo había extrañado. Cerró los ojos e inclinó la cabeza para recostarla en la palma de él, que todavía la acariciaba. Disfrutó del toque y trató de olvidar las imágenes de su último encuentro, que intentaban colarse en su mente.

Los ojos grises de él se detuvieron en las marcas todavía visibles que tenía en un costado del cuello.

—Lo siento, me apena que hayas tenido que pasar por eso. Por esta razón, me ofrezco a ayudarte para que nunca vuelvas a hallarte en una posición así, tan vulnerable.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida y a la vez halagada por las miradas de admiración que él le dedicaba a pesar de su pobre aspecto.

—Claro que sí. Juntos podemos crear un futuro diferente para ti.

—¿Y cómo sería ese futuro juntos? —se animó a indagar con un dejo de esperanza en la voz.

Muchas veces había soñado con una casa, compartir sus días con un hombre que la amase. *Y sin duda, Thomas O’Gorman podría ser el hombre adecuado para esa clase de vida. Recuerdo que tenía una esposa, pero existe la posibilidad de que haya enviudado. Quizás la mala suerte que me ha acompañado en los últimos años está a punto de abandonarme*, se dijo mientras sentía una cálida llama creciendo en su interior, provocada por las palabras y las miradas de él.

—Podría ser muy provechoso para ambos, además de muy agradable —sugirió deslizándole el dorso de los dedos por el costado del cuello, luego por la mandíbula, para detenerse sobre sus labios, que recorrió con la yema del dedo índice y que ella sintió cargada de poderes mágicos: la hacía olvidar sus problemas y alejarse de la dura realidad de lo vivido en los últimos días.

—Imagino que habrá muchos momentos de intimidad en esos planes.

—Por supuesto —afirmó con una sonrisa seductora—, pero también habrá tiempo para los negocios.

—¿Qué negocios?

—Deberás aprender a obtener información —explicó sin dejar de acariciarla, pero sus palabras distrajeron a Mary y la magia de los dedos que la recorrían desapareció.

—No comprendo —dijo con los ojos entrecerrados, expectante, aunque en su interior intuía, con gran desilusión, lo que él le iba a proponer.

—Deberás hacer que los hombres hablen y confíen en ti, que te cuenten sus secretos.

—Y supongo que los hombres se confesarán conmigo en mi lecho, después de poseerme, ¿no es verdad? —preguntó enojada, alejándose de él—. ¿En sus planes sólo puedo prostituirme? ¡¿Por qué insiste con eso?!

—Sabes que a los hombres les gusta hablar después de los encuentros carnales —buscó calmarla con un tono suave, casi condescendiente—. No será difícil obtener información de ellos si sabes lo que estás buscando.

La respuesta confirmaba el miedo que había intentado mantener oculto en su mente. Thomas no quería llevarla a su casa, sí a su cama pero sin compromiso alguno, y además tenía la intención de que ella recibiera a otros hombres también.

—Quiere que vuelva a ser una prostituta, que venda mi cuerpo otra vez —murmuró con los dientes apretados para controlar la rabia, cuando comprendió cuál era el único lugar que él le

daba.

—Suenan feo si lo dices así, pero eso sería apenas parte del trabajo. Lo más importante es lo otro. La información que puedes conseguir.

—¿Y no le importa que me acueste con otros?! —exclamó enojada, sin poder controlarse, alejándose más de él. Pero Thomas se movió con rapidez para envolverla con un brazo por detrás de la cintura y la atrajo hacia sí.

—Claro que me importa, pero entiendo que eso significaría una gran ventaja para nosotros, por lo que lo acepto como parte del acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—El que haremos tú y yo. Te propongo que seamos socios.

—¿Socios? Yo tendría que hacer todo el trabajo, no me parece una buena sociedad —lo miró con disgusto.

—No es tan así. Yo me ocuparé de todos los gastos de la casa en la que vivirás y también trabajarás, te daré un guardarropa de lujo, a tono con la nueva vida que llevarás y también conseguiré a los clientes, todos hombres de fortuna y cargos importantes, muy distintos a los que recibías al otro lado del zanjón.

—No es muy distinto de la esclavitud que debía enfrentar allí.

—Te aseguro que será diferente. No habrá esclavitud, tú pondrás las normas.

Un destello de esperanza encendió el corazón de Mary. No albergaba falsas ilusiones con respecto a la posibilidad de mutar la relación que Thomas le ofrecía hacia algo mayor, fuera de las cuatro paredes que resguardarían sus encuentros. Entendió que él la había conocido como prostituta y eso no cambiaría nunca. Lo que sí podría cambiar es su condición de empleada del burdel. Si existía la posibilidad de que ella pusiera las normas, sería mejor que regresar a las manos de la correctora y sus secuaces. Con resignación y decisión a la vez, se animó a exigir algo.

—Quiero parte de las ganancias.

—Me parece bien. Una tercera parte para ti sería justo.

—No, quiero la mitad. Seremos socios en partes iguales, tú y yo, o no aceptaré —lo desafió cambiando el trato entre ellos por primera vez, para convertirlo en su igual.

—¿Y qué harás si no llegamos a un acuerdo? ¿Volver a lo de los Illescas? —preguntó burlón, seguro de ganar esa disputa.

—Si no hay acuerdo, ya no volverás a verme, así que no deberás preocuparte más por mí.

Esas palabras afectaron la seguridad de Thomas. Aparte de peligrar la posibilidad del negocio que tenía en mente, esa muchacha le gustaba mucho. No le importaba compartirla, después de todo era una prostituta y él estaba casado. Pero sí le molestaba la idea de perderla. La quería a su disposición siempre. La quería a su lado. Por lo que, tras pensarlo un momento, accedió.

—Bien, acepto. Seremos socios en partes iguales.

—Tengo más condiciones.

—¿Más? Te haré rica, y además serás poderosa y respetada en los círculos de poder. Debes controlar tu ambición —le sugirió.

—No es ambición, es sentido común. Si vamos a poner un negocio de lujo, necesitaré más muchachas. Quiero que tu tío saque a mi amiga Jane y a varias inglesas más de La Residencia. Emily tiene experiencia y podría servirnos. Y yo estaré a cargo, decidiré las ganancias de cada una de ellas.

—Es buena idea que sean inglesas, eso nos favorecerá. Me ocuparé de conseguir las. ¿Eso es todo?

—Una cosa más: te quiero en mi lecho cada vez que así lo desee —pidió con una mirada

cargada de intención.

Una amplia sonrisa adornó el rostro del irlandés.

—Sí a todo. Y por supuesto que me tendrás. El origen de esta sociedad es un negocio, pero eso no quita que tengamos placer al mismo tiempo, querida Clara.

—Ah, otro detalle: para el público seguiré siendo “Clara, la inglesa”. Quiero aprovechar mi reputación, tal como sugeriste, pero prefiero que en privado me llames por mi nombre, soy Mary. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto. Tenemos un trato. Ven acá, déjame gritar tu nombre mientras te poseo, Mary, y quiero escucharte gritar el mío —pronunció mientras la alzaba y envolvía las piernas de ella alrededor de su cintura para empujarla contra la pared. Pensaba tomarla allí mismo.

Mary cerró los ojos para disfrutar de los besos de Thomas. Sentía que era una pequeña compensación que se regalaba por el destino que acababa de aceptar. Aunque no le gustaba tener que volver a entregar su cuerpo, esa vez sería diferente. Lo haría para montar su propio negocio y convertirse en su propia jefa. Esperaba poder ganar lo suficiente para abandonar ese camino en poco tiempo. Mientras lo lograba, iba a disfrutar de ese placentero premio extra que representaba O’Gorman para ella, se dijo mientras se perdía entre sus brazos.

9

Santa María de los Buenos Ayres, mayo de 1805

—¿Su amigo Burke vendrá a la velada de esta noche? —preguntó Annette con tono desinteresado, sin darse vuelta para mirar a su marido, mientras elegía unas cintas de seda de una caja de madera entelada que guardaba dentro de su ropero.

—No lo creo, ha viajado al norte.

—¿Qué hay en el norte?

—Tenía que atender unos negocios. ¿Por qué preguntas?

—Por nada, creí que las grandes ventas de mercaderías se hacían aquí, cerca del puerto. Me gusta estar informada, eso me permite conversar de diversos asuntos en las tertulias que realizo en esta casa. A los invitados también les gusta la buena charla, por eso nadie rechaza mis invitaciones —explicó con tranquilidad.

—Burke es más que un comerciante, tiene otros asuntos pendientes también —agregó Thomas haciendo un gesto de amplitud con la mano.

—¿Otros asuntos? ¿Qué asuntos? —inquirió con curiosidad.

—No importa, no puedo hablar de eso ahora. Debo salir —dijo por concluida la charla y tomó la capa, para protegerse del frío húmedo que se colaba hasta los huesos en esa ciudad.

—¿Regresará a tiempo para la reunión?

—Sí, sí —le confirmó sin demasiado entusiasmo. Aunque sabía que no llegaría con puntualidad, iba a asistir. No pensaba perderse la posibilidad de frecuentar a grandes personalidades de la sociedad local. O’Gorman aprovechaba que su mujer había logrado mezclarse entre las damas de alcurnia porteñas y que la habían aceptado como una más. Cada reunión en su casa incluía nombres importantes y él sacaba ventaja de esas relaciones. Por eso estaba dispuesto a regresar antes de la visita a su amante. Salió de la habitación y cerró la puerta sin mirar atrás.

Annette continuó revisando las cintas con tranquilidad. Se decidió por unas de color lila claro para llevar enzarzadas en su cabello. Combinarían muy bien con el vestido lila oscuro que tenía flores bordadas de ese mismo tono en el canesú y en las largas mangas ajustadas, además de detalles en hilos de plata. Asentía mientras se imaginaba ya lista para la velada, paseando entre los invitados como la anfitriona de lujo que sabía que era. La enorgullecía haberse ganado un lugar en esa sociedad gracias a su esfuerzo y dedicación. Disfrutaba de cada momento en esas noches en las que era la dueña de todas las miradas. Aunque el apuesto Burke no fuese a asistir, sabía que ella se divertiría como siempre. No extrañaría a su admirador, quien había abandonado la intensidad de su devoción inicial. El rechazo de Annette a sus voluptuosas intenciones había enfriado la relación. El prusiano no quiso conformarse con el coqueteo amistoso que ella le ofreció la tarde que pasearon juntos por la Alameda, quería más, pero Annette no estaba dispuesta a dar ese paso. Le gustaba ver admiración y deseo en los ojos de un hombre, pero se dijo que necesitaba algo más para animarse a traicionar sus votos matrimoniales. A pesar de la frialdad de Thomas, seguía respetando el vínculo que los unía y no iba a engañarlo sin un motivo valedero. *¿Cuál podría ser ese motivo?* , se preguntó mirándose al espejo. *El amor*, se respondió en

silencio sin dudar. *Ese esquivo amor del que tanto se habla en voz baja y que no conozco.*

Burke no me provoca nada. ¿Llegará alguna vez a mi vida esa maravillosa sensación? Mi querida Lolita decía que es lo mejor del mundo, que ella agradecía cada día el amor de don Juan Martín. ¿Deberé tener paciencia muchos años más? Ya cumplí treinta. Si sigo esperando, me arrugaré y entonces nadie me querrá, concluyó el pensamiento con un suspiro y arrojó las cintas elegidas sobre la cómoda con resignación. Pensar en su gran amiga, muerta en un parto poco tiempo antes, hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. La mejor forma de honrar a Lolita era recordar siempre sus palabras y su alegría.

A pesar de los devaneos que habían amenazado con minar su ánimo durante la tarde, los preparativos en manos de Margot le habían devuelto el buen humor al anochecer. Annette se observó en el espejo y la imagen que vio le gustó. Atraería las miradas de todos, hombres y mujeres por igual. Algunas con más admiración que otras, pero sin duda no pasaría desapercibida para nadie. Sabía que era una de las damas más bonitas en esa ciudad y, a falta de algo más emocionante en su horizonte, pensaba disfrutar de la sensación de fascinación que provocaba.

No se equivocó con su predicción. Mientras circulaba por la sala llena de gente, todos se daban vuelta para observarla. Su cuerpo grácil se movía con una suave cadencia al compás de la música. Los sonidos del clavicordio se sumaban a los de un arpa para ofrecer delicados minués y vales, siguiendo la moda europea. Allí no entraban las guitarras, propias de las pulperías, ni los tambores, asociados al gusto de los esclavos. Annette avanzó con una sonrisa cuando distinguió a una de sus amigas más cercanas.

—¡Querida Lupe! —saludó a Guadalupe Cuenca sujetándole ambas manos. Se mostró menos efusiva con su marido, Mariano Moreno, un joven abogado muy callado, que cuando hablaba demostraba una inteligencia superior a la habitual—. ¡Qué alegría verlos! Siempre es un placer recibirlos.

—Sabes que es un sentimiento mutuo, hace más de una semana que no hablamos, ¡una eternidad! El catarro de Marianito me impidió salir, pero ya está mejor y el doctor O’Gorman garantizó que no es peligroso, por eso me animé a dejarlo. Estaba durmiendo cuando salimos.

—Me alegra saber que ya está bien, las enfermedades de los niños se complican con facilidad —afirmó aliviada.

—Pónganme al día de las novedades, por favor, queridas mías —pidió Victoria de Escalada uniéndose al grupo.

—El tema que más se habla hoy es el permiso que le otorgó el virrey a Marica Sánchez para casarse con su primo Martín Thompson. ¡La mayoría de los padres están indignados por la osadía! Temen que esto impulse a otras jóvenes a desafiar las elecciones paternas de los candidatos para ellas —reveló Guadalupe.

—¡Ooh! No estaba al tanto de la aprobación, eso sin duda generará más pedidos de disenso —coincidió Annette.

Todos en Buenos Ayres estaban pendientes desde hacía mucho de la evolución de esa relación. La joven María Josefa Petrona de Todos los Santos Sánchez de Velasco y Trillo, que a esa altura estaba en boca de todos como Mariquita Sánchez, se había animado a desafiar a sus padres rechazando el prometido que habían elegido para ella porque estaba enamorada de su primo Martín. La niña de apenas catorce años había avergonzado al candidato de casi cincuenta, Diego del Arco, con un desplante público en la fiesta de compromiso. El asunto fue la comidilla de toda la sociedad durante mucho tiempo. A pesar del alejamiento de Thompson por presiones familiares y del encierro de la muchacha en la Casa de Ejercicios Espirituales, el romance prohibido continuó por carta y algunas visitas escondidas a lo largo de varios años. Hasta que Mariquita

escribió al virrey Sobre Monte para pedirle que intercediera por ella, en un juicio de disenso a la voluntad de sus padres. Durante un año el funcionario había analizado la situación y finalmente había anunciado su sentencia en esos días: aunque todavía era menor de edad, Marica Sánchez, ya de diecinueve años, no estaba obligada a obedecer a su madre ni respetar la voluntad de su, para entonces, difunto padre. Podría casarse con Thompson. La noticia corría de boca en boca, provocando las más diversas reacciones. Nadie se guardaba su opinión al respecto.

—Me alegra ver que en este caso triunfó el amor —sostuvo Victoria, joven y enamoradiza.

—Sin duda —remarcó Lupe, dedicando una mirada embelesada a Moreno, todavía de pie a su lado, que le devolvió el gesto, aunque no pudo disimular que el tema le aburría.

—¿Puedo sugerirle, don Mariano, que se una a la conversación de los caballeros? Estoy viendo que acaban de llegar los Saavedra. Saturnina sin duda querrá charlar con nosotras y todos conocen su amistad con don Cornelio —lo invitó Annette.

—Agradezco la sugerencia, madame Périchon —aceptó la idea e inclinó la cabeza frente a las damas. Mientras él se alejaba, se unió al grupo María Saturnina Otálora del Ribero de Saavedra, muy agitada.

—¡Buenas noches, queridas! ¡Traigo noticias! ¡Y no se imaginan qué noticias!

—Ya todos están hablando de la victoria de Mariquita, lamento aguarde la novedad —replicó Lupe con suavidad.

—No, eso ya es noticia vieja. ¡Me refiero a la muerte de María Martina Sarratea y Altolaquirre de Liniers! El viudo acaba de llegar a la ciudad.

—¿Qué dices?! —preguntó Annette sin poder contener su alteración.

—¡Ay, cuánto lo siento! Olvidé que era tu amiga —exclamó la recién llegada.

—Anita —buscó consolarla Lupe con un apretón de manos, llamándola por el nombre que le daban todos en esa sociedad—, ¿estás bien? Te ves pálida. ¿Por qué no te sientas?

Annette dejó que sus amigas la guiaran hasta una silla.

—Al parecer esto ocurrió hace cerca de un mes, pero la noticia no llegó hasta que la trajo el mismísimo capitán Liniers. Dicen que estaba tan acongojado que no quiso continuar el viaje, que pasó días enteros embriagado en una posada —continuó revelando Saturnina.

—¿Viaje? —preguntó Lupe—. No entiendo nada.

—La familia Liniers había estado viviendo en La Candelaria, pero emprendieron el regreso a Buenos Ayres, y durante la trayectoria se adelantó el parto, pues María Martina estaba embarazada, por novena vez —aclaró—, pero hubo complicaciones y la pobre no resistió. Y aunque la niña está bien, se comenta que el viudo está desolado —concluyó con un suspiro.

Annette no pudo dejar de pensar en la cara siempre sonriente de María Martina, siempre alegre a pesar del alboroto de sus hijos y siempre con un brillo en la mirada gracias al ferviente amor que le profesaba su marido. *¡Y ahora sus ojos se cerraron para siempre! ¡Qué injusto! ¡Cuánto dolor para esa familia! Para esos niños, para ese hombre... Mañana iré a verlos, se dijo convencida de que los Liniers necesitaban el apoyo de una mano amiga y que su visita no escondía segundas intenciones.*

Decenas de voces la rodeaban en el sarao, además de la música, pero Annette no escuchaba nada. Su mente estaba lejos de allí, pensando en qué vestido se pondría al día siguiente para el reencuentro con el flamante viudo que una vez había acelerado los latidos de su corazón.

Cuando un esclavo le abrió la puerta doble de madera adornada con dos listones negros, Annette se adentró en la silenciosa casa de la calle del Rosario con el pecho oprimido. No se

escuchaban las risas de los niños, como en sus anteriores visitas. En el primer patio se encontró con María del Carmen Liniers y Sarratea, de trece años, la mayor de los hijos de su amiga muerta. Estaba sentada en un banco debajo de una parra. Las lágrimas que resbalaban por el rostro empapado remarcaban la palidez y acentuaban el aspecto aniñado mientras buscaba limpiarlas con los puños del vestido negro.

—Lamento la pérdida de tu madre, Carmencita. Yo la quise mucho, comparto tu dolor. Toma

—Annette le ofreció un pequeño pañuelo con bordes de encaje que la joven aceptó y se llevó a los ojos de inmediato.

—No me acostumbro a su ausencia, pienso que va a asomarse por una puerta en cualquier momento, pero eso no ocurre. Corro a su habitación a buscarla y el dolor crece al ver su lecho vacío —se quejó entre más lágrimas, por lo que Annette le rodeó los hombros y la acunó contra su pecho.

—Lo siento, de verdad lo siento —intentó consolarla.

La muchacha se aferró a esos brazos que la sujetaban y de a poco se fue calmando.

—Gracias, esa caricia me hizo bien —buscó recomponerse—. Trato de demostrarme fuerte frente a mis hermanitos, tal como me pidió mi padre, pero a veces me desmorono, como ahora. — Se secó los ojos e inspiró hondo varias veces.

—Nadie puede pedirte que ocultes tu dolor, es natural que extrañes a tu madre.

—A veces lloro y siento que mis lágrimas no se acabarán nunca. ¡La extraño tanto! ¡Me parece que lloraré eternamente! —confesó en un nuevo ataque de llanto.

—Claro que no. De a poco el dolor se irá suavizando y llegará el día en que pienses en ella con una sonrisa.

—¿Cómo se hace eso?

—Yo te ayudaré. Estaré a tu lado si necesitas consejos, alguien que te guíe. Podremos conversar sobre tu madre o sobre lo que quieras —ofreció con sinceridad. Le daba mucha pena esa niña, que no tenía edad suficiente para hacerse cargo de sus hermanos.

—Gracias —murmuró como respuesta mientras se ponía de pie para recibir otro abrazo de Anne—. Es difícil pensar en cómo será mi vida desde ahora. Mi madre era el centro de todo para nosotros.

—No te preocupes, el futuro llegará con naturalidad. Intenta recordarla en los momentos felices que compartieron. Piensa que siempre la llevarás contigo. Eso dará paz a tu corazón.

—Gracias —repitió—. Me alivia saber que no estaré sola.

—Claro que no. Estos días difíciles pasarán, ya lo verás. ¿Por qué no vamos al interior de la casa? Está oscureciendo y ese chal no es abrigo suficiente, podrías enfermarte.

El tono maternal y protector de Annette reconfortó a la muchacha. Juntas entraron en la sala, que estaba en penumbras debido a los postigos entornados de las ventanas por el luto, donde una esclava las recibió con aflicción.

—Venga conmigo, niña, en la cocina hace calorcito, le serviré un chocolate. ¿Desea algo, *misia*? —preguntó a Annette, que aguardaba expectante.

—Quisiera hablar con el capitán Liniers.

En silencio, la esclava extendió un brazo hacia un rincón alejado de ellas, luego guió a Carmencita hacia una puerta lateral.

Annette se volvió hacia donde le indicaba y vislumbró una figura muy quieta en un sillón. Se acercó y lo reconoció. El capitán tenía la mirada perdida en algún punto de la pared frente a él.

Ella continuó avanzando y cuando él la detectó pasó el dorso de la mano con torpeza por los pómulos, en un intento por borrar las huellas húmedas de su dolor.

—Disculpe que haya venido sin invitación, pero quería ofrecer mis condolencias a la familia, y dada mi amistad con María Martina, también mi asistencia para lo que necesite.

Los ojos de Liniers se clavaron en ella desde donde estaba, sin siquiera ponerse de pie.

Annette vio las líneas rojas que rodeaban esos iris azules cargados de dolor, subrayados por oscuras ojeras debajo de los párpados.

—Agradezco su intención, pero no necesitamos nada. Estamos bien.

—No me parece que eso sea cierto —se animó a contradecirlo—. Carmencita se ve inconsolable, y no se escucha el barullo habitual de los más pequeños. Imagino que están todos como ella.

—Es natural, dadas las circunstancias —afirmó con voz lúgubre—. Todos estamos dolidos, no se puede evitar. Ya se acostumbrará.

—Estoy de acuerdo en que el dolor es inevitable, pero a su vez creo que no es buena idea dejar a los niños librados a su suerte para que asimilen la pérdida de su madre. No es lo que María Martina hubiese deseado.

La última frase hizo que Liniers se levantara de un salto y en pocas zancadas se plantó frente a ella.

—No le permito que me hable así, madame —murmuró con los dientes apretados mirándola con fijeza.

—No creo haber dicho nada inapropiado. Lo siento si la verdad le incomoda. Como madre ella...

—¡No me hable de mi esposa! —la interrumpió con rabia, sin despegar los ojos de los de Annette—. ¿Cree que no sé que María Martina, donde quiera que esté, debe sentirse enojada conmigo por lo poco útil que soy en estos momentos para esos niños? ¡¿Y sabe cómo me hace sentir eso?! ¡Mal! ¡Muy mal!

Ni los gritos ni la respiración alterada de él afectaron a Annette. Comprendía el dolor de ese hombre. Con suavidad extendió una mano y le acarició la mejilla, en un gesto para tranquilizarlo.

—Ella lo comprende, desde donde está. Cada uno sufre como puede. Creo que usted está haciendo lo mejor posible.

La empatía de esas palabras lo destrozó. El soldado aguerrido que habitaba en su interior hubiera preferido una contienda, para descargar de alguna manera el dolor atroz que lo carcomía por dentro. Se sentía culpable por la muerte de su esposa, no por el embarazo, que era lo natural en los matrimonios, sino por haberla hecho enfrentar con apuro la mudanza y las largas semanas en el barco de regreso desde La Candelaria. Ella hubiera preferido esperar hasta después del nacimiento para iniciar el viaje, pero él había insistido en que sería mejor para su carrera militar instalarse en Buenos Ayres lo antes posible. Y las consecuencias eran muy difíciles de sobrellevar. La bondad en los ojos de Annette hizo que las piernas de Liniers flaquearan, no luchó para evitar que sus rodillas se doblaran y cayó al piso mientras ahogados sollozos entrecortados escapaban de su garganta.

Annette tembló frente a ese hombre destrozado. Se arrodilló a su lado y apoyó una palma sobre los nudillos de él. Ante la falta de reacción, unos segundos después empezó a retirarse, pero Liniers se lo impidió cubriéndole la mano con la otra, con rapidez. La firmeza de él no le permitía alejarse, y Annette tampoco quería hacerlo. Quería ofrecerle consuelo, quería encontrar la manera de paliar su dolor, quería acompañarlo. Antes de que ella pudiera decir nada, Liniers se dobló hasta que su frente se apoyó sobre las manos unidas y lloró.

Sorprendida por la falta de pudor de él, sólo atinó a acunarlo como a un bebé, convertida en testigo silencioso de su dolor.

Las visitas de Annette a casa de los Liniers se repitieron con frecuencia en las semanas siguientes. Llegaba a cualquier hora y entraba sin hacerse anunciar. Solía dirigirse a las habitaciones de los niños para supervisar que todo estuviera en orden, y después tomaba un chocolate caliente con Carmencita. Sus charlas casi a diario se convirtieron en parte de la rutina.

En esas visitas se cruzó con el capitán Liniers varias veces, pero nunca intercambiaron más que unas pocas palabras cordiales. Annette observó que, con el paso de los días, sus ojeras fueron disminuyendo y hasta lo vio sonreír una tarde al ver reír a sus hijos menores. La reconfortó saber que la alegría volvía a reinar en ese hogar.

Esa mañana había pasado a buscar a Carmencita para ir juntas a comprar la tela para un vestido nuevo. Pensaba que le haría bien a la chica pasar al medio luto, pero no podía dar ese paso sin la aprobación paterna. Por lo que decidió compartir su idea con el capitán y se asomó a la biblioteca.

Le sorprendió no encontrarlo allí, pero eso no le impidió entrar. Recorrió el recinto donde Liniers pasaba gran parte de su tiempo, ocupado con su correspondencia. Caminó hasta detrás del escritorio y recorrió con los dedos la tapa de cuero donde descansaban varios papeles en blanco. Estaba observando un llamativo tintero de nácar, poco masculino, que desentonaba con ese ambiente, cuando la sobresaltó el golpe de una puerta al cerrarse y se estremeció, por lo que el chal resbaló desde sus hombros hasta el piso.

Se agachó para levantarlo cuando a su lado se encontró al capitán, haciendo lo mismo.

—Lo siento, no lo había visto, no quise ser una entrometida —se disculpó.

—No se preocupe —le ofreció la mano para ayudarla a ponerse de pie—. Nunca la consideraría una entrometida, ha sido una gran ayuda para mis hijos, para todos nosotros.

Ella aceptó el apoyo que le ofrecía y al instante sintió que de la unión de sus manos irradiaba un calor muy poderoso. Sus miradas se buscaron y detectó que él también lo percibía. Se miraron un largo rato. Ella encontró dolor y paz a la vez; él vio serenidad y algo más. Detrás del apoyo que le ofrecía Annette desde su lugar de amiga de la familia, había un brillo distinto. Una fuerza que él no había visto en ninguna mujer. Eso llamó su atención y por unos momentos la curiosidad reemplazó a la agonía. Olvidó la congoja y volvió a ser un hombre que prestaba atención a una mujer. Llevó las manos unidas hasta su boca y besó con avidez una palma de ella.

Se apoderó de todo el puño, besándolo una y otra vez. Annette no pudo evitar el suspiro que escapó de sus labios entreabiertos. El gesto de Liniers la había sorprendido, pero además la había alterado. No había ido hasta allí con esas intenciones, se dijo sorprendida. *¿O quizás sí?* , se preguntó en un arranque de sinceridad. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. *Vine a ofrecer consuelo, a intentar ayudar a esta familia a recuperarse. Ignoro si hay una sola manera correcta para conseguirlo, yo lo haré como pueda. Lo importante es sacarlos adelante. A todos.*

Con esas ideas deambulando en la mente, dejó que el capitán le besara la mano y no rehuyó su mirada que la buscaba. Enfrentó esos ojos azules cargados de deseo. Por primera vez sintió que esa sensación iba dirigida hacia ella. Y no sólo la reconoció, sino que además la disfrutó. Saberse anhelada por ese hombre le aceleró los latidos vitales. Podía escuchar el golpeteo dentro de su pecho, los vellos erizados en todo su cuerpo.

El capitán apretó la mano en torno a la muñeca de ella y la atrajo hacia sí hasta que sus pechos se tocaron. Sus rostros estaban tan cercanos que las respiraciones se mezclaron. Los alientos cálidos de cada uno rozaron al otro. Las bocas entreabiertas tan próximas. Las ganas exaltando todos los sentidos. Una escasa brecha los separaba. Annette no podía despegar sus ojos de los de él, maravillada por el huracán que la presencia de ese hombre desataba en su interior. Se sentía

acelerada, como volando sobre el lomo de un caballo, sin moverse de su lugar. La mano de

Liniers sobre su espalda la apretó más contra su pecho firme de soldado entrenado. Vio que la mirada azulada se desviaba hacia sus labios. Observó los de él y ansió por el encuentro. Los vio acercarse y cerró los ojos, maravillada. Por un instante esperó la magia. Su corazón latía expectante. Pero el contacto no llegó.

Annette abrió los ojos cuando sintió que las manos de él la abandonaban. Alcanzó a verlo alejarse. Buscó su rostro esperando una respuesta, pero él esquivó su mirada.

—Lo siento, madame. Le pido disculpas. No es digno de un caballero aprovecharse del gentil apoyo de una dama. El dolor me confundió y por un momento creí...

No pudo continuar. Annette se había adelantado hasta plantarse frente a él. Luego se estiró en las puntas de los pies para intentar alcanzar el rostro de Liniers y le habló muy cerca.

—No se disculpe, capitán —murmuró con suavidad. El tono de voz extremadamente bajo lo obligó a inclinarse para escucharla, lo que ella aprovechó: cuando lo tuvo a su alcance le rozó los labios con los suyos entreabiertos. Fue un toque suave, pero inequívoco.

—Yo no sé qué decir...

—No es necesario que diga nada, capitán. Regresaré mañana para ir a la tienda con Carmencita, si está de acuerdo en que la niña pase a usar medio luto. Es muy joven para seguir de negro.

La firmeza de su voz ocultaba el torbellino de sentimientos que le provocaba el rechazo, porque le había ofrecido su boca con la certeza de ser objeto del deseo de él. Su error le provocaba más rabia que vergüenza. Más fervor por conseguir su objetivo que dolor. Se marchó dispuesta a no rendirse. Iba a presentar batalla.

El capitán Liniers asintió con un gesto. No se sentía con fuerzas para negarle nada. Apenas se quedó mirándola mientras se alejaba, intentando descubrir por qué lo que le provocaba esa mujer había logrado llenar su vacío interior por un rato, haciéndole olvidar el sufrimiento que hasta ese momento lo torturaba. No tenía respuesta.

—¡No es propio de tu edad, Tomás! ¡Compórtate! ¡Ya tienes doce años! Si vuelves a pelear con tu hermano por algo así en la mesa, ambos se quedarán sin postre.

El reto de Annette provocó un ruido burlón de su hijo menor, Adolfo.

—¡Madre, Adolfo se está mofando de mí! ¡Me mostró la lengua! —se quejó Tomás, a quien llamaban con su nombre acentuado a la manera española, para distinguirlo de su padre.

—¡No es verdad! Apenas tosí —se defendió el niño de diez años.

—Creí que estaban preparados para almorzar con nosotras en el comedor, en ausencia de su padre, pero veo que me equivoqué. Siguen comportándose como críos. Por lo que volverán a la cocina. ¡Y sin postre! Tal como les advertí —concluyó la disputa Annette—. Margot, llévalos a comer con su hermana menor, y lo harán allí hasta que aprendan a comportarse en la mesa junto a los adultos.

—¡No, él empezó!

—Pero me quitó mi pan, madre, ¡esto es injusto!

Los ruegos fueron en vano, Annette hizo un gesto con la mano hacia la puerta. Ambos marchaban cabizbajos cuando madame Jeanne intervino en defensa de sus nietos.

—¿Por qué no los dejas quedarse? Sin duda han aprendido la lección y saben lo que no deben hacer de ahora en más —pidió a su hija en tono conciliador.

—¡Madre! Por favor, no cuestione mi autoridad delante de los niños.

—Estoy segura de que ya no se comportarán como niños, están muy crecidos.

—Pues no lo han demostrado hoy. He dicho mi opinión y no la cambiaré. Margot, llévatelos — insistió con firmeza y ya nadie más habló. Tomás y Adolfo O’Gorman siguieron a la esclava a través del patio hacia la cocina.

Jean Baptiste Périchon, que se había mantenido en silencio durante la discusión, terminó su último bocado de guiso de gallina y no se atrevió a contradecir a su hermana mayor. Se limpió la boca con la servilleta y se puso de pie para saludar.

—Que pasen una buena tarde, voy a salir —anunció con un movimiento de cabeza.

Jeanne miró con orgullo a ese guapo hombre de veinticinco años y extendió una mano para que la besara antes de irse.

—Ve con Dios, hijo mío —lo saludó con una sonrisa, y enseguida frunció el ceño para dirigirse a su hija—. No debes ser tan dura con ellos. La vida no ha sido fácil para esos niños con el padre ausente la mayor parte del año, siempre lejos.

—Madre, ¿cómo puede decirme eso? Yo los estoy criando con gran dedicación, les enseño modales y etiqueta, y además tienen una excelente educación con su tutor.

—Coincido en que conseguiste un gran maestro que les enseña los estudios correspondientes a jóvenes de su clase, pero me refiero al enojo. Estás retándolos todo el tiempo que pasas con ellos.

—¿Qué quiere decir? No los reto todo... —empezó a decir, pero calló, ante la revelación de que en las últimas semanas no había sido muy paciente con ellos. Reconoció para sí que sus pensamientos estaban ocupados por una pregunta sin respuesta que la cargaba de angustia y le hacía perder la cabeza con frecuencia, y se desquitaba con sus hijos. Quería descubrir cómo había invadido su corazón el capitán Liniers, y cómo hacer para echarlo de allí. Desde hacía años se sentía atraída por él, no iba a negarlo, pero siempre había sido apenas una promesa de lo imposible, un amor platónico. La muerte de María Martina había cambiado todo. Los puso a ambos en un lugar diferente. La atracción existía, y sin la devoción de él por su esposa, podría convertirse en algo más. La principal duda de Annette era descubrir si ella quería ese algo más.

Aunque habían estado a punto de besarse en el último encuentro en su despacho, no había vuelto a visitarlo porque no lograba ordenar sus ideas. Su cabeza era un desborde de vientos huracanados, por momentos soplaban las ganas de correr a verlo y por otros amainaba el temporal y primaba en ella la cordura: estaba segura de que una aventura no era algo digno de una mujer casada de su clase social. Una y otra inclinación se debatían dentro de ella en una puja sin descanso. Eso la tenía en tensión constante, casi al borde de un ataque de nervios. Su madre le hizo ver que había víctimas debido a sus cavilaciones: Tomás y Adolfo. Sacudió la cabeza para apartar los incómodos pensamientos y además ocultar las ardientes lágrimas de vergüenza que desbordaron sus ojos, pero madame Jeanne las vio.

—No escondas tus lágrimas de mí. Sabes que llorar hace bien, puedes desahogarte con libertad. Quizás así se te aflojen las penas y te permitas contarme qué es lo que tanto te aflige.

—No, no puedo —balbuceó entre sollozos.

—¿Acaso crees que hay algo que puedas decirme que me vaya a ofender?

—No, pero no quiero que piense mal de mí.

—Hija, nunca haría eso. He visto lo que has tenido que soportar por culpa del marido que te conseguimos. Quizás fue por las circunstancias que llevaron a la unión, o por sus continuos viajes, o por tantas mudanzas, pero debo reconocer que nunca nació la relación que esperaba entre Thomas y tú. Lo siento.

La lástima en el tono de voz de su madre provocó más lágrimas en Annette. A esa altura ya se había resignado a su poco feliz matrimonio, pero escuchar hablar de eso avivó su desazón.

—No importa, madre. Es lo que me tocó en esta vida y ya me he acostumbrado a la falta de felicidad.

—No digas eso, nadie puede entregarse a la amargura sin luchar.

—¿Cómo me dice eso? ¿Acaso no me ha visto luchar todos estos años por formar una familia feliz? ¡Y en vano! Tengo a mis hermosos niños, es cierto, y por unos años pensé que eso era suficiente, pero ahora entiendo que no. La maternidad no me alcanza para ser feliz, y no tengo el amor de Thomas. Él me ignora, la soledad me agobia.

—Es cierto, te he visto llevando todo adelante sola durante muchos años, pero te conozco mejor que tú misma y creo que desde hace un tiempo hay algo nuevo en ti. Algo en tu mirada, algo en tus silencios, algo en tu melancolía. Dime qué es, las mujeres pasamos por muchas situaciones difíciles, quizás yo pueda ayudarte.

—Ya se lo he dicho, ¡es la soledad, madre! ¡Me siento sola! ¡Mi corazón está vacío! ¡Y duele!

—No diré la obviedad de que no estás sola porque tienes a tu familia, ya que sé que eso no es suficiente, te comprendo: sientes que tu alma no tiene compañía.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe? —levantó la vista sorprendida.

—Porque yo también pasé por eso, hace muchos años, antes de que tú nacieras. Ya tenía a tus hermanos mayores, pero me sentía sola y abatida. Nada alegraba mis días. El espejo me mostraba la misma expresión que tienes ahora.

—¿De verdad?

—Sí, hija, por eso comprendo mejor que nadie lo que estás sintiendo. Esa sensación de ahogo por culpa de la infelicidad.

—¿Y cómo logró recuperarse? —preguntó con franca curiosidad, pues nunca se le había ocurrido que otra persona hubiese pasado por la misma angustia, y menos que nadie su propia madre.

—Con amor. Grandes dosis, llené mi vida y mi corazón de amor.

—¿Con papá?

—No y sí. El amor con tu padre vino después. Gracias a otro hombre pude aprender a amar. Y eso me permitió abrir luego mi corazón a Armand.

—No comprendo, dijo que ya habían nacido mis hermanos, entonces no fue antes de la boda con papá.

—No, fue unos años después.

—¿Lo engañó? —preguntó con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Yo no lo llamaría así, porque aquella relación externa fue lo que me permitió encontrarme con tu padre de otra manera y forjar el vínculo cercano que mantuvimos tantos años.

—Y me lo dice ahora porque él murió...

—No, te lo digo ahora porque te veo sufrir y creo que debes entender que el alma humana es compleja. Y conocer mi historia quizás te ayude a encontrar tu propio camino.

—¿Con un engaño?! —preguntó enojada.

—No, con el descubrimiento del amor.

—¿Qué pasó con ese hombre? ¿Fue su amante muchos años?

—No, apenas unos pocos meses. Murió. —La tristeza en la voz de Jeanne hizo que Annette dejara el disgusto de lado.

—¿Mi padre lo supo?

—No, nunca se lo dije. Pero imagino que algo habrá intuido, porque nuestra relación cambió a partir de entonces. Yo descubrí el poder oculto dentro de mi cuerpo, el amor nació en mi corazón, y de a poco aprendí a amar a tu padre gracias a ello. Puedo decir que lo amé de verdad por el

resto de nuestros días juntos, y que ese amor me acompañará siempre. Toda la felicidad que compartimos se la debo a aquel romance fugaz.

—No termino de comprender lo que me quiere decir con esta confesión, madre.

—Te noto perdida, Annette, distante. Sin duda algo te agobia, da vueltas en tus pensamientos, por lo que deduje que podría ser un romance —aventuró Jeanne sin desviar la mirada de los ojos vivaces de su hija—. ¿Me equivoco?

—No del todo —confesó bajando la vista, con vergüenza—, pero nada pasó aún.

—¿Por miedo? No te animas.

—Es difícil de explicar.

—No pretendo explicaciones, hija. Quiero ayudarte. He visto que no eres feliz, y si tu felicidad está junto a otro hombre, no temas tomar ese camino. Sabes que Thomas está muy poco por aquí. Sólo deberás ser discreta.

—¿Me está sugiriendo que lo engañe?

—Apenas digo que no tomes tu matrimonio como una condena. Le diste muchos años de exclusividad y aun así no hay brillo en tu mirada. Mereces algo mejor. No debes temer asomarte a lo desconocido.

—No puedo creer que mi propia madre, que tanto me insistió en respetar las normas de la sociedad, me esté sugiriendo que me lance a un *affaire* —concluyó extendiendo los brazos hacia los costados en fingida estupefacción, que cubrió con la suave sonrisa de sus labios—. Creo recordar que usted había mencionado algo de esto antes, hace muchos años, pero no entendí entonces el alcance de sus palabras.

—Me parece que no quisiste entender. Siempre fui muy clara al respecto.

—No lo fue cuando me obligó a casarme para salvar mi reputación, para guardar las apariencias.

—Eso fue distinto. Eras una niña soltera. Debíamos preservar tu nombre y el de la familia. Ahora, ya casada y mayor, puedes llevar la vida que deseas, siempre con discreción. ¿Puedo saber quién es él?

—Todavía no es nadie —respondió con las mejillas enrojecidas.

—Pero por tu respuesta puedo ver que pronto lo será.

Una semana después, Annette volvió a la casa de los Liniers. Había elegido un vestido que resaltaba sus formas, ajustado en el pecho, aunque con un escote discreto y en un tono violeta oscuro. No podía llevar negro porque no era pariente, pero tampoco quería mostrarse muy llamativa al llegar a una casa todavía en duelo.

Una esclava la hizo pasar a la sala mientras Margot se marchó a la cocina para esperarla. En la suave penumbra que ofrecía la luz que se colaba por los postigos entrecerrados distinguió los espejos cubiertos con telas negras y no pudo evitar un suspiro. La convivencia a diario con el recuerdo de la muerte remarcaba la ausencia del ser querido. Más que un homenaje, le pareció una invocación perpetua al dolor de los deudos. Se sentó en el borde de un sillón y esperó incómoda, nerviosa. No había ido a ver a los niños. Esa vez quería verlo al capitán. Después de la conversación con su madre, Annette había pensado mucho en su vida, en sus logros, en sus metas, en sus anhelos. Y la conclusión fue una sola: no era feliz. Si, como sugería Jeanne, la búsqueda de la felicidad podía estar en ir tras sus sueños, estaba dispuesta a intentarlo. ¿Estaría oculta en una mirada del capitán? ¿En el toque de sus manos? ¿En una risa compartida? No lo sabía, pero tenía intenciones de descubrirlo.

Mirar a su alrededor la angustiaba. Se asomó al patio pero no vio a nadie. Prestó atención buscando señales de actividad pero sólo encontró silencio. No quiso regresar al interior de la lúgubre sala. Arrebujada en un chal de lana lila, avanzó espiando detrás de un par de puertas entreabiertas que encontró. El comedor y la sala del piano. Suspiró al pensar en cuánto tiempo el instrumento se mantendría silencioso en esa casa. La siguiente puerta estaba cerrada. Se disponía a empujarla cuando se abrió de repente y no pudo evitar un respingo al hallarse frente al mismísimo hombre que había ido a ver. Liniers estaba despeinado, en mangas de camisa y descalzo, evaluó en un rápido vistazo. *Al menos se ha afeitado. Quiere decir que está mejor*, observó con un dejo de esperanza.

—Lo siento, no quise seguir esperando en la sala —se disculpó antes de saludar.

—No sabía que estaba aquí, madame, nadie me avisó. Di orden de que no me molestaran.

—Si lo molesto puedo marcharme, pero creo que conversar un rato le hará bien. Imagino que pasa gran parte del tiempo encerrado solo.

—No creo ser una buena compañía para nadie.

—Eso no importa. Le recuerdo que ofrecí mi ayuda para toda su familia. No necesita recibirme como una invitada, sino más bien como una especie de tónico. Una orden del médico para sanar, si lo prefiere —sugirió con seriedad pero con un movimiento de hombros que a él le pareció gracioso y le arrancó una suave sonrisa—. ¿Lo ve? Ya lo hice reír. Eso es bueno en una situación como esta.

Una intensa brisa arremolinó unas hojas secas sobre ellos y Annette apretó el chal sobre su pecho.

—Disculpe mi falta de modales, hace frío afuera, entre, por favor. —Se hizo a un lado para dejarla pasar. Ella aceptó la invitación y pasó al despacho. Una gran biblioteca ocupaba una de las paredes laterales. Un verdadero lujo en esa ciudad tan remota y lejana, sin duda había pertenecido a la familia de María Martina. Un brasero daba algo de calidez al ambiente, aunque también lo llenaba de un tenue humo, creando un velado efecto para la vista.

—¿Cómo están los niños? La casa está muy silenciosa, espero que la apatía no se apodere de ellos. Deben intentar llevar una vida normal.

—Eso resulta difícil —respondió sacudiendo la cabeza con pesar—. Ahora están todos en casa de sus abuelos. Creo que se quedó el bebé con su nodriza, pero no creo que haya venido hasta aquí para preguntar por ellos.

—No comprendo por qué dice eso. De verdad quiero ayudar. Vine muchas veces para acompañar a sus hijos, principalmente a Carmencita. Lamento su dolor, capitán, pero espero que no me considere su enemiga.

—Lo siento, me cuesta juntar ánimo para enfrentar cada día.

—Quiero que sepa que puede contar conmigo. Dígame, ¿cómo puedo ayudarlo?

—Le agradezco su intención, pero de verdad no lo sé. No sé cómo continuar mi vida.

—De a poco. Le sugiero que no planifique a largo plazo, sino que enfrente el día a día. Con el tiempo el dolor se irá suavizando.

—¡Es difícil vivir sin ella! Todo se hace cuesta arriba. Hasta algo tan sencillo como ir a una boda aparece en mi camino como una tortura.

—Me parece que exagera.

—Claro que no. Debo asistir a la boda de Martín Thompson con la rebelde Mariquita Sánchez. Como todos saben, han recibido el permiso del virrey, y no puedo faltar. Pero me cuesta pensar en ir a cualquier tipo de festejo, celebrar la alegría de alguien más cuando María Martina no está a mi lado para compartir esa felicidad.

—La solución es simple: no vaya. Continúa de luto, sabrán disculparlo.

—Han pasado tres meses ya, me temo que eso no es posible dada la cercanía familiar. Soy pariente político del novio —explicó—. Tras la muerte de su padre siendo un niño, a Martín lo crio su tutor, Martín José de Altolaquirre, hermano de Tomasa de Altolaquirre, madre de María Martina. Era como un primo cercano para mi esposa. Por ella, debo asistir.

—Entonces vaya, pero sin sufrir. Yo estaré allí ese día, estoy invitada, por supuesto, y le daré mi apoyo. Cuando me vea piense que conozco su sufrimiento y la carga ya no será tan pesada.

La mirada color chocolate de ella desbordaba sincero cariño, preocupación. Por un momento, Liniers estuvo a punto de agradecerle su oferta, hasta que un movimiento de cabeza de Annette hizo que unos bucles se soltaran del peinado para rozar el costado del cuello. Ella buscó acomodarlos, y sin quererlo, el delicado gesto de la mano emuló una caricia sobre la nívea piel.

—¿Qué espera conseguir con eso? —preguntó el capitán exaltado.

—¿Qué dice? No comprendo.

—No entiendo por qué se ofrece a ayudarme.

—Lo hago por compasión, porque me conmueve el dolor de su familia.

—No le creo. Es la mujer más bella que he conocido, y viene a visitarme a solas para ofrecerme un consuelo que no merezco. Debe tener alguna intención oculta.

—¡Claro que no! ¿Por qué dice que no merece mi consuelo?

—Porque María Martina está muerta por mi culpa. ¡No debí insistir para que hiciera el viaje embarazada! ¡Y tampoco merecía su amor! —exclamó con la cara enrojecida por la ira.

—¿Por qué no iba a merecer su amor?

—Porque ella era demasiado buena ¡y yo la engañé! ¡Y ella lo descubrió! ¡Y no soporto recordar el dolor que le causé!

—No necesita contarme esos detalles, no soy quién para juzgarlo o perdonarlo. Mejor hable con su confesor —intentó esquivar el tema, sorprendida por la revelación.

—Por favor, escúcheme. María Martina dijo que me perdonaba, que comprendía mi desliz, dado su embarazo, pero yo sé que la hice sufrir. ¡Y poco después causé su muerte! —Liniers se dejó caer en un sillón y se cubrió el rostro con una mano.

—Nadie causó su muerte, muchas mujeres mueren en los partos, es la ley de la naturaleza.

—Pero fue mi culpa, por el viaje, por mi insistencia. ¡Lo siento tanto!

Las sufridas palabras hicieron que Annette comprendiera la inmensidad del dolor que atravesaba el viudo, exacerbado por la culpa. Conmovida, caminó hasta él y apoyó una mano sobre sus nudillos. Eso hizo que se descubriera la vista y levantara el rostro hacia ella, los ojos brillantes, cargados de aflicción. Giró los dedos con destreza para atrapar los de ella y se puso de pie de un salto, sujetando un puño formado por las manos de ambos cerca de su pecho, apretándola junto a sí.

A Annette le costó comprender lo que ocurrió a partir de ese instante. Sólo entendió que la boca del capitán se apoderó de la suya, que su pulso se aceleró y que no intentó negarse. Ese beso fue mágico. Hizo que se perdiera entre sus brazos. Entreabrió los labios para responder a la intensidad de su boca, dejándose llevar por lo que sentía, por lo que los osados toques de él le provocaban. Porque a pesar de su aspecto de caballero, ese hombre la sujetaba con firmeza contra su cuerpo, recorriendo con destreza el de ella, tocándola con dedos certeros para arrancarle gemidos desconocidos. Sonidos que nunca habían pasado antes por su garganta escapaban de ella en una muestra inequívoca del ardor, del agrado, de la exaltación que él le causaba.

Con los cuerpos abrazados, los alientos entrelazados, Liniers la cargó sin esfuerzo hasta apoyarla contra la biblioteca de madera. Las formas pequeñas de Annette se amoldaban entre sus

brazos. La acomodó en un estante y en silencio, preguntándole apenas con la mirada, se desabrochó los botones del pantalón. Ella le respondió del mismo modo: sin apartar la vista de la suya y arremangándose la falda. Sin llegar a desvestirse, pero descubriendo cada uno los secretos del otro a través del tacto, sus cuerpos se buscaron con ganas, revelando las ansias mutuas que despertaban.

La unión fue vertiginosa, urgente, impetuosa. Annette se aferró con fuerza a los hombros de ese hombre mientras descubría los secretos que él le regalaba con la fusión. Su mente escapó lejos de allí mientras todo su ser quedaba ligado a él con una conexión única, mágica. Cerró los ojos y disfrutó de las olas de placer que la atravesaban, deseando que se prolongasen por toda la eternidad. Hasta que un quejido profundo junto a su oído y la quietud repentina la arrastraron de vuelta a la realidad.

Abrió los ojos y encontró la intensa mirada azulada que la observaba. Lo vio mover la boca, como si fuese a decir algo, pero él se detuvo antes de hablar. Cerró los labios y se apartó en un mismo gesto, mientras se acomodaba la ropa, dándole la espalda.

—¿Acaso huye de mí? —se animó a indagar Annette, la voz temblorosa.

—Lo siento, esto no debería haber ocurrido. Le pido disculpas por este ardiente arranque visceral, no me pude controlar, pero le aseguro que no se repetirá, madame. No debe temer.

—No le temo, pero no lo comprendo tampoco. ¿Por qué se arrepintió? —preguntó incómoda, arreglándose la falda con rapidez como pudo.

—Porque esto no debió ocurrir —repitió—. No entiendo por qué lo permití, ¿por qué no me alejé a tiempo! ¡Es que la atracción fue muy fuerte! ¡Es la mujer más bella e interesante que conocí! Debo admitir que tiene un inmenso poder sobre mí. Pero le aseguro que no...

—¡Deje de repetir eso! —lo interrumpió molesta. Lastimaba su orgullo el rechazo que implicaba esa frase. Porque ella quería reiterar lo que acababa de vivir, no tenía dudas de eso, y él le robaba esa posibilidad con sus palabras. Hizo un esfuerzo para controlar los latidos de su corazón acelerado antes de continuar hablando—. Ya entendí su posición, capitán. Y no se preocupe, no pienso reclamarle por esto.

Recogió el chal que había caído durante el ardiente encuentro, se envolvió en él y salió al patio sin decir nada más. Mientras avanzaba con paso apurado la congoja creció dentro de su pecho hasta desbordarlo y formarle un nudo en la garganta. Las lágrimas no tardaron en llegar. No se había equivocado al elegir visitar al capitán. Ese hombre encerraba infinitos secretos en su interior. Uno de ellos, la llama del amor. Pero él no estaba dispuesto a volver a encenderla con ella, no quería dejar que ambos se consumieran en la fogata de las sensaciones. El rechazo le dolía, pero a la vez la enojaba. El capitán Liniers le había dicho que le parecía bella e interesante, había demostrado que la deseaba. Le molestaba su negativa a volver a verla, pero le dejaba abierta una posibilidad: no era indiferente. Ella pensaba aprovechar esa ventaja. Tragándose las lágrimas de despecho, se alejó con la seguridad de que iba a regresar.

Santa María de los Buenos Ayres, junio de 1806

Elizabeth Becker estaba tirando de los cabellos de su rival con fuerza. Bethany Crompton intentó defenderse pellizcándola en los antebrazos desnudos. Los gritos de ambas alteraron la tranquilidad de la tarde en la casona de dos plantas con pasillos que balconeaban sobre un patio interior, donde peleaban las muchachas.

—¡Suéltame! ¡Me estás lastimando! Me quedarán marcas de los pellizcos —exclamó Elizabeth.

—¡Tú me atacaste primero! Yo sólo me defendiendo.

—Te doy tu merecido: ¡eres una ladrona! —insistió y aprovechó un descuido de Bethany para soltarle el pelo y darle un sopapo en la mejilla.

—¡Basta ya las dos! Si no dejan de comportarse como chiquillas en este instante las suspenderé. Una semana sin trabajar y sin cobrar. Es el único aviso que daré —anunció Jane Grigg con firmeza y eso puso fin de inmediato a la pelea—. Y ahora, con tranquilidad, explíquenme qué ocurrió. Elizabeth, tú primero.

—¡Esta maldita me robó un hombre! Don Leopoldo Ortivera es mío, cada vez que viene sólo pide por mí, pero esta ladrona se le ofreció y me lo quitó.

—¿Eso es verdad? —preguntó Jane con el ceño fruncido. Las reglas de la casa obligaban a las trabajadoras a respetar a los clientes regulares de las demás.

—Yo no lo busqué, él pidió por mí, por lo que no pude negarme.

—¡Mentirosa! —insistió Elizabeth y mostró un puño apretado en alto.

—Basta ya. He decidido una suspensión de tres días para cada una, a partir de esta noche.

—Eso es injusto —empezó a quejarse Bethany, pero Jane la detuvo con un gesto de la mano en alto.

—Si escucho una palabra más sobre este asunto, les daré la semana entera sin trabajar.

La amenaza finalizó la discusión de las muchachas por completo. Cada una se marchó hacia un lado opuesto del pasillo.

Mary, que se había asomado al balcón que daba al patio de la casa atraída por los gritos, sonrió satisfecha. Su amiga se había convertido en una excelente encargada, tenía experiencia y manejaba a las empleadas con mano firme. Algo muy importante en ese negocio, donde todo podía descontrolarse en pocos minutos. Gracias a la pericia de Jane, el burdel conocido como “de las inglesas” ya llevaba más de cinco años funcionando. Thomas había cumplido con todo lo pactado: alquiló una casa en el barrio de Montserrat, y se ocupó de conseguir alfombras y muebles para armar una *maison* de lujo, para un público selecto. Luego, Jane y ella habían seleccionado a algunas de las chicas llegadas en la *Lady Shore*. Para los propósitos de Thomas era mejor tener empleadas inglesas. En total, había media docena de mujeres para atender al público. Ella misma se había retirado de la oferta. Sólo cuando algún cliente muy importante demandaba sus servicios, y por pedido de Thomas, accedía a recibirlo. No era rica, pero en pocos años había logrado acumular una buena cantidad de monedas, lo que le permitía decidir sobre su vida. Los mayores ingresos los recibía gracias a la información que transmitía a Thomas. Cuando iba a llegar o zarpar alguna nave, qué armas o mercaderías traían. Hasta noticias sobre barcos negreros en las

cercanías del puerto habían tenido valor para él. Ella no entendía por qué ocurría eso ni conocía a sus contactos, pero O’Gorman conseguía que le pagaran por pasar esos datos.

Esa noche debería recibir a uno de esos clientes especiales de Thomas. Un capitán de navío español que estaba a punto de zarpar del puerto. La misión de Mary era obtener información sobre el resto de la flota, dónde se encontraba, a qué distancia de la costa, o cualquier otro dato sobre ese asunto. Sacudió la cabeza con estoicismo. Ese era su trabajo. Quería ser independiente, y lo que ganaba con esas noches de resignación e investigación en el lecho se lo permitía. Sus ahorros le daban la seguridad de no volver a pasar por situaciones como la que soportó en casa de los Illescas. En el momento en que aceptó la propuesta de Thomas sólo había un objetivo en su mente: convertirse en la única dueña de su destino. Y lo había logrado, porque mantenía su relación con él al margen de sus negocios. O’Gorman pasaba largas temporadas lejos de Buenos Ayres, debido a sus viajes al otro lado del océano. Y aunque se había acostumbrado a esos períodos de ausencia, disfrutaba de los reencuentros.

Esa vez ocurría algo diferente. Desde su reciente regreso, unas semanas atrás, Thomas se mostraba alterado, preocupado. Estaba ansioso en busca de nueva información y eso le afectaba el ánimo. Esa misma mañana le había insistido varias veces para que se esmerara con el capitán que recibiría esa noche. Mary no entendía las razones de su impaciencia, pero estaba dispuesta a complacerlo. Se consideraba una profesional en el arte de averiguar secretos y no pensaba fallar.

Las noticias que transmitió a Thomas la mañana siguiente iluminaron el rostro del irlandés.

—El hombre sostiene que no hay otras naves españolas en los alrededores. Me reveló que planea ir al norte, a las tierras portuguesas, pero sin escolta. Asegura que su nave irá sola y no tiene planeado un viaje de regreso aún.

—Bien, muy bien. Ese dato sin duda tendrá mucho valor.

—¿Para quién, Thomas? ¿Por qué nunca me dices a quién pasas esa información? Tengo derecho a saber quiénes son tus contactos, ya que yo también estoy involucrada. Esto que hacemos no es legal, estamos espionando a la armada española. Podrían acusarnos de traidores al rey y mandarnos a prisión. ¡Yo no quiero regresar a La Residencia! —expresó su descontento.

—Quédate tranquila que no irás a prisión. Ya tienen encerrado a un culpable por espionaje, creen que es el único y han dejado de buscar.

—¿A quién encerraron?

—Mi amigo Burke fue preso por espía. Le encontraron una correspondencia secreta, unas cartas que mandaba al duque de York, donde hablaba de las posibilidades de un triunfo inglés en... —se interrumpió de golpe.

—¿Espionaje? ¿Triunfo inglés? ¿De qué hablas? ¿Has bebido?

—No, mi querida. Estoy muy sobrio. Me refiero al futuro. Pero no es conveniente que sepas tanto; hablé de más, lo siento. Lo único importante es que no debes preocuparte: estás del lado de los vencedores. Además, ¿a qué vienen tantos reclamos? Has ganado una buena cantidad de monedas gracias a “esto”, como tú lo llamas.

—¿Y cómo lo llamas tú? ¿Acaso debería llamarlo espíar? —preguntó sobresaltada, comprendiendo para qué había estado sacando información a los clientes, y con una desagradable sensación en el estómago.

—¡Negocios! Y si todo sale como espero, pronto podremos ampliar nuestros negocios, cuando se libere el comercio del puerto para las naves inglesas. ¡Entonces seré muy rico!

—¿Qué dices? No he tenido noticias de que se planee liberar la entrada de mercaderías.

—Pero se hará, mi querida. Ya verás que se hará muy pronto, todo cambiará.

—¿Qué cambiará?

—¡Todo! La vida a la que estamos acostumbrados desaparecerá.

—Me asustas con esa predicción.

—No te asustes, será algo bueno para nosotros —afirmó con seguridad, con una sonrisa de satisfacción en los labios y se quedó con la mirada perdida, fija en la pared. Ni siquiera intentó besarla, como era su costumbre cada vez que la tenía a su alcance.

Mary se estremeció. Esas palabras le confirmaban lo que venía percibiendo en los últimos meses. Thomas se mostraba esquivo y distante con ella, reacio a compartirle sus planes. Ella se había entregado a él por completo, en cuerpo y alma, no le parecía justo que le ocultase información. Se sintió excluida, y por primera vez vio al hombre al que consideraba su salvador, con otros ojos. Una brecha se abrió en el amor por Thomas que inundaba su corazón. Lo amaba, y aunque sabía que él le correspondía, tuvo que reconocer que la intensidad de esos sentimientos no era recíproca. Y eso le dolió.

Si algo tan importante estaba por ocurrir, supo que debía mantenerse alerta. No iba a dejar su futuro en manos de un hombre que le ocultaba gran parte de la realidad. Se dijo que debía buscar más información para poder decidir por sí misma cómo actuar.

Pocas semanas después, antes de que Mary pudiera averiguar nada que le pareciera relevante, la noche del veintisiete de junio llegó a la casa una noticia sorprendente: el virrey había abandonado una función en el teatro por la inminente llegada de tropas inglesas a la ciudad. *Se rindió la ciudad de los valientes y huyó Sobre Monte con sus parientes*, coreaba la gente en las calles.

Más de un centenar de soldados británicos habían desembarcado en las afueras, en la costa sur, fuertemente armados, y se dirigían hacia el poblado. No tardarían mucho en llegar, pero en lugar de alistar tropas para intentar detenerlos, el representante de rey había elegido huir. Se decía que juntó sus pertenencias y cargó el tesoro en carretas con gran urgencia. ¿Deberían prepararse para escapar también?, se preguntaban las voces asombradas de los porteños y el eco de esas dudas llegó hasta el burdel. ¿Organizarían los funcionarios españoles un éxodo masivo de los habitantes de la ciudad hacia tierras más seguras? La respuesta no se hizo esperar. Los rumores anunciaron que el virrey marchaba solo, con su familia y su escolta personal, hacia un destino desconocido para poner a salvo las riquezas reales. Los demás debían permanecer en sus casas y continuar con sus actividades habituales.

Mary sacudió la cabeza con pesar. Sin duda esas eran las noticias que Thomas tanto ansiaba.

Sus compatriotas iban a apoderarse de la ciudad. La novedad le provocó un estremecimiento. Si los recién llegados investigaban en los registros locales, encontrarían pruebas de su condena en Inglaterra y de su posterior escape. Aunque Thomas se deleitaba con la idea de una ciudad en manos inglesas porque podía representar grandes riquezas para él, esa situación no la beneficiaba. Mary sintió una puntada en el pecho ante el creciente riesgo de ser embarcada como reia hacia Botany Bay. La nueva realidad le provocó una rabia creciente hacia su socio y amante.

Él no la había tenido en cuenta al utilizarla en sus planes. Había pensado apenas en su propia ventaja personal. No sólo lamentaba haberlo ayudado, sino que además se sentía traicionada. Él la había usado.

Las lágrimas hicieron arder su garganta antes de alcanzar los ojos. Sentía que le costaba tragar.

Ni aire ni saliva pasaban con normalidad. Cayó doblada sobre las rodillas y gracias a los sollozos logró respirar. Los brazos de Jane, que se acuclilló a su lado, le ofrecieron consuelo.

—Llora, te hará bien. Te ayudará a expulsar tu rabia.

—Nada me liberará del odio que siento en este momento. Thomas me usó para ayudar a los ingleses. Ahora controlan esta ciudad, ¡y eso podría hacer que me envíen a Botany Bay! ¡Que nos envíen a todas! ¡Qué poco duró nuestra libertad! —se quejó envuelta por más lágrimas.

—Shhh, shhh, no digas eso —buscó reconfortarla Jane—. Buscaremos la forma para quedarnos, no permitiremos que nos manden lejos de aquí.

—¿Cómo podremos hacerlo?

—Ya encontraremos la manera. Ahora lo importante es no desesperar y pensar. Está claro que Thomas O’Gorman no es el camino, pero tampoco puedes pelearte con él. Déjalo que crea que tiene el poder, como siempre. Y cuando traiga a los oficiales ingleses aquí, nosotras buscaremos crear un contacto sólido con el verdadero poder: dejaremos de lado a Thomas.

—Me cuesta creer que podamos engañarlo, es muy astuto.

—No lo engañaremos, apenas haremos nuestro trabajo como siempre, pero no le contaremos la información importante. Él no tiene cómo enterarse de todo lo que ocurre tras las puertas cerradas de las habitaciones. Los vínculos que generemos con los recién llegados a partir de ahora nos beneficiarán a nosotras no a él.

Mary levantó el rostro mojado, se secó las lágrimas y miró con admiración a su amiga.

Además de ser su mano derecha y la persona de mayor confianza en su vida, Jane había desarrollado un sagaz poder de percepción y deducción. Estaba dispuesta a escucharla y seguir sus indicaciones. Necesitaban unir sus ideas para armar una nueva estrategia de supervivencia.

La invasión inglesa trajo pocos cambios a la vida de los habitantes de Buenos Ayres. Los locales entregaron las armas sin combatir. El general Beresford ocupó el fuerte tras una rendición formal y el cambio del pabellón en lo alto del mástil fue la señal más significativa de quién mandaba en esas tierras. Los uniformes rojos de los soldados frente a los portones llamaron la atención de quienes pasaban por allí pero nadie se animó a cuestionarlos en público. El mercado se armó en la Plaza Mayor como de costumbre y toda la sociedad continuó asistiendo a misa, dado que el gobernador conquistador garantizó la libertad de culto para los católicos, a pesar de ser un invasor protestante. Pocas rutinas se alteraron y las muchachas recibieron a sus clientes habituales en el burdel. Al atardecer del segundo día bajo bandera inglesa, llegó Thomas con una sonrisa, tomó a Mary por la cintura y la hizo girar mientras tarareaba una melodía.

—¡Cuánta alegría! No creo necesario preguntar a qué se debe —lo saludó con un dejo de ironía.

—¡Sí! No puedo negarlo, ¡estoy feliz! Beresford me ha invitado a charlar con él en el fuerte.

—¿Quién?

—El comandante inglés. Es el nuevo gobernador, la autoridad máxima en esta ciudad. Sus superiores le han dado mi nombre y quiere que le cuente detalles de la vida local, quiénes son los hombres con peso en la sociedad; de quién debe cuidarse. ¡Es una misión importante! —resumió orgulloso.

—¿Y el virrey?

—Ha huido. Ya no tiene poder por aquí.

—¿No crees que regresará?

—Lo dudo. No tiene ejército con el cual defender la ciudad. Apenas unos pocos soldados, que ni siquiera se animaron a disparar los viejos cañones del fuerte, tal como predije hace unos meses.

—¿Tú lo sabías? ¿Y se lo dijiste a los ingleses?

—Claro, les he pasado información muy valiosa y ahora llegó el momento de que me agradezcan por ello. Espero que mi reunión sea provechosa, y creo que lo invitaré a cenar para fomentar una relación cercana con él.

—¿Aquí?

—Por supuesto que no. En mi casa, pero después lo traeré aquí también. Me parece que le agradará una noche de diversión con mis muchachas.

—No son tus muchachas, ¡son mis muchachas! —recalcó enojada. Le molestaba que él se adjudicara un rol mayor al que le correspondía. Si bien era su socio en el negocio, poco sabía del manejo del lugar, sólo le interesaba la información que allí obtenían.

—¿Por qué te enojas? Estoy de buen humor, déjame decirles como me dé la gana. No creo que nadie se ofenda. ¡Son apenas suripantas!

—¡Llamarnos suripantas es más que inapropiado! —gritó con rabia—. Tú deberías ser el primero en considerarnos un objeto valioso. Si no nos valoras, ¿cómo vas a ofrecer nuestros servicios a tus amigos?

—Me parece que te has enojado más de la cuenta. Esto no es apenas por el término que he usado. Dime la verdad, ¿qué es lo que te molesta? —le preguntó con suavidad, con una mano en la cintura de ella—. Creo que hay algo más. ¿Es porque hace mucho no visito tu lecho? Podríamos ir ahora mismo, para celebrar —le sugirió al oído bajando el tono de voz.

—No tengo nada que celebrar —respondió con rispidez y se alejó unos pasos. No quería que él la tocara. Conocía el poder de esas manos sobre ella y prefería escapar de su magia hechicera.

—Pero yo sí. Anda, vamos —intentó tomarla del codo mientras le sonreía.

—He dicho que no. Tendrás que conformarte con una de las muchachas. Hoy no tengo ganas —afirmó con frialdad y se sacudió para soltarse.

—Nunca acepto un no como respuesta, no me importan tus ganas —insistió él con un tono más grave, cambió la sonrisa por un gesto adusto y volvió a sujetarla por el brazo.

La insistencia de Thomas, junto con el exceso de fuerza que empleaba, la sorprendió. Él jamás se había mostrado violento antes. Sí era exigente en la cama, pero le daba tanto placer que ella lo consideraba parte del juego amoroso, donde todo valía entre los amantes. Porque ella no tenía dudas de que lo había amado. Como a partir de ese momento tampoco tuvo dudas de que las actitudes de él en los últimos tiempos atentaban contra su amor. En un instante fue como si un rayo iluminara de repente la noche oscura y vio con claridad lo que estaba ocurriendo, lo que había ocurrido siempre: Thomas dirigía la vida de ella a su antojo, la utilizaba para sus propósitos, lo único que importaba era su voluntad. El egoísmo y el interés de él aparecieron en primer plano frente a sus ojos. No la amaba. La deseaba, sí, pero eso no alcanzaba. Las migajas de su cariño ya no eran suficientes. Y aunque en ese momento a él se le ocurriera prometerle algo más, tampoco lo quería. Para Thomas siempre estaba primero su esposa, y ella quedaba relegada a un segundo puesto. Se cansó de eso. Antes había aceptado el lugar que él le daba, pero el egoísmo de ese hombre desbordó su capacidad de resignación. Decidió terminar con todo allí mismo.

—A partir de hoy podrás ir al lecho de quien quieras. Elige a tu gusto. Hasta Jane estará disponible para ti si es lo que deseas. Pero yo no. Ya no más.

—Sabes que siempre te quiero a ti, a ninguna otra.

—Eso ya no será posible, Thomas. Hasta aquí llegó nuestra relación personal. De ahora en más sólo mantendremos una alianza comercial —afirmó con frialdad.

—No puedes modificar nuestro trato.

—Sí, puedo modificarlo. Sólo te estoy contando cómo se harán las cosas. Si no te gusta, puedes marcharte y no regresar. De cualquier modo, creo que ya no nos necesitas para espiar.

—Este es mi negocio, no puedes echarme.

—Tienes razón, somos socios, te daré lo que te corresponde en monedas, nada más. Puedo sacarte de mi cama. No eres mi dueño. Si no estás de acuerdo, me iré lejos, no volverás a verme y perderás tu negocio —murmuró y apretó los labios. Lo hacía para mostrar su convicción.

Además, para darse fuerza a sí misma, se obligó a recordar el poco valor que él le daba. La soledad en la que quedaba inmersa cuando él regresaba junto a su esposa. *No lo aceptaré a pesar de su insistencia, a pesar de lo que dicta mi corazón. No voy a ceder ante mis impulsos. Ha llegado la hora de terminar con esto. A partir de ahora separaré mi camino del suyo.*

—¿Estás hablando en serio? —preguntó con incredulidad al percibir la dureza en el rostro siempre afable de Mary—. ¿Ahora? ¿Cuando finalmente hemos alcanzado la meta, este control de la ciudad por el que tanto hemos luchado! Me cuesta creerlo. Deberíamos estar celebrando, ¡no discutiendo!

—Estoy hablando muy en serio. ¡Esta nunca fue mi meta! Yo no sabía que tu plan era traer a los ingleses a estas tierras. ¡Nunca lo supe! ¡Fui apenas una herramienta para ti! Y esta nueva situación no me beneficia, ¡las nuevas autoridades podrían apresarme! Por eso, tu éxito representa el final para nosotros. Adiós, Thomas.

—Mary, no... Por favor. Necesito verte, te necesito en mi vida —extendió una mano hacia ella en un inesperado gesto de súplica.

—Es muy tarde. Deberías haberlo pensado antes. De ahora en adelante podrás venir cada semana a buscar tus ganancias, o si prefieres te las enviaré, pero no tendrás nada más de mí. — Para reforzar su decisión se marchó sin mirar atrás. Su corazón latía tan acelerado que podía escucharlo. El dolor se expandió desde allí e invadió todo su cuerpo. Fue un alivio alcanzar su habitación y cerrar la puerta para llorar en soledad.

Santa María de los Buenos Ayres, julio de 1806

Los cubiertos de plata rozaban los platos de porcelana. Las copas de cristal se elevaban una y otra vez, siempre llenas de buen vino gracias a la mirada atenta de los esclavos. El comedor de la casa parecía albergar una fiesta, pero era apenas una de las tantas cenas con las que Thomas agasajaba a sus compatriotas desde que los ingleses se adueñaran de la ciudad. El general William Carr Beresford era uno de los invitados más frecuentes, y esa noche presidía la mesa. El anfitrión le había cedido el lugar de honor, como agradecimiento por el puesto que el gobernador invasor le acababa de dar: administrador de la Compañía de Tabacos y Filipinas. O’Gorman se había convertido así en un funcionario con mucho poder bajo la bandera inglesa, lo que él esperaba le permitiría acumular una gran fortuna.

Annette observaba al pelirrojo de cara redonda y mejillas encendidas, y aunque no era su primer encuentro con el general de casi cuarenta años, no podía evitar observar sus ojos. Había perdido uno en su juventud, en un accidente de caza, que fue reemplazado por una imitación en vidrio, que llamaba la atención. Eso le valió que muchos lo llamaran “el tuerto”, a sus espaldas por supuesto. A ella la fascinaba el poder que emanaba naturalmente de ese hombre. Beresford daba órdenes a sus oficiales con la certeza de que su palabra era ley en esas tierras. Era evidente que estaba orgulloso de haber conquistado en pocos días y con apenas algunas breves batallas esa ciudad famosa por sus riquezas. Además, el general se ufanaba en voz alta por haber recuperado el tesoro con el que viajaba el virrey fugitivo. El contenido de las ocho carretas cargadas de plata con las que huía Sobre Monte ya estaba embarcado en la fragata *Narcissus*, en total cuarenta toneladas de pesos de plata estaban cruzando el océano con rumbo a Gran Bretaña en ese momento. Anne escuchaba sus palabras aburrida, pero procuraba ocultarlo. Necesitaba congraciarse con él, para pedirle un favor.

Esa mañana había recibido una nota de parte del capitán Liniers, que un hombre de sucio aspecto, con una capa desgarrada y barro hasta en el cabello, había insistido en entregarle en mano. A pesar de la desconfianza de sus esclavos, lo recibió escoltada por Margot y dos mulatos de anchas espaldas. El hombre entregó el sobre y dijo que debía esperar una respuesta, esas eran sus órdenes. Annette se apartó para leer el mensaje y en cuanto lo leyó su corazón se aceleró.

Estimada señora,

Le ruego tenga a bien disculpar mi atrevimiento, pero si me decidí a escribirle es porque no encontré otro camino. No voy a referirme al pasado, pero sí al futuro. Como sabe, estoy instalado desde hace meses en la Ensenada de Barragán. Las tropas inglesas pasaron lejos de aquí, por lo que no tuvimos enfrentamientos. Ahora que la ciudad ha cambiado de dueños, me gustaría tomarme un descanso de mis tareas para ir a visitar a mis hijos, por eso me atrevo a solicitar su ayuda para que interceda por mí ante los amigos de don Thomas, los jefes ingleses. No marcharé como soldado, sino como civil. Sólo pido un salvoconducto para entrar en Buenos Ayres e ir hasta la casa de mis suegros para encontrarme con mis niños.

Dado el interés que ha demostrado por el bienestar de esos pequeños, le ruego que haga lo posible para obtener el permiso, lo que me permitirá concretar ese encuentro. Cualquier ayuda

que pueda brindarme en este asunto, le valdrá mi eterna gratitud.

Su siempre amigo

Don Santiago de Liniers

Annette volvió a leer la carta una vez más al terminar. La primera lectura le mostró a un padre preocupado y cariñoso. La segunda, a un capitán del ejército que intentaba disimular su lealtad militar a España. Recalcaba que no había matado a ningún inglés, no firmaba con su rango e insistía en que iría como civil. No tuvo dudas de que había dobles intenciones en el pedido, y agradeció que ese papel no hubiese caído en manos del ejército inglés. Los latidos que martillaban en su pecho le indicaban que le importaba mucho la suerte del capitán. Decidió que iba a ayudarlo a entrar a la ciudad, más allá de cuáles fuesen sus verdaderas intenciones. Si ella lograba hacerlo pasar, él no podría negarse a verla. Todavía recordaba la punzada de dolor que le había provocado su rechazo la noche de la cena de despedida por su inminente partida hacia la base militar de Ensenada de Barragán. A doña Jeanne le había parecido apropiado agasajar al viejo amigo de la familia y ella no encontró excusas para negarse. Había resultado una agradable velada, con el viudo de mejor ánimo y apenas con una cinta de luto en el brazo, acompañado por su hija mayor, Carmencita. También se les había unido Jean Baptiste, en reemplazo de Thomas, que se amparó en la excusa de una reunión de negocios para no asistir. A ella no le importó saber a dónde iba. Su ausencia le permitió disfrutar de la cena con Liniers con naturalidad. No hubo intercambio de miradas intensas ni frases con doble sentido, eran apenas viejos amigos. Todo se había desarrollado con placidez, hasta el momento de la partida. Doña Jeanne estaba conversando con Carmencita cerca del portal mientras esperaban que terminaran de alistar el carruaje y Annette quedó rezagada junto al capitán. Él aprovechó que estaban ocultos por un arbusto para envolverle la pequeña cintura con ambas manos y acercarla a sí. El calor de su cuerpo le alteró la respiración.

—¿Qué quiere? ¿Qué espera de mí? No comprendo por qué me agarra así —logró decir con voz entrecortada.

—No puedo evitarlo, es lo que he deseado hacer desde que llegué aquí esta noche. Es en lo que he estado pensando en todas las semanas que pasaron desde aquella tarde en mi biblioteca. No logro quitarla de mi mente, madame. Debo decir que se ha enterrado en mis pensamientos y también en mi corazón. Lamento ser egoísta y decírselo ahora, poco antes de mi partida, pero el impulso que nace en mí es más fuerte que mi voluntad. Debe saber que no olvidé ni olvidaré lo ocurrido. Espero que podamos repetirlo algún día.

En cuando terminó de hablar se inclinó para atrapar la boca de ella. La saboreó con prisa pero con destreza, recorriéndola por dentro con una lengua atrevida e intrépida, que la dejó con los labios abiertos y los ojos cerrados, con ganas de más. Cuando levantó los párpados, Annette sólo alcanzó a ver la espalda del capitán alejándose.

Desde entonces había pasado mucho tiempo, casi un año, en el que no había vuelto a tener noticias de Liniers. Hasta ese momento, con esa extraña nota. Sin duda iba a ayudarlo a entrar a la ciudad, y no se perdería la oportunidad de verlo. Le había escrito un breve mensaje donde le indicaba que tendría alguna respuesta para él en un par de días. Que enviara entonces a su hombre en busca de noticias. Mientras quemaba en un cuenco de bronce el papel que podría comprometerla, ya estaba pensando en la forma en que abordaría al jefe inglés para alcanzar su objetivo.

Esa noche, mientras un esclavo vestido con librea rellenaba la copa de Beresford por tercera vez, Annette consideró que había llegado el momento oportuno.

—General, si me permite la impertinencia, quisiera comentarle algo no muy agradable que se

dice sobre usted.

—Me asusta, madame. Necesito saberlo ya mismo —pidió con gesto adusto, las cejas arqueadas revelaban su preocupación.

—No es grave, pero creo que no favorece a su cargo de gobernador que en su reputación le adosen la palabra “ladrón” —explicó en voz baja, inclinada hacia él, para que nadie más oyera la conversación.

—¿Eso se dice de mí? Me ofende esa acusación. Soy un caballero al servicio de Su Majestad —exclamó irritado, con el rostro enrojecido por la rabia.

—No lo dudo, general, pero quienes no lo conocen tanto como yo han estado repitiendo algo que prefiero poner en su conocimiento para que busque la manera de resolverlo.

—Explíquese, por favor. Cuénteme qué se dice de mí.

—Que no devuelve las cosas. Que se apodera de todo.

—¿Qué? No comprendo.

—Tengo entendido que más de una dama le ha enviado masas, dulces, pasteles o alguna otra vitualla, y que usted nunca regresó las fuentes. Por lo general se trata de caras piezas de porcelana, ya que nadie sirve al gobernador de la ciudad en platos de latón, y parece que ninguna de ellas fue devuelta después. Por lo que esas generosas señoras lo han tildado de ladrón.

—¡Oooh! ¡Yo no sabía que correspondía devolverlas! Pensé que eran regalos. Hasta comenté con uno de mis hombres que ya no sabía qué hacer con tantas bandejas y platos de lujo en el fuerte —reveló incómodo, la tez enrojecida por la vergüenza.

—Quizás esa sea la costumbre en su país, pero aquí es muy difícil reponer esas piezas, es costoso y demora muchos meses hasta que llegan del otro lado del océano. Por lo que se estila lavar y devolver la fuente a la brevedad. La falta de esa gentileza ha provocado enojos y disconformidad.

—Le agradezco que me haya puesto al tanto de esta tradición, madame. Me ocuparé de arreglar este asunto lo antes posible.

—Me alegra haberlo ayudado. Ahora cuénteme, ¿es verdad lo que dicen los rumores, general? —le preguntó con una simpática sonrisa.

—No puedo responderle si no sé a qué rumores se refiere, madame.

—Que la ciudad está segura, que las damas podemos andar por las calles sin miedo.

—No comprendo por qué deberían temer.

—Sin duda sabe que hasta hace poco se decía que en cualquier momento llegarían más tropas inglesas y habría guerra en nuestras calles.

—Sabe que no puedo discutir estrategias de guerra, madame O’Gorman —respondió con cordialidad pero sin revelar nada.

—Lo comprendo, por supuesto, me refería a si podemos dar por finalizadas las trifulcas y pasear por la Alameda como antaño. ¿Cree que es seguro? —insistió.

—Por supuesto, madame. Nuestros soldados garantizan que las damas puedan pasear por toda la ciudad.

—¿Entonces no teme que haya tropas rebeldes?

—No lo creo, no hemos visto nada que sugiera algo así. Además, todos los soldados, oficiales y funcionarios españoles han prestado el juramento de obediencia y lealtad al rey Jorge III. Son caballeros de palabra y no se animarán a romperla.

—Comprendo. Le agradezco que me dé esa tranquilidad. Me alegra saber que volvemos a estar en una zona pacífica.

—Así es, madame. Tengo grandes planes para hacer crecer esta ciudad.

—¿De verdad? Cuénteme, por favor.

—He encargado el rediseño de la ciudad, con rotondas y plazoletas, diferente al cuadriculado tradicional de urbanización de la conquista hispánica.

—Es muy interesante su propuesta. Ya que la etapa bélica ha concluido y estamos en un momento de crecimiento y visión hacia el futuro, voy a atreverme a pedirle un favor personal — anunció otra vez en voz baja y esperó, para crear expectativa.

—Dígame de qué se trata, madame. Si está en mis manos complacerla, lo haré, después de lo que ha hecho por mí esta noche con la información sobre la vajilla —afirmó mientras acercaba la copa con vino una vez más a sus labios.

—Se trata de un pedido especial para un amigo de mi familia, muy querido por mi fallecido padre, un compatriota de él, un soldado francés de nacimiento. Ha enviudado y desea poder entrar a la ciudad para visitar a sus ocho hijos, todos muy jóvenes. Quiero mucho a esos niños y ansío poder ayudarlos.

—¿Y por qué no puede hacerlo?

—Porque porta un uniforme español.

—Este amigo de su familia, ¿ha disparado contra mi ejército?

—Él me ha asegurado que no.

—¿Le cree?

—Sin duda, es un caballero de palabra.

—Entonces le concederé lo que me pide, madame. Es un hombre muy afortunado por tener una amiga que se preocupa por su bienestar.

—Además de la relación que el viudo mantenía con mi padre, yo misma era cercana a su difunta esposa. Me preocupa la situación de esos niños, general —respondió sin perder el control, manteniendo el mismo suave tono de voz—. Creo que les hará bien recibir un abrazo paterno. ¿No coincide conmigo?

—Sin duda, madame. A cualquier niño lo reconforta algo así —afirmó y levantó la copa pidiendo más vino. Annette sabía que ese tema molestaba a Beresford y no quería profundizar por allí. Nunca había recibido cariño de parte de su padre. Thomas le había contado que su amigo “el tuerto” era hijo bastardo del noble George de la Poer Beresford, marqués de Waterford. Aunque se había criado en el palacio de Curraghmore, el pequeño William no había sido reconocido ni conocía el afecto paterno—. Envíe a alguien a verme mañana al fuerte y le daré un permiso de entrada y circulación para su amigo —concluyó el general, dio largos sorbos de la bebida que le sirvieron y volcó su atención hacia madame Jeanne para cambiar de asunto.

Annette sonrió satisfecha.

De pie frente a un espejo de cuerpo entero, extravagante regalo de Thomas bajado de la bodega de uno de sus barcos para celebrar la victoria inglesa, Annette evaluaba qué hacer con una exquisita tela de seda de color gris claro del mismo origen. Resultaba ideal para un vestido de noche, y dado que su vida social se había intensificado, decidió que encargaría un diseño de lujo.

Con mucho encaje y quizás hasta perlas bordadas. Podría quitarlas de una blusa que su madre no usaba y que a ella le quedaría mejor, pensó, cuando tras unos suaves golpes la puerta de la habitación se abrió.

—Disculpe, madame, hay un caballero que insiste en verla.

—¿Ahora? —se sorprendió. Nadie realizaba visitas por la tarde, a la hora de la siesta. A pesar de los años que llevaba allí ella no se habituaba a la costumbre local de dormir de día, pero de

igual modo se recluía en su alcoba para disfrutar de largos momentos de soledad—. ¿Quién es?

—El capitán Liniers.

Los dedos de Annette temblaron y la tela que sujetaba se escurrió hasta terminar en el piso.

Margot corrió a levantarla y la sacudió con delicadeza.

—¿Qué le dijiste?

—Lo dejé en la entrada, no es hora de visitas. Le sugerí que regresara más tarde, pero dijo que debía verla ahora. Insistió mucho, por eso he venido a molestarla. Lo siento.

—Hiciste bien, no te preocupes. Llévalo a la salita junto al patio del aljibe y dile que espere allí. Iré en un momento.

Margot asintió en silencio y se marchó tras dejar la tela en una silla. Annette volvió a mirarse en el espejo. Llevaba un vestido hogareño sencillo y evaluó la posibilidad de cambiarse, pero estimó que eso le llevaría bastante rato y sentía curiosidad por ver al capitán lo antes posible.

Tenía un largo discurso preparado en su mente. Desde hacía mucho repasaba una y otra vez qué decirle tras su último encuentro. Iba a retarlo y a su vez a darle una oportunidad de explicarse.

Aunque su orgullo herido le indicaba que debía rechazarlo, su corazón no quería cerrarle del todo la puerta. Pasó las manos por el cabello para acomodar algunos bucles sueltos detrás de las orejas, se pellizó las mejillas para darles color, se envolvió en un chal para enfrentar el frío del patio y salió con paso decidido.

Lo encontró de pie, de espaldas a la puerta, observando una funda a medio bordar que descansaba sobre una mesita. Entró sin hacer ruido y se quedó mirando el cuerpo flaco y espigado, con los cabellos claros que alcanzaban los hombros. No llevaba el uniforme del ejército español, sino una levita oscura. La cercanía hizo que se acelerara su pulso. Tosió para revelar su presencia, le incomodaba sentir que estaba espiándolo.

—Buenas tardes, gracias por recibirme. —Se giró apurado y se inclinó para saludar. Cuando se levantó fijó los ojos azules profundos en ella, Annette sintió un escalofrío y todo lo que pensaba decirle escapó de su memoria.

—Buenas tardes —saludó con voz temblorosa.

—Le agradezco que me haya conseguido este permiso, es muy importante para mí haber podido entrar a la ciudad.

—No me agradezca, lo hice por sus hijos. Es justo que vean a su padre. Además, ya no estamos en guerra, no hay motivos para que se quede fuera de la ciudad. Ahora todos vivimos bajo la bandera inglesa y somos leales a su rey.

—Ah, sí. Eso... —murmuró y calló. No le mencionó que él no había estado en la jura obligatoria de lealtad al rey británico, por lo que no traicionaba a nadie al continuar sirviendo al monarca Carlos IV.

—Imagino que no le complace esta situación, dado que usted formaba parte del ejército español, pero en realidad su origen francés lo mantiene al margen de esta contienda. Puede dedicarse a su familia, ajeno a las disputas.

—Madame, lo que dice no tiene sentido. Soy un militar y al servicio de la corona hispana desde hace mucho —explicó con incomodidad.

—¿Sigue siéndolo? —preguntó con genuina sorpresa.

—Por supuesto.

—Pero el rey Carlos ya no tiene incidencia en esta colonia, la ha perdido.

—Por ahora, madame.

—¿Quiere decir que los españoles planean recuperar la ciudad? —Las cejas arqueadas en señal de desconcierto.

—No estoy al tanto de semejantes planes —afirmó con neutralidad, sin énfasis alguno en la voz.

—¿Tampoco sospecha lo que pueda ocurrir?

—Permítame guardarme mi opinión. Estoy hablando con la esposa de un funcionario del invasor —recalcó, y aunque sus palabras marcaban distancia, su mirada la envolvía con calidez.

—¿Puedo preguntar a qué ha venido a esta hora? Le dijo a mi esclava que era importante. Un agradecimiento podía esperar.

—Es cierto, la gratitud es apenas una excusa. Necesitaba verla —pronunció con la voz cargada de emoción, lo que hizo que el corazón de Annette se acelerara otra vez.

—¿Por qué?

—Porque no puedo apartarla de mis pensamientos. Durante todos estos meses en Ensenada, su rostro, su risa, su cuerpo se apoderaban de mis ideas a cada momento —confesó bajando el tono de voz, en un murmullo grueso, pero sin apartar la mirada de la de ella.

—Capitán...

—Dígame Jacques, por favor —la interrumpió y atrapó sus manos entre las suyas—. Aquí me llaman don Santiago, pero escuchar mi nombre en nuestra lengua me haría muy feliz.

—Bien, Jacques —asintió intentando calmar el alboroto que el contacto de los puños causaba en su corazón—. Debo preguntarle algo porque no termino de comprender, ¿de verdad ha venido hasta aquí a declararme sus sentimientos?

—Sí, disculpe mi atrevimiento, pero su reacción en aquel encuentro me permitió creer que había algo poderoso entre nosotros.

—Aquel encuentro —repitió sus palabras, pensativa.

—Si se arrepiente de ello, le aseguro que me marcharé en silencio y mis labios quedarán sellados para siempre. Nuestro secreto estará seguro, soy un caballero —aseguró con tono expectante y esperó unos momentos. Se animó a continuar ante el silencio de ella—. Si, por el contrario, tiene tantas ganas de repetirlo como yo, le suplico que nos dé a ambos una oportunidad. Creo que entre nosotros tenemos algo único. Soy un hombre mayor, tengo cincuenta y tres años, y a pesar de mi larga experiencia, nunca en mi vida me había sentido así con una mujer.

Annette tembló al escucharlo.

—¿De verdad?

—La más pura verdad. ¿Por qué cree que me he atrevido a venir a cortejar en su propia casa a una mujer casada? No quisiera tener que batirme con O’Gorman en un duelo si me desafía para salvar su honor, pero lo haría. Por usted, sin dudar lo haría —enfaticó sus palabras apretándole las manos.

—No se preocupe, eso no ocurrirá. A Thomas no le importa nada de lo que yo haga. Nuestra relación está terminada hace mucho.

—Agradezco a los santos que correspondan por escuchar eso, aunque me temo que sería apropiado agradecer a un diablillo —afirmó con una sonrisa burlona que ella halló encantadora.

—Dejemos a los santos, a la iglesia, a mi marido y a la querida María Martina fuera de esto, por favor. Quisiera que en nuestra relación no haya invitados, sino que estemos apenas nosotros dos. ¿Está de acuerdo?

—Muy de acuerdo. Sólo nosotros dos —afirmó y selló el pacto con un beso que marcó el inicio de una serie de muchos. Besos ardientes, abrazos que llevaron a caricias encendidas y provocaron un ardor que derivó en cuerpos ávidos. Sólo la unión total, en la que se sintieron uno solo, les permitió saciarse. El pequeño cuarto de costura los preservó de miradas ajenas y de culpas. Les permitió sentirse libres.

Aquella tarde resultó la primera de muchas. Los encuentros a la hora de la siesta se multiplicaron. Liniers la visitaba en secreto, entrando por el portón del corral de animales, a un costado de la casa, y accedía hasta la salita sin ser visto con ayuda de Margot y a veces hasta de doña Jeanne, que sonreía al encontrar felicidad en la mirada de su hija. Annette esperaba ansiosa su llegada, siempre arreglada y con el corazón encendido. Sus cuerpos se buscaban para amarse sin cansancio. Él sentía que había recuperado el ímpetu de un joven de veinte, sumado a su sabiduría. Era un amante exigente y a la vez generoso. Ella, feliz por encontrar el amor, experimentó nuevas sensaciones cada día. Hasta que una tarde lo notó diferente. Él la amó con ardor, pero cuando descansaban desnudos en el sillón la abrazó con fuerza, como si temiese perderla.

—¿Qué ocurre? ¿Algo le preocupa?

—Debo ausentarme un tiempo de la ciudad.

—¿Regresará a Ensenada?

—No, estaba destinado allí por el virrey español. Sobre Monte ahora está refugiado en Córdoba y no puede dar órdenes aquí. Viajaré por mi cuenta.

—¿A dónde irá?

—A Monte Video, pero no puede decírselo a O’Gorman ni mucho menos a Beresford. ¿No me traicionará, madame?

—¡Por supuesto que no! Sería como traicionarme a mí misma, porque una parte de mi corazón partirá con usted y no estará completo hasta que regrese. ¿Me promete que regresará?

—Sin duda lo haré. Su presencia me acompañará, la llevaré conmigo en cada momento. Pero como no podré estar aquí para defenderla en caso de que fuera necesario, debo pedirle que confíe en mí y siga mis instrucciones: si alguna noche un desconocido se aparece en su casa y le pide que cuelgue una bandera francesa sobre la puerta, no pregunte, no se niegue. Sólo hágalo.

—¿Por qué? No comprendo.

—No me pida que le explique ahora, no tengo tiempo, y cuanto menos sepa, mejor para usted, según como se desarrollen las circunstancias. Sólo apueste siempre, pase lo que pase, a recordar a todos que esta casa pertenece a una familia francesa. Es importante, ¿me lo promete? —le pidió con tono preocupado sujetándole las mejillas entre ambas manos para sostener sus miradas conectadas.

—*Oui* —aseguró con voz cansina, mientras una espina se clavaba en su alma. Él se preocupaba por ella, pero no confiaba lo suficiente como para revelar el motivo de ese extraño pedido. Intuyó que su amante no sólo había regresado a la ciudad por sus hijos y por sus ansias por verla a ella, sino que había mucho más oculto en la vida de él. Casada con un hombre que había espiado para los ingleses, no le costaba distinguir una nueva conspiración, esa vez desde el otro bando.

Desde la partida de Liniers la vida había continuado con normalidad en la casa de los O’Gorman, con recepciones a las que asistían los oficiales ingleses y también encumbrados miembros de la sociedad local. Las damas alternaban con ellos, mientras sus maridos hacían negocios con quienes tenían cargos de poder y sus hijas coqueteaban con los solteros al mismo tiempo que todos disfrutaban de las gaitas que pasaron a sonar en las tertulias. Los romances se multiplicaron en los más de cuarenta días que llevaba la ocupación. Muchachas criollas se casaron con oficiales, con la aprobación de sus padres. Hubo otras que no tuvieron la dicha de

llegar al altar y lloraron en secreto, y también quienes se vieron obligadas a ocultar un embarazo lejos de las miradas indiscretas. Pocas jóvenes quedaron inmunes al encanto de los gallardos caballeros de piel muy clara que las invitaban a pasear por la Alameda tomados de los brazos.

En los salones se respiraba alegría, pero en las calles se veía el descontento generalizado.

Quienes habían recibido con beneplácito a los ingleses, porque suponían que eso los liberaba del yugo español, no quedaron satisfechos cuando descubrieron que los invasores no eran libertadores. Tan sólo cambiaba un monarca por otro, y las tierras criollas seguían siendo una colonia alejada del continente donde se tomaban las decisiones. Su principal función era llenar las arcas reales. Vecinos enojados empezaron a juntarse para planear cómo echar a los ocupantes.

Margot escuchó los rumores en el mercado de la plaza, pero no se animó a mencionárselos a su ama. Recién lo hizo el primero de agosto, cuando todos hablaban de un enorme enfrentamiento armado con dos decenas de muertos en Perdriel, una chacra de la familia Belgrano con criollos liderados por Juan Martín de Pueyrredón. Ante las palabras de su esclava, Annette entendió que para muchos de sus amigos ella, esposa de un irlandés, estaba del lado enemigo. No se había enterado de los planes de don Juan Martín, viudo de Lolita y a quien tenía gran estima. La desazón la invadió. Había muchos nombres conocidos entre los derrotados en Perdriel. Dedujo que, sin duda, Liniers también estaba tramando algo. Y si bien su mente le indicaba que debía advertir a Thomas de un posible levantamiento para resguardar los intereses de su familia, su corazón le indicó no hacerlo. Puso la seguridad del hombre que amaba antes que el bolsillo de su marido.

La noche del nueve de agosto, mientras Anne cenaba con su madre y su hermano en el comedor, Margot se asomó y le hizo señas mudas para que se aproximara.

—Disculpen, me llama Margot, sin duda es algo relacionado con los niños —inventó mientras se alejaba hacia el patio—. Dime, ¿qué ocurre? —preguntó con la esperanza de recibir noticias de Liniers. Sabía que la esclava no la hubiese interrumpido por algo menos importante.

—Un hombre pasó por el portón de los animales y dijo que debía recibir esto con urgencia, que lo envía *musié* el capitán.

—¿Un hombre? ¿Lo reconociste?

—No, tenía el rostro embarrado, se ocultaba en la oscuridad y habló poco.

—¿Qué dijo?

—No mucho, sus palabras exactas fueron “dele esto a misia Périchon, ella entenderá”.

Annette abrió un bulto de tela atado con un hilo tosco, que al liberarse reveló ser una bandera francesa enrollada. Su corazón se aceleró por lo que significaba. Una batalla inminente. Tenía que decidir y no dudó. Llamó a un esclavo y le dio las órdenes necesarias para colgar el pabellón tricolor sobre su puerta.

Tras dos días de batallas, finalmente las fuerzas criollas y españolas vencieron a los ingleses. El gran triunfador, el organizador de la reconquista de la ciudad, el que había reunido a los hombres en la Banda Oriental, desembarcado en Santa María de las Conchas y avanzado desde el norte hacia El Retiro, fue el capitán Liniers. Tras la rendición y la entrega del fuerte por parte de Beresford, el francés desfiló frente a las tropas victoriosas por las calles porteñas. A su paso, la gente lo vivaba y aplaudía desde los balcones. Al llegar al cruce de las calles de la Merced y San Nicolás, el héroe de la jornada vio caer un pañuelo de encaje desde una ventana en la que Annette lo saludaba con efusividad y no dudó: acercó hasta allí su caballo, pinchó la tela con la punta de su sable, lo levantó y lo acercó a su nariz para oler el perfume, sin quitar la vista de su dueña. Para muchos fue una pública declaración de amor. A partir de ese momento, todos conocieron la pasión del soldado y la dama, que desde el día anterior se consideraba abandonada por su esposo: ante el avance de las tropas locales, Thomas O’Gorman había escapado hacia la nave del

comodoro Popham. No se molestó en despedirse de ella, pero sí pasó por su despacho para vaciar las arcas, antes de partir hacia el exilio obligado de los perdedores.

Annette sintió lágrimas de felicidad mientras Liniers la homenajeaba. Había temido por su vida durante los últimos días. Cada disparo de cañones y fusiles minaba su alma. No durmió pensando en él. Saberlo a salvo derribó sus defensas e, ignorando la multitud a su alrededor, se animó a lanzarle un beso desde su balcón.

Santa María de los Buenos Ayres, agosto de 1806

Durante los cuarenta y seis días de ocupación se había notado la inclusión de los oficiales británicos en las tertulias de los salones de la sociedad y, por supuesto, también en los burdeles.

El que más visitantes extranjeros había recibido fue el “de las inglesas”. Los soldados celebraban haber encontrado muchachas que hablaban su lengua y hacia allí se dirigían todas las noches.

Tras la derrota, los oficiales fueron detenidos y enviados al interior, como medida para evitar que organizaran un contraataque; los soldados, destinados a las cárceles comunes. Esas medidas vaciaron el salón de Mary, porque sus antiguos clientes también abandonaron el lugar. Nadie quería frecuentar el local “del enemigo”. El próspero negocio dejó de ser un sitio alegre, para convertirse en un lúgubre salón olvidado. En los días que tenían suerte podían ganar alguna moneda, pero eso no ocurría con frecuencia, y Mary tuvo que afrontar los gastos del lugar con lo que quedaba de sus propios ahorros, después de que Thomas le robara. En los días que duró la batalla por la Reconquista de la ciudad había buscado a su amante y socio sin éxito. No estaba en su casa ni en sus oficinas. Después de la rendición inglesa, descubrió que se había fugado en la nave de Popham llevándose el tesoro de la oficina que dirigía, la Compañía de Tabacos y Filipinas, y además lo que tenían en la caja del burdel. Que se fuera sin despedirse fue apenas un detalle. La traición que representaba el robo se clavaba en su pecho con un dolor lacerante. Con el paso de los años, ella había cedido a su desconfianza inicial y se había entregado por completo a lo que sentía por Thomas. Había bajado sus defensas con él, por lo que el inesperado engaño la lastimaba con una intensidad descomunal.

Como pudo, Mary intentó recomponerse. Debía juntar fuerzas, una vez más, para continuar sola su camino y salir adelante. Decidió que se permitiría llorar para lavar las penas de su alma, arrancar los sentimientos por Thomas y volver a empezar. Se encerró en su habitación y pidió

que no la molestaran hasta que volviera a salir. No quería comer nada ni ver a nadie. Dos días estuvo allí, descargando su dolor contra la almohada, en forma de lágrimas y golpes. Cuando los pañuelos no le alcanzaron, se secó el rostro con las sábanas, pero en ningún momento dejó de llorar. Un llanto constante, profundo, mezcla de dolor y de conmiseración por todo lo vivido.

Pero puso un límite a su pena: dos días con sus noches fue todo lo que se permitió llorar. *La vida debe continuar. En realidad, está continuado afuera, soy yo la que debe juntar fuerzas para unirme a ella. Así que es mejor dejar de llorar y volver a enfrentar lo que me toca*, se dijo para darse ánimos. *He sobrevivido a mucho en estos años, no voy a rendirme ahora porque un hombre me abandonó y me robó. Puedo seguir. Debo seguir.*

Cuando reapareció, con ojeras oscuras marcando el límite de los pómulos, con los ojos hinchados y enrojecidos, se sentó en el medio del salón, pidió compresas de té, que agradecía a sus compatriotas por haber traído en sus naves en grandes cantidades, y aplicó los paños empapados en los párpados para suavizar la inflamación. Escuchó las charlas de las muchachas y las novedades sobre la reorganización de las instituciones españolas en la ciudad. El chisme más jugoso decía que la esposa de Thomas se había convertido en la amante de Liniers, nombrado

general tras derrotar al enemigo. Tras la fuga de O’Gorman, madame Périchon había dejado claro que ella no tenía nada que ver con su marido, y dejó de usar su apellido. Mary registró el dato con interés pero sin dolor. Con satisfacción descubrió que ya no le importaba saber de él. Su principal preocupación debía ser cómo reactivar el negocio. Para ello dio indicaciones a Jane y a las demás.

—Quiero que las próximas noches todas luzcan sus mejores galas, no podemos perder a nuestros clientes de antes, debemos recuperarlos.

—¿Y cómo lo lograrás? Mister Thomas era el encargado de atraer clientes —le recordó Jane.

—Organizaremos una fiesta de lujo cada noche, con música y cientos de velas. Serán festejos impactantes, nadie querrá dejar de asistir.

—¿A pesar de nuestra fama de inglesas? —preguntó Elizabeth escéptica.

—Muchos han colaborado con los ingleses durante estos meses, y todos continúan sus vidas aquí. Nosotras haremos lo mismo.

—No todos, O’Gorman fue el primer cobarde —le recordó Jane con una mueca.

—Demostraremos que somos mejores que él —respondió con entereza, y el dolor que cruzó su mirada por un segundo hizo que Jane se arrepintiera del comentario y bajara la vista.

—Tienes razón, perdona mis palabras, todas trabajaremos juntas para salir adelante —se disculpó y la estrechó en un abrazo.

—Sin duda lo haremos —murmuró al oído de su amiga, tanto para darle fuerzas como para convencerse a sí misma de que era posible.

A pesar del esmero que pusieron las muchachas para embellecerse y arreglar el salón, los clientes no llegaron. En los días que siguieron nadie apareció. Mary suponía que debido al fervor de la conquista, los hombres locales las evitaban para castigarlas por haber recibido a los soldados ingleses. Era mejor creer eso a la teoría de Jane, que decía que nadie las querría por ser ellas mismas inglesas. Si eso era cierto, ya no tenían futuro en esas tierras y se verían forzadas a cerrar y marcharse lejos.

Para descifrar cuál era la verdad, se le ocurrió ir a hablar con un viejo amigo que ya la había ayudado en el pasado.

Cuando fue a buscar al doctor O’Gorman a su casa, le dijeron que pasaba los días y las noches en La Residencia. A pesar de la sensación de miedo y repulsión que le causaba acercarse al lugar, juntó coraje y con esfuerzo se dirigió al hospital. Al entrar se sorprendió por la intensa multitud que encontró. Decenas de hombres heridos, varios con vendajes en la cabeza, el torso o las extremidades. Un intenso olor a sangre, sudor y descomposición la envolvió. Observó que muchos lucían restos del uniforme con casaca roja, eran ingleses.

Un par de esclavos circulaban entre las camillas y los improvisados lechos, en algunos casos apenas mantas en el suelo, dado que la capacidad del lugar estaba desbordada. Llevaban frascos con remedios y los repartían entre los convalecientes. Preguntó por el doctor y un mulato señaló hacia una cortina al fondo del salón. A medida que se acercaba se estremeció con los gritos que provenían de ese rincón. Con precaución corrió la tela y lo que encontró revolvió su estómago: el doctor O’Gorman estaba serruchando la pierna de un hombre por encima de la rodilla. Aunque tenía el tronco y los brazos atados, dos esclavos le sujetaban el muslo y el tobillo con fuerza. El trozo de madera que el hombre apretaba entre los dientes no alcanzaba para sofocar sus alaridos de dolor. Mary se llevó una mano a la boca para contener una exclamación de espanto pero no lo logró. El médico la escuchó y levantó la vista hacia ella. Al reconocerla no dudó:

—¡Alabado sea Dios por esta ayuda inesperada! ¡Ven acá! ¡Sujeta esa pinza sobre la vena! Está perdiendo mucha sangre.

—¿Yo?

—Creo recordar que eres enfermera, ¿no?

—No, en realidad sólo he ayudado en partos. Nunca atendí heridos.

—No importa, acércate, yo te diré qué hacer. Si no lo hacemos, este hombre morirá.

Controlando su repulsión, Mary obedeció. Con rapidez se quitó los guantes de tela para que no se le resbalara el mango de la pinza que le indicaba el médico y acomodó el instrumento donde era necesario. Durante los largos minutos que siguieron se esforzó por no apartar la mirada de lo que estaba haciendo, aunque sus ojos escapaban hacia la pantorrilla destrozada, con los huesos expuestos y la carne partida que ya mostraba un tono azul oscuro, en notorio contraste con el gris pálido del resto de la pierna. Se concentró en la tarea encargada y aguantó estoica hasta el final del proceso.

—Esta era la única posibilidad para salvarle la vida —explicó O’Gorman cuando todo concluyó, tras coser y vendar el muñón—. Le di un calmante para suavizar el dolor pero la dosis no fue suficiente.

—¿No puede darle más? —preguntó mientras se alejaban del amputado, avanzando por un improvisado pasillo entre las camas de los heridos hacia un patio, en busca de aire fresco.

—El gobierno no ha destinado fondos extra para atender a los enemigos caídos. Debo arreglarme con lo que hay —soltó un suspiro de resignación al llegar al exterior—. Hace unos días éramos vencedores, hoy somos los vencidos. Hay que prepararse para estas situaciones adversas, aprender que la vida puede modificarse para siempre en un minuto. La clave para sobrevivir es saber adaptarse a esos cambios.

—Interesante reflexión. Aunque la advertencia me llega algo tarde: mi vida ya cambió. No tengo más clientes por ser inglesa, y la fuga de su sobrino, de la que imagino que está al tanto, me ha perjudicado también. No sólo porque me robó —reveló y provocó la sorpresa del médico—, sino que su ausencia se siente en el negocio. Él siempre traía gente nueva. Ahora han cesado mis ingresos y se esfumaron mis ahorros. Me quedan unas pocas monedas que tenía en mi alcoba para los gastos diarios. No es fácil adaptarse a un cambio así.

—Lamento escuchar eso.

—Por eso estoy aquí, he venido a pedirle ayuda.

—¿A mí? ¿Cómo podría ser de utilidad en estos días? También soy inglés.

—Pero es muy respetado en toda la sociedad. Y muchos lo necesitan, como médico quiero decir. Podría recomendar mi local a sus conocidos.

—Mi nacionalidad hoy es una barrera infranqueable, mi querida. Somos el enemigo. Y nos han derrotado. Los criollos se sienten con derecho a maltratarnos.

—Imagino que no todos. Hay gente de buen corazón.

—Es cierto, lo reconozco, pero hoy no estoy en condiciones de pedirle favores a nadie. Y si lo hiciera, creo que no me escucharían.

—¿Quiere decir que no me va a ayudar?

—No cuento con el poder para hacerlo, pero se me ocurre otra forma de ayudarte: necesito una enfermera. La que tenía se marchó ofendida cuando me autorizaron a curar heridos ingleses. Estoy solo con algunos esclavos y eso no es suficiente. Hoy te desempeñaste muy bien durante la amputación. Si pudieras trabajar conmigo algunas horas, está disponible el salario de la mujer que se marchó. No es mucho pero es mejor que nada.

—Acepto, eso nos servirá para comer, a mí y a mis muchachas. ¿Cuándo quiere que empiece?

—Ahora mismo si es posible. Hay mucho por hacer. Te agradezco que aceptes.

—No es necesario que me agradezca, le debo mucho, no lo dejaré solo —asintió y lo siguió hacia donde descansaba un hombre con media cara vendada, debajo de la que asomaba el extremo de un corte que llegaba hasta el mentón.

—Ha perdido un ojo, hay que limpiar la herida a diario para que no supure y levante fiebre, eso podría matarlo. ¿Puedes ocuparte?

Mary asintió y respiró hondo para juntar fuerzas. Acababa de aceptar una tarea que no sería sencilla, pero sentía que era lo que correspondía. El doctor O’Gorman la había salvado dos veces: de los abusos de la correctora y de un futuro incierto en casa de los Illescas. No podía abandonarlo, aunque la tarea que iba a enfrentar le revolviere el estómago.

Todavía no había terminado el invierno y oscurecía temprano. Mary se marchaba del hospital cada tarde al caer el sol. Se quitaba el delantal que le había dado el doctor O’Gorman para evitar manchas, pero le llevaba mucho más tiempo quitarse el peso que cargaba su alma por convivir con tanto dolor.

En las dos semanas que llevaba curando heridos, había visto todo tipo de sufrimiento y muchas muertes. Pero al llegar a su casa trataba de dejar los recuerdos afuera. No quería preocupar a las muchachas. Se mostraban con esperanzas de que su origen fuera olvidado pronto y pudieran volver a tener trabajo. Cada noche se arreglaban y abrían las puertas del burdel a la espera de clientes.

—Creo que hoy tendremos suerte —pronunció Bethany espionando la calle desde atrás de una cortina por la ventana.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Elizabeth con hastío en la voz.

—¡Porque un grupo de cuatro hombres acaba de detenerse ante nuestra puerta! —exclamó con alegría y las demás se apuraron a acomodarse la ropa para agradecer a los visitantes.

—Compórtense como siempre. ¡Vamos! Cada una a hacer su trabajo como mejor sabe —les indicó Jane, que seguía siendo la encargada del lugar, y se marchó a dar la buena noticia a Mary.

La velada transcurrió con normalidad. Los visitantes pasaron a las habitaciones al poco rato de llegar, con Jane, Bethany, Elizabeth y Emily, y Mary respiró aliviada al escuchar las habituales risas y gritos. Habían vuelto a la actividad. En esas semanas sin clientes había tenido que usar lo que quedaba de sus ahorros para pagar los gastos inevitables. Lo más caro era el alquiler de la casona, dada la gran cantidad de habitaciones, y la comida para todos. Además de las empleadas, vivían allí tres esclavos, provistos por Thomas, que había partido sin ellos. Eran muchas bocas para alimentar, además de la compra de velas, agua, jabón y demás enseres necesarios para el negocio. Con lo que ganaran esa noche podrían cubrir las cuentas por un tiempo.

Una hora después, estaba acomodando unas copas que halló fuera de su sitio cuando escuchó pasos que se acercaban y voces discutiendo. Reconoció el tono de Jane, pero sin su tranquilidad habitual.

—Esto no está bien, no me importa lo haya dicho su amigo. ¡Debe pagarme antes de marcharse!

—No, no lo haré. Sánchez dijo que podríamos divertirnos gratis y eso hicimos.

—No conozco a ese Sánchez e ignoro por qué dijo eso, pero le aseguro que aquí nada es gratis.

—Pero eso dijo él, y yo le creí. Si no me cree, pregúntele, está con una de sus amigas —sugirió con convicción.

La cara afligida de Jane hizo que Mary interviniera.

—La dama tiene razón. Esto es un negocio y debe pagar —anunció con tono firme y lamentó

que Thomas no estuviese cerca. Él siempre resolvía esas situaciones mejor que nadie, amenazando a quienes no querían pagar con que nunca podrían regresar al lugar. Eso casi siempre solucionaba el problema. Pero ella no podía imitarlo por dos motivos: no estaba en situación de desterrar clientes para siempre, y porque necesitaba cobrar algunas monedas con urgencia.

—Eso no fue lo que dijo mi amigo.

—No me importa lo que haya dicho un desconocido. Las reglas de la casa marcan que todos deben pagar. Todos —remarcó.

—Pues serán todos menos nosotros —la sorprendió una voz con fuerte acento peninsular detrás de su espalda. Se giró para encontrar a un hombre que iba cerrándose los pantalones.

Pocos pasos atrás lo seguía Bethany con expresión afligida, sacudiendo la cabeza y haciendo un gesto para dar a entender que se había negado a pagar.

—Supongo que es Sánchez, ¿no es así? —tomó la palabra Mary.

—Y supongo que eres quien manda aquí, aunque te ves demasiado joven para dirigir un burdel. Y demasiado bonita. Las prostitutas suelen retirarse de las alcobas y poner su propia casa cuando están arruinadas, pero veo mucha belleza en esa piel, en esa carne firme, en esos pechos —expresó con lascivia mientras se acercaba a ella y le apretaba los senos con ambas manos.

Mary se liberó con dos rápidos manotazos y dio un salto hacia atrás.

—No estoy disponible —afirmó dispuesta a alejarse, pero su atacante resultó muy veloz y volvió a tomarla, esta vez sujetándola por la cintura y acercándola hacia sí.

—Yo digo que sí lo estás, guapa.

—No, ya hemos cerrado por esta noche. Es tarde, deben pagar y marcharse. Podrán regresar mañana si lo desean.

—No nos marcharemos hasta que nos dé la gana. Y en cuanto a lo de pagar, eso quedará para otra ocasión —afirmó y bajó una mano hasta el trasero de ella para demostrar su dominio de la situación.

—No trabajamos fiado. Se paga en el día.

—No has comprendido, fue un eufemismo: no pagaremos ni hoy ni nunca por acostarnos con prostitutas inglesas. ¡Los hemos vencido! Estas tierras nos pertenecen a mí y a mis amigos. Nosotros somos españoles y hemos echado el ejército de casacas rojas y faldas de nuestra propiedad. Si desean quedarse aquí como putas, vale. Pero deberán recibirnos gratis de ahora en adelante.

Y para remarcar sus palabras, el hombre se inclinó sobre el escote de Mary y arrastró la boca por los pechos hasta llegar al cuello y mordisquearla allí. Ella intentó rechazarlo a empujones, pero Sánchez tenía mucha fuerza. Tan sólo logró liberar un brazo y, tomando envión hacia un costado, le propinó un sonoro sopapo en la mejilla. El español soltó un rugido y aflojó el abrazo, pero antes de que ella pudiera alejarse le aplicó un poderoso puñetazo en el ojo izquierdo.

Atontada por el golpe, Mary cayó hacia atrás y el perverso Sánchez aprovechó para patear el cuerpo caído. Jane se acercó a socorrerla, pero uno de los otros hombres la sujetó.

—¡Pégale a esa también! ¡Castíguenlas a todas! —ordenó a sus amigos, que ya estaban todos en la sala—. ¡Así aprenden quién manda aquí! Los golpes las ayudarán a recordar que los españoles somos los verdaderos dueños de estas tierras. Y si quieren seguir trabajando aquí, deberán hacerlo gratis. ¡Ya no les pagaremos a las putas inglesas!

Sánchez remarcó sus palabras con golpes, y los demás lo imitaron. Cuando los dos esclavos de la casa escucharon los ruidos y llegaron a la sala armados con palos, los cobardes huyeron.

La revisión general que hizo Mary cuando logró pararse reveló muchas marcas rojizas que se convertirían en moretones oscuros y cortes de diversa gravedad. Ningún hueso roto, ni nada que

requiriese la asistencia del doctor O’Gorman para curar sus cuerpos. Pero entendió de inmediato que se necesitaría un milagro para sanar el terror de sus almas. Aun después de que cicatrizaran sus heridas, todas deberían convivir con el miedo de que esos hombres regresaran en cualquier momento. Se sentían con derecho a tomarlas y a pegarles.

Esa noche Mary dio muchas vueltas en la cama a pesar de los golpes recibidos. Necesitaba encontrar una solución. Si esos españoles malvados volvían, ella y sus muchachas corrían el riesgo de perder la vida. Lo único que resultaba evidente es que debían conseguir protección.

Algo más efectivo que un par de esclavos con palos, eso sólo había servido por la sorpresa del momento, pero cabía la posibilidad de que regresaran armados.

La única alternativa que encontró la mantuvo en vilo hasta el amanecer, pensando en cómo iniciar la difícil conversación que planeaba tener al día siguiente.

La luz del día reveló que su ojo izquierdo, además de hinchado, presentaba un tono morado intenso. Intentó cubrirlo con un polvo blanquecino que había usado en el pasado para verse más atractiva en el salón, pero no lograba ocultar que había recibido un golpe. Después de un rato abandonó la idea. No debía avergonzarse por ello, no había sido culpa suya. Además, concluyó que su aspecto remarcaría lo que iba a decir: que necesitaba ayuda para defenderse.

Decidida, se puso el sombrero y marchó hacia la calle de la Merced, próxima a una iglesia y cerca del río, una zona cara de la ciudad. Tras caminar unas quince cuadras alcanzó su destino.

Nunca había estado en esa casa, pero Thomas se la había mostrado por fuera, una vez que tuvo que esperarlo en su carruaje mientras él entraba a buscar algo. Golpeó y cuando una esclava le abrió, pidió ver a madame O’Gorman. Dijo que iba de parte de su marido.

Aunque su rostro ofrecía un aspecto lamentable, sus vestimentas indicaban un buen pasar, por lo que la hicieron aguardar dentro del vestíbulo y no en la calle.

La espera no fue muy larga. Al rato le anunciaron que la dueña de casa la recibiría y siguió a la esclava hasta una pequeña sala. Allí encontró a la mujer a quien había ayudado en un parto, aunque estaba al tanto de muchos más detalles sobre su vida, debido a su cercanía con Thomas.

Annette, en cambio, encontró a una extraña frente a ella.

—Encantada de conocerla. Me dijeron que la envía mi esposo.

—En realidad, ya nos conocemos.

—¿De verdad? Disculpe si no recuerdo su rostro, quizás lucía diferente —señaló el ojo hinchado por el golpe.

—Es posible. Me veía diferente, en efecto, más joven, recién llegada a estas tierras, y sólo hablaba en inglés —explicó cambiando de lengua hacia el final de la frase.

—¿Me recuerda su nombre, por favor? —pidió con las cejas alzadas por la sorpresa.

—Soy Mary Johnson, la ayudé en el nacimiento de su hija, en la otra orilla del río.

—¡Oh, sí! La recuerdo, ¡la muchacha inglesa! ¡Me alegra volver a verla! Imaginé que vivía en Monte Video y no volveríamos a cruzarnos. Quedé en deuda con usted. —Extendió las dos manos hacia adelante como para saludarla.

—Me alegra escucharla, pues es el momento de cobrar esa deuda.

La sonrisa de Annette se borró de inmediato, retiró sus manos y cambió a un frío tono de voz.

—¿Qué desea? Mi esclava dijo que venía de parte de Thomas. ¿Dónde está? ¿En qué puerto? ¿Cómo tuvo noticias de él?

—Responderé a todo. Es cierto que vengo de parte de Thomas, y lo llamo por su nombre porque teníamos una relación de gran confianza. Y dije teníamos porque no he vuelto a saber de él

desde su partida, ignoro en qué puerto está, porque ambas sabemos que huyó y no diré a nadie en dónde se encuentra, escondido.

—¿A qué ha venido? ¿A explicarme todo esto que ya sé y que usted sabe porque probablemente era su amante? —preguntó con rispidez, adivinando el vínculo sin equivocarse.

—Vine porque necesito su ayuda. Yo fui mucho más que su amante, fui su socia y su aliada también. Sin saberlo, espíe para él y su gente.

—¿Socia? —preguntó con curiosidad sobre lo que le interesó, descartando el final de la frase de Mary. Ignoró las intrigas de Thomas con los ingleses. Tras la derrota, eran cosas del pasado y prefería dejarlas allí.

—En el burdel —respondió sin avergonzarse. Hacía mucho había aprendido a descartar el pudor.

—¿Qué burdel?

—El que Thomas instaló hace unos años para mí. Él nos enviaba clientes. Trabajo allí con un grupo de muchachas inglesas. O más bien, trabajábamos, porque ya nadie nos visita.

Annette, que había permanecido de pie, buscó a tientas una silla y se sentó para no caerse.

Sentía que la sangre se iba de su rostro, que sus piernas se aflojaban y temía desvanecerse en cualquier momento. *No puede ser verdad, no, claro que no es verdad... ¡Ay, sí! ¡Lo peor es que sí, debo reconocer que es muy probable que sea verdad! Aunque no quiero que lo sea. ¡Un burdel! Ahora comprendo la razón del perfume extraño que tenía Thomas muchas veces. No me importan las mujeres, no me importa el engaño, ¡pero todos estos años hemos tenido ingresos de un negocio de esos! Nunca se lo perdonaré, si es que alguna vez regresa,* pensó aferrada con tanta fuerza al asiento de la silla que sus manos enrojecieron. *Pero eso será después. Ahora debo despachar a esta muchacha,* se dijo para darse ánimo, levantó la mirada y clavó sus ojos en los de Mary.

—No comprendo qué espera de mí al contarme esto. Por favor, márchese.

—Necesito su ayuda, le dije que ya no tenemos clientes por ser inglesas. Necesito que me ayude a encontrarlos, y además que nos consiga protección. Ayer un grupo de españoles nos atacó a golpes y se fueron sin pagar por los servicios recibidos. No podemos sobrevivir así.

—Yo no tengo relación alguna con su negocio, no puedo ayudarla.

—Sí tiene relación, como esposa de Thomas en su ausencia es dueña de la parte de él. Así que ahora nosotras somos socias, madame —explicó de buen modo—. Le conviene resguardar su inversión y conseguir lo que estoy pidiendo. Creo que tiene contactos poderosos que podrán resolver mi problema. Me aseguraré de que todos los meses le sea enviada su parte de las ganancias.

—¡No! No me involucraré en algo así. Tengo una vida digna.

—Por favor, no me haga repetirle los comentarios que circulan por las calles sobre su relación con un famoso general francés. No hablemos de dignidad —se burló.

—Le he dicho que no —respondió con las mejillas encendidas pero sin rebatir la insinuación sobre su *affaire*. Desde que Thomas desapareciera, ella y Liniers habían perdido el cuidado al esconderse. Su romance no era un secreto.

—Le aseguro que recibirá buenos ingresos.

—No los necesito.

—¡Pero nosotras sí los necesitamos, y para eso requerimos su ayuda! ¡Nos han golpeado y volverán a hacerlo! ¿Cómo puede ser tan despiadada? ¿Tan cruel? —La miró con el ojo sano muy abierto, brillante por el exceso de lágrimas a punto de desbordar.

Por un momento, Annette se conmovió, sintió la tentación de ayudar a esa joven desesperada

que una vez la había ayudado a ella sin esperar nada a cambio. Pero en cuanto pensó que ese era el legado de Thomas, su empatía desapareció. Lo odiaba por haberla abandonado, convirtiéndola en el objeto de burla de todos: la esposa del inglés que huyó. Por eso se había visto obligada a desvelar su romance con Liniers, para tener como respaldo la protección del hombre más poderoso de la ciudad. No podía perdonar a O’Gorman por ponerla en esa situación. No iba a proteger a la protegida de él, cualquiera fuese su ocupación.

—¿Soy cruel? No lo creo. Soy como me fue forjando la vida. Apenas una sobreviviente.

—¡Yo también! ¡Y sigo intentando sobrevivir!

—Por favor, márchese y no regrese a esta casa, no la recibiré de nuevo.

—¡Le recuerdo que durante muchos años esta casa se mantuvo gracias a mi trabajo! —exclamó exaltada.

—Ese no era el único negocio de mi marido —sostuvo con incomodidad y se levantó para dirigirse al patio y llamar a su esclava—. ¡Margot! Acompáñala a la puerta, la dama ya se va —dijo con sorna.

—Se cree mejor que yo, pero no lo es. Porque no tiene corazón.

En el regreso a su hogar la acompañaron pensamientos amargos. Sin la ayuda de madame O’Gorman sería difícil continuar con el negocio. *Quizás si les consiguiera sables o hachas a los esclavos ellos podrían defendernos ante nuevas agresiones*, pensó por un momento, pero descartó la idea: no habría atenuantes para un negro que atacara a un blanco para defender a una puta.

Mientras caminaba y cavilaba se recordó que tendría que haber ido al hospital pero su ánimo no se lo permitía. Se disculparía al día siguiente con el doctor, su cara hinchada sería una excusa más que suficiente.

Al llegar encontró la casa en silencio. Nadie se había levantado aún. Al pasar frente a la habitación de Jane escuchó ruidos inequívocos: alguien sufría vómitos. Entró sin llamar, preocupada por su amiga, y la encontró doblada sobre el orinal.

—¿Estás bien? ¿Te golpearon mucho en el estómago? Iremos a ver al doctor O’Gorman.

—No, no es necesario molestarlo —respondió.

—¿Estás segura? ¿Has devuelto sangre? Puedes tener heridas en tu interior. El doctor dice...

—No, Mary, no es eso —la interrumpió—, no te preocupes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo una sospecha desde hace un tiempo y con esto se confirma: no tengo heridas, tengo un niño que crece en mi interior. Estoy embarazada.

—Oooh —el resoplido de Mary fue una mezcla de alivio con espanto. Su amiga no tenía heridas graves, pero sí tenía un problema mayúsculo. Le acarició el hombro en un gesto de apoyo y cayó sobre sus rodillas en el límite de sus fuerzas—. Lo siento —fue todo lo que pudo decir antes de abrazar a Jane y echarse a llorar.

Una semana después, con el ojo ya deshinchado, Mary caminaba concentrada en sus pensamientos mientras regresaba del hospital. El doctor O’Gorman le había dicho que quedaban pocos pacientes internados. Algunos habían sanado, otros ya estaban en el cementerio. Eso la dejaba a ella con escasas tareas por delante.

—Sólo podré pagarte hasta el mes próximo —le había dicho compungido.

La noticia la preocupaba. Le quedaban pocas monedas en el pequeño bolso de cuero que escondía debajo de sus camisones y en unos meses tendrían otra boca más para alimentar. Jane había decidido quedarse con el bebé. No porque lo quisiera, sino porque temía más la posibilidad de una muerte segura frente a la única solución a su alcance para no tenerlo. Había visto lo que el recurso del perejil había causado a Bernarda en La Residencia. Y ella no conocía a ninguna comadrona que pudiese ayudarla en esa situación ni los polvos o raíces que se debían mezclar para librarse del problema. Por lo que, tras mucho pensarlo, se había conformado con la idea de convertirse en madre. Mary le había dicho a su amiga que la apoyaría siempre, y eso incluía ocuparse de la manutención de esa nueva vida. Suspiró y cerró los ojos un instante, con tanta mala suerte que cuando los abrió se encontró con el rostro pegado a la chaqueta de un hombre.

—¡Ayyy! —exclamó, mientras un desconocido la sujetaba por los hombros para evitar que cayera en el barro típico de las calles porteñas.

—Lo siento —se disculpó el hombre y la ayudó a enderezarse con elegancia.

—Está bien, no se preocupe, fue culpa mía, estaba distraída.

—Oh, madame. No la había reconocido hasta que habló. Su acento, sus cabellos rojos que escapan bajo el sombrero... Es la inglesa, ¿no es verdad?

—Sí —asintió intentando recordarlo sin éxito. Sin duda el hombre había estado en su burdel, pero no lo había recibido ella.

—Soy Rosendo del Campo, nunca nos presentaron, aunque estuve en su casa varias veces.

—Lo siento, algunas veladas son más atareadas que otras —inventó una excusa con la esperanza de continuar con su camino.

—Una verdadera pena, no me hubiera importado pagar el doble de lo habitual por pasar una noche con tan encantadora dama. ¿Cree que podremos llegar a un arreglo especial? —preguntó con una mirada ansiosa.

—Por supuesto —respondió con rapidez y le echó una mirada inquisitiva mientras lo alentaba con una sonrisa. Era un hombre de mediana edad no muy robusto, con un sombrero tricornio y una chaqueta bien confeccionada, aunque algo gastada. Y sus zapatos mostraban un buen pasar, con una gran hebilla plateada sobre un cuero impecable y con gran lustre. Evaluó que podría sacarle una buena cifra por recibirlo una noche y, si tenía suerte y lo complacía de la manera adecuada, convertirlo en un cliente regular. No quería dejarlo escapar, por lo que lo apremió—. Pero le sugiero que se apresure, porque estamos pensando en cerrar un tiempo. ¿Por qué no viene esta noche?

—¿Esta noche? ¿Tan pronto?

—¿Por qué no? Me ocuparé de atenderlo en persona, si eso resulta de su agrado —ofreció y le regaló una sugerente mirada.

Don Rosendo del Campo no dudó.

—Allí estaré, madame —aseguró.

Y cumplió. Esa noche se presentó en el burdel cuando apenas asomaba la luna, cargado de ansiedad, con el sombrero en la mano y los cabellos grises peinados con esmero.

Mary lo recibió en persona con una sonrisa y una seductora bata de encaje, y lo condujo a su alcoba. Le cobró más de lo habitual, pero se ocupó de él un largo rato, hasta dejarlo satisfecho.

Poco antes del amanecer el hombre, cansado y sonriente, prometió regresar al día siguiente.

Y volvió a cumplir. Hechizado por los encantos de Mary, compartió su lecho toda una semana.

Hasta que ella le dijo que no podrían verse más, porque iba a cerrar el burdel.

La cara de espanto de él le reveló que había acertado. Junto con Jane habían pensado en varias

posibilidades para acaparar la atención de Rosendo y esa les pareció la mejor. Le dijo parte de la verdad: que no podía mantener esa enorme casa y que había decidido abandonar el negocio. Pero que si él estaba dispuesto a convertirse en su cliente exclusivo, el único, podrían buscar alguna solución.

Rosendo explicó que no era rico, era un maestro zapatero, el rango más alto de su oficio, y cobraba bien por su trabajo. Viudo, tenía una pequeña casa con pocos gastos, lo que le permitió juntar algunos fondos. Tras pensarlo unos minutos, decidió que iba a invertir ese ahorro en sí mismo: se iba a regalar el tiempo de Mary.

En pocos días llevaron la idea a la práctica: cerraron el burdel. Bethany fue a trabajar como ama de llaves en la casa del doctor O’Gorman. Aunque ese puesto no existía en las residencias porteñas, Mary lo convenció de que le sería útil y también podría darle una mano en la organización del hospital. Emily y Elizabeth, por su lado, consiguieron casa y comida a cambio de sus labores como damas de compañía de unas ancianas. Mary ansiaba que no tuvieran que afrontar en sus nuevos hogares experiencias como la suya en casa de los Illescas, pero sólo podía rezar por ello. No podía hacerse cargo de todas. Las despidió con abrazos y lágrimas, pero la conciencia tranquila. Había hecho todo lo posible por ellas.

Se quedó sola en la casa, con Jane y los tres esclavos, recibiendo apenas a don Rosendo, a puertas cerradas, casi todas las noches. Él no se cansaba de ella, le demostraba su devoción a cada momento.

El alquiler durante esos meses terminó de consumir los ahorros de Mary, pero no tenían otra opción. Era una inversión, y su única posibilidad para sobrevivir con dignidad. Al cuarto mes llegaron a la etapa más difícil del plan, de la cual dependía el futuro de ambas.

Una noche Mary recibió a Rosendo con el rostro empapado por el llanto.

—¿Qué ocurre, mi querida? ¿Por qué esas lágrimas?

—Ay, por miedo.

—¿Miedo a qué?

—Miedo a usted.

—¿A mí? Eso no tiene sentido, no he hecho nada malo.

—Aún no, pero temo por su reacción cuando se entere.

—No debe temerme, hable de una vez —exigió.

—Estoy embarazada y por supuesto que el niño es suyo, ¡quiero aclarar que ningún otro hombre ha entrado a esta casa en meses! —reveló con convicción.

El zapatero había empalidecido ante la noticia.

—¿Un hijo? —preguntó con la mirada perdida.

Mary asintió en silencio, esperando ser convincente con su mentira. Se le había ocurrido la idea una tarde, observando la barriga de Jane que empezaba a hincharse. Si lograba que don Rosendo le ofreciera matrimonio ya no tendrían problemas económicos.

Una vez casados le diría, después de un tiempo, que había perdido al niño, pero para eso todavía faltaba. Era necesario hacer creer al hombre la mentira previa.

Para su sorpresa, el zapatero no cuestionó la paternidad, sino que creyó toda la historia. La abrazó emocionado y preguntó:

—¿Me concederá el honor de aceptarme como esposo?

Antes de responder, Mary cerró los ojos y elevó una plegaria de agradecimiento. Estaban salvadas.

13

Santa María de los Buenos Ayres, febrero de 1807

La primavera y el verano siguientes marcaron días felices para Annette y Santiago. El flamante héroe de la reconquista contaba con el apoyo popular. La Real Audiencia porteña le otorgó el cargo de General de Guerra del Río de la Plata, sin esperar la palabra del antiguo virrey. Dividió el poder: Liniers quedó al frente de la organización militar y el alcalde Martín de Álzaga al mando de las cuestiones civiles. El francés se convirtió en un hombre poderoso, todos lo saludaban a su paso y le agradecían que los hubiese liberado del enemigo inglés. Hasta le perdonaban el desliz social de no esconder a su amante. Ambos se consideraban libres de cualquier compromiso. Se mostraban juntos en público y recibían en tertulias como anfitriones, indistintamente en la casa de él o en la de ella.

Una noche la cena íntima con pocos invitados, apenas dos parejas, era en casa de Annette. En la mesa estaban Cornelio de Saavedra, jefe del flamante Regimiento de Patricios creado por orden de Liniers, y su esposa, Saturnina Otálora del Ribero. Charlaban con Mariano Moreno y Guadalupe Cuenca. Estos caballeros no tenían la costumbre de aguardar a terminar la comida para debatir cuestiones políticas. Todos ellos hablaban con libertad de los temas que los preocupaban frente a sus mujeres. El asunto esa vez era la peligrosa cercanía de los ingleses, que habían tomado Monte Video. Liniers acababa de volver de los alrededores de esa ciudad sin haber logrado liberarla, le faltaron los hombres que había prometido enviar Sobre Monte desde su refugio en Córdoba y no cumplió. Por lo que el regreso no había sido triunfal sino alarmante.

Una base enemiga justo al otro lado del río representaba un gran riesgo.

—Sin duda, los ingleses tienen intenciones de volver a luchar por Buenos Ayres, don Cornelio. Debemos estar preparados. ¿Cómo marcha el entrenamiento del Regimiento de Patricios? —preguntó Liniers.

—Lento pero firme. Muy pocos tienen experiencia con las armas.

—Pues deberán aprender más de prisa. Ignoro cuánto tiempo falta para que nos ataquen.

—Si nos atacan, general. No podemos estar seguros de que eso ocurrirá. No es bueno ser tan pesimista —intervino Saturnina.

—No soy pesimista sino realista, estimada señora. No tengo dudas de que lo harán. Después del cuantioso botín que se llevaron de aquí el año pasado, no creo que se conformen con una sola ciudad. Monte Video es su primer paso, una parte de su estrategia para asegurarse ambas orillas del Río de la Plata.

—¿Quiere decir que un nuevo ataque es inminente? ¿Cuándo será?

—No sabemos cuándo llegarán, pero sí que debemos estar listos para defendernos.

Acababan de retirar las fuentes con empanadas y los esclavos estaban trayendo un nuevo plato cuando Margot entró al comedor y murmuró algo al oído de Liniers.

—Sepan excusarme un momento, me requieren con urgencia para darme un mensaje —explicó poniéndose de pie para abandonar el salón.

Annette intentó continuar la charla con los invitados, pero resultaba imposible no distraerse con las exclamaciones de Liniers que llegaban desde el vestíbulo.

—¡Es imposible! ¡Me cuesta creerlo! —decía la voz del general y todos supieron que pasaba algo grave. El francés era un hombre de guerra de carácter calmado, poco irascible.

Cuando regresó todas las miradas se clavaron en él. El caballero avanzó hasta su sitio y se sentó en silencio.

—¿Y bien? ¿No va a contar nada? —lo apremió Annette. A pesar de su ardiente intimidad, mantenían la costumbre de tratarse con distancia, tanto en público como en privado—. Hemos escuchado los gritos, algo malo debe haber ocurrido.

—Me permito interrumpirla, madame, quizás el general no quiera revelar... —empezó a decir Moreno, con el tacto habitual de un abogado, pero Liniers lo acalló.

—No se preocupe, doctor Moreno. Les contaré lo sucedido. De cualquier modo, mañana estará enterado hasta el último habitante de la ciudad: Beresford ha escapado —resumió con un suspiro.

Annette dio un respingo. El único tema ríspido entre Liniers y ella era, justamente, el destino del general inglés. Cualquier noticia relacionada con él podría representar una discusión entre ellos. El origen del problema era que el jefe invasor había obtenido un pacto demasiado beneficioso al momento de su rendición y muchos acusaban a Annette de haber intercedido por “el tuerto”. En realidad, Liniers mostró un gran respeto por su enemigo vencido porque él le había permitido el acceso a la ciudad para ver a sus hijos y eso le facilitó la organización de la reconquista. Él no lo olvidaba, y no hubiera podido hacerlo, ya que Annette se lo había recordado al pedirle benevolencia para su amigo. Gracias a ella, Beresford estaba detenido en

Luján. El alcalde Álzaga sostenía que el inglés operaba desde allí para una segunda invasión mediante la correspondencia que Liniers le permitía mantener con el exterior. Lo acusaba de benévolo porque el francés confiaba en el juramento de Beresford de que no se levantaría en armas nunca más contra Buenos Ayres. Un pacto de caballeros en el que Álzaga no tenía muchas esperanzas, por lo que había pedido a la Audiencia que hiciera algo al respecto. Ante la caída de Monte Video, ese organismo decidió alejar a los oficiales prisioneros enviándolos a Catamarca.

Partieron esa misma mañana.

—Acaban de llegarme noticias desde Arrecifes. Las tropas que llevaban a los ingleses al norte fueron interceptadas por una comitiva liderada por Saturnino Rodríguez Peña y el capitán de Arribeños, Manuel Aniceto Padilla. Sin mostrar papel alguno, dijeron que tenían órdenes mías de trasladarlos ellos mismos. Nadie desconfió de mi mano derecha y lo entregaron.

—¡Oooh! —Annette se cubrió la boca pero no logró acallar la exclamación de sorpresa.

—¡Traición! ¡Muerte a los traidores! —fue la sentencia de Saavedra.

—Moderación, por favor. Debe haber alguna explicación lógica para esto —intercedió Moreno muy pálido. Era cercano a ambos caballeros mencionados.

—La hay, pero es muy duro descubrirla. ¡Mi secretario privado me traicionó! Rodríguez Peña trabajaba a mi lado pero en realidad luchaba por la independencia de estas tierras. Hay un movimiento que busca separarse de la corona española. Y al parecer Beresford estaba en contacto con ellos. Les propuso que si llegaba a salvo a Inglaterra lucharía por la independencia local. ¡Y ellos le creyeron! ¡Tontos! Inglaterra no quiere liberar a nadie, busca una colonia más —exclamó con desprecio.

—No debemos prejuzgar, quizás creyeron que hacían un bien —sugirió Moreno conciliador.

—¡No diga eso! ¡Nadie con inteligencia puede defenderlos! ¡Me han traicionado! —insistió Liniers.

—Creo que todos tenemos que tranquilizarnos y no sacar conclusiones precipitadas —intervino Guadalupe Cuenca.

—Sí, coincido con Lupe —remarcó Annette y pidió a Margot que rellenara las copas de todos

con vino para apaciguar los ánimos.

—¿Se sabe dónde están los fugitivos ahora? ¿Podremos apresarlos? —preguntó Saavedra después de un momento.

—Crean que ya embarcaron con rumbo a Monte Video. Los hemos perdido —Liniers sacudió la cabeza con pesar.

El resto de la velada transcurrió en silencio.

Después de la partida de los invitados, Liniers no amagó marcharse. Tomó la mano de Annette y

la guio en un mudo acuerdo hasta el dormitorio de ella. No le importaba si se cruzaba con doña Jeanne ni con alguno de los pequeños O’Gorman. En cuanto entraron trabó la puerta y la estrechó entre sus brazos.

—Me siento golpeado, me duele todo el cuerpo —reveló él con pesar.

—Es natural. La traición lastima el alma. Provenga de un ser querido, de un amigo o de un secretario. Cuanto mayor es la confianza, más fuerte es el golpe del puñal en la espalda. Lamento que Rodríguez Peña haya resultado un hipócrita ingrato.

—No quiero volver a escuchar su nombre, por favor.

—Bien. No lo nombraré más —accedió—. Permítame ayudarlo con su dolor.

Lo llevó hasta un sillón cercano, lo hizo sentarse, se arrodilló y le quitó las botas, y luego se ubicó de pie entre las piernas de él para masajearle las sienes con dos dedos en cada una.

Con un suspiro de alivio, Santiago se inclinó hacia adelante, apoyó la frente en su pecho y escondió el rostro en el escote de ella. El encaje en el borde del vestido de corte imperio revelaba las suaves cimas y los labios de él buscaron la piel desnuda para besarla.

—Gracias, mi querida —murmuró entre beso y beso.

—¿Por qué?

—No podría soportar tanta presión sin su ayuda.

—Nada me agrada más que poder complacerlo.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Nuestra relación es muy especial para mí. Jamás me había sentido así junto a otra persona. Lo que más deseo es hacerlo feliz.

—Pues debo decir que lo hace muy bien, y el sentimiento es mutuo. Sólo cuando estamos juntos logro abstraer mi mente de todos los problemas que cargo sobre mis espaldas.

—Déjeme ayudarlo, conviértame en su asesora. Sin nombramiento ni cargo oficial, por supuesto. Podríamos hablar por las noches, yo puedo escuchar y aconsejar sobre aquello en lo que tenga dudas —se ofreció.

—No es mala idea. Ha demostrado ser sagaz e inteligente. Más que muchos hombres. Y sé que no me traicionará como ese mal nacido de mi secretario.

—Claro que no, ¡nunca! Soy y seré siempre absolutamente fiel a su persona, a nuestra relación, a lo que tenemos.

Ella hablaba y él continuaba besándola. Recorría incansable con los labios los pechos de ella.

Subía por el cuello, el mentón, las mejillas, cubriéndola con pequeños besos. Se deleitaba con los lóbulos de las orejas, a pesar de los zarcillos de brillantes, absorbiéndolos y mordisqueándolos.

Cuando Annette calló, se apoderó de su boca impetuoso. La cubrió con la suya para darle un beso profundo, demandante, en el que su lengua condujo los movimientos. Ella gimió y se dejó guiar, disfrutó de las sensaciones que el encuentro le provocaba. Siempre que estaba en brazos de Santiago su corazón se aceleraba y lo sentía golpear con más fuerza, su sangre ardía y quería que

el momento se prolongase para siempre. Él parecía leer su mente, porque avanzaba, no se detenía. La tocaba, la mimaba, la estrechaba contra sí. Era un amante insaciable.

Con suavidad Santiago se apartó y se puso de pie, llevándola con él. La hizo girar para desprenderle el vestido. Ya le había roto otros dos en encuentros anteriores con tironeos desesperados de la tela debido a su ímpetu amoroso, por lo que Annette le había pedido que tratase su ropa de fiesta con más cuidado.

Desprendió uno a uno los botones de perlas que ajustaban la prenda sobre la parte superior de la espalda. Por suerte eran pocos, ya que había un escote atrás también y el corte estilo imperio terminaba debajo de los omóplatos.

Annette contuvo la respiración con ansiedad mientras los dedos tibios de él la liberaban del vestido y de una fina camisa interior, que se arremolinaron en sus caderas, y luego la recorrían por entero, del cuello hasta la cintura. Cerró los ojos disfrutando de las caricias y esperó más. El capitán no la defraudó. Pegó la espalda de ella junto a su pecho ya desnudo y le besó el costado del cuello desde atrás, mientras sus manos la envolvían para llegar hasta sus senos. Las manos ahuecadas seguían las formas de ella, los suspiros revelaban cuánto les gustaba a ambos.

Las pequeñas manos de Annette cubrieron las grandes de él y apretaron por encima, en un mudo pedido para que la imitara. Liniers entendió, ya que él mismo le había enseñado ese juego y presionó sus pechos con algo de fuerza, hasta hacerla gemir. Luego repitió el gesto sujetando los pezones entre sus dedos, hasta que ella se retorció y pidió:

—¡Más! ¡Por favor, más!

Pellizcos y tironeos la enloquecieron. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, sobre el pecho de él. Más besos en el cuello, junto con la presión de sus manos la hicieron estremecerse, sintió que sus piernas pronto dejarían de sostenerla. Se liberó del abrazo con suavidad, abrió los ojos y se giró hacia él con los senos erguidos y enrojecidos.

—Espero no haberla lastimado —sugirió burlón inclinándose para besar un pezón, luego el otro, humedeciéndolos con la lengua. Otro estremecimiento hizo que Annette se apresurara. Se dobló para liberar los botones del pantalón de él, lo deslizó hasta los tobillos y luego se arrodilló para ayudarlo a soltar los pies de la tela.

Al levantar la cabeza vio el miembro erguido frente a ella y no dudó: lo sujetó con una mano y lo acarició, moviendo la mano de un extremo al otro, sin quitar la mirada de los ojos de Santiago.

El gesto combinado lo enloqueció.

—*Oh, oui, mon amour!* —pronunció extasiado. Enseguida la tomó en sus brazos y la llevó, pegada a su pecho, de vuelta al sillón. Se sentó él primero y la ubicó a horcajadas sobre su regazo. Pocos segundos después las miradas volvieron a conectarse, al unísono con los cuerpos.

Las manos de él en su cintura la guiaron mientras descendía con lentitud, tomándolo en su interior. Cuando se apoderó de él por completo, Annette comenzó a moverse, marcando el ritmo.

Él la dejó hacer, la soltó y llevó una mano muy cerca de donde se unían los cuerpos para acariciarla. Sabía cuánto le gustaban esos toques y le regaló ese mimo mientras volvía a apoderarse de sus pechos con la boca. Los movimientos de Annette se intensificaron y alcanzaron un ritmo frenético, que él multiplicó empujando también desde abajo. Ninguno de los dos quería que las sensaciones maravillosas que estaban compartiendo cesaran, pero a la vez sabían que los esperaba un premio mayor, por lo que dejaron que sus mentes abandonasen las decisiones, que sus cuerpos tomaran el control, que el instinto los llevase en un viaje lejos de allí.

Se movían sin pensarlo, dejándose arrastrar por impulsos. Hasta que, sin dejar de mirarse, entrelazaron las manos, se pegaron uno al otro, muy quietos, mientras un sacudón de emociones los atravesaba al mismo tiempo.

—Su cuerpo es una maravillosa caja de secretos, *ma chérie*.

—Me agrada que le guste descubrirlos. Yo sigo sorprendiéndome en cada encuentro por la magia que esconde y que sólo a su lado sale a la luz.

—Pido un deseo: sigamos disfrutando siempre de esto que tenemos —murmuró mirándola con cariño.

—Así será —respondió emocionada y lo besó en los labios.

Santa María de los Buenos Ayres, febrero de 1807

La vida de casada no resultó tan aburrida ni difícil como Mary había imaginado que sería. Don Rosendo del Campo pasaba todo el día en un taller que daba a la calle, donde recibía a sus clientes y luego armaba los zapatos. La vivienda estaba justo detrás. No era muy grande, tenía apenas dos habitaciones además de la sala y la cocina, pero todas daban a un amplio patio que ofrecía un agradable y perfumado espacio verde cuando se mudaron allí, en la primavera. Ese era su refugio preferido. Le encantaban esas extrañas flores rojizas que daba el ceibo bajo el cual se sentaba a descansar. Por primera vez desde que dejara su hogar de forma intempestiva, no se veía obligada a trabajar para subsistir. Como ama de la casa debía organizar las compras, indicar las comidas y verificar que dos esclavas con experiencia se ocuparan de todo. Una tarea bastante agradable y liviana. Había pensado que su principal ocupación transcurriría por las noches, cuando compartía el lecho con su esposo, pero don Rosendo no volvió a tocarla desde que supo de su embarazo. Aunque dormía a su lado y a veces extendía una mano para acariciarle el cuello o la espalda, nunca la buscó con intenciones de algo más.

Con el tiempo él le reveló que su primera esposa había muerto por un parto antes de tiempo, que según la comadrona pudo haberse desencadenado por la actividad amorosa de la pareja en la noche anterior. La culpa por la pérdida de ella y del hijo de ambos lo acompañaba desde entonces. Mary comprendió entonces el tamaño de la ilusión que le había provocado la noticia de un embarazo y se arrepintió de su mentira, pero ya era muy tarde para echarse atrás. El resultado fue una relación célibe tras la boda. Sólo compartían el lecho porque Jane ocupaba la otra habitación de la casa. Del Campo había aceptado tenerla con ellos como compañía de su esposa, y porque no iba a dejarla en la calle en su estado. A cambio del alojamiento Jane se ofreció a ayudar en pequeñas tareas, como ocuparse del ordeño de la vaca que les proveía leche, la recolección de huevos en el gallinero y el preparado de dulces, cosas que le hacían recordar a la época de su niñez. La enorme barriga no le impedía realizarlo con felicidad.

Una noche, el brazo de don Rosendo la envolvió desde atrás y su palma abierta buscó acariciarle la barriga. Mary rogó que los panqueques con dulce de leche preparados por la esclava Bertina esa tarde se acumularan para engrosar un poco su abdomen. Pero a él no le pareció lo suficiente.

—Está muy flaca, querida mía. Debe comer más, quiero que alimente bien a mi hijo y que tenga fuerzas suficientes para enfrentar el parto —indicó.

—Eso haré, ahora que han pasado los mareos matinales, comeré más.

Mary había imitado los síntomas de Jane, hasta donde pudo. El crecimiento de la barriga estaba fuera de su alcance. Decidió que había llegado el momento crucial.

A la semana siguiente tuvo su período y puso en marcha su plan. Esperó a que su marido fuera a comprar cueros para hacer zapatos a la zona de los mataderos, actividad que lo alejaba de la ciudad varias horas. Se recostó en el lecho, manchó las sábanas con sangre y esperó. Cuando don Rosendo regresó Jane lo aguardaba en la sala, con cara compungida. Le explicó que Mary había perdido el embarazo y él no tardó en correr a buscarla.

La imagen de su esposa recostada sobre sábanas ensangrentadas provocó en el hombre un intenso ataque de llanto. Cayó arrodillado junto al lecho, le tomó una mano y lloró sobre ella.

El corazón de Mary se conmovió ante su dolor. Se arrepintió más que nunca de obligarlo a pasar por eso, pero no pudo hacer otra cosa más que continuar con la farsa.

—Otra vez no, otra vez no —repetía entre lágrimas—. ¿Por qué, Señor? ¿Por qué?

Emocionada, Mary acompañó su llanto.

—Lo siento, lo siento mucho —se disculpó.

—No es culpa suya, es el destino —buscó consolarla él, pero sólo le provocó más culpa y ambos lloraron mucho.

—Espero que se recupere pronto. Esta vez el Señor no me ha quitado a mi esposa también, quizás eso significa que me va a dar otra oportunidad. Que pronto me dará otro hijo. ¿No lo cree así?

Sorprendida por esa posibilidad que no había tenido en cuenta, Mary sólo asintió en silencio amparada por más lágrimas. Le daba mucha pena ese hombre. No lamentaba haberle mentado porque sabía que había sido la única posibilidad a su alcance para sobrevivir, pero con el tiempo le había tomado cariño. Y aunque no se sentía atraída por él, convertirse en madre a su lado no le parecía algo tan descabellado. A pesar de que nunca había quedado embarazada en todos los años de relación con Thomas, ni con los clientes ocasionales, lo adjudicaba a que siempre usaba un paño embebido en vinagre en su interior, tal como le había enseñado Jane. Era un truco que su amiga había aprendido en Inglaterra, aunque ambas sabían que no siempre funcionaba, tal como demostraba la barriga de Jane.

Con una renovada visión sobre la idea de la maternidad en su mente, esa noche Mary se quedó dormida con una sonrisa a pesar de la culpa que corroía su alma.

El llanto de la recién nacida Francisca Grigg invadía cada rincón de la casa y alteraba los nervios de don Rosendo. La beba había llegado una madrugada, poco después de la pérdida ficticia de Mary, y desde el mismo momento en que la comadrona la puso en brazos de su madre comenzó a llorar con alaridos profundos, que sólo se acallaban cuando dormía.

Las primeras semanas pensaron que pronto se calmaría o que ellos se acostumbrarían, pero nada de eso ocurrió. Los chillidos constantes agotaban día y noche la paciencia de todos, hasta la del tolerante zapatero.

Una noche, mientras él y Mary cenaban, Jane intentaba sin éxito calmar a la niña en su alcoba.

Los gritos hicieron que don Rosendo explotara por primera vez. Golpeó la mesa con la palma abierta con fuerza, lo que provocó que se volcara una copa con agua y rodara hasta el piso para hacerse añicos.

—¡Ya no lo soporto más! —exclamó enojado—. Deberán marcharse de aquí.

—¡Nooo, por favor! ¡Se lo suplico! —pidió Mary arrodillada a su lado—. Jane no tiene familia, no tiene a dónde ir. Y nadie se apiadará de ella con esa niña gritona.

—Pues a mí se me han acabado tanto la piedad como la paciencia. ¡Es intolerable!

—Pero Jane es más que mi mejor amiga, es como mi hermana. Ella me ayudó mucho en los difíciles días de la travesía en el barco. Sin ella, no sé si hoy estaría aquí. Le debo mucho. No puedo echarla.

—Está bien, doña Jane puede quedarse, pero la niña no. —El sincero cariño de las palabras de Mary había conmovido a Del Campo, pero no tanto como para olvidar que esa criatura chillona le recordaba a cada instante sus propios hijos muertos. Sentía que si un bebé tenía derecho a llorar

en esa casa eran los suyos, no una pequeña desconocida. No estaba dispuesta a aceptarla.

—¿Y quién querría a una beba chillona? —preguntó sorprendida por la idea de que la pequeña Francisca se marchara sola, lejos de su madre y de ella.

—En la Casa de Niños Expósitos la recibirán —resumió con el gesto adusto—. Allí no rechazan a nadie.

—¡No! Ese lugar es horrible.

Se refería a la residencia para acoger bebés huérfanos sin hacer preguntas, que existía a pocas cuadras de allí, un lugar del que Mary había escuchado hablar en sus días en La Residencia. Se solventaba con los ingresos obtenidos por una imprenta y por la venta de bulas para poder comer carne en cuaresma que cada año vendía el obispado local y cuyas limosnas la iglesia cedía a los más necesitados. Había amas de leche y amas de cría para los más pequeños, pero una vez que podían entender y obedecer órdenes, los niños eran ubicados en casas de familias que los empleaban como criados.

—No me importa si es horrible. Tengo la conciencia tranquila por saber que vivirá, y el espíritu tranquilo porque estará lejos de aquí y yo podré dormir en paz.

—Pero los niños expósitos crecen sin familia, ¡sin amor!

—No es mi hija, no me importa.

—Le pido por favor que espere un poco más, pronto la niña crecerá y dejará de llorar tanto. Así lo ha asegurado el doctor O’Gorman. Fuimos a verlo ayer con Jane y dijo que es una beba sana, que apenas llora más que lo habitual.

—No, no la quiero aquí. Es un recordatorio constante de mis hijos muertos.

Mary comprendió de dónde provenía la negativa del hombre y dedujo que sólo tenía un arma para intentar convencerlo.

—¿Y si pronto yo quedo en estado otra vez? La niña sería una excelente forma de acostumbrarnos a lo que nos tocará enfrentar. Y, además, una gran compañía en el futuro para nuestro hijo o hija.

La esperanza asomó en los ojos del zapatero.

—¿Ya podríamos intentarlo?

—Sí, el doctor O’Gorman me revisó a mí también y me encontró bien. Dijo que no hay motivos para esperar más. Esta noche podemos ponernos en práctica.

—Bien, pueden quedarse por ahora —refunfuñó.

Por primera vez en muchos días, Mary vio una sonrisa en el rostro de su esposo y supo que había triunfado. Aunque su plan significase recibirlo con frecuencia en el lecho, estaba dispuesta a hacerlo para mantener con ella a Jane y a Francisca, la única familia que le quedaba. *Y, quizás, así yo también pueda convertirme en madre*, pensó con agrado.

En las semanas que siguieron, Del Campo se mostró atento con su esposa y muy cariñoso. Más de una vez le regaló flores, unos delicados lirios azules que él mismo se ocupaba de cortar del jardín trasero y le llevaba en un florero de porcelana que había comprado para ella.

A Mary lo conmovían sus intentos por complacerla y se esmeró en las atenciones que le dedicaba cada noche. Aun así, pasaron los meses sin noticias de un embarazo.

Una mañana, tras pasar la madrugada en vela por culpa de los llantos de Francisca, don Rosendo se levantó molesto. Su mal humor empeoró cuando notó manchas de sangre en el camión de Mary.

—¡Nooo! —gritó enojado y cerró una mano en un puño, que llevó hacia atrás para tomar

envión y luego asestó un violento golpe contra la pared.

Por primera vez Mary se apartó de él con miedo. Nunca lo había visto así y temió que fuera a pegarle. Sabía que algunas mujeres demoraban más tiempo que otras para quedar encinta, y que nadie podía predecir con exactitud cuánto le llevaría a ella lograrlo. Deseó con todas sus fuerzas llevar ya un niño en su interior, pero la sangre en su camión le indicaba que todavía no era así.

Y tuvo ganas de llorar. *¿Por qué no? ¿Por qué no puede ser verdad?* , se preguntó dolida, cuando se dio cuenta de que el sueño de él había pasado a ser el de ella también. Reconoció, con una mezcla de sorpresa y de ternura, que ella deseaba ese embarazo tanto como su esposo, y se dejó caer al suelo presa del llanto.

—¡Yo también quiero un hijo! ¡Lo deseo con toda mi alma!

Al verla llorar y escuchar sus palabras, él controló su ira.

—Ya vendrá, ya vendrá —la consoló. Se arrodilló a su lado y la abrazó, fundiendo el dolor de ambos en uno.

Por primera vez en mucho tiempo, Mary sintió que no estaba sola.

Unas semanas después, don Rosendo del Campo falleció, de enfermedad natural, según constó en su certificado de defunción.

Mary lloró conmovida junto a su tumba. Desde que descubriera cuánto anhelaba tener un hijo, su relación con su marido había mejorado. Además de los esfuerzos comunes en la búsqueda de un bebé, se llevaban bien en otros terrenos también. Compartían largos ratos en el jardín y cuando el tiempo lo permitía salían a caminar por la Alameda. Él ya no había vuelto a pedirle que abandonaran a Francisca, a quien todos habían empezado a querer desde que pasaba menos horas del día llorando, y se había ganado el apodo de Panchita. Juntos reían y discutían posibles nombres para su futuro hijo. Hasta que una enfermedad pulmonar puso al zapatero en la cama.

Por sugerencia del médico hizo testamento, en el que dejó todo a Mary. Y ya no volvió a levantarse. Tras la confesión y la extremaunción que recibió en su lecho de muerte, pidió hablar a solas con su esposa. Su última pregunta fue si había posibilidades de que un bebé ya estuviera en camino. Conmovida, ella le mintió una vez más, asegurándole que sí, que habría un pequeño Del Campo en el futuro. Y el hombre murió feliz.

Al regresar del cementerio una Mary entristecida apoyó la mano en su vientre chato y soltó una maldición en voz alta. Realmente deseaba que las últimas palabras que había dicho a su esposo hubiesen sido verdad. Pero no llevaba vida en su interior, tan solo miles de lágrimas cargadas de desdicha y desolación.

Jane la vio llorando y la abrazó.

—Entiendo que te encariñaste con él. Está bien llorar su muerte. Era un buen hombre.

—Mis lágrimas son por él pero también por mucho más: por el niño que deseábamos y ya no vendrá.

—¿Por qué dices eso? Todavía eres joven, podrás tener hijos más adelante.

—Lo dudo, ¿quién querrá casarse conmigo?

—¡Cientos de hombres, querida amiga!

—¿Y mi pasado?

—Tú lo has dicho, es pasado. En el pasado está. El único que conocía la verdad acaba de morir. Para todos los demás ahora tú eres la viuda de un zapatero, mujer decente y sin pasado. Podrás empezar de nuevo, ¡podrás hacer lo que quieras!

A Mary le agradó la verdad que le revelaba Jane. Su amiga tenía razón.

—Lo haremos juntas —sonrió con esperanzas.

—Yo te ayudaré en lo que necesites si lo deseas, pero recuerda que tengo una hija sin padre. Tu situación es diferente, tienes su herencia y un nombre limpio. Lo entenderé si no quieres cargar conmigo, sería un lastre para ti.

—¡No eres un lastre! Eres mi familia, tú y Panchita son mi única familia en este lado del mundo. Así que seguiremos juntas. ¿Hacia dónde? No lo sé. Pero al menos ahora tenemos algo con qué comenzar —dijo señalando a su alrededor.

Al día siguiente un albacea le confirmó que ella era dueña de todos los bienes de Del Campo.

Lo más valioso era el taller con sus herramientas, pero sin saber cómo hacer para explotarlo, decidió ponerlo en venta con rapidez. Obtuvo una buena suma y con eso, más una pequeña cantidad que él le heredó, alquiló una casa en la calle de Santo Cristo, en la vereda opuesta a la famosa fonda de Los Tres Reyes. Había escuchado que aquella posada muchas veces desbordaba su capacidad y decidió apostar a aprovechar esa demanda. Ella no sabía hacer mucho, pero ocuparse de una casa y cobrar por alojamiento y comida no podía ser tan difícil. Con ayuda de Jane podría lograrlo, se dijo convencida.

El tiempo le dio la razón. La fama de los buenos almuerzos y cenas que servían hizo crecer la clientela con gran velocidad. Mary sabía que el secreto estaba en la excelente mano para la cocina de la negra Bertina, herencia de Rosendo. Cada día agradecía a Dios que ese hombre se hubiera cruzado en su vida. Su legado principal había sido darle un nombre. Gracias a su boda la había convertido en una viuda decente. Todos visitaban “la fonda de mrs. Clarke” o “lo de doña Clara, la inglesa” para quienes no podían pronunciar su nombre de manera correcta, sin que se la relacionara con el prostíbulo de las inglesas. Y con el paso del tiempo nadie volvió a mencionar que alguna vez los ingleses habían sido el enemigo. Gente de todos los orígenes se alojaba en la fonda de doña Clara.

Hasta que un día llegaron noticias de una posible nueva invasión británica. El corazón de Mary se estremeció. Todo el trabajo de ese año estaba a punto de perderse. Sin duda ella y Jane volverían a ser parias. Ya nadie visitaría su local, los pocos que fueran se negarían a pagarles y quizás las golpearían de nuevo. Suspiró agotada. Sentía que no tendría fuerzas para volver a pelearle una pulseada al destino. Su vida estaba signada por la desgracia y el fracaso. Se sentó frente a una mesa vacía. Apoyó la cabeza sobre la madera y lloró.

Santa María de los Buenos Ayres, junio de 1807

Poco después de la caída de Monte Video, la Real Audiencia de Buenos Ayres había destituido al virrey Sobre Monte. Eso aumentó el poder del único hombre que todos creían capaz de proteger a la ciudad frente a un nuevo ataque, el que la había salvado el invierno anterior. Así, don Santiago de Liniers y Bremond fue designado virrey interino del Río de la Plata, el primero de las colonias americanas nombrado por una autoridad local y no por el rey.

—No aceptaré —anunció enfático al contarle la novedad a Annette esa noche en la casa de él.

—¿Por qué no? —exclamó alterada por la inesperada decisión.

—No estoy de acuerdo con desacatar una orden real. Su Majestad eligió como su representante en estas tierras al marqués de Sobre Monte. Sólo él puede destituirlo.

—Pero la situación ha cambiado desde el momento del nombramiento. Se requiere una acción urgente y el intercambio de cartas con la península lleva meses. El marqués ha demostrado no ser capaz de defender la ciudad. ¡La perdió y escapó! Luego entregó el tesoro real, y además acaba de fracasar en la defensa de Monte Video también. ¡No sirve para el cargo!

—Yo no soy quién para decirlo.

—Usted no, pero la Real Audiencia sí. Ellos lo han afirmado, y lo eligieron para proteger el Río de la Plata y a todo el virreinato. Es una orden que como oficial del rey no se puede rechazar —intentó convencerlo y él lo percibió.

—¿Está tratando de persuadirme? —preguntó—. ¿Por qué desea que acepte?

—En primer lugar, porque creo que de verdad lo merece, más allá de mi devoción hacia su persona. En segundo lugar, porque es el único que puede defendernos en caso de un nuevo ataque. Ese que, como usted mismo ha dicho, sin duda llegará muy pronto. Y Sobre Monte ha probado que es incapaz de proteger las tierras del rey español en su nombre. Y en tercer lugar, porque... —esperó un momento antes de continuar— ¿qué será de nosotros si los ingleses vuelven a tomar la ciudad? Con nosotros me refiero a usted y a mí. Usted sería encarcelado lejos de aquí y yo... No quiero pensar en esa posibilidad. ¡La amante francesa del jefe francés vencido! ¡Puff! —exclamó con un escandaloso gesto de los brazos en el aire.

Liniers contuvo la risa y tomó en serio sus palabras. Meditó un rato sobre el planteo de su amada y finalmente dio su opinión.

—Está bien, aceptaré. Pero no lo hago por satisfacer una necesidad de mi ego, sino porque me convenció con todas sus explicaciones —reveló con un gesto sereno—. No temo perder en una batalla, soy militar. Pero tanto usted como mis hijos quedarían muy desprotegidos si el enemigo nos vence. Mi deber es evitarlo, aceptaré el cargo de virrey y defenderé a esta ciudad.

Annette corrió a abrazarlo. Con el rostro pegado a su pecho murmuró:

—¡Felicitaciones, mi adorado virrey! Es un merecido reconocimiento. Estoy muy orgullosa. ¡Lo celebraremos con una fiesta! ¡Mañana mismo!

—No, aún no, mi querida. El ataque inglés es inminente, debo partir con mis tropas al amanecer. El festejo será a mi regreso.

—¿Me promete que regresará sano y salvo? ¿Qué podré volver a abrazarlo? —preguntó

temerosa, con el rostro pálido.

—Haré todo lo posible para cumplir su deseo. Pero ahora no pensemos en eso. Disfrutemos de los momentos que nos quedan juntos —sugirió y enseguida le besó el cuello y le acarició los pechos, en clara señal de cómo planeaba hacer su despedida.

Santa María de los Buenos Ayres,

julio de 1807

En las calles porteñas no se hablaba de otra cosa en esa fría mañana de comienzos de julio. Los ingleses habían vencido a las tropas de Liniers en las afueras. El virrey no había logrado detenerlos junto al Riachuelo y las chaquetas rojas estaban otra vez en la ciudad. Las noticias eran desalentadoras. Annette se enteró de ellas a través de su hermano Jean Baptiste, que trabajaba como secretario de Liniers desde la fuga de Rodríguez Peña.

—¿Qué sabes de Santiago? —le preguntó ansiosa cuando regresó a la casa para almorzar.

—Que está bien, no te preocupes por él. Envié un mensaje con instrucciones sobre un asunto del que no puedo hablar, pero quédate tranquila que sobrevivió a la batalla.

Annette cerró los ojos y agradeció en silencio en su interior. Se había acostumbrado con rapidez a la vida sin Thomas, pero no podía imaginar sus días sin Santiago a su lado. Él la hacía reír, la hacía soñar, la hacía sentir. La hacía querer vivir muchos años si alguien le garantizaba que esa dicha continuaría. Pero sin él, sentía que su mundo se despedazaba. Saber que estaba en peligro, peleando contra el enemigo, le había quitado el sueño. Ese hombre había conquistado su corazón para siempre.

Madame Jeanne entró a la sala en ese momento y preguntó temerosa:

—¿Hay noticias?

—El virrey no fue herido —le respondió su hijo—. Sobrevivió a la primera batalla pero no regresará por ahora. Disculpen un momento, debo ocuparme de algo antes de almorzar —se excusó y se marchó.

—¿Estás bien? —preguntó la madre a Annette cuando estuvieron solas—. Te ves muy pálida.

—Es apenas preocupación, madre. Me angustia saber que Santiago está allí fuera peleando contra un ejército poderoso.

—Con preocuparte no lograrás nada, sólo un par de arrugas extra. Debes cuidar tu cutis, no te verás joven como ahora para siempre.

—¿Qué dice, madre?! Hoy poco me importa mi aspecto.

—Pues debería importarte. Monsieur Jacques es ahora un hombre muy poderoso, sin duda habrá muchas damas disponibles interesadas en él. Si no te cuidas, te lo podrían arrebatar.

Las palabras de su madre le pincharon el alma. La posibilidad de perder a Santiago se clavaba en su pecho hasta hacerle doler. Pero a la vez sabía que lo que tenían entre ellos era muy intenso.

—Nadie podrá entrometerse entre nosotros. La juventud de las otras no me preocupa, él me ama a mí —afirmó convencida.

—Y también amaba a María Martina, y gracias a ti la olvidó. No te equivoques, hija. Ellos no exponen su corazón en una relación como nosotras. Pueden dejarnos porque se les cruza alguien más joven o por cualquier otro motivo. Se pueden achicar las posibilidades de abandono mostrándote siempre bella, pero eso tampoco es garantía. No he conocido a hombre alguno que elija modificar su vida por amor. En cambio puedo nombrar a miles de mujeres que han seguido a

un caballero por el mundo sin pestañear ni detenerse a mirar lo que dejaban atrás. Ellos tienen el alma nómada. Nosotras echamos raíces en torno a aquel que nos enamora.

—Madre, no me alienta con sus palabras.

—Nunca tuve esa intención, sino más bien alertarte. Así como te veía triste por la falta de amor en tu vida cuando estabas con Thomas y te lo dije, ahora te remarco lo que veo: has entregado demasiado en esta relación. Tu corazón ya no está en tus manos sino en las de él. Y eso te podría causar mucho dolor.

—No comprendo sus dobles discursos. Antes me decía que no amaba lo suficiente, ahora que amo demasiado. ¿Cuál es el consejo que me quiere dar? —preguntó molesta.

—¡Exactamente eso! Lo has dicho mejor que yo. Debes buscar un punto de equilibrio en el que seas feliz sin exponerte demasiado. Aprende a controlar tus emociones, hija. No ames demasiado.

—¡Eso es imposible, madre! ¡El amor no se puede frenar ni entregar en pequeñas dosis! He aprendido que si una no compromete los sentimientos no se puede sentir de verdad. Sé que me estoy arriesgando, pero sin la intensidad de este amor, la felicidad que tenemos no sería tan enorme.

—Insisto en que es peligroso.

—¡No puedo evitarlo! No podría desterrar el amor que se apropió de mi alma y, lo más importante, ¡no quiero hacerlo! Permiso, iré a decirle algo a Margot —afirmó con decisión y se marchó, enojada, con un revoleo de la falda sobre sus pies. No iba a permitir que nada ni nadie, ni siquiera su sabia madre, atentase contra lo que sentía por Santiago. Esta vez ella estaba equivocada. Su inmenso amor sólo podría darle alegría y felicidad, estaba segura de eso.

Pocos días después las noticias mejoraron: aunque los ingleses habían entrado a la ciudad y lograron apoderarse de algunas casas, fueron expulsados con rapidez. El mérito correspondió a los pobladores, que se sumaron a la lucha de los soldados armados atacando con piedras, palos y lo que tuvieran a su alcance desde sus casas.

A pesar de que gran parte de las tropas habían sido dirigidas en las calles por el alcalde Martín de Álzaga, el creador de esos ejércitos se llevó todo el crédito por la victoria. El virrey Liniers fue considerado una vez más el salvador de la ciudad.

Por la noche hubo una gran celebración en casa de Annette, signada por el lujo. Se sirvieron varios platos preparados con esmero, regados con abundante vino español, y de fondo sonaba la música de un cuarteto de violines. El protagonista de la noche, hombre habitualmente reservado en público, le agradeció con una mirada cargada de un mensaje secreto que sólo ellos comprendieron y enseguida le dedicó un brindis a su amada. Levantó la copa apuntando hacia Annette y dijo bien alto para que todos escucharan:

—Esta es una noche de celebración. ¡Alegría para todos! ¡Y música para mi virreina!

Annette se ruborizó por el homenaje de su amante, pero no por vergüenza sino por felicidad.

Él la estaba poniendo en un lugar de privilegio. Eso espantó el miedo provocado por las palabras de su madre. El amor de Santiago la convertía en la mujer más poderosa del Río de la Plata.

—La fiesta de esta noche me ha dado ganas de seguir festejando. ¡Hagamos otra muy pronto!

—Usted siempre tiene ánimos para fiestas. Me gusta mucho ese detalle de su personalidad, esa

alegría contagiosa —la alentó con una sonrisa y se acercó hasta ella, que estaba cepillando sus cabellos frente al tocador con un cepillo mango de plata y suaves cerdas. La tomó por los hombros y con suavidad la obligó a pararse. Le sostuvo una mano entre las suyas, las apoyó unidas contra sus labios y después de besarle los nudillos varias veces propuso—. ¿Por qué no celebramos una boda?

Annette alzó las cejas sin comprender la propuesta.

—¿Una boda?

—¿Acepta casarse conmigo, madame Périchon?

—Me encantaría, pero todos saben que todavía estoy casada —reveló con la voz cargada de tristeza—. Hasta que no reciba noticias de la muerte de Thomas será imposible. ¡Y ni siquiera sé dónde está!

—Yo podría darle una dispensa legal... Las ventajas de ser el virrey —intentó justificarse risueño.

—No creo que pueda elaborar un certificado de viudez que convenza al obispo —replicó con pragmatismo—. Pero se me ocurre algo diferente: ¿y si unimos nuestras familias de otra manera?

—¿Cómo?

—Carmencita con mi hermano Jean Baptiste. Los hijos que tengan serán mis sobrinos y sus nietos, de esa manera nuestras sangres estarán ligadas para siempre. Mi padre lo había sugerido hace muchos años, medio en broma, medio en serio. Ahora me parece una excelente idea.

—Estoy de acuerdo. Mi única objeción es que ella es muy niña aún con sus quince años.

—Comprendo el punto, yo tampoco quería casarme joven —recordó con una sonrisa—. Carmencita tiene suerte de tener un padre que piensa en sus sentimientos. Podremos anunciar el compromiso y esperar un año más. No hay prisa.

—Entonces hagamos otra cosa para celebrar ahora.

—¿En público o en privado, Su Excelencia? —bromeó mientras se desprendía con lentitud las cintas que cerraban el escote de su vestido y lo miraba con las pestañas entrecerradas para que no hubiese duda de sus intenciones.

—Las dos —respondió sin vacilaciones y la acercó para besarla. El primero de muchos besos en esa noche.

La nueva realidad en la que vivía inmersa operó un cambio en la personalidad de Annette: reblandeció sus normas. Reconoció que cosas que antes le parecían inamovibles, como cuidar las apariencias o los valores morales, dejaron de importarle. Decidió que había pasado demasiados años de soledad junto a Thomas para preocuparse por la opinión de los demás. Lo único que pasó a tener valor en su vida era aquello que le daba felicidad. Lo primero en esa lista: estar rodeada de sus afectos. Lo segundo: pequeñas cosas que la hacían sentir bien. Como ayudar a quien lo necesitaba cuando fuese posible.

En el mundo medido con esa nueva escala de valores, volvía a su mente una y otra vez aquella joven que había acudido a ella diciendo ser socia de Thomas en un prostíbulo. Cada vez que recordaba la imagen de mujeres explotadas por su marido, Annette sacudía la cabeza para borrarla. Si su familia había vivido de los beneficios ganados con el cuerpo de esa muchacha y sus amigas, estaba en deuda con ellas. Recordaba su rostro golpeado y se arrepentía de no haber actuado de otra manera. Aunque la rabia de aquel momento la había impulsado a negarle ayuda, había decidido rectificar esa situación. Muchas veces se encontraba pensando en cómo habría enfrentado aquella pobre inglesa indefensa la nueva invasión. Tras la liberación de la ciudad le

pidió a su hermano que la ayudara a buscar la dirección del burdel. Jean Baptiste se la consiguió esa mañana y ella había enviado a un esclavo a la calle del Pecado con la tarea de encontrarla.

Tenía planeado darle una suma de dinero que le permitiera marcharse de la ciudad y empezar una nueva vida en otro lugar, donde nadie conociera su pasado. En Corrientes quizás, ella tenía familia allá. Su hermano Étienne y su cuñada podrían ayudarla si la enviaba con una carta de recomendación.

El esclavo acababa de regresar y Margot lo hizo pasar a verla.

—¿Y bien? —preguntó en cuanto lo vio.

—Lo siento, madame, pero no la encontré.

—¿Cómo que no la encontraste? ¡No puede haber tantas inglesas pelirrojas trabajando en un burdel en la calle del Pecado!

—No, no había ninguna.

—¿Buscaste bien?

—Sí, madame. Un vecino me dijo que la mancebía de las inglesas había cerrado y que se fueron de la casa. Nadie volvió a verlas por allí.

—¿A ninguna?

—No, nadita.

—¿Se mudaron? ¿Hay forma de saber dónde están?

—No, madame. Dicen que nadie volvió a escuchar nada sobre ellas. Desaparecieron.

Annette frunció la boca en un gesto de disgusto. Hubiera querido corregir su actitud del pasado y ayudar a ese grupo de mujeres, principalmente a Mary, quien la había asistido al dar a luz. Lamentó no poder hacerlo y le quedó un aguijón de incomodidad clavado en la conciencia ese tema.

Durante los primeros tiempos del gobierno de Liniers hubo alegría entre gran parte de los porteños. Fue una época de prosperidad económica, empujada por las mercaderías que los ingleses dejaron en Monte Video y pasaron a comercializarse libremente en ambos lados del río.

Eso mantuvo a mucha gente contenta, pero a la vez molestó al grupo que antes se beneficiaba con el monopolio español, entre ellos el alcalde Álzaga. Una vez dominada la amenaza inglesa, don Martín se convirtió en el peor enemigo del francés. Empezó a criticar las decisiones del virrey entre sus pares y, además, elevó quejas formales a España. El alcalde escribió al rey condenando la vida licenciosa del viudo, reclamando porque no ocultaba su relación escandalosa con su amante francesa.

El virrey ignoraba que existían conspiraciones en su contra. Él se dedicaba a gobernar esas tierras con fervor y dedicación, pero no contaba con experiencia ni recursos para atender las necesidades de la gestión de un territorio. Aunque había sido gobernador en las Misiones, él se sentía más cómodo con un arma en la mano frente al enemigo que redactando un decreto. Era un militar de carrera y de espíritu, bueno para dar batallas. Y para empeorar su situación, el rey Carlos IV cedió la corona a su hijo Fernando VII en marzo de 1808 y el nuevo monarca duró poco en el trono. Dos meses después fue tomado prisionero por Napoleón Bonaparte y reemplazado por su propio hermano, que reinó en España con el nombre de José I Bonaparte.

Aunque enseguida se formó en la península la Junta Suprema Gubernativa del Reino para defender los derechos del rey Fernando y los virreyes de las colonias debían responder ante ella para continuar ocupándose de los territorios ultramarinos como siempre, la situación no era fácil para Liniers. Su nacionalidad lo acercaba al enemigo. Unos meses después intercambió

correspondencia formal con el mismísimo Napoleón y esa fue el arma que usaron sus opositores en su contra para debilitarlo.

El descontento creció en pocos meses. Muchas voces lo acusaban de traidor. Las críticas contra el francés invasor de España se hacían extensivas al francés que detentaba el poder en el Río de la Plata. Liniers ignoró el malestar político y continuó su vida con normalidad. A fines de diciembre de 1808 preparó su uniforme de gala para la boda de su primogénita mujer. Desde que se anunciaran las amonestaciones en la iglesia sobre la unión de María del Carmen Liniers y Sarratea con Jean Baptiste Périchon y Vandeuil unas semanas antes, en la ciudad no se hablaba de otra cosa. Se especulaba mucho sobre los posibles festejos de la excéntrica pareja de amantes franceses, famosa por ofrecer lujosas recepciones. Cualquier motivo servía para organizar una fiesta, por lo que había mucha ansiedad y grandes expectativas en torno al gran día que uniría a familias.

Encargada de todo, Annette no defraudó a los curiosos. Se ocupó de los detalles del vestido de la novia, de dieciséis años: una delicada pieza de seda estampada con motivos de hojas en el mismo tono, con escote cuadrado, y un chal de gasa de seda; y para coronar la cabeza de Carmencita encargó un tocado de flores en forma de tiara. También supervisó los vestuarios de los hijos menores de Liniers y de los suyos, para formar un lujoso séquito. Y con su propio vestido deslumbró a toda la sociedad: un impactante diseño de seda color natural con una stampa floral en hilos de plata. La cola que arrastraba nacía desde un drapeado del escote en la espalda, donde también se enganchaban varias capas de encaje. Para completar, un nada discreto tocado de plumas y un chal de gasa. Cuando entró a la iglesia Nuestra Señora de la Merced nadie dudó de que esa dama ocupaba el lugar de virreina del Plata.

Su llamativa elección cosechó elogios y miradas de envidia. Annette estaba preciosa, a los treinta y tres años irradiaba tanta felicidad como la novia. Era un día especial para ella y lo demostró a su manera. Tras la ceremonia religiosa que unió a la joven Carmencita con su hermano, de veintiocho, ofreció en su casa un festejo digno de la hija del virrey.

Pavo, pato, liebre, perdices, cerdo y carne vacuna se sucedieron en las bandejas del comedor.

Antes se habían servido empanadas y para finalizar hubo una amplia mesa con dulces para elegir: delicias locales como mazamorras, arroz con leche, buñuelos con dulce de leche y pastelitos fritos se ofrecían junto a *crêpes* azucarados, *crème brûlée*, *éclairs* y otros sabores franceses.

Detalles de la celebración se repitieron gracias al boca en boca de los porteños durante días. Y se multiplicaron. Cada conversación le agregaba algo extra, por lo que los rumores crecieron y hasta se dijo que el banquete había durado varios días, como un festejo real. Semejante osadía, aunque falsa, fue la excusa que necesitaba Álzaga para envalentonarse y enarbolar la causa de defender el honor del rey: un virrey no podía querer estar a la altura de Su Majestad. Con arengas a sus seguidores sobre los gastos excesivos del festejo, que salían de los fondos del erario real, logró una importante manifestación de descontentos frente al Cabildo, donde se votaba la renovación de sus miembros, en la mañana del primer día de enero de 1809. Sus encendidas palabras en contra de Liniers lograron que los cabildantes aprobaran el pedido de destitución para el virrey y marchó hacia el Fuerte.

Las noticias del levantamiento de Álzaga se desparrramaron por la ciudad con la rapidez del viento. Annette se enteró casi de inmediato, porque Margot escuchó la novedad en el mercado y corrió a decírselo, y quiso dirigirse hacia la Plaza Mayor, pero su madre se lo impidió.

—¡Pero Santiago me necesita, madre!

—No, lo que el virrey necesita es la tranquilidad de saber que estás a salvo en casa. En este

momento debe ocuparse de resolver un gran problema, no puede pensar en tu seguridad si te paseas entre sus enemigos. Podría ser peligroso.

Aunque no le gustaba reconocerlo, su madre hablaba con la verdad. Su presencia no ayudaría a Liniers, y hasta podría perjudicarlo. Jean Baptiste le había contado sobre el encono del alcalde Álzaga y el uso de su relación amorosa en contra del virrey.

Carmencita, que vivía en la misma casa con su flamante marido y también estaba en la sala, comenzó a llorar al escuchar las últimas palabras de su suegra.

—¿Mi padre está en peligro, madame?

—No lo sabemos, querida —buscó tranquilizarla Annette con aplomo y la abrazó para consolarla.

—En este momento la mejor manera de ayudarlo es rezar —sugirió doña Jeanne poniéndose de rodillas, ante lo que su hija y su nuera la imitaron.

Enterado del reclamo popular, Liniers decidió renunciar a su cargo. Llegó a redactar un acta en su despacho, bajo la presión de los gritos en el exterior, y estaba a punto de bajar a la plaza a entregarla cuando llegó don Cornelio de Saavedra, jefe del Regimiento de Patricios, junto con más de un centenar de soldados armados. Se ubicaron frente a los portones del Fuerte, dispuestos a defender al creador de ese cuerpo militar, mientras su líder iba a hablar con el virrey.

—Buenos días, Su Excelencia —lo saludó Saavedra al ingresar a su despacho.

—Puede ahorrarse los formalismos y el título, comandante. Ya no soy el virrey.

—No estoy de acuerdo con eso, Su Excelencia. Usted fue nombrado por la Real Audiencia debido a sus méritos y servicios para estas tierras, que no han sido pocos. La envidia de sólo un hombre en una avariciosa búsqueda de poder no puede revocar aquello.

—No se trata de apenas un hombre. Hay muchos allí afuera.

—Son apenas los secuaces del alcalde.

—Me han dicho que Álzaga tiene el apoyo del obispo Lué.

—Y Su Excelencia tiene el del ejército. Los Patricios estamos aquí para defenderlo.

—No quiero generar un conflicto con la Iglesia.

—Por favor, no ceda. Se lo pido como amigo, don Santiago. Ha derrotado al poderoso ejército inglés dos veces. No se deje vencer por un truhan como Álzaga.

—¿Y qué propone?

—Que usted siga en sus funciones. Es lo que corresponde. Yo me encargaré de detener al irrespetuoso que se sublevó contra el representante del rey.

—¿No volverá a intentarlo?

—Creo que una orden de destierro podría impedirlo. Carmen de Patagones está muy lejos —sugirió con una suave sonrisa.

Con el poder otorgado a Saavedra para ocuparse de los revoltosos, nadie más se atrevió a atacar al virrey. La ciudad se tranquilizó y Annette pudo abrazarse esa noche al pecho del hombre que amaba, el virrey del Río de la Plata.

Apenas un mes después, en febrero, llegó desde España una carta que revolucionó la ciudad.

En cuanto la recibió, Liniers se marchó del Fuerte y apareció de manera sorpresiva en casa de Annette a la hora de la siesta. Y aunque muchas otras veces lo había hecho para románticos y arrebatados encuentros, esa vez en su mirada brillaba el orgullo más que la pasión.

—¡Annette! ¡Annette! ¿Dónde está? Venga deprisa —recorrió el patio llamándola a gritos.

—¿Qué ocurre? ¿Alguna mala noticia?

—¡No, todo lo contrario, mi querida! Tome, lea —le entregó una carta abierta, en la que la sorprendió reconocer en el lacre el sello de la corona española. Lo había visto antes, pero de lejos. Él nunca le mostraba la correspondencia real.

—¿Qué es?

—¡Lea, lea! —la apremió.

La Junta Suprema Gubernativa del Reino ha decidido premiar los méritos del mariscal de campo don Santiago de Liniers por su exitosa defensa de estas tierras del rey de España frente a los dos frustrados intentos llevados a cabo por los ingleses, y le ha concedido, en nombre del Rey nuestro señor don Fernando VII, la gracia de un título de Castilla, libre de lanzas para sus hijos, herederos y sucesiones.

—No comprendo, ¿qué significa? —dijo al terminar de leer.

—Me han otorgado un título nobiliario.

—¿De verdad? ¿Qué título?

—Tengo la facultad para elegirlo. Y creo que ya sé cuál será.

—¿Cuál? ¡Por favor, necesito saber!

—¿Qué le parece conde de Buenos Ayres?

—¡Conde! ¡Es maravilloso! —exclamó y saltó hacia él para abrazarlo—. ¡Mi adorado conde!

—murmuró entre besos y risas.

—No lo esperaba —confesó riendo él también.

—Pero es un justo reconocimiento, muy merecido.

—Siento que le debo parte de esta honra a usted, *ma chérie*.

—¡No! ¿Por qué? No fui yo quien libró aquellas batallas.

—Pero si no hubiera conseguido con Beresford la autorización para que yo entrase a la ciudad, desde donde evalué la situación y pude organizar el plan de contraataque, me hubiera visto obligado a una pequeña batalla frontal en la que me habrían destrozado. Por eso creo que su labor sí fue importante y merece compartir esta honra. Por lo que declaro que madame Marie Anne Périchon no sólo es mi virreina, mi amada y mi compañera, a partir de ahora también será la condesa de Buenos Ayres.

Santa María de los Buenos Ayres, enero de 1809

Panchita correteaba entre las mesas mientras su madre terminaba de acomodar los platos, las copas y los cubiertos encima. Aunque había una esclava que cocinaba y otra que se ocupaba del lavado de los trastes sucios, Jane en persona supervisaba a la moza que servía las mesas y cuidaba todos los detalles que daban un buen aspecto al lugar.

—Esa va a ser nuestra diferencia —le había dicho a Mary para hacer que invirtiera en telas para manteles y en floreros, junto con una buena vajilla, cuando la convenció para que alquilara una casa e instalase una posada con su herencia—. Podremos vivir de la renta de las habitaciones y el servicio de comidas para cenas y almuerzos. Sería ideal ofrecer un lugar más hogareño que la fonda de Los Tres Reyes, que está siempre llena.

—¿Crees que a los borrachos les importará la decoración?

—Ahí está la clave: no queremos ser un antro para borrachos, de esos hay muchos, sino una fonda con clase, con una clientela selecta.

—¿Quieres decir que rechazaremos algunos clientes?

—No, claro que no. Eso se decantará solo. Nosotras debemos ofrecer buen servicio, buena ambientación y buenos precios, no muy baratos. Una vez que nos conozcan, el buen público nos buscará.

Mary había seguido los consejos de su amiga. Alquiló el piso superior de una casa en la calle de Santo Cristo, a una cuadra de distancia de la posada de Los Tres Reyes, sobre la vereda que daba al río, y puso una fonda. El tiempo le hizo agradecer haber escuchado a Jane. El negocio marchaba muy bien y el boca en boca empezó a recomendar la pensión de mrs. Clarke, o de “Clara, la inglesa”, como les resultaba más fácil pronunciarlo a los criollos.

Los temores de Mary por la segunda invasión nunca se concretaron. La reacción del pueblo porteño esa vez había sido distinta, sin rencor. Quizás porque la segunda ocupación fue más corta, porque los esperaban preparados o porque hubo menos muertos, lo cierto es que nadie desquitó su rabia con los ingleses que vivían entremezclados con ellos. No hubo ningún ataque a la fonda de doña Clara.

Una mañana Mary se dirigía a su habitación para guardar las monedas que acababa de cobrar de dos pasajeros que habían partido tras una estadía de varios días cuando tuvo la extraña sensación de estar siendo observada. Se detuvo y miró a su alrededor pero no vio a nadie. Jane estaba en el comedor, terminando de supervisar los desayunos de los huéspedes y las esclavas en la cocina, preparándolos. Había visto salir a los dos esclavos varones con el carro, iban en busca de leña para el horno. Mary se ocupaba de las cuentas personalmente y guardaba las ganancias en un pequeño cofre en el fondo de un arcón a los pies de su lecho. Sólo ella tenía las llaves necesarias para abrirlos. Entró a su habitación y antes de que pudiera cerrar la puerta, sintió un empujón en la espalda que la hizo trastabillar y caer al suelo.

—Pero, ¿qué es esto? —alcanzó a preguntar sorprendida, creyendo que alguien había tropezado con ella sin querer. Hasta que se levantó y vio a un hombre de pie a su lado cerrando la puerta de su alcoba y se dio cuenta de que había sido intencional.

—Silencio —le dijo el desconocido. Y Mary obedeció. No recordaba haberlo visto antes, aunque hizo un esfuerzo en su memoria, buscando algún posible cliente del burdel que la hubiese reconocido y quisiera algo más que comida. Pero el hombre mostró otras intenciones—. Deme toda su fortuna, y no olvide las joyas.

—¿Qué? ¿Quiere robarme? ¡Ha enloquecido! No tengo fortuna ni joyas. Se equivocó de lugar, amigo.

—¡No me mienta! Vi cómo le pagaban hace un rato. Y sin duda cobra cantidades así a diario, ¡así que deme su fortuna!

—No cobro a diario, esos hombres se fueron después de una estadía de varios días. Además, tengo muchos gastos, la compra de los alimentos, el alquiler... ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué le doy explicaciones? ¡No tengo que darle nada! ¡Fuera de aquí! —exclamó enojada.

—No me iré sin cobrar, así que ahórrese los gritos —dijo con tono amenazante y la empujó contra una pared sujetándola por el cuello, lo que le impedía respirar con normalidad.

Asustada, Mary extendió un brazo en busca de algo para golpearlo. Lo único que alcanzó fue un perchero de pie del que colgaban varios sombreros. En su vano intento por tomarlo, sólo llegó a empujarlo. El perchero cayó al suelo y en su camino arrastró un jarrón, lo que provocó un gran estrépito.

Segundos después se abrió la puerta de la alcoba con otro estruendo.

—¿Necesita ayuda, miss? —preguntó un hombre muy alto desde el umbral y en cuanto vio la mano que apretaba el cuello de Mary, avanzó hacia ellos. El desconocido la soltó y ella gritó:

—¡Sí! ¡Este hombre quiere robarme!

—¡Fuera de aquí! —No dudó en acercarse al agresor y darle un puñetazo en el rostro. Algo aturdido, el ladrón sopesó la altura de su oponente y no intentó devolver el golpe: echó a correr.

Enseguida el recién llegado se volvió hacia Mary y cambió el idioma, pasando al inglés—. ¿Se encuentra bien?

Ella se había sentado para recuperar el aliento, y se masajeaba el cuello donde el hombre la había apretado.

—Sí, creo que sí —respondió con la voz rasposa y tosió.

—Yo creo que no, tome. —Se dio vuelta, sirvió agua de una jarra que había en una mesa, y le ofreció un vaso. Mary obedeció. Tomó, volvió a toser y se aclaró la voz.

—Gracias.

—No me agradezca. Iba por el pasillo, escuché el ruido de algo rompiéndose y no dudé: pateé la puerta. Lamento haberla destrozado.

—No se preocupe, hizo lo necesario. Ese desconocido me empujó para meterse aquí.

—Debería tener un arma para defenderse de maleantes como ese —sugirió—. Si quiere puedo ayudarla a conseguir una y enseñarle a usarla.

—¿De verdad están a su alcance? —demostró interés. Estaba cansada de sentirse indefensa ante extraños. No le parecía una mala idea ocuparse de su seguridad con sus propias manos.

—Sí, soy marinero, en mi barco hay una buena cantidad y no todas se aprovechan. Creo que el armero podría aceptar vender alguna si lo convengo de que es para la protección de una bella dama en peligro —terminó la explicación en tono lisonjero.

Mary estaba acostumbrada a las galanterías de los clientes y se consideraba inmune a ellas, pero el pequeño halago de ese hombre la hizo ruborizar. No por las palabras, sino por la forma en que la miró. Unos profundos ojos de un tono verde acaramelado se clavaron en ella con tanta intensidad que le provocó una extraña sensación en el estómago. Era la primera vez en su vida que sentía algo así. Ni siquiera O’Gorman le había provocado esa falta de aliento con una simple

mirada, recordó.

—Permítame presentarme —dijo él y se inclinó en una pequeña reverencia, pero sin despegar sus ojos de ella—, capitán de marina Thomas Taylor.

—¿Es inglés, capitán Taylor? —preguntó para distraerse, intentando no pensar en otro hombre que llevaba el mismo nombre de pila y no había dejado un buen recuerdo en su vida.

—Norteamericano, nací en Delaware, pero mi hogar está en el mar.

—¿Y piensa quedarse mucho por aquí? Lo escuché hablar español con el ladrón.

—Estoy anclado en esta parte del mundo desde hace varios años, con la corbeta *El cazador de Baltimore*. Me gusta el sur, y creo que podría gustarme todavía más, dada la actual compañía —remarcó con tono seductor.

Mary sintió que sus mejillas se encendían. Sin duda estaba coqueteando con ella. Y, para su sorpresa, todo eso le gustaba. Le gustaba el galanteo porque le gustaba el hombre que tenía frente a sí. Era muy alto, casi llegaba al dintel de la puerta, tenía el cabello castaño ondulado sujeto en la nuca, y una prolija barba oscura sobre los filos de la mandíbula. No parecía robusto, sino muy delgado. Los huesos de la clavícula asomaban por el escote abierto de su camisa y no llevaba chaqueta. Sólo la túnica suelta sobre un pantalón, y estaba descalzo. Eso llamó su atención.

—Acabo de notar que no trae calzado, ¿acaso pateó la puerta así? ¿No se lastimó?

—No, no se preocupe. Estoy acostumbrado. Muchas veces en altamar, cuando las botas se mojan, prefiero andar descalzo.

—¿Y camina así por las calles? —preguntó extrañada.

—No, no vine caminando, recién me levantaba. Me alojo aquí.

—¿Aquí? No recuerdo haberlo visto.

—Llegué anoche, mi nombre está registrado en el libro de visitas. Lo anotó una simpática joven de cabellos claros.

—Jane.

—Sí, miss Jane, había olvidado su nombre. ¿Y el suyo es?

—Mary Clarke.

—Debí suponerlo, por supuesto. Me habían recomendado la fonda de mrs. Clarke, pero no relacioné el nombre con su persona. ¿Debo entender que hay un mr. Clarke por aquí entonces? —preguntó simulando un profundo gesto sombrío.

—No, soy viuda —respondió sin explicar nada más.

—Excelente noticia —dijo con una sonrisa que agregó simpatía a su rostro, pero ante la cara de sorpresa de Mary se apuró a agregar una disculpa—. Lo siento, no quise decir que me alegro por su dolor, no la vi de luto y me confundí. En realidad, lamento su pérdida.

—No se preocupe. Fue hace mucho. Y ahora vayamos al comedor. Estoy en deuda con usted.

Como agradecimiento por haberme librado del intruso, permítame invitarlo con alguna especialidad de la casa. Le recomiendo los buñuelos de la negra Bertina, y puede acompañarlos con otra delicia local, el dulce de leche. O si prefiere, también puedo encargarme que le cocinen unos huevos.

—Acepto la oferta con una condición: que comparta la mesa conmigo.

—Así será —accedió con una sonrisa—. ¿Qué desea que le preparen?

—Sorpréndame con el menú. Cualquier cosa será mejor que las galletas húmedas que he estado comiendo a bordo en las últimas semanas.

Mientras hablaban llegaron al comedor. Allí le señaló una mesa libre y fue a la cocina a encargarse lo necesario para servirle. Aunque alquilaba la parte superior de un edificio, la amplia cocina con un horno de barro estaba abajo, en el patio. La negra Bertina se ocupó de poner en el

aceite hirviendo unas cucharadas de masa cruda que enseguida tomaron la forma de buñuelos y al sacarlos los espolvoreó con azúcar. Mientras Mary estaba preparando una bandeja con una buena porción de dulce de leche, otra de miel y un trozo de manteca, entró Jane.

—¿Tú misma en la cocina? —preguntó sorprendida—. ¿Quién se merece esa atención especial?

—Un hombre que acaba de romper la puerta de mi habitación para salvarme de un ladrón que quería robarnos.

—¡Oooh! ¿Estás bien?

—Sí, nada grave —contó lo sucedido un rato antes, mientras cortaba unas rebanadas de pan tibio de una hogaza que mantenían en la entrada del horno para que conservara el calor—. Pero mi salvador pudo espantarlo y huyó.

—Por tu mirada, deduzco que tu salvador no es un anciano ni un muchachito imberbe —comentó burlona.

—No tienes motivos para deducir tal cosa.

—Sí, tu dedicación para atenderlo es una clara sugerencia. Nunca te había visto preparar una bandeja con tanto esmero —rió sin pudor.

—¡Ay, Jane! ¿Es tan obvio que me gusta? —preguntó consternada.

—Sólo para mí, querida, no te preocupes —la reconfortó con un cariñoso apretón en su brazo—. Pero si acaso fuera tan obvio, ¿cuál sería el problema?

—Que casi no lo conozco.

—¿Está casado?

—No lo sé.

—¿Quién es?

—Un capitán de navío norteamericano. Dijo que llegó anoche y tú lo registraste.

—¡Oh, sí! ¡Claro que lo recuerdo! Un hombre muy alto que me pareció atractivo. Pero no pudimos hablar mucho porque Panchita lloraba y reclamaba mi atención. Así que hice que Gaspar le mostrara su habitación.

—Es difícil de olvidar cuando lo ves —confesó pensativa.

—¿Y qué haces todavía aquí perdiendo el tiempo conmigo? ¡Ve a desayunar con él! —sugirió con una carcajada señalando las dos tazas ubicadas en la bandeja junto a la tetera. La caída de Monte Video había permitido el arribo de mercaderías de todo tipo llevadas por los ingleses a ese alejado rincón del mundo. Mary aprovechó para comprar gran cantidad de hebras para té, una bebida que extrañaba, que tanto costaba conseguir por allí.

Con los buñuelos listos, llevó el desayuno a la mesa donde él ya estaba ubicado, quien galante se levantó para correrle la silla en cuanto la vio.

—Supuse que preferiría el té al mate cocido.

—Supuso bien, no logro acostumbrarme a ese falso té de color verde, es muy amargo —asintió—. También me gusta el café, pero aún no está muy arraigado el hábito de tomarlo por aquí. Cuesta conseguirlo.

—Tenemos granos para prepararlo y el molinillo necesario. Como pocos clientes lo beben lo hacemos por pedido. Me ocuparé de que mañana lo tengan listo para usted. ¿Hasta cuándo piensa quedarse con nosotros? —preguntó con genuino interés.

—Estimo que serán muchos días. Mi nave sufrió averías en una tormenta y debe ser reparada. Mis hombres se quedan viviendo a bordo, pero yo ya estoy grande, prefiero la comodidad de un lecho en tierra firme —comentó y mordió un buñuelo.

—No me parece un hombre mayor, capitán —se atrevió a decir, ante la falta de canas de él.

—En pocos meses llegaré a las treinta primaveras, y he pasado más de quince en el mar. Eso ya no es juventud.

—Yo diría que estamos en lo mejor de la vida —afirmó mientras lo observaba comer el último bocado de la masa frita untada con miel y luego lamerse los dedos pringados. No pudo evitar pasar la punta de la lengua por sus propios labios.

—¡Una delicia! Felicite a su cocinera —halagó la comida, alternando la vista entre la boca de ella y sus ojos verdes.

Mary asintió en silencio, porque la mirada de él la perturbaba tanto que temía que su voz temblara al responder y prefirió no hablar durante el resto del desayuno. Lo escuchó hablar de sus viajes con mucho interés, asintiendo con la cabeza cada tanto. Cuando el capitán terminó, se levantó y, ya más recompuesta, lo saludó:

—Le agradezco una vez más su intervención. Espero que su estadía con nosotros sea de su agrado. Si necesita algo, no dude en pedirnoslo, a mí o a Jane. Y ahora si me disculpa, debo ocuparme de hacer arreglar mi puerta.

—Lamento el desastre.

—No lo lamente. Yo no lo hago, porque gracias a eso lo conocí —respondió y se giró sin darle tiempo a decir nada más. Sabía que él la miraba mientras se alejaba, sentía los ojos clavados en su nuca. Intuía que más tarde iría a buscarla. Y la idea le gustaba.

—Debe quedar arreglada hoy, no podemos arriesgarnos a que el ladrón regrese —ordenó Jane al esclavo Pascual, ambos de pie frente a la puerta de la habitación con la cerradura rota.

—No tengo las herramientas necesarias. Cuando *misia* Mary vendió lo que había en el taller de don Rosendo, ¡vendió todo!

—¿Qué necesitas para componerla?

—No lo sé. Clavos y un martillo, para empezar. Madera y una pequeña sierra también.

—Pues ve al almacén de la calle San Nicolás, es a dos cuadras de aquí, y trae todo lo necesario. Te daré una nota que autorice que carguen lo que llesves a mi cuenta. No me siento muy bien y no podré acompañarte, me quedaré descansando.

El esclavo se sorprendió por esa muestra de debilidad de *misia* Jane, como todos la llamaban.

Ella nunca se quejaba por nada y jamás la habían visto ni un día en cama. Más allá de una gran resistencia física, tenía un espíritu que la hacía levantarse siempre, sin importarle el malestar o los dolores de cabeza que sentía con frecuencia.

El muchacho se marchó a cumplir el encargo y Jane se dirigió a su habitación para refrescarse el rostro. Se acercó a la mesita tocador, echó agua fresca de la jarra en la jofaina y mojó allí un pañuelo que pasó por toda la cara. Lo enjuagó y repitió la tarea un par de veces, pero la jaqueca no cedía. Decidió acostarse con el paño húmedo sobre la frente, pero al darse vuelta en dirección al lecho sintió que todo empezaba a girar a su alrededor y un velo negro se corrió sobre sus ojos como si fuese un cortinado que oscurecía su visión paso a paso. Dejó de escuchar sonido alguno, como si alguien le hubiera cubierto las orejas, y lo siguiente que sintió fue el piso de madera contra su espalda.

Panchita, dormida en su cuna en una esquina de la habitación, despertó con el estruendo del cuerpo cayendo al suelo, y comenzó a llorar. Con casi dos años, los llantos que la caracterizaran habían quedado en el pasado. Por eso a Mary, que estaba haciendo cuentas en su habitación, le llamó la atención la insistencia de los alaridos. Como no se calmaba, al rato fue a ver qué pasaba.

Quizás Jane estuviera ocupada en la cocina y no escuchaba a su hija.

Cuando entró y encontró a su amiga desmayada en el piso, no supo a quién socorrer primero.

Las miró a las dos y consideró que la palidez de la madre era más urgente, por lo que fue a arrodillarse a su lado y le tomó el pulso. Estaba débil, por lo que gritó llamando a Bertina, a Pascual y a los demás esclavos, pero ninguno apareció. Una vez más acudió en su ayuda el marino Taylor.

—¿Qué ocurre? ¿Regresó el asaltante? —se asomó por la puerta abierta.

—No, es mi amiga Jane, se ha desmayado. ¿Puede levantarla y ponerla en la cama?

—Por supuesto —respondió y actuó con rapidez, tomando a Jane entre sus brazos con facilidad—. ¿Algo más? Dígame cómo ayudarla.

—Pídale a Bertina, la esclava de la cocina, un frasco de sales. Y dígame que envíe a buscar al doctor O’Gorman.

—Sí, ahora mismo —respondió y salió corriendo.

Mary observó la piel descolorida de su amiga y sacudió la cabeza con pesar. No entendía lo que podría haberle ocurrido. Vio el pañuelo húmedo que Jane tenía apretado entre los dedos y lo tomó para refrescarle la frente, pero no la encontró caliente sino fría, y eso la preocupó más. No podía ayudarla hasta que llegara el médico, por lo que se dirigió a la cuna y levantó a la pequeña Panchita, que había dejado de llorar al verla. Con la niña en brazos, se sentó a esperar a O’Gorman.

Antes de la llegada del médico, Jane despertó e insistía en levantarse, pero Mary la había obligado a permanecer en el lecho.

—Estoy bien, fue apenas un desvanecimiento. Es normal.

—No, no es normal y tú lo sabes. Nunca te había pasado en todos los años que llevamos juntas, que ya son más de diez. Así que deja de decir eso.

La entrada del médico puso fin a la discusión. Mary salió de la habitación llevando a Panchita para dejarlos a solas. En el pasillo se encontró con Taylor.

—Me encuentro en la obligación de agradecerle otra vez. Hoy ha sido un día particular, no siempre hay tanto alboroto en esta casa. Le aseguro que suele ser una residencia tranquila. Gracias y disculpe por tanta incomodidad.

—No se preocupe. Y no se sienta obligada a retribuirme de manera alguna. Fue un placer poder ayudar. Espero que su amiga mejore. Ahora disculpe, debo retirarme a atender unos asuntos personales.

—Por supuesto. Vaya —lo despidió y bajó a dejar a la niña en brazos de una esclava. Quería estar tranquila para conversar con el médico sobre la salud de Jane.

—No he encontrado nada que me sugiera el motivo del desmayo —explicó O’Gorman a ambas amigas.

—Eso es bueno, ¿no? Quiere decir que ya me puedo levantar. Tengo muchas cosas que atender —anunció Jane incorporándose en el lecho, pero un súbito mareo la hizo volver a recostarse.

—Despacio —sugirió el médico—. Su salud muestra signos de debilidad. Que yo no encuentre la causa para el desvanecimiento no quiere decir que no exista. Esos dolores de cabeza frecuentes son una señal de algo. Debe descansar y comer más, ya que noté que el vestido le queda algo grande.

—¡Yo tenía razón! —anunció Mary triunfal—. Debes quedarte en la cama por el resto del día. Pero, ¿a qué dolores de cabeza se refiere, doctor?

—Nada grave —respondió Jane antes que el médico pudiera decir nada—. Sólo los tengo de vez en cuando.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—No tienen importancia.

—No eres tú quien debe decir eso, sino este hombre que para eso ha estudiado tanto —la regañó su amiga.

—Le dejaré un tónico para fortalecerla y una poción para los dolores. No abuse de ella y espero que pronto desaparezca todo malestar.

Cuando el doctor O’Gorman se marchó, Mary no tardó ni un segundo en poner límites a las tareas de Jane:

—A partir de mañana dejarás que Teresa se ocupe de atender las mesas ella sola, tú ni siquiera estarás paseando por el salón, porque siempre terminas ayudando. Sí puedes ocuparte de recibir a los nuevos huéspedes y hacer la lista de las compras, pero manda a alguien al mercado en tu lugar. Ya escuchaste las órdenes del médico. Debes descansar, así que dormirás una siesta por la mañana y otra por la tarde.

—¡Pero no puedo estar en cama todo el día! —se quejó.

—Lo harás hasta que te recuperes. No puedo dejarte trabajar como siempre si te sientes mal.

Así que tu gran obligación ahora es ponerte bien. Hasta entonces Zelmira se ocupará de Panchita.

Detrás del reto, Jane distinguió preocupación en la voz de su amiga, por lo que aceptó descansar más.

—Bien, tú ganas. Me tomaré un descanso, pero cuando cedan los dolores de cabeza volveré a todos mis quehaceres y no podrás detenerme.

—Trato hecho. Pero hasta entonces serás obediente y te cuidarás.

Con Jane en reposo, Mary tuvo más trabajo en los días que siguieron. Se ocupaba ella misma de supervisar el servicio en el comedor en cada comida, dirigía a la moza Teresa y corría a la cocina a cada rato.

A pesar del cansancio que le provocaban los quehaceres extra, cuando Mary se retiraba a su habitación cada noche no tenía sueño. Le costaba dormirse, no lograba apartar de su mente al capitán Taylor, aunque no había vuelto a verlo. Él no había regresado a dormir desde que saliera de la alcoba de Jane aquella tarde, aunque sus cosas todavía estaban en su habitación en la posada. Se preguntó si habría ido a visitar a alguna dama, dado que había mencionado asuntos personales por atender. *Eso no debería importarme, es apenas un huésped más*, se respondió a sí misma con una pizca de enojo por la ansiedad que le provocaba pensar en él. Buscó apartarlo de su mente peinando su larga melena rojiza, sentada en un banco frente al espejo, pero no lo logró.

Le había causado una profunda impresión ese hombre. Su simpatía, su labia, sus movimientos y su aspecto, tenía que reconocerlo, formaban un conjunto muy tentador. Casi no lo conocía, pero sin duda se trataba de un hombre sobre quien quería saber más.

La distrajerón unos suaves golpes en la puerta. El esclavo Pascual ya había arreglado la cerradura rota y además agregó un pasador por dentro, por lo que le llevó un buen rato abrirla. Al hacerlo, se encontró frente a frente con el hombre que hasta hacía instantes había ocupado sus pensamientos.

—Buenas noches, capitán Taylor —lo saludó.

—¿No va a decir “¡Qué sorpresa!”?

—No me gusta mentir.

—¿Quiere decir que soy tan predecible?

—Sólo diré que lo esperaba. Pase, capitán —lo invitó a entrar corriéndose a un costado y en cuanto cerró la puerta él se paró frente a ella y la miró a los ojos.

—“Capitán” es demasiado formal, dígame Thomas.

—Por favor, Thomas no. ¿Le molesta si le digo Tom?

—En absoluto, es como me decían de niño en mi familia. Me recuerda a una época de cariño que perdí hace mucho. Por favor, dígame Tom.

—Y tú dime Mary —replicó con una confianza inesperada. No había pensado en qué haría si él la buscaba y en ese mismo momento eligió dejar de planear. Siguió sus instintos, que sólo le pedían descubrir al hombre frente a ella. Sonrió, con una sonrisa que le nacía en el alma. Se sentía tranquila, y a la vez ansiosa por lo que vendría. Él sonrió también. Le acercó una mano a la mejilla y la acarició con los nudillos.

Mary contuvo la respiración con la boca entreabierta. El contacto le había acelerado los latidos del corazón. El toque de esos dedos era mágico. Lo imitó y llevó su palma abierta a la mejilla de él. El capitán frotó el rostro contra ella y después se giró para tocarla con sus labios. La besó de ambos lados y luego la tomó para tirar de Mary y pegarla a su pecho, mientras atrapaba su boca con la suya. Otro contacto mágico. Otra corriente poderosa.

Bocas, manos y pechos se unieron, convirtiéndose en uno. El ardor desatado entre los cuerpos les hizo arrancarse las ropas con desesperación antes de caer enredados en el lecho. Mary sentía la piel de él pegada a la suya y sus vellos se erizaban. El cálido aliento sobre su cuello la hacía gemir. Su boca recorrió ávida el pecho de él, deteniéndose a jugar en las costillas, en el ombligo y en los huesos de una cadera estrecha. Le acarició el miembro con la mano y el capitán también gimió.

—¡Te necesito ya! —exigió, y tomándola por la cintura la hizo ubicarse sobre él para un viaje único, novedoso, de descubrimiento. Descubrieron la fuerza de la pasión que encerraban sus cuerpos, que se multiplicaba miles de veces al liberarse junto a la persona que los complementaba.

—Eso fue maravilloso —logró decir Mary cuando su respiración se calmó, todavía recostada sobre el pecho de Taylor, donde había caído un rato antes—. Siento que fui hasta el cielo y acabo de bajar.

—Debo reconocer que fue algo muy especial. Tan especial que no quiero irme. Quiero quedarme aquí, dormir contigo, y al despertar repetir esta experiencia. ¿Puedo? —preguntó mirándola con un brillo intenso en sus ojos verdosos.

—Debes —fue su respuesta antes de acurrucarse junto a su pecho para abrazarlo y no dejarlo ir.

Las semanas siguientes fueron de gran actividad para Mary. Se ocupaba de sus tareas y de las de su amiga, y por las noches recibía al capitán Taylor en su lecho. El arreglo de su nave estaba tardando más de lo previsto y ellos aprovechaban la demora para disfrutarse sin descanso. Eso mantenía el corazón de Mary en constante vaivén. A su alegría por haber encontrado la felicidad en los brazos de un hombre que la amaba, se contraponía su preocupación. Jane empeoraba día tras día. Estaba cada vez más pálida y delgada. No tenía ganas de comer, y lo poco que ingería lo

devolvía. Desde hacía días no se levantaba de la cama. El doctor O’Gorman la visitaba con regularidad y esa mañana le reveló su preocupación.

—Me temo que la enfermedad de miss Grigg es grave.

Mary se cubrió la boca con la mano para contener el gemido de dolor que luchaba por brotar de su garganta. Sacudió la cabeza varias veces, en un vano intento por negar una realidad que ella no había querido ver.

—No, no puede ser.

—Lo siento. Está muy débil y sigue empeorando. Tiene un mal que corroe el cuerpo por dentro hasta dejarlo sin fuerzas. Lo he visto antes. Creo que no se recuperará. El final está cerca.

Las lágrimas asomaron sin control. Mary no podía imaginar sus días sin Jane, habían llegado juntas a esas tierras gracias al azar y se había convertido en su sostén en las difíciles situaciones que le tocó enfrentar, recordó con el alma rebosante de cariño.

—Debe haber algo, algún remedio que pueda ayudarla.

—Si existe, la ciencia aún no lo ha puesto a mi alcance. Sería bueno que miss Grigg deje sus papeles en orden, por su pequeña hija —sugirió.

—¡Panchita! —La mención de la niña renovó el sentimiento de desazón en el corazón de Mary. Era demasiado joven para perder a su madre. Ya había escapado una vez de la Casa de Niños Expósitos, la orfandad podría ponerla de nuevo en ese camino. ¿Acaso sería ese su inexorable destino? Más lágrimas le nublaron la vista. Amaba a la hija tanto como a la madre. No iba a permitir que esa beba quedase desamparada. Ignoraba si podría quedársela, pero estaba dispuesta a pelear por ella—. Yo me ocuparé de ese asunto, pero para eso debo hablar con Jane. ¿Ella sabe lo que va a ocurrir? ¿Se lo ha dicho?

—Lo intuía. Me lo preguntó y no pude mentirle. No podía darle falsas esperanzas.

Mary asintió en silencio, cargada de pena. Debía pensar cómo encarar la difícil conversación que le tocaría mantener.

Esa misma tarde, Mary entró a la habitación de Jane con dos tazas de té humeantes en una bandeja. Encontró a su amiga recostada en el lecho, con la vista perdida en algún punto más allá de la ventana.

—Permiso, ¿puedo pasar? Traigo té.

—Pasa, pero no quiero comer nada.

—Lo suponía, es sólo la bebida. ¿Qué estabas mirando?

—El río. Ese ancho río amarronado que se ha convertido en parte de nuestras vidas. Más allá de sus aguas opacas está el mar azulado, y detrás nuestra tierra. A veces pienso cómo hubiera sido mi vida si me hubiera quedado allá, en Inglaterra. Es agradable soñar que hubiera sido maravilloso, pero soy realista. Ya era prostituta y había pocas chances de que mi futuro mejorara. Por lo que, debo reconocer, fue una suerte terminar aquí. No reniego de todo lo vivido y de lo que hemos construido juntas.

—Creo que ambas estábamos predestinadas a llegar a la *Lady Shore* para encontrarnos. Nuestra amistad es lo único bueno que rescato de aquella travesía. Y además creo que todo lo que vivimos desde entonces nos ha transformado en esto, en dos mujeres capaces de sobrevivir a lo peor y zanjarse un nuevo camino.

—Tienes razón. Hemos logrado algo bueno. Lo único que lamento es irme tan pronto. —El suave murmullo de la voz de Jane no revelaba dolor, sino resignación. Al escucharla Mary se quebró.

—¡Lo siento! ¡Lo siento tanto! ¡No es justo que tengas que partir, querida amiga! —La abrazó llorando y se asustó por la extrema delgadez que ocultaba la ropa. Sentía los puntiagudos huesos

de Jane al alcance de sus dedos, marcando la piel. Eso hizo que la estrechara más fuerte.

—No quiero que llores por mí, quiero que me recuerdes con una sonrisa.

—No hables de eso, ¡por favor!

—Es que necesito que hablemos de lo que va a pasar. Yo me iré y necesito saber que te harás cargo de mi hija, que no la mandarás a esa casa para huérfanos, como quería tu marido.

—¡Cómo puedes pensar eso! Por supuesto que no la enviaré a ningún sitio. Se quedará conmigo.

—¿De verdad? —preguntó emocionada.

—¡Por supuesto! Siempre la cuidaré. Es parte de mi vida, parte de esta peculiar familia de tres: tú, yo y Panchita —aclaró su punto con una sonrisa húmeda, bañada por las lágrimas, y señaló la cuna en un rincón donde la niña dormía con placidez.

—Gracias, amiga. —Le sostuvo una mano entre las suyas, debilitadas, casi sin fuerza.

—No me agradezcas. Lo hago porque así lo dicta mi corazón.

El cielo encapotado, de un tono gris oscuro, ensombrecía aún más el alicaído ánimo de Mary al regresar del cementerio tras el entierro de Jane, una semana después. Sentía la soledad envolviéndola con una fuerza inusitada. Aunque tenía al capitán Taylor como compañero nocturno, y en ese momento caminaba a su lado ofreciéndole el sostén de su brazo, sabía que el marino pertenecía al mar. *Su barco lo llevará lejos de mí y tarde o temprano me encontraré sin su compañía. Deberé tomar fuerza de mi relación con él para recomponerme y continuar mi camino sola. Sola no, se corrigió a sí misma, con Panchita. Mi Panchita. Esa niña es ahora mía, mi responsabilidad. Debo hablar con un notario para arreglar la cuestión legal. Aunque deseé durante mucho tiempo ser madre, no esperaba alcanzar la maternidad de esta manera. Duele mucho perder a Jane. Te prometo, querida amiga, que haré todo lo posible para criar a tu hija, a nuestra hija, con tu recuerdo siempre presente entre nosotras,* le habló en su mente. Y hubiera seguido con sus devaneos, si no la hubieran distraído unos gritos mientras cruzaban la Plaza Mayor. Un pequeño grupo celebraba algo con exclamaciones ruidosas.

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán Taylor al pasar cerca de ellos.

—Han llegado noticias de España: el virrey Liniers acaba de recibir el título de conde. ¡Un merecido reconocimiento para quien nos libró de los malditos ingleses! —contó el hombre, sin reconocer el acento extranjero de su interlocutor, ni reparar en la blanca piel con pecas de la pelirroja a su lado.

Enseguida se acercó otro festejante a los gritos.

—¡Viva el conde de Buenos Ayres! ¡Viva! —celebró, para agregar más datos—. Lástima la mujer que eligió.

—¿Qué quiere decir?

—Que el flamante conde pide que traten a su amante como condesa.

—¿Y eso está mal? El hombre es viudo y puede llevar su vida como más le guste —sugirió Taylor conteniendo la risa.

—No es lo correcto, la Perichona sigue casada con otro.

—¿Perichona?

—¿No ha escuchado el apodo? Así le dicen muchos. Lo que ocurre es que la dama tiene humos...

—¿Humos? —no comprendió la frase.

—Delirios de grandeza. A la francesita le gusta el poder y sentirse superior. Dicen que por las

noches se pone el uniforme de él. Los esclavos la han visto pasearse así. Ya se siente virreina, ¿ser también la condesa de Buenos Ayres le da un prestigio único!

Mary escuchaba en silencio todo el diálogo. Hablaba muy bien el español, pero no quería que su acento revelara su origen. Recordó a esa mujer que le había negado su ayuda cuando más la necesitaba y sacudió la cabeza. Revisó sus sentimientos y descubrió que no la odiaba. Sintió pena por ella. Una mujer que buscaba el reconocimiento de los demás a través de un título sin duda no era feliz. Ella, que acababa de perder a su mejor amiga y sufría una gran infelicidad, en ese momento se sintió más dichosa que la dama poderosa: ella tenía algo maravilloso por qué luchar.

Al llegar a su casa subió corriendo a la alcoba de Jane y tomó a la niña de la cuna tratando de no despertarla. La llevó a su propia habitación y la acostó a su lado en la cama.

La abrazó, la besó en la frente y lloró, estaba decidida a adoptar legalmente a Panchita. Iba a convertirla en su hija. Iba a convertirse en madre.

Santa María de los Buenos Ayres, junio de 1809

Estaba apagando las velas de su alcoba ella misma. A Annette le gustaba hacerlo con la tijera despabiladora, que cortaba el pabilo y guardaba las cenizas en una cajita adosada en el extremo, todo en un mismo paso. Dejaba que los esclavos se ocuparan de las del resto de la casa, pero en su intimidad lo hacía ella con ese fino artilugio de plata, flamante regalo del virrey. Desde que recibiera el título nobiliario junto con una importante cantidad de tierras y la cifra de cien mil reales de vellón de pensión anual, Santiago la colmaba de regalos.

Terminó de apagar los candelabros y se metió en la cama, desde donde sopló la palmatoria en la mesita a su lado. Era una de las pocas noches en las que dormiría sola. Un esclavo le había avisado que el virrey debía quedarse en el Fuerte hasta tarde para resolver ciertos asuntos y quizás terminase a la madrugada, por lo que iría directo a su casa. La sorprendió, pero entendió que debía ser algo de gran importancia dado que su hermano Jean Baptiste, edecán de Liniers, tampoco había regresado.

Le costó dormirse sola en el frío lecho en esa noche de junio, pero finalmente el sueño la alcanzó. No sabía cuánto había dormido cuando sintió que alguien la sacudía. Abrió los ojos y distinguió a su amado con un candil en la mano.

—Qué agradable sorpresa, venga —tendió un brazo hacia él, todavía adormecida.

—Annette, tenemos que hablar.

—Quiero que me abrace —dijo corriendo las cobijas para que se acostara a su lado.

—No, no puedo, ahora no.

—¿Por qué no?

—Porque tenemos que hablar.

—Hablemos mañana, ahora es hora de abrazarnos. Y quizás de algo más —sugirió seductora.

—Después, primero hablemos.

—¿Ahora? Es tarde, hace frío, nada mejor que este lecho tibio para espantar los problemas y borrar esas arrugas de la frente —insistió.

—Por favor, *ma chérie*, es importante. —Apartó las mantas con un gesto de hastío y el frío, sumado a la sorpresa, la obligó a levantarse. Se envolvió con un chal de lana encima del camión y se sentó a los pies de la cama.

—¿Qué ocurre? Me estoy preocupando. ¿Es algo grave?

—Sí, lo es. Empezaré por el origen del problema. Hace un tiempo se comunicó conmigo un hombre, un tal Burke, que me dijo que mi amante fue espía de los ingleses durante las invasiones.

—No es cierto —afirmó incómoda—, Thomas lo era. Yo no.

—¿Y por qué inventaría algo así?

—Supongo que por despecho, no quise acostarme con él —reveló.

—Comprendo —soltó exhalando con fuerza—. Dijo que hará público este hecho en breve.

—Lo negaremos.

—No es tan sencillo. Será un arma más para mis enemigos. Y eso es sólo una parte de lo que ocurre: me he enterado de que hay planes para reemplazarme. Un nuevo virrey está en viaje desde

España. No tardará mucho en llegar.

—¿Quééé? ¡Eso no es posible! Si le acaban de dar un título extra como agradecimiento. No, no, no, debe ser un error —pronunció con el ceño fruncido.

—Lamentablemente, el dato es confiable. Parece que mis enemigos lograron sembrar la semilla de la duda entre los miembros de la Junta en España y mi nacionalidad hace que teman una alianza con el emperador Napoleón. No hay nada que podamos hacer para modificar eso.

—Oooh, me da mucha pena —murmuró con los ojos llenos de lágrimas—, lo siento mucho, *mon amour*. Pero nos acostumbraremos a los cambios, será una vida con menos responsabilidades y...

—No he terminado aún —la interrumpió—. En cuanto cesen mis funciones, sin duda el nuevo virrey recibirá la denuncia que la acusa de ser espía inglesa.

—¡No! —exclamó con un quejido corto y seco.

—Me temo que sí.

—¿Hay algo que podamos hacer para impedirlo?

—Una sola cosa.

—¿Cuál?

—Huir.

—¡El virrey y conde de Buenos Ayres no puede huir de su ciudad!

—Yo no me iré, usted sí.

—¡No me marcharé sola!

—Es la única posibilidad para que no la apresen.

—No me importa ir presa, ¡no me iré sin usted! —gritó en medio de las lágrimas.

—Debe hacerlo.

—¡¿Por qué?!

—Porque me preocupa su seguridad. Mis enemigos van a usar nuestra relación contra mí. La atacarán para alcanzarme, esta es la única solución que encontré: se irá a la corte portuguesa.

—¿A Río de Janeiro? —lo miró extrañada.

—Sí, el nuevo virrey español no tendrá poder para alcanzarla allí.

—Parece que ha pensado en todo —lo acusó con sarcasmo.

—Sí, estuve muchas horas hasta llegar a armar este plan. Se irán lo antes posible, hay una nave que parte en dos semanas. Jean Baptiste se ocupará mañana de reservar los lugares en secreto, esperamos que el capitán acceda a llevar tantos pasajeros.

—¿Tantos? —repitió.

—Además de sus hijos y su madre, por supuesto, la acompañarán su hermano y Carmencita.

—¿Quiere que nos vayamos todos?

—Es por seguridad. Temo por todos los franceses de mi familia que queden aquí, crece el odio contra el emperador.

—¿Y sus otros hijos? —se preocupó por los más pequeños.

—Estarán bien con sus abuelos maternos, los Sarratea y Altolaguirre son una familia criolla de importancia. Pero Carmen, en cambio, es esposa de un francés.

—Como todos nosotros —subrayó Annette y calló, intentando asimilar lo que él había dicho. Eran demasiadas novedades, demasiados cambios en su porvenir.

—Lo siento.

—Yo también, pero podremos superarlo. ¿Cuándo se nos unirá en Brasil?

—No lo sé —respondió taciturno.

—Pero irá pronto, ¿no es así?

—Lo intentaré —aseguró, pero sin convicción.

—¡Prométame que lo hará o no iré! —lo amenazó.

—¡No está en condiciones de amenazarme, Annette! —exclamó perdiendo la paciencia por primera vez—. ¡Parte de esta situación es por las acusaciones en su contra!

—¿Y ahora las cree?

—¡Sí! ¡No! ¡No lo sé! ¡Ya no sé qué creer! Lo único que sí sé es que debe irse lo antes posible.

—¡No está en condiciones de ordenarme qué hacer! ¡Le recuerdo que no es mi marido!

—Pero todavía soy el virrey y si no acepta embarcar de buen modo, me veré obligado a mandarla al exilio mediante un documento oficial.

—¡No se atreverá a expulsarme de estas tierras! —lo desafió enojada.

A lo que él respondió atrapándola entre sus brazos para un prolongado y ardiente beso que interrumpió poco después. Con la respiración todavía agitada la miró a los ojos cargado de tristeza y afirmó:

—Le aseguro que lo hago para protegerla porque la amo.

Y salió de la habitación.

A media mañana del día siguiente apareció Jean Baptiste con un sobre en la mano y se lo tendió a su hermana.

—Lo siento —fue todo lo que dijo, conocedor del contenido.

Ella leyó en silencio. Era, tal como lo temía, una orden del virrey que la enviaba al exilio.

Saber que la intención de él estaba fundada en su amor no la alivió. Por más que apretó los párpados para contener las lágrimas, el dolor creciente las multiplicó hasta hacerlas desbordar.

Con ayuda de su madre, en los días que siguieron logró organizar todo lo necesario para la partida. Se llevarían a los esclavos, por lo que organizó cerrar la casa porteña. Del campo en las afueras, y de cualquier otro asunto pendiente, se ocuparía un apoderado, el doctor Vicente Echevarría.

Una semana después, con los preparativos en marcha, Jean Baptiste llegó con una noticia inesperada:

—Dice el capitán de la nave que no podremos llevar más que seis baúles. Ha recibido una carga extra inesperada y no tiene lugar en la bodega de la nave.

—¡Eso es imposible! Tenemos al menos una docena. Somos siete personas, además de la ropa blanca y lo imprescindible para la casa.

—Intenté convencerlo pero fue inútil. Es un hombre terco.

—¡No será más terco que yo! Estoy perdiendo lo más importante de mi vida en este viaje, ¡mi corazón! ¡No voy a dejar también mis otras cosas! Llévame a verlo ahora mismo —pidió, y Jean Baptiste no pudo negarse.

Una hora después entraba escoltada por su hermano en una fonda que no conocía, aunque estaba ubicada en la misma calle que la famosa posada de Los Tres Reyes, a apenas tres cuadras de su casa. Caminó tras él hasta una mesa, donde estaban almorzando dos oficiales con uniforme de la armada española y un hombre con una elegante chaqueta gris. Los tres se pusieron de pie cuando Jean Baptiste y Annette se detuvieron a su lado.

—¿El capitán de la nave que zarpa la semana próxima? —preguntó mirándolos a todos.

—Soy el capitán Rosales. Supongo que me busca por lo del equipaje, pero ya le dije a este joven que hubo un error sobre la capacidad disponible. No pueden llevar más que seis baúles.

—Eso es inaceptable, tengo muchas cosas para transportar —afirmó altanera.

—En mi nave los pasajeros no pueden poner condiciones.

—Le comunico que no voy a dejar mis pertenencias. Eso está fuera de discusión. Dígame cuánto me costará llevar todos mis baúles y terminemos con esto. Estoy muy ocupada y no puedo perder el tiempo.

—¿Estás sugiriendo que este asunto puede resolverse con monedas? Me ofende...

—No puedo ocuparme de sus reacciones, capitán. Supongo que si se destinó el espacio en la bodega a otra cosa debe haber sido porque alguien cobró por ello. Puedo pagar más y no me iré hasta resolver esto. ¿Cuánto? —insistió mirándolo a los ojos.

—Le sugiero que acepte, amigo, el joven que la acompaña es el edecán del virrey Liniers —reveló el tercer hombre en la mesa.

El capitán abrió los ojos sorprendido. No había entendido quién era la dama que debía llevar, ni su relación con el poderoso francés. Al reconocer el acento de ella, sus mejillas enrojecieron por su estupidez anterior.

—Lo siento. No había comprendido... —intentó explicarse pero cambió de idea. Sólo lograría empeorar su situación. Agachó la cabeza y asintió en silencio.

—Creo que la dama ha ganado, capitán, y deberá llevar hasta el último de sus petates —sugirió riendo y luego se giró hacia ella—. Permítame presentarme: Thomas Taylor, encantado de servirla.

—Muchas gracias por su ayuda, señor Taylor. Muchas gracias a todos. Nos veremos en su barco muy pronto, capitán —se despidió y se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar se interpuso una mujer en su camino.

Annette la observó, estaba bien arreglada, bien peinada, con un vestido elegante pero sin abrigo ni sombrero, parecía estar en su casa. Se paró frente a ella con las manos juntas sobre la falda, en distinguida actitud. Aunque reconoció un rostro familiar de inmediato, no lograba ubicarla. Hasta que lo hizo. Al instante las mejillas de Annette enrojecieron por la vergüenza.

—¿Me recuerda? ¿Podemos hablar? —pidió Mary.

—Yo... ¡Lo siento tanto! Siento mucho no haberla ayudado en aquella ocasión. Me arrepentí de mi actitud y envié alguien a buscarla, pero no había nadie en la casa, no pudieron localizarla.

—Me fui de allí. De la casa y de la calle del Pecado. Para siempre —explicó con tranquilidad.

—Lamento mucho lo que hice. Mi reacción cuando escuché la verdad sobre Thomas fue horrible, no supe lidiar con eso.

—No es necesario que me pida disculpas. Aquello quedó en el pasado.

—¿No me guarda rencor? —preguntó sorprendida.

—No, porque si hubiera accedido a darme protección y enviarme clientes hoy yo seguiría en aquel mismo sitio. En cambio, su negativa me obligó a salir de allí y buscar un nuevo camino. Fue difícil, pero no me fue mal, este es mi nuevo negocio —señaló con una mano hacia su alrededor.

—¿De verdad?

—Sí, ¿no sabe el nombre? La fonda de “Clara, la inglesa”. Ahora me llaman así y quisiera pedirle que no revele a nadie mi identidad.

—Por supuesto que no, su secreto está seguro conmigo.

—Cuando quiera la invito a almorzar aquí, será bienvenida.

—Le agradezco mucho la intención, pero estoy de partida. Por eso vine a hablar con el capitán del barco.

—A su regreso entonces.

—Ignoro cuándo será —reveló con melancolía—, pero acepto su oferta. Muchas gracias. Espero que volvamos a vernos.

La partida, prevista para el amanecer, se había demorado debido a la niebla que cubría las aguas del río. No era seguro moverse dentro de esa espesa nube, había decidido el capitán. El retraso llevó esperanzas al corazón de Annette. Santiago no había ido a despedirse de ella. Ni a su casa ni al puerto. Había embarcado cargada de pena, y esos últimos momentos de espera le devolvieron la ilusión. Pero fue en vano. Con el sol ya alto y asomando detrás de la bruma, el barco comenzó a alejarse de la costa sin noticias del virrey.

Aferrada a la borda, observó la ciudad empequeñecer hasta perderse en la distancia. Sus hijos, a su lado, reían y hacían bromas sobre las aguas opacas, emocionados por la aventura del viaje.

Doña Jeanne y Margot intentaban calmarlos. No era el primer viaje de ellas y sabían lo que les esperaba por delante. Cuando los tres se distrajerón con un marinero que ostentaba su destreza para hacer nudos con los cabos de las velas, su madre se acercó a Annette.

—No debes llevar tu pena contigo. Deja todo lo que te acongoja aquí, arráncalo de ti.

—Madre, no quiero hablar, por favor.

—Hablar es bueno, permite sacar el dolor de adentro del alma.

—Todavía no puedo hablar de esto.

—Pero si lo intentas...

—No —afirmó con una frialdad poco común en ella—. Aún no.

Se alejó sin más. No estaba lista para hablar porque no sabía qué decir, porque ella misma no comprendía lo que estaba viviendo, cómo había llegado hasta esa situación. Se estaba alejando del hombre que amaba por orden de él, quien le decía que la echaba por su propio bien. La explicación podía tener sentido, pero la realidad era muy dolorosa. Y, a pesar de las palabras de Santiago, la hacía dudar de su amor.

Cada ola que el barco atravesaba sobre las aguas ponía más distancia entre ellos. La apartaba de su amor, de la tierra donde ambos eran felices, amos y señores de todo. Admirados, respetados, venerados. No lograba imaginar cómo sería su vida en una corte extranjera, sin aliados, sin amigos, sin Santiago.

Pensaba en él y le dolía el pecho, con tanta fuerza que le costaba respirar, pero a pesar de eso no conseguía llorar. Estada herida, pero también enojada. Lo culpaba por enviarla al exilio. Por no haberse despedido de ella. Por no haberla escuchado. En otras palabras, por no haber cumplido su voluntad.

Los sonidos de la navegación la envolvieron. Las olas, el viento, el golpeteo del casco. Miraba el río y el cielo de manera alternada, intentando hallar una respuesta, pero la naturaleza no se la dio.

Un breve consuelo llegó de forma inesperada muchas horas después, de manos de su hermano.

Cuando ya estaban en alta mar, Jean Baptiste le dio una carta de Liniers. El virrey se la había entregado con instrucciones de ocultarla hasta que estuviesen lejos de la costa, para que ella no tuviese chance alguna de convencer al capitán para regresar.

Mi muy querida Annette

Lamento profundamente las circunstancias de esta partida abrupta. No me animé a mantener esta conversación en persona porque temí que al tenerla en mis brazos brotara de mi corazón el impulso de no soltarla, de no dejarla ir lejos de mí. Nunca. Y eso no hubiera sido correcto. Esta era la única alternativa para mantenerla a salvo y libre, para que podamos reencontrarnos algún día.

Espero que sepa comprender y perdonar el dolor que nos estoy causando a ambos con esta separación. Pido a Dios que termine pronto.

Mi amor la acompaña siempre.

Suyo

Santiago

Las letras tuvieron el mágico poder de liberar su pena y permitirle llorar. Inagotables lágrimas se apoderaron de ella, pero no le brindaron alivio. No alcanzaron para arrancar las espinas de dolor de su corazón.

Río de Janeiro,

julio de 1809

La familia real portuguesa se había trasladado a Brasil en 1808 para escapar de las tropas de Napoleón, que pretendían apresar a los Braganza y reemplazarlos en el trono, como habían hecho en España. Ante la demencia de la reina María I, su hijo, el príncipe João, fue nombrado regente y decidió el traslado de toda la corte a la colonia. Lo siguieron más de quince mil súbditos, además de sus hijos y su esposa, la princesa Carlota Joaquina, quien también era infanta española: hija del rey Carlos IV de España y hermana mayor de Fernando VII. Una vez instalados en Brasil, la princesa decidió reclamar el trono de su padre y con la excusa de proteger los derechos legítimos de la familia real, pretendió tomar a su cargo las colonias españolas en América. Tenía el sueño de coronarse como reina del Plata. Algunos independentistas criollos, como Pueyrredón, Paso, Castelli y Belgrano, apoyaron su propuesta; lo veían como una posible vía hacia la liberación.

En Río también había una importante presencia inglesa. Aliados de Portugal, los británicos apoyaban la independencia de las colonias españolas por las grandes ventajas que les traería el libre comercio con la región. Y allí operaban en busca de su objetivo. El ministro inglés lord Strangford se había ganado la confianza de la princesa, y según se decía también un lugar en su lecho, y le hacía creer que apoyaba su plan de ser reina española en América, pero en realidad luchaba por la liberación de las colonias.

A ese escenario cargado de intrigas y luchas por el poder llegó Annette con el alma repleta de pena en el invierno de 1809. Se instaló en una cómoda casa de dos pisos en la *rua do Ouvidor*, no muy lejos del palacio real de Boa Vista, en el barrio de San Cristóbal. El calor agobiante que tanto molestaba a los europeos recién llegados, a ella le encantó. Le recordaba a su tierra natal, al igual que la densa vegetación y los sonidos de la fauna tropical que rodeaba la ciudad. Pero si bien el entorno la ayudaba a olvidar su dolor, la falta de respuesta directa a las cartas que le había enviado a Liniers la atormentaba. Él prefería resolver algunos asuntos pendientes de cuestiones domésticas, como el destino de un esclavo de ella que había quedado en su casa, a través del apoderado de ambos, el doctor Vicente Echevarría. No sabía cómo interpretarlo. Liniers había afirmado que la quería y que la enviaba lejos para su protección, pero la ausencia de una despedida le había causado un dolor muy profundo que le costaba perdonar. Ni un beso, una palabra o un gesto de aliento para llevar en su memoria consigo al exilio.

Para olvidar sus penas, se volcó a su nueva meta: ayudar a los ingleses en su lucha por la independencia del Río de la Plata. Poco después de su llegada a Río de Janeiro, Annette había sido contactada por un poderoso ministro inglés instalado allí. Lord Strangford le dijo que conocía los servicios prestados por su marido a la corona de Su Majestad británica y la animó a que ella hiciera lo mismo. Inglaterra esa vez apoyaba a quienes peleaban por la independencia de las colonias, por desprenderlas de España. Una vez liberada Buenos Ayres, podría regresar a la ciudad que la había acogido durante más de diez años, le aseguró.

Annette había evaluado el pedido con cuidado. No le estaba pidiendo que conspirara contra

Santiago, ya que el ex virrey se había retirado de los cargos públicos y vivía en Córdoba, en Alta Gracia, donde había elegido las tierras que acompañaban su título, según ella sabía gracias a don Echevarría. Sólo debía respaldar a quienes luchaban por un nuevo modelo. Al debatir sobre el tema con su hermano, Jean Baptiste la convenció de que le convenía tener un aliado poderoso como lord Strangford en esa ciudad extraña, donde no conocían a nadie. Por lo que Annette aceptó la misión. Su tarea, ser anfitriona en reuniones proindependentistas, no le resultaba difícil.

Entre sus invitados frecuentes estaban Juan Martín de Pueyrredón, viudo de su amiga Lolita, Manuel Belgrano, Saturnino Rodríguez Peña, exiliado allí desde que traicionara a Liniers en la fuga de Beresford, y otras caras conocidas.

Pensaba que esa sencilla actividad no le causaría problemas en la corte portuguesa, pero su cercanía con lord Strangford había provocado los celos de la princesa Carlota. Distanciada desde hacía años de su marido, la soberana no aceptaba competencia en el terreno amoroso. No toleraba las miradas de admiración que su amante inglés dedicaba a la francesita. Por lo que decidió sacársela de encima recurriendo a sus poderes: encargó al embajador español, el marqués de Casa Irujo, que le concediera a madame Périchon un pasaporte para regresar a Buenos Ayres.

Todos estaban al tanto de la orden de destierro y también del deseo de Annette por regresar.

Recién llegado a esa corte, el español quiso congraciarse con la anfitriona y accedió. Tres meses después de su llegada a Brasil, el embajador le otorgó un permiso para volver a tierras españolas.

El corazón de Annette latía de prisa cuando su hermano llegó con la novedad y el ansiado documento firmado. Organizó el viaje de vuelta con la esperanza de reencontrarse con Santiago lo antes posible. Soñaba con vivir con él lejos de las intrigas políticas de la ciudad. Establecerse en Córdoba no le parecía una mala idea. No dudaba de que la recibiría con los brazos abiertos.

Con ayuda de lord Strangford consiguió embarcar a fines de septiembre, junto con toda su familia, en una nave inglesa que iba hacia Buenos Ayres, la *Essex*. Unas semanas después se encontró navegando otra vez por aquellas inconfundibles aguas amarronadas, con el relieve de la ciudad marcando sus formas chatas, sin torres, contra el horizonte.

Sabía que Santiago ya no era virrey, por lo que no podía volver a echarla, pero su orden todavía estaba vigente. El permiso del embajador servía para que ella llegara hasta allí, pero los formalismos marcaban que debía solicitarle al nuevo virrey que revocara la prohibición. Envío el pedido junto con la carta del marqués de Casa Irujo, pero el virrey lo desestimó. Cisneros estaba en guerra con Liniers: le había ordenado que viajase a España a rendir cuentas por haber recibido a un enviado de Napoléon. Pero el francés no pensaba obedecer. Se consideraba un héroe del ejército español, con rango suficiente para desafiar cualquier investigación en su contra. *¡Que la hagan a distancia!*, había respondido ofuscado. Él no iba a presentarse ante una corte peninsular en esos días de inquina contra todo lo francés.

El nuevo virrey vio una forma de vengarse del anterior, manteniendo a su famosa amante alejada de allí. Y ordenó que Annette no podía pisar suelo español. Creyó que eso sería suficiente para hacerla regresar a la corte portuguesa, pero tuvo una sorpresa.

—No me iré.

—¿Qué quiere decir? El virrey no le ha dado permiso para desembarcar, sigue estando desterrada —le explicó el capitán de la nave inglesa su situación cuando llegó una nota de Cisneros con la novedad.

—Entiendo lo que eso significa, pero me quedaré aquí hasta que cambie de opinión.

—¿Aquí dónde?

—Aquí en su nave, en la *Essex*.

—Como guste. Planeamos una estadía de varias semanas. Espero que disfrute de las comodidades a bordo hasta que le otorguen ese permiso.

Pasaron las semanas y el permiso no llegó.

Annette ocupaba gran parte de su día escribiendo cartas, pedidos de ayuda para conocidos, pero nadie tenía ascendencia suficiente sobre el nuevo virrey como para hacerlo cambiar de opinión. Tampoco consiguió que Liniers le respondiera directamente. Él se mantenía al tanto de la situación de ella a través de Echevarría, pero no le escribió. Annette, por su lado, se enteraba de las novedades en la vida de él por Carmencita. Sabía que estaba bien, pero poco más.

Haciendo un esfuerzo para controlar la impaciencia, Annette y su familia permanecieron en la nave *Essex*, fondeada frente a Buenos Ayres. ¿Hasta cuándo pensaban quedarse allí? Hasta que el virrey cambiase de idea.

Cuando se acercaba la Navidad, con la ayuda del doctor O’Gorman, Annette consiguió un permiso especial para que desembarcara madame Jeanne.

—Mi madre es una persona mayor, que ha visto su salud muy afectada por tanto trajín. No puede seguir viviendo así —le había dicho durante una visita del médico para revisarla y él estuvo de acuerdo en ocuparse del asunto.

La despedida no había sido muy emotiva, porque Annette estaba segura de que iban a reencontrarse poco después, pero en cuanto su madre se fue, empezó a extrañarla. No sólo su compañía, sino también sus consejos. Carmencita era todavía muy joven, al igual que sus propios hijos, y Jean Baptiste no servía como consejero. Él le sugería regresar a la seguridad de la corte portuguesa, tal como había planeado Liniers para protegerla. La sensatez de su hermano le impedía comprender el motivo por el cual ella insistía en quedarse allí: el amor.

En el mes de enero de 1810 el virrey se cansó de tener a la amante de su antecesor de vecina sobre el agua y no quiso ver más su barco cada vez que se asomaba a las ventanas del fuerte, por lo que envió una nota al capitán ordenándole que abandonase el puerto de Buenos Ayres con su carga indeseada. El inglés no se sentía cómodo por obedecer a un español, pero era la excusa que necesitaba para salir de esas aguas. Llevaba meses esperando una resolución, ya que lord Strangford había puesto la nave a disposición de esa francesa. El mandato directo le serviría como pretexto: eligió marcharse para evitar un conflicto entre países aliados.

Derrotada y abatida, Annette vio la costa porteña alejarse una vez más.

*Río de Janeiro,
abril de 1810*

A la princesa Carlota le aburría la música. Estaba acostumbrada a los conciertos en la corte desde niña, pero no le gustaban. Cada vez que podía se escabullía durante un rato con algún pretexto.

Esa tarde, mientras una orquesta de instrumentos de viento tocaba en un salón de paredes doradas en el palacio de Boa Vista, luchaba para evitar que sus ojos se cerraran. Utilizó su abanico para cubrirse la boca y antes de que terminara la pieza se levantó sin dar explicaciones a nadie. Se sentía con derecho a hacerlo, como princesa y esposa del príncipe regente. Marchaba hacia una sala cerrada cercana para usar un orinal. Su marido prefería hacer sus necesidades en público, sin necesidad de ocultarse, en donde estuviera. Ella, en cambio, hizo un gesto a dos damas de compañía para que la siguieran fuera de allí. Siempre la ayudaban con sus faldas en esas ocasiones. Al doblar en un pasillo, apurada, la princesa Carlota se encontró con madame Périchon y lord Strangford. Él sujetaba la mano de la francesa entre las suyas y la sostenía contra su boca

cuando se vio obligado a soltarla para dar paso a la princesa. La incomodidad del diplomático inglés fue tan evidente como la llama de rabia en los ojos reales.

—Lo siento, Su Majestad —se disculpó él.

Carlota Joaquina Teresa Cayetana de Borbón y Borbón y Braganza no dijo nada, pero el destino de Annette quedó sellado con su mirada.

Unas semanas después llegaron noticias de la revolución rebelde en el Plata. Fue la excusa que la princesa necesitaba para liberarse de la mujer que odiaba. Ordenó a su secretario, José Presas, que hiciera una lista de todos los que conspiraban contra la corona española en su corte y se la llevó a su marido, el príncipe João, diciéndole que eran traidores de la monarquía y que había que encerrarlos a todos.

El nombre de Marie Anne Périchon estaba entre ellos, con pedido de prisión. Otra vez el galante lord Strangford acudió en su rescate. La embarcó, junto con su familia, en la fragata *Steady* con rumbo a Buenos Ayres. En ese momento los amigos independentistas de Annette estaban en el nuevo gobierno, por lo que ninguno de los dos tuvo dudas de que la dejarían desembarcar.

*Aguas frente a las costas españolas, al sur de Brasil,
junio de 1810*

Su amplia experiencia a bordo la había convertido en una experta ante los cambios del mar.

Annette sabía que cuando se formaban pequeñas crestas de espuma sobre las aguas, acompañadas por una espesa bruma que mojaba el rostro y las manos, pronto habría tormenta.

Había acertado su predicción varias veces y esa tarde también. En pocas horas el viento cambió, alejó la bruma e instaló un manto de oscuros nubarrones en el cielo.

La fragata se zarandéó sobre las olas. La mayoría de las velas fueron arriadas pero un par quedaron atascadas, luchando contra las intensas ráfagas. A pesar de los intentos de la tripulación por evitarlo, el *Steady* se acercó a la costa en una zona llamada Punta Piedras. Las formaciones rocosas asomaban sobre la superficie, y el casco de madera no resistió las embestidas. Se averió y el agua empezó a inundarlo. Al mismo tiempo el viento hinchó las velas, empujándolas hasta quebrar el palo, que cayó con gran estruendo, haciendo volar astillas por el aire.

—¡Abandonen la nave! ¡Todos a los botes!

La orden del capitán retumbó en el cerebro de Annette y le provocó lágrimas de impotencia.

Sentía que no podía ser verdad. El barco en el que viajaban se iba a hundir. Estaba a apenas unos días de alcanzar su meta, a punto de cumplir el sueño de volver a ver a Santiago. Tan cerca y, a la vez, tan lejos.

—¡Debemos irnos, madame! ¡Madame Périchon! —escuchó que la llamaban y golpeaban la puerta de su cabina y reaccionó. Sabía que sus hijos varones estaban con Jean Baptiste. Ella sujetó a María Micaela y a Carmencita, cada una enganchada en un brazo, y salió a la cubierta a enfrentar la tormenta.

Empapados y con algunos golpes, los pasajeros y los tripulantes del *Steady* llegaron a la costa.

Los botes de madera que llevaban en la nave los habían salvado. Los marineros habían remado con gran esfuerzo para hacerlos avanzar entre las olas agitadas y habían alcanzado la orilla.

Cuando sus pies tocaron tierra firme, Annette abrazó con fuerza a sus hijos, mientras las lágrimas se apoderaban de ella. Se habían salvado por poco. Vio algunos restos de la nave

flotando a la deriva, arrastrados por la corriente e imaginó que podrían haber sido ellos. La recorrió un estremecimiento. No podía irse de este mundo aún. Le quedaba mucho por hacer.

Esa noche durmieron todos en la playa, acurrucados debajo de unos árboles para protegerse de la lluvia.

Por la mañana dos grupos de marineros salieron a explorar la zona en busca de ayuda. Otros buscaron algo con qué alimentarse o agua dulce, pero no tuvieron suerte. Al atardecer el desánimo se había apoderado de todos. Débiles y sedientos, cada uno intentó dormir asomado a sus propias pesadillas. La mente de Annette no hallaba descanso. *No podemos terminar así. No es justo. No es justo para mis hijos. ¡Por favor, Señor! , se volvió hacia Dios por primera vez en mucho tiempo. No te pido por mí, sino por ellos. Yo elegí este camino, soy artífice de mi destino, pero ellos no tienen culpa alguna. Se vieron obligados a seguir mis pasos. Por favor, evítales este sufrimiento, ¡sálvalos, te lo suplico!*

Rezó un rosario tras otro, toda la noche, repitiendo sus plegarias. Al amanecer cayó rendida por el cansancio. Unas horas después la sacudieron las manos de María Micaela, de trece años.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Despierte! Los exploradores regresan a buscarnos con caballos, ¡nos hemos salvado!

Los marineros habían encontrado un pequeño poblado español, Valizas, y los soldados del lugar salieron a rescatar al resto de los naufragos. Les ofrecieron asilo en el fuerte y en las casas de los pobladores.

—Han tenido suerte —les informó el capitán de la guarnición—. Esperamos la llegada de una nave inglesa dentro de algunas semanas. Ellos sin duda accederán a llevarlos.

Annette no consideraba que pudiera llamarse “suerte” a un naufragio, pero calló. Saber que pronto podría continuar viaje era una buena noticia.

Con ayuda de los habitantes locales se pudieron recuperar algunos de los baúles de los pasajeros que la marea llevó hacia la orilla. No todo se arruinó, y tras lavar con agua dulce la ropa empapada por el mar, los integrantes del clan Périchon tuvieron con qué vestirse. Llevaban en Valizas un par de semanas cuando llegó la nave inglesa que esperaban, pero se dirigía al norte.

Annette se negó a regresar a Brasil. Explicó a su capitán que no podía volver a la corte dada la aversión de la princesa Carlota hacia su persona, y le entregó una carta para lord Strangford. En ella solicitaba a su protector que la ayudara a llegar al Río de la Plata.

El poder del diplomático y su buena predisposición hacia madame Périchon quedó a la vista de todos al cabo de un mes: la goleta *Misletoe* llegó a buscar a los naufragos para que continuaran su marcha hacia el sur.

Bajo el mando del capitán Robert Ramsay, la nave avanzó sin contratiempos y el corazón de Annette se aceleraba ante la cercanía de su reencuentro con Santiago. Llevaba un año sin verlo.

El tiempo y la distancia le habían hecho perdonarle todo. Desde la orden de exilio hasta su silencio epistolar. Lo único que le importaba era volver a abrazarlo.

Una tarde Ramsay la encontró llorando, con la vista fija en el horizonte, pero sin posibilidad de disfrutar del paisaje por causa de las lágrimas. Ese llanto silencioso lo conmovió.

Imaginaba que sus pasajeros eran miembros de una familia inglesa poderosa, para lograr que alguien moviera una nave de guerra por ellos, pero no sabía mucho de su pasado.

—¿Se encuentra bien, madame O’Gorman?

—No —reveló con sinceridad a ese desconocido.

—¿Quiere que la deje sola?

—Ya que lo pregunta, creo que no. He estado sola demasiado tiempo.

—Tengo entendido que viaja con sus hijos.

—Sí, y de ellos tomo fuerzas cada día para continuar. Pero todo lo demás es muy difícil. —Se deshizo en lágrimas de conmiseración por sí misma. Había llegado al límite de su capacidad de resistencia frente a los demás y desahogarse con un extraño fue un gesto tan espontáneo como beneficioso.

Durante más de una hora le contó al capitán Ramsay los pormenores de su relación con el anterior virrey del Río de la Plata, su exilio, su capacidad para perdonarlo y sus ansias por reencontrarlo.

—A veces la distancia ayuda a ver las cosas con mejor perspectiva. Quizás eso le permita, en el futuro, recordar el destierro con añoranza.

—Admiro su optimismo, capitán, pero este período de infortunios y peregrinaciones marítimas quedará registrado en mi memoria como el más triste de mi vida.

—Es comprensible, dado todo lo que vivió. Pero piense que pronto llegará a su fin. Ya pasamos Colonia del Sacramento, estamos muy cerca.

—¡Barcos en el horizonte a nuestra proa! ¡Están fondeados!

El grito de un marinero llamó la atención del capitán Ramsay, que corrió a buscar un catalejo y se sorprendió por lo que vio: tres naves españolas bloqueaban la entrada al puerto de Buenos Ayres. Se aproximó con la intención de pasar entre ellos con su pequeña goleta, pero las troneras de la fragata *Mercurio* se abrieron para revelar las bocas de decenas de cañones.

Inglaterra y España se habían unido en la lucha contra Napoléon. Ramsay no entendía que una nave de guerra de una nación aliada se aprestara para atacarlos. Decidió continuar, hasta que una bala de cañón se hundió muy cerca de su flanco derecho y le demostró que los españoles tenían órdenes de no dejar pasar a nadie.

El mar se convulsionó cuando la munición cayó al agua a escasa distancia de la *Misletoe* y todos a bordo sintieron las sacudidas. Annette gritó ante el estruendo y abrazó a su hija. Ese viaje se había convertido en una odisea.

Ramsay dudó. Si continuaba podían destrozarlo con facilidad en pocos minutos. Pero no continuar significaba rendirse. Esa palabra no estaba en su vocabulario. Decidió atravesar el bloqueo, tras mandar señales de sus intenciones. Esperaba que el capitán español no arriesgara la paz entre dos naciones por una simple goleta extranjera que entraba al puerto.

Tal como el capitán inglés predijera. El *Mercurio* había mandado un aviso lanzando una bala cerca, aunque no apuntó al blanco. El capitán español no se animó a desatar una guerra contra Inglaterra, lo que habría ocurrido con absoluta certeza si averiaba una nave oficial de la flota británica. Por lo que la pequeña goleta se abrió paso entre los galeones fuertemente armados y llegó a su destino.

Annette no pudo contener las lágrimas cuando reconoció el relieve de la ciudad donde tantas alegrías había vivido, y donde esperaba vivir muchas más. No dudaba de que sus amigos independentistas, a quienes había recibido tantas veces en su casa en Río de Janeiro, iban a revocar la orden dictada en los días del virrey. Pero el barco fondeó y no llegaron noticias sobre su pedido de amnistía.

Pasaron los días y Annette empezó a preocuparse. Le escribió a su apoderado para que averiguara por qué se demoraba el trámite. Escribió unas líneas a don Juan Larrea, quien le había alquilado su casa durante su ausencia y era miembro de la Junta de gobierno, pero no obtuvo respuesta. Escribió también a Belgrano, a quien había alojado en Brasil, con idéntico resultado.

El silencio la desesperaba. No podía entender por qué la ignoraban todos.

Hasta que un día, en septiembre, el capitán Ramsay bajó a tierra y al regresar fue a verla a su cabina.

—Traigo noticias, madame.

—¡Dígame ya, por favor! ¿Sabe cuándo podré abandonar esta nave?

—Todavía no me han informado sobre ese permiso, pero hay otro asunto importante que debe saber.

—¿Qué puede ser más importante que torcer mi desgraciado destino?

—Debe saber el motivo del silencio ante sus cartas. Nadie quería revelarle la verdad a la distancia. Y nadie quiso venir a decírselo en persona.

—¿Qué verdad? ¿A qué se refiere, capitán?

—A algo que supe hoy en la ciudad: el general Liniers fue ejecutado por orden del nuevo gobierno.

Las palabras atravesaron su corazón como el filo de una daga, causándole una punzada avasallante. Fue lo último que sintió antes de caer desmayada en brazos del capitán.

Santa María de los Buenos Ayres, junio de 1809

El último comensal se había retirado del comedor y Mary lanzó un suspiro. El negocio marchaba bien. Zelmira había aprendido a ocuparse del salón en los cuatro meses transcurridos desde la muerte de Jane. Panchita ya no despertaba llorando por las noches llamando a su madre, la llamaba a ella. Las agujas del reloj se movían como siempre, el calendario avanzaba y, de a poco, todos se iban acostumbrando a la nueva rutina. Aunque en su corazón cada tanto latía una punzada de dolor por su amiga. La extrañaba, echaba de menos las charlas que solían mantener.

Estaba pensando en qué le diría Jane sobre su idea de alquilar la planta inferior de la casa para ampliar el negocio, cuando la sorprendió un crujido del piso de madera a sus espaldas. Antes de que pudiera girarse dos manos la rodearon desde atrás sobre la cintura y sintió la presión de un cuerpo junto al de ella. Iba a gritar y estaba buscando con la mirada algo con qué pegarle al intruso cuando escuchó una voz junto a su oído.

—No sabía que se podía extrañar tanto a alguien como te he extrañado a ti.

—¡Tom! —se giró sin soltarse del abrazo para quedar pegada a él y echarle los brazos al cuello—. ¡Yo también te he extrañado!

No pudo decir nada más porque la boca de él cubrió la suya y la absorbió en el comienzo de un beso exigente, demandante, cargado de deseo contenido.

—¡Oh! Vengo deseando hacer esto desde hace semanas. Soñaba con esos labios húmedos y revivía el recuerdo de tu boca dulce, pero saborearla en persona es mucho mejor.

—¿Cuándo llegaste?

—Recién, acabo de bajar de la nave y corrí hacia aquí. Ni siquiera traje mis petates. No sabía si te encontraría disponible.

—¿Disponible? No comprendo.

—Temía que no estuvieras sola. A una mujer tan bella no debe costarle encontrar compañía. Y no soportaría quedarme en tu posada para verte junto a otro. Por el beso que me acabas de devolver, estimo que no es esa la situación, pero necesito tu confirmación. Dímelo, ¿sigues sola?

Mary lo observó pensativa antes de responder.

—No estoy sola —dijo después de unos momentos.

—Oh, no. Me temía algo así —murmuró con gesto apenado, pero sin soltarla—. Pero no me voy a resignar, voy a luchar por tu amor, para tenerte conmigo para siempre. Estos tres meses a bordo fueron los más extraños de mi larga vida como marinero. Amo mi trabajo, pero estaba distraído, me la pasaba pensando en ti y en regresar a tu lado. Por eso te pido, en nombre de lo que tuvimos hasta mi partida, ¿podrás darme una nueva oportunidad? ¿Podrías dejar a quien esté en tu vida?

—No voy a dejar a quien está en mi vida, porque me refería a Panchita. La he adoptado y soy su madre no sólo en el día a día, sino también en los papeles. Ahora se llama Francisca Johnson —reveló con una sonrisa que sugería que se había estado burlando de él.

—¿Quiere decir que no tienes a un hombre a tu lado?

—No, tú fuiste el último que estuvo en mi lecho.

—¡No sabes el alivio que me causa escuchar eso! —exclamó levantándola en el aire para dar una vuelta sobre sí mismo con ella pegada a su pecho—. Quiere decir que puedo esperar que me mantengas ese privilegio.

—¿Qué privilegio?

—El de ser el único en tu cama, en tus días y en tus noches. En tus sueños y en tus despertares. El que te cuida y te ama. Y yo seré eso mismo para ti. ¿Quieres ser mi esposa?

El sentido discurso la dejó sin palabras. Lo había extrañado mucho durante su ausencia. Había pensado en él cada día, pero sabía que su vida de marino le impedía cualquier compromiso. Él mismo se lo había aclarado al partir. Pasaba poco tiempo en cada puerto, por lo que no podía ofrecer ni exigir compromisos. El cambio profundo en sus sentimientos y el pedido de matrimonio se contradecía con todo aquello y le acercaba una chance de felicidad con la que no se había animado a soñar. Con miedo en su voz y todavía sorprendida, respondió:

—Sí, claro que quiero.

Un beso intenso, apasionado, subrayó el compromiso y fue el prelude de una tarde inolvidable, en la que ninguno durmió la siesta. Los cuerpos ardientes confirmaron lo que las palabras prometían: se pertenecían.

—Tuve mucho miedo —reveló Taylor al atardecer, acariciando los cabellos de ella, desparramados alrededor de la cabeza que descansaba sobre su pecho desnudo.

—¿De qué?

—De llegar y encontrarte casada con otro. De perderte para siempre. Esa idea me enloqueció durante semanas. Fue cuando me di cuenta de que quería tenerte conmigo. Y casarnos es la mejor forma de asegurarme de ello.

—¿Quieres que nos casemos porque eso te da seguridad? ¿Para tenerme bajo control? —preguntó molesta por las palabras de él.

—¡Claro que no! ¡Quiero casarme contigo porque te amo, Mary! ¿Acaso no he sido claro? La posibilidad de perderte me hizo darme cuenta de cuánto vales para mí. ¡Eres lo único que importa, lo que le da sentido a todo!

—Bien, eso sí es un buen motivo. Pero hay algo que quizás olvidas: Panchita siempre estará conmigo.

—Claro, lo suponía. No me molesta. Me gustaría ser su padre también.

Mary decidió que no se había equivocado al aceptarlo. Ese hombre la amaba y amaría a su hija. Y, lo más importante: ella lo amaba también. Volvió a acurrucarse entre sus brazos y disfrutó de esa inesperada felicidad que asomaba en su vida. Esa vez no temió perderla. Sentía que se la merecía.

La boda fue sencilla, aunque el marco resultaba imponente. El altar dorado, las ricas imágenes, los frescos en el techo y el interior de la cúpula de la iglesia de la Merced eran más de lo que Mary hubiera deseado, dado que quería respetar el luto por Jane. Pero era el templo más cercano a su casa. Así que allí se casaron, en la más absoluta intimidad. Sólo los acompañaban dos testigos, el doctor O’Gorman, que había accedido con una sonrisa al pedido, y un marino amigo del capitán Taylor. Ella todavía llevaba una banda negra en un brazo, sobre la manga de un sencillo vestido azul en señal de luto, pero la felicidad que irradiaba su rostro compensaba cualquier sobriedad. La embellecía, un signo evidente de cómo se sentía.

*Aguas frente a Buenos Ayres,
septiembre de 1810*

Annette pasó varios días en la cochera de su camarote, sin levantarse, luego de recibir la noticia de la muerte de su amado. Repasó en su mente una y otra vez los sucesos que le explicó el capitán Ramsay, ante la insistencia de ella. Poco después de enviarla al exilio, Liniers había entregado el control del virreinato al recién llegado Baltasar Hidalgo de Cisneros y se había retirado a Córdoba, a las tierras recibidas como parte de su título de conde. Llevaba una vida tranquila como civil, hasta que en el mes de mayo, al enterarse de la revolución que atentaba contra los derechos del rey de España, se ocupó de organizar una contrarrevolución. En un mes reunió seiscientos hombres, armados con fusiles y lanzas, pero cuando en junio llegó desde Buenos Ayres el ejército rebelde con más de mil hombres, muchos cordobeses desertaron.

Liniers quedó con menos de doscientos milicianos en sus huestes y decidió marchar a Salta para armar una nueva ofensiva junto al virrey del Alto Perú, José Fernando de Abascal. Mientras marchaban al norte, una partida de militares porteños bajo el mando de Francisco Ortiz de Ocampo salió detrás de ellos con la orden de la Junta de apresar a los líderes de la contrarrevolución. El 5 de agosto llegó una nueva orden: “arcabucearlos”. El 6 de agosto capturaron a Liniers, pero Ortiz de Ocampo había servido bajo sus órdenes en las invasiones inglesas, por lo que se negó y decidió enviar al prisionero a Buenos Ayres. La Junta se asustó al recibir la noticia. No sólo los dejaba mal parados que el ejército se negara a obedecer sus órdenes, sino que temían la reacción del pueblo al ver al héroe de la Reconquista prisionero.

Querían evitar que llegara a la ciudad. El 18 de agosto la Junta reiteró la sentencia por escrito.

Moreno envió a Castelli, junto con Domingo French y Nicolás Rodríguez Peña, a interceptar a los líderes realistas y fusilarlos. Moreno le dijo a Castelli que si sus hombres no se animaban, iría él mismo a apretar el gatillo. Sabía que muchos se resistirían y así fue. Cuando el 27 de agosto se formó el pelotón de fusilamiento frente al ex virrey Liniers, algunos soldados dispararon al aire.

Fue French quien dio el tiro de gracia al francés. Después Castelli ordenó enterrar los cinco cadáveres juntos en una zanja.

A pedido de Annette, Ramsay no le había ahorrado detalles. Necesitaba conocer toda la información, aunque le estrujara las entrañas.

Ella había escuchado, antes de partir de la corte lusitana, que el ex virrey encabezaba un movimiento de realistas que luchaba contra la revolución de los rebeldes y que la Junta había ordenado detenerlos. Pero no imaginaba que el pedido incluyera el fusilamiento. Lamentaba haber estado tan cerca y a la vez tan lejos de su amado. Lamentaba no haber llegado a tiempo para despedirse de él. Lamentaba la ausencia de un último beso. Porque no era tan ingenua para creer que ella hubiera podido salvarlo. Descubrió que sus conexiones, que alguna vez había creído valiosas, no servían para nada. Ni siquiera para permitirle regresar a su hogar. Sentía que había sido apenas un peón en un inmenso tablero de ajedrez. *¡Cuán equivocada estuve al creerme una reina en ese juego! Ni siquiera fui una virreina real, sólo para los ojos de Santiago, se lamentó. En caso de haberlo encontrado a tiempo le hubiera suplicado que huyera, que huyéramos juntos. Pero, conociéndolo, mi general nunca hubiera accedido. No hubiera abandonado su deber. Era un hombre leal a Su Majestad, un militar valiente. Hubiera luchado incansable por sus ideales hasta el final, como lo hizo. ¡Ay, Santiago! ¡Mi querido Santiago! No puedo recriminarle por no cuidarse. Así era usted. Así lo amé. Así lo amaré siempre.*

El duelo fue largo y penoso, amplificado por el dolor del encierro a bordo. Aun después de saberse que conocía la noticia, Anne no fue autorizada a desembarcar.

El 23 de octubre, apiadado por el sufrimiento de esa mujer que se había convertido en su amiga, el capitán Ramsay escribió una carta de carácter oficial al presidente de la Junta de gobierno local, don Cornelio de Saavedra.

Después de la introducción de rigor, del *racconto* de la desgraciada historia de Annette, y del pedido para dejarla habitar en la ciudad, el capitán culminaba con unas palabras piadosas: (...) *hace un año que anda errando de un lugar a otro. Ha naufragado y ha padecido otros males que suelen acompañar a los desgraciados. El hombre puede superar sus desgracias con medidas enérgicas. Pero una pobre mujer arrojada a la piedad de un mundo insensible es el ente más desgraciado y destituido que puede imaginarse.*

Vuestro Obediente Servidor

Capitán Robert Ramsay,

al servicio de Su Majestad Británica

Quizás por piedad ante quien fuera la amante de un amigo, o por vergüenza ante las palabras del inglés por su falta de empatía con una dama desamparada, Cornelio de Saavedra reaccionó ante ese pedido. Diez días después llegó a la *Misletoe* una comunicación que autorizaba el desembarco de los viajeros. Sin embargo, el permiso imponía una condición: *que Madama O'Gorman no fije residencia en la ciudad, sino que se retire a su chacra para guardar circunspección y retiro, que observará por sí misma.* La orden la convertía en prisionera en su propia casa, pero sin custodia de ningún tipo. Annette suspiró al escuchar las circunstancias que se le imponían, pero no lo juzgó tan grave. Abrazó a sus hijos y a Carmencita, que vestía luto igual que ella, y ordenó que todos se prepararan para bajar a tierra, para empezar una nueva vida.

Por su parte, decidió que acataría la orden de exiliarse en el campo, pero antes de partir tenía una idea dando vueltas en su mente que esperaba poder concretar.

El sol apenas había asomado en esa mañana cuando unos golpes en la puerta de la habitación de Mary la despertaron. Estaba profundamente dormida. La noche anterior se había quedado despierta hasta tarde, disfrutando de un prolongado encuentro amoroso. Observó el atractivo rostro de Taylor, que todavía dormía plácido a su lado, y agradeció a la vida por la felicidad que le estaba regalando. Después de tantas penurias, sentía que era una merecida revancha. Otro golpe en la puerta la distrajo de sus pensamientos. Se puso el camisón para cubrir su desnudez y se levantó a abrir.

Una esclava le dijo que la buscaba un emisario que no había golpeado a la puerta de entrada sino que había llegado saltando por el paredón trasero del patio, y que traía un mensaje oral que sólo transmitiría a ella en persona. Con curiosidad, se vistió apurada para bajar a recibirlo.

Un esclavo joven la esperaba en la cocina, saboreando uno de los panes recién horneados por la negra Bertina. Se levantó apurado al verla y le pidió que hablaran a solas. Sorprendida por tantos cuidados, Mary lo llevó al patio, donde el muchacho por fin reveló su misión.

—Me envía *misia* Périchon, dice mi ama que necesita verla. Que recuerda que recibió su perdón y que por eso se atreve a pedirle este favor, ya que ella no puede andar por las calles de la ciudad, por prohibición del gobierno.

—¿No explicó para qué? —preguntó sorprendida.

—No, sólo me dijo que viniera al alba, porque era muy importante, y para que no me vieran. ¡Eso me recuerda otra parte del mensaje! —agregó golpeándose en la frente—. Casi lo olvidaba. Dijo mi ama que si puede debe evitar que la vean, y que entre por la puerta lateral, no por la del frente.

La última parte del pedido descolocó a Mary. Es cierto que ella había perdonado de verdad el destrato sufrido por parte de Annette, ya que eso la había obligado a abandonar su vida en el prostíbulo, y además sentía curiosidad por saber qué quería hablar con ella tan importante

personaje, pero que le recomendara usar la puerta de servicio no resultaba halagüeño.

Finalmente, la intriga por saber de qué se trataba pudo más que su orgullo y despachó al muchacho diciéndole que iría esa misma tarde.

Eligió la hora de la siesta para realizar la visita. El clima agobiante de comienzos de enero despoblaba las calles y le aseguraba la discreción pedida por la anfitriona. No se cruzó con nadie en el camino, y sólo el sonido de unas cigarras anunciando más calor la acompañó durante las tres cuadras que separaban su fonda de la casa de los Périchon.

Encontró abierto el portón lateral que daba a un cobertizo y entró por allí. En la cocina, donde no había fuego encendido, halló a una esclava que la hizo pasar a una pequeña sala, con las cortinas y las ventanas cerradas.

—Le avisaré a madame que está aquí —dijo y la dejó esperando.

Pocos minutos después, Annette entró con paso apurado y avanzó hasta muy cerca de ella, para tomarle una mano entre las suyas.

—Muchas gracias por acudir. Temía que no lo hiciera, porque si bien dijo que me perdonó, todavía recuerdo lo mal que me comporté aquella vez. La vergüenza sigue pesando en mi conciencia.

—No se preocupe, aquello quedó atrás —respondió con corrección, pero retiró la mano.

Todavía no sabía por qué la había convocado a esa reunión la dueña de casa.

—Y lamento haberle pedido que entrara por la puerta trasera. No pude explicarle a través del esclavo que eso no significa un destrato hacia usted, sino una manera de protegerla.

—¿Protegerme de qué?

—De que la vean conmigo. Hoy no tengo muchos amigos en esta ciudad. Más bien diría lo contrario, que he ganado una colección de enemigos.

—Me cuesta creer eso de boca de la dama más admirada de la sociedad local.

—La admiración quedó atrás. Hoy estoy desterrada, tengo prohibido estar aquí. Vivo en mi chacra, pero me permití venir a escondidas, apenas con mis dos esclavos más fieles, para resolver unos asuntos pendientes. Por eso le pedí que tomara precauciones. Nadie debe saber que la casa está habitada. Llegué ayer y me iré mañana. He ordenado que no se abran las ventanas y que tampoco se prenda fuego en la cocina, para ocultar mi presencia.

—Comprendo —asintió, aunque en realidad no entendía demasiado. Annette siempre había sido una persona poderosa, y en ese momento Mary veía frente a sí a una mujer vencida. Todavía mantenía su actitud decidida, pero la aflicción en su mirada la conmovió—. Dígame, ¿cómo puedo ayudarla?

—La llamé porque necesito pedirle un favor. Es algo de gran importancia para mí. Y creo que es la única que puede ayudarme. Conozco sus contactos con los ingleses, no me refiero al pasado y las intrigas de Thomas —aclaró con rapidez—, sino a su cercanía con quienes están a cargo ahora. ¿Es verdad que en su casa funciona la Sala Comercial Británica?

—Sí, les he alquilado una habitación que se utiliza como sede para hacer negocios. Es una especie de centro de reunión de los comerciantes británicos. Cualquiera vinculado a sus actividades mercantiles, sean ingleses o criollos, debe acudir a mi casa para informarse sobre llegadas o partidas de sus barcos.

—Ahora entiendo por qué gran cantidad de marinos visita su fonda.

—Sí, algunos por ese motivo y otros para alojarse. Me he hecho buena fama entre los ingleses.

—Entonces creo que mi plan va a funcionar.

—¿Qué plan?

—¿Conoce al capitán Robert Ramsay?

—Sí, frecuenta mi casa.

—Necesito que le entregue esto en cuanto lo vea, por favor —le pidió tendiéndole una pequeña cajita de madera envuelta en una tela discreta—. Sólo a él, a nadie más.

—¿Puedo saber qué es?

—Un remedio para que lleve a bordo.

—Y presumo que no puede enviar a nadie a entregarlo...

—No, no puedo permitir que vean a ningún esclavo mío cerca del capitán, que ya ha hecho mucho por mí, y que además seguirá haciéndolo. Él ha accedido a ayudarme, pero para eso no debe haber conexión alguna con mi persona.

—Por eso el secreto sobre este encuentro.

—Así es. Y nadie sospechará si el capitán va a comer a la fonda donde se juntan todos los ingleses. Usted sólo debe darle ese paquete, él sabe qué hacer. ¿Qué me responde? ¿Podrá hacer eso por mí?

Mary pensó unos momentos. No había riesgo alguno para ella. Sólo debía quedarse en su casa, en su trabajo, como siempre, y entregar algo a uno de sus huéspedes. Si el contenido del envoltorio era ilegal, no lo sabía ni quería saberlo. La angustia en los ojos de esa mujer le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Lo haré —accedió.

—¡Gracias! ¡Mil veces gracias! —exclamó con un suspiro de alivio y una sonrisa que demostró a Mary que había tomado la decisión correcta. Con su gesto contribuía a dar un poco de paz a esa sufrida mujer.

Aunque estaba de incógnito en la ciudad, Annette aprovechó esos días para ver a quienes quería.

Carmencita también entró por la puerta de servicio en la casa de los Périchon. Aunque el gobierno había anunciado que no pondría vigilancia sobre Annette, ella sabía que estaba desobedeciendo una orden, por lo que no convenía que se expusiera. Juntas almorzaron unos trozos de pan y quesos, y se despidieron poco después.

—Dentro de un par de días partiré hacia la chacra, querida, y espero que vengas a visitarme pronto. Sabes que mi casa siempre será la tuya. ¡Hemos compartido tantas cosas! Te extrañaré, *ma chérie*.

—Yo también la extrañaré, madame —le dijo arrojándose contra su pecho para fundirse en un abrazo. Aunque eran cuñadas, por la diferencia de edad y por haberla conocido desde niña, sumado a la relación con su padre, Carmencita siempre la vio como a una madrastra antes que como a una hermana.

—Cuidate mucho —le dijo al apartarse, tomándola de las manos.

—¿Y esto? ¿Es nuevo? —preguntó la joven con curiosidad, al ver un anillo que no conocía en la mano derecha de Annette.

—Sí, regalo de tu padre. Me lo envió a través del doctor Echevarría, quien me lo entregó hace poco.

—Es hermoso —lo elogió conmovida.

—Sí, lo es —sonrió al pensar en Santiago encargando esa joya para ella.

Carmencita la admiró un rato más y con una sonrisa triste abrazó a Annette.

—Un recuerdo del inmenso amor que compartían —dijo antes de marcharse.

Annette se sentó en un sillón y se quedó mirando la pieza que adornaba su mano. Recordó el

día en que Echevarría la había llevado en el carruaje hasta su estancia, poco después de desembarcar. Jean Baptiste y Carmencita se habían quedado en la casa de los Sarratea, mientras ella marchaba con sus hijos al campo. Aunque el viaje era largo, el apoderado sólo había hablado de nimiedades frente a los niños. Esa noche, después de cenar, la había acompañado a su despacho para ponerla al tanto de su situación económica. Antes de retirarse a descansar, le había entregado una pila de cartas atadas con una cinta azul. Ella reconoció la caligrafía de inmediato y su corazón se aceleró. Echevarría también le había dado una pequeña cajita de cuero, sin agregar nada más.

Una vez a solas, Annette encontró en el estuche un anillo de plata con una gran piedra rosada plana sobre la que estaba tallado un rostro femenino. Lo miró con detenimiento y descubrió que era el suyo. Santiago había mandado tallar su imagen en un ópalo rosa, probablemente copiándola de un cuadro pintado por un artista local durante su estancia en Corrientes, que estaba en su casa. Hizo un camafeo de ella y para ella. Saber que, durante su ausencia, había estado en el pensamiento del hombre que amaba reavivó el dolor por su pérdida. Se colocó el anillo en el dedo mayor y se sentó a leer las cartas con las manos temblorosas y el corazón en vilo.

Durante la noche las releyó una y otra vez. Secaba sus lágrimas y volvía a comenzar. En esas letras encontró las respuestas que su alma necesitaba: él la amaba. La había amado siempre. Se lo decía una y otra vez. Al amanecer Annette alcanzó la certeza de lo que debía hacer y comenzó a planearlo. En su mente, la venganza era el único camino posible. Una vez que se convenció de eso, pensó en Santiago con el corazón cargado de amor: *un dolor intenso, profundo, avasallante, invade todo mi ser, pero no es infinito. Sé que estaremos separados sólo por un tiempo. Podrán ser meses o años, nadie lo sabe. Sí sé que después volveremos a juntarnos para toda la eternidad.*

Diez años después.

Buenos Ayres, marzo de 1821

Margot dejó la tetera de porcelana sobre la mesa y se marchó en silencio. Sabía que a su ama le gustaba servir ella misma. Cada vez que llegaba Mary Taylor a tomar el té, debía dejarlas a solas.

—Me alegra tanto que hayas aceptado la invitación, extrañaba nuestras charlas, creo que la última fue hace semanas.

—Sí, es cierto, es que he estado muy atareada en la posada. Debo recordar reservarme un tiempo para las cosas que me gustan, como visitar a mis amigas.

—Trabajas demasiado, Mary. Y eso no es bueno. Debes disfrutar más de la vida —sugirió con un tono de reto, aunque con calidez. Hacía varios años habían dejado de lado la formalidad en el trato entre ellas.

—Eso intento, pero nunca pude encontrar el reemplazo adecuado para Jane. Las buenas empleadas duran poco. Por mi casa pasan muchos viajeros, enseguida encuentran un marido y ya no quieren trabajar, me abandonan.

—Deberías hacer lo mismo, deja que Taylor te mantenga.

—No podría. He salido adelante por mí misma desde hace mucho. Soy independiente y me gusta serlo. Me gusta mi vida y me gusta tener mis propios ahorros, aunque tenga que esforzarme por ello. Sólo tengo que encontrar más tiempo para mí.

—Comprendo. Dime, ¿por qué no ha venido Panchita hoy? A esa niña le encanta tomar el té entre adultas. Espero que se encuentre bien de salud.

—Sí, está muy bien. Consiguió que Tom la lleve a pasear por la Alameda. Ya tiene trece años y le fascinan esas actividades de gente mayor, está creciendo muy rápido —explicó con una sonrisa complaciente.

—Has sido una excelente madre para ella, querida —señaló conmovida.

—Sí, creo que la hemos criado bien. Digo hemos porque él también tuvo mucho que ver.

—¿Cómo está el comodoro Taylor?

—Agradezco que ahora viaja menos que antes, lo que me permite tenerlo más en casa. Cuando lo contrataron como comodoro de la armada criolla pasó mucho tiempo en el mar, pero aquellos difíciles días de la revolución ya quedaron atrás.

—Fueron días duros para todos —concedió pensativa—. Hablando del pasado, hace poco recibí una noticia relacionada con esa época que debo compartir contigo.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Me informaron del deceso de O’Gorman —informó sin revelar emoción alguna.

—¡Oh! —se sorprendió Mary—. No había pensado en él en muchos años.

—Si debo confesar la verdad, yo tampoco —coincidió y ambas sonrieron.

—Creo que no estoy obligada a darte el pésame por tu flamante viudez, ¿o sí? —dudó.

—Claro que no, querida. Para mí él dejó de existir hace mucho. Además, no fue reciente. La noticia me llegó ahora, pero falleció en 1816. Con la vida errante que llevaba, nadie se preocupó por rastrear a su familia. Por el único motivo que agradezco saberlo es que puedo decirles a mis hijos que ya no deben esperar el posible regreso de su padre algún día.

—El fin de una etapa.

—Así es. Creí que debías saberlo. Podría decirse que fue él quien nos unió.

Mary no pudo evitar la carcajada.

—¡Annette! Thomas no nos unió, nos habíamos conocido antes, en el parto, ¿lo olvidaste?

—No, no lo olvidé, pero nuestra amistad nació después. Y en parte gracias a él.

—Bueno, sí, quizás debamos otorgarle parte del crédito, ahora que ya no está. Que en paz descance —concedió y levantó la taza para tomar un largo sorbo de té.

—Además de mis hijos, eres una de las pocas cosas buenas que me dejó. Nuestra amistad es muy importante para mí.

—¿Tan importante como para impulsarte a revelar un secreto?

—¿Un secreto de quién?

—Tuyo.

—No comprendo.

—Durante más de diez años he querido saber qué había en la caja que entregué al capitán Ramsay cuando vino a comer a la taberna. Se la di cerrada, por supuesto, pero la curiosidad me ha carcomido todo este tiempo y como tú no lo mencionabas, no quise preguntar. Pero la noticia de la muerte de Thomas trajo aquellos días a mi mente y sigo queriendo saber. ¿Me contarás?

Annette clavó su mirada achocolatada en los ojos verdes transparentes de su amiga. Apoyó la taza de té en la mesa, soltó un suspiro y asintió.

—Creo que tienes derecho a saber la verdad. Y cuando la escuches entenderás que no puedes contárselo a nadie. ¿Lo prometes? Es por el bien de mis hijos.

—Por supuesto. Te lo prometo.

—Ahora puedo hablar de este asunto sin dolor. Han pasado diez años pero lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Cuando finalmente pude poner un pie en Buenos Ayres tras un viaje que pareció eterno, me dediqué a buscar más información sobre el final de Santiago. Necesitaba saber quién había ordenado su muerte. Así supe que Castelli y French viajaron hasta Cabeza de Tigre para

detenerlo, a él y a sus ayudantes, los líderes de la Contrarrevolución. Aunque después me enteré de que no habían ido a arrestarlo. Temían traerlo a Buenos Ayres, donde mi querido ex virrey seguía siendo el héroe de la Reconquista, y que el pueblo saliera a las calles a defenderlo, como ya había ocurrido ante la Asonada de Álzaga. Por eso iban con una orden de fusilamiento de la Suprema Junta de Gobierno, redactada por Mariano Moreno. Él fue el responsable de la ejecución de Liniers. Moreno, el marido de mi amiga Lupe, a quien tantas veces habíamos recibido en mi casa y en la de Santiago. Había comido en nuestra mesa, había bebido nuestro vino. ¡Nos había traicionado! Poco después de mi llegada, el traidor renunció a su cargo en el gobierno por desavenencias con Saavedra. Aunque sus estilos no coincidían, él seguiría luchando a la distancia por los ideales independentistas que compartían: iría a representar al nuevo gobierno a Londres. Descubrí que estaba a punto de embarcar en un lugar que yo conocía muy bien, la goleta *Misletoe*. Envié una nota a Ramsay, con quien habíamos quedado buenos amigos, pidiéndole que me visitase. El gentil capitán viajó hasta mi chacra, donde le solicité un favor. No uno pequeño, sino uno muy grande. Debe haber sentido mucha piedad ante mi desesperación, porque el buen hombre accedió. Yo sólo debía hacerle llegar lo necesario. Allí fue donde tuve que recurrir a ti, Mary. Sobornar al boticario, que no me conocía, fue sencillo. Era un hombre callado y no preguntó para qué quería un antiemético más fuerte que lo habitual. El resto es de conocimiento público. Moreno se descompuso por los mareos que le provocó el viaje, y no logró recuperarse. Su endeble salud no resistió y terminó en una mortaja en el fondo del océano.

Previendo ese final, preparé un paquete para Lupe que mi esclavo dejó frente a la puerta de la casa de los Moreno: una caja con un abanico de encaje, guantes de seda y un delicado pañuelo de batista, todo de color negro. Un apropiado conjunto para sobrellevar el luto.

Hizo un silencio al terminar el relato y observó la reacción de Mary.

—No me sorprende —dictaminó con tranquilidad después de un rato en silencio.

—¿No?

—No, muchas veces nos vemos obligados a hacer cosas de las que no nos enorgullecemos para sobrevivir. Considero que la venganza fue el único modo que encontraste para sobrellevar el dolor y que no te ahogara la pena. Eso es una forma de sobrevivir.

La empatía en el tono de voz de su amiga y su mirada clara, sin críticas ni juicios de valor, le acariciaron el alma. Se sintió comprendida e identificada. Eran dos extranjeras que con esfuerzo se ganaron un lugar propio en una sociedad nueva, todavía en formación, que compartían mucho en su pasado, mucho más que un hombre en común. Tenían una enorme fuerza frente a la adversidad y vivían con pasión cada segundo de sus vidas.

Epílogo

1 de diciembre de 1847

Camila O’Gorman corrió a la habitación de su abuela cuando terminó de desayunar. Aunque las cortinas estaban abiertas y un cálido sol matinal inundaba la estancia, encontró a Annette recostada, debajo de una sábana de hilo, vistiendo todavía el camisón. A su lado, una bandeja con un plato de tostadas con miel intactas demostraba que apenas había bebido unos sorbos de té.

—¿Hoy no se va a levantar, abuela? ¿No quiere caminar conmigo? —preguntó haciendo girar la falda acampanada de su vestido veraniego, con la desbordante vitalidad de los veintidós años.

—No por ahora, *ma chérie*. El cansancio se ha instalado en mí de manera permanente, se ha convertido en mi compañero habitual. Prefiero quedarme aquí.

—¿Le molesta si me quedo? Me gustaría acompañarla, puedo pasear después.

—Claro que no, me da mucha alegría.

—¿Podemos charlar?

—Por supuesto.

—Entonces me tiene que contar más sobre su amiga Mary, la inglesa.

—Fuimos muy cercanas. A través de los años ella me contó todo sobre su vida, por eso pude revelarte detalles de lo que le tocó enfrentar. Yo la admiraba mucho.

—Habla en pasado.

—Falleció hace tres años. La extraño desde entonces, pero te alegrará saber que tuvo una despedida a la altura de la gran dama en la que se convirtió. Con un entierro con grandes pompas en el cementerio al lado de la iglesia del Pilar, acompañada por dos coches fúnebres, el máximo permitido por el Restaurador. Y, además, al día siguiente hubo una misa para despedirla en la Catedral, celebrada por ocho sacerdotes. Yo asistí, por supuesto, al igual que gran parte de la sociedad. Recuerdo que lloré junto con doña María Josefa Ezcurra, tú la conoces, la hermana de doña Encarnación.

—¿Cuándo le permitieron regresar a la ciudad, abuela? Yo la recuerdo en la casa de la calle La Paz desde siempre.

—Me instalé allí mucho antes de tu nacimiento. Viví unos años aquí, en la campaña, pero siempre realicé pequeñas escapadas secretas. De a poco fui estirando mis estancias allá y un día abrí las ventanas de la casa. Nadie me ordenó marcharme. La Junta se había disuelto hacía mucho y parece que no molesté a los nuevos gobernantes ni llamé la atención, acaté la orden de vivir “con discreción”.

—Admiro su valentía.

—No fue valentía, fue decisión: decidí tomar el destino en mis manos. Cuando se realizó el censo no me escondí, di mi nombre a las autoridades, para anunciar mi regreso de manera oficial, por si a alguien le interesaba saberlo, y mi vida continuó con normalidad.

—Porque obedeció al gobierno y se portó bien.

—¿Qué es portarse bien? Yo ignoro lo que es eso —sonrió con picardía y le guiñó un ojo—. Me porté como quise, como a mí me gustaba, pero con discreción. Y nunca nadie se enteró de mi nuevo romance, porque mi amor secreto estaba en la estancia.

—¿Amor secreto? ¡Abuela! Después de todo lo que me contó, de su increíble amor por el virrey Liniers, ¿me va a decir que tuvo otro amor?

—Santiago fue muy importante en mi vida, como ya te conté, y me costó recuperarme del dolor que me causó su muerte, entender que ya no volvería a sentir su aroma, ni el contacto de su piel. Pero mi vida no terminó cuando a él lo mataron.

—¿No, abuela? —se sorprendió Camila.

—Claro que no. ¿Acaso crees que viví encerrada en soledad desde los treinta y cinco años? Seguro que a ti esa edad te suena a mucho, pero yo estaba en la plenitud de la vida y no iba a resignarme a quedarme sola. Yo no lo buscaba, pero apareció. Llegó a mí un gran amor. Uno que me acompañó muchos años de mi vida. Él era un hombre prohibido, pero nos animamos a amarnos en secreto.

—¡Oooh! ¡Un hombre prohibido! ¡Como mi Ladislao! —exclamó con los ojos muy abiertos.

—No, no era sacerdote.

—¿Cuénteme más!

—Ahora no, *ma petite*. Estoy muy cansada. Seguiremos mañana, Camila. Te he contado todo esto para que entiendas lo más importante: se debe disfrutar de la vida y eso quiere decir animarse a todo por amor.

—¿Se arrepiente de algo?

—¿Claro que no!

—¿No pensó en las malas lenguas? ¿En lo que se iba a decir de usted en las calles, en los salones, sobre su relación escandalosa?

—Sabía que iban a hablar, pero no me importó. Nuestro amor era más fuerte que las habladurías. Nunca me avergoncé por ser yo misma ni por buscar mi felicidad. Me dije: *déjalos que hablen; mientras, yo seré feliz*.

—¿Fue el virrey el gran amor de su vida?

—No creo que haya un amor más grande que otro porque no es un sentimiento que se mida en tamaño. A los niños les enseñamos a amar hasta el cielo, pero yo creo que el amor es mayor que eso, el amor es infinito. Por eso, querida mía, permítete vivirlo con infinitud. Si es amor lo que sientes, te aseguro que valdrá la pena.

El 2 de diciembre de 1847 di licencia para sepultar el cadáver de doña María Ana Périchon, de 72 años, natural francesa, viuda de don Tomás O' Gorman. Recibió todos los auxilios. Por verdad firmo.

Doctor Antonio Argerich

Palabras finales

Unos días después del funeral de su abuela, Camila O’Gorman, hija de Adolfo y Joaquina Ximénez Pinto, se fugó con el cura tucumano Ladislao Gutiérrez en busca de un amor infinito, como el de Annette y Santiago. Meses más tarde, el 18 de agosto de 1848, murió, embarazada y junto a su amante, frente a un pelotón de fusilamiento por orden del gobernador Juan Manuel de Rosas.

Mariano Moreno falleció en marzo de 1811, poco después de la partida de su nave, antes de haber alcanzado las costas de Brasil. No se encontraron responsables de su muerte, aunque se confirmó el envenenamiento. Y según su hermano Manuel, que lo acompañaba, él sólo había tomado el antiemético que le dio el capitán del barco. También es cierto que Guadalupe Cuenca recibió una caja con elementos de luto en cuanto su marido se embarcó. El veneno es considerado un arma femenina, y hubo rumores que sostenían que lo mandó a envenenar una mujer. ¿Pudo haber sido esa mujer Marie Anne Périchon en venganza por la muerte de su amado? Aunque está basada en personajes reales, esta es una historia de ficción, por lo que es válido el interrogante.

Al buscar información sobre “La Perichona”, como la llamaban despectivamente sus enemigos, muchas veces su nombre aparece relacionado con la locura, pero no hay pruebas que sustenten esa acusación. Anne siempre se mostró cuerda y con capacidad para ocuparse de los negocios de la familia, aun desde el exilio, a través de las cartas que intercambiaba con su apoderado. Acusar a alguien de loca fue una estrategia utilizada muchas veces a lo largo de la historia para encerrar a alguna mujer o quitar valor a sus dichos. Para los patriotas revolucionarios, ella era la amante del enemigo fusilado. Una mujer incorrecta. Incomodaba.

Mantenerla lejos y bajo la categoría de “loca” resultaba la solución más sencilla para los hombres de la época. Aquí elegí contar su historia desde otro enfoque, el de ella.

El nombre de María Micaela O’Gorman Périchon no aparece en los libros de historia. En algunos se menciona a tres hijos del matrimonio O’Gorman, pero sólo figuran los nombres de los varones, Tomás y Adolfo. En cambio, ella sí está en las páginas de genealogía familiar y su nombre quedó registrado en el Censo de Buenos Ayres de 1827. Aparece unas líneas debajo de su madre, anotada como María O’Gorman, de treinta años.

Los cuerpos de Santiago Liniers y de los otros cuatro líderes contrarrevolucionarios fusilados con él, Juan Gutiérrez de la Concha, Victorino Rodríguez, Santiago Allende y Joaquín Moreno, fueron arrojados en una improvisada fosa común en una zanja. En 1862 el gobierno de Santiago Derqui ordenó que los buscaran. Los encontraron y pudieron ser identificados por los botones de los uniformes. Los del ex virrey tenían el escudo real de los Borbones. Los restos fueron enviados en una urna a Cádiz, España, donde se construyó un mausoleo en su honor.

Aunque algunas fuentes mencionan que Anne es nativa de la isla Mauricio, nació en la actual isla Reunión, en el océano Índico, que se llamó isla Borbón hasta 1793.

Es verdad que un tío de Anne, el marqués de Maléyssie, murió en la guillotina por su origen nobiliario y eso impulsó el escape de la familia de las colonias francesas.

La historia de Mary Johnson, Mary Lochard, Mary Clarke o María Clara Taylor es real. Usó todos esos nombres para enfrentar las situaciones difíciles que están narradas en estas páginas.

Sus padres se llamaban Thomas y Anne Johnson. Cambió sus nombres de pila para evitar

confusiones con los O’Gorman. En su testamento ella dejó 4.200 libras esterlinas, una pequeña fortuna para la época, para repartir entre su hija, Francisca Taylor, y los hermanos que la sobrevivieran en Inglaterra. Había mantenido correspondencia con ellos poco antes de morir.

Nueva Holanda era el nombre dado a Australia en la época en que transcurre esta historia.

Recién en 1824 se popularizó el Terra Australis con que se mencionaba en algunos mapas, y que derivó en Australia a partir de 1850. Entre 1788 y 1868 Inglaterra realizó más de 800 viajes a la colonia penal de Nueva Gales del Sur en Australia. Sólo uno sufrió un motín exitoso, en el que los prisioneros lograron escapar: el de la nave *Lady Shore*. Los oficiales ingleses que fueron abandonados en un bote a la deriva llegaron a salvo a las costas de Brasil.

A fines de 1810 la Sala Comercial Británica se instaló en la casa de Mary Clarke Taylor y le alquiló una habitación por muchos años. Estuvo allí hasta que Mary se mudó, en 1822, y la sala se mudó con ella. Entre 1822 y 1824 vivió en una propiedad de Cornelio Saavedra, mientras construía una casa en un terreno que compró y puso a nombre de su hija, Francisca Taylor.

La María Josefa Illescas que aparece en las páginas de este libro no es la monja capuchina escritora, personaje famoso en la colonia y quien llegó a ser abadesa, sino su sobrina.

La primera Plaza de Toros porteña estaba en la actual zona de Montserrat. En 1799 se ordenó su demolición y en 1800 se levantó la Plaza de Toros del Retiro. La vieja calle del toril abandonado en Montserrat se llenó de prostíbulos, por eso se la llamó Calle del Pecado. Allí funcionaba el “burdel de las inglesas”.

El Zanjón de Vera o Zanjón Tercero del Sur, conocido también como Zanjón del Hospital y después Zanjón de Granados, era un arroyo con desagüe natural en el Río de la Plata. Las casas se construían a la vera de esos zanjones, a dos o tres metros del agua, para tener acceso a la corriente. Muchas veces se llenaban de basura y malos olores, y en las crecidas desbordaban. La Residencia para mujeres escandalosas estaba al otro lado del Zanjón de Vera, en las calles Bethlem y Mayor. La iglesia Nuestra Señora de Belén, vecina a La Residencia, hoy es San Pedro Telmo, en Humberto I y Defensa.

El maestro zapatero asturiano Rosendo del Campo vivía en una propiedad ubicada en frente a la iglesia de San Miguel, en las calles San Miguel y de la Piedad, actuales Suipacha y Bartolomé Mitre.

La fonda de Los Tres Reyes y la de Clara estaban en la calle de Santo Cristo, actual 25 de Mayo del centro porteño, ambas cerca de la esquina de la Piedad (Bartolomé Mitre). La de Mary estaba en la manzana ubicada sobre la barranca al río y en un piso alto, lo que permitía observar sin obstáculos el horizonte y distinguir la llegada de barcos con anticipación. Por eso la Sala Comercial Británica eligió alojarse allí.

La calle de la Merced donde vivieron los Périchon y los O’Gorman desde su llegada a Buenos Aires, después se llamó La Paz y es la actual calle Reconquista. Allí residía Annette cuando se realizó el censo porteño en 1827. Las pruebas están en el Archivo General de la Nación (AGN): se conserva la planilla original con su nombre, escrita a mano por el censista, lo que confirma que no se recluyó en la chacra durante el resto de su vida, sino que, como no participó de la vida política, su presencia pasó desapercibida para los historiadores después de su regreso del exilio.

En el AGN quedó registrado que Ana Perichón, castellanizado, vivía en la casa de la calle La Paz número 72, junto con su hijo Adolfo, su nuera Ximena, sus nietos Carlitos, Carmencita, Clarita y Camila, su hija María y sus esclavos. También está registrada, antes de los nietos, una niña de doce años, que aparece anotada por el censista como “doña María Leonora”, como si el segundo nombre fuera su apellido. El “doña” era un título de honor reservado a las damas de la familia y la chica había nacido en 1815, por lo que se sospecha que fue otra hija de Annette, nacida tras su

regreso al Río de la Plata, fruto de su nuevo amor. Pero esa es otra historia.

Bibliografía consultada

- BALMACEDA, Daniel. *Romances turbulentos de la historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- DE ARRIBA, Héctor Daniel. *Cuatro curas y una mujer: Camila O’Gorman*, Buenos Aires, Dunken, 2004.
- DE SAINT-PIERRE, Bernardin. *Pablo y Virginia*, Madrid, Pantaleón Aznar, 1798.
- DILLON, Susana. *El virrey que huyó con el tesoro. La historia de Sobremonte que nadie nos contó*, Buenos Aires, Ediciones B, 2011.
- HERNÁNDEZ DE LARA, Odlanyer y SCHAVELZON, Daniel. *Casa del Virrey Liniers. Hallazgos arqueológicos*, Buenos Aires, Aspha, 2014.
- HONRADO, Alexandre. *Carlota Joaquina, a rainha que amou demais*, Lisboa, Guerra e Paz, 2006.
- LUNA, Félix. *Martín Aldama. Un soldado de la independencia*, Buenos Aires, Planeta, 2001.
- MARTÍ, Manuel Luis. *Enfermedad y muerte de Mariano Moreno*, Buenos Aires, Nebai, 1988.
- MÉNDEZ AVELLANEDA, Juan María. *Las convictas de la Lady Shore*, Buenos Aires, Dunken, 2008.
- . “El motín de la *Lady Shore*”, en *Todo es Historia*, no 265, julio de 1989.
- MIGUENS, Silvia. *Ana y el virrey*, Buenos Aires, Planeta, 1998.
- MUJICA LÁINEZ, Manuel. *Misteriosa Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 1964.
- PRESAS, José. *Memorias secretas de la princesa del Brasil, actual reina viuda de Portugal, la señora doña Carlota Joaquina de Borbón*, Burdeos, Casa de Carlos Lavalle Sobrino, 1830.
- ROBERTS, Carlos. *Las invasiones inglesas del Río de la Plata*, Buenos Aires, Emecé, 2000.
- ROCK, David. *Argentina 1516-1987*, Buenos Aires, Alianza, 1995.
- SÁENZ QUESADA, María. *La Argentina. Historia del país y de su gente*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- SALDUNA, Horacio. *Madame Périchon (La Perichona), amante del virrey Liniers. Ejemplo de la influencia del amor en la historia*, Ministerio de Educación y Cultura de la Nación Argentina, 1995.
- SCHETTINI, Adriana. “Camila O’Gorman: la levadura de un amor prohibido”, en DE MIGUEL, María Esther (ed.). *Mujeres argentinas. El lado femenino de nuestra historia*, Buenos Aires, Alfaguara, 1998.
- SOSA DE NEWTON, Lily. *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980.
- TORTONESE, Darcy. *Los secretos de la Périchona*, Buenos Aires, Dunken, 2002.
- WIÑAZKI, Miguel. *Sobremonte. Una historia de codicia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Agradecimientos

A mi editora, Silvia Itkin, por los valiosos consejos que sacaron brillo a esta historia.

A mi amiga Carlota del Campo, primera lectora de mis manuscritos y primera oreja para las dudas durante el proceso de escritura, por todo.

A mi hijo Lucas, por su paciencia para rastrear libros difíciles de encontrar.

A mi hermano Ezequiel, por todas las consultas sobre tiempos y distancias náuticas para los viajes a vela.

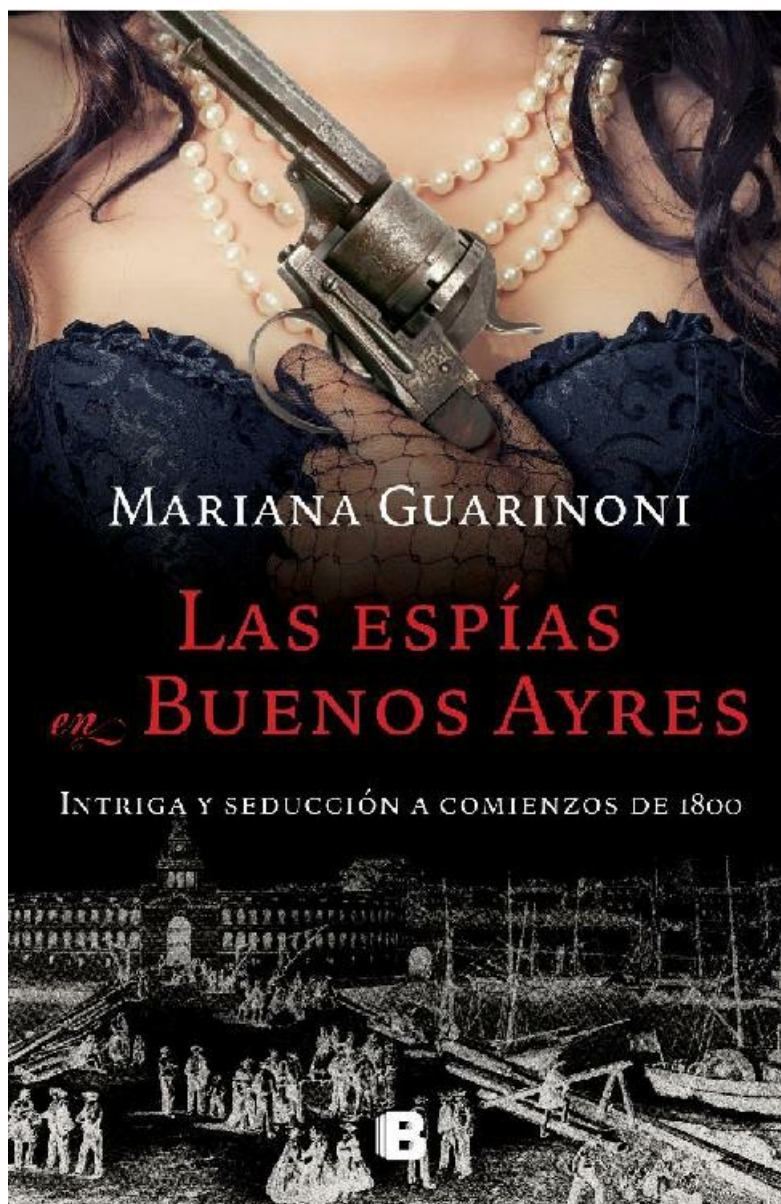
A Fernanda y a María Teresa, de la Biblioteca Municipal Fray Luis Bolaños, de Baradero, por su incansable ayuda en la búsqueda de información histórica.

A María José Zaldívar y a Viviana Zulma Rivero, por tanto cariño, y por ese regalo increíble que fue la presentación de mi novela *Renacerán mil rosas*.

A las lectoras que conocí a través de las redes sociales, que me miman con sus palabras y me empujan para seguir escribiendo.

A todas las lectoras que regalan su tiempo a mis historias.

Gracias, siempre.



Marie Anne Périchon de Vandeuil, amante del virrey Liniers y abuela de Camila O’Gorman, fue una mujer poderosa y controvertida. La más bella del Río de la Plata, la más astuta, la más odiada. Se la acusó de ser espía inglesa, espía francesa y espía de los criollos independentistas. ¿Quién fue en realidad *Anita, la Perichona*?

Nacida en una isla africana, Annette cargaba con la nacionalidad francesa y un marido irlandés, un bagaje incómodo para mudarse a un virreinato español. Tuvo que utilizar intrigas y juegos de seducción para sobrevivir hasta que una poderosa pasión la llevó a perder el control de su vida.

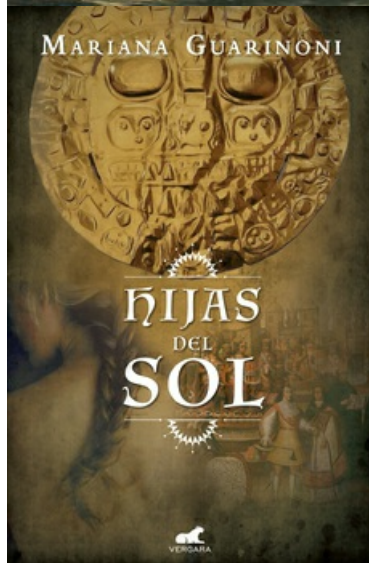
Sus enemigos se aprovecharon de esa debilidad para mandarla al exilio. Su única aliada resultó Mary Clarke, una ladrona inglesa fugitiva devenida en prostituta de lujo que era amante de su marido.

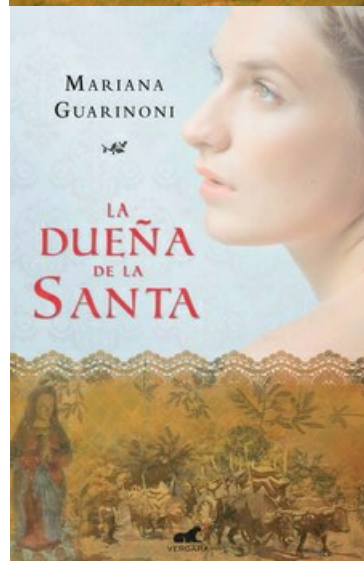
Una relación de rivalidad y complicidad entre las dos mujeres más poderosas y polémicas de los últimos días del Virreinato del Río de la Plata.



MARIANA GUARINONI

Nació en Buenos Aires y creció en Brasil. Estudió periodismo en la Universidad Católica Argentina y desarrolló su carrera en reconocidas editoriales durante más de veinte años. Su amor por la narración y por la búsqueda de información la llevó a escribir novelas históricas. Publicó *Renacerán mil rosas*, *Hijas del sol*, *La dueña de la Santa*, *La Adelantada de los Mares del Sur*, *Tierra de fugitivos* y *Puerto prohibido*, todas en Ediciones B. También participó de la antología *Ay, pasión. Historias que enamoran*.





[Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Guarinoni, Mariana

Las espías en Buenos Ayres / Mariana Guarinoni. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-780-122-4

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-780-122-4

Conversión a formato digital: Libresque

me **gustaleer**

Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

[Las espías de Buenos Ayres](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[Epílogo](#)

[Palabras finales](#)

[Bibliografía consultada](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros títulos de la autora](#)

[Créditos](#)

Document Outline

- [Las espías de Buenos Ayres](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Prólogo](#)
- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [Epílogo](#)
- [Palabras finales](#)
- [Bibliografía consultada](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Otros títulos de la autora](#)
- [Créditos](#)